

MICHAEL ASHLEY

LOS MEJORES RELATOS DE CIENCIA FICCION

LA ERA DEL CAMBIO

1956-1965

SUPER
FICCION



de

El decenio 1956-1965 marca una época crítica para la ciencia ficción. La reciente respetabilidad del género motivó la atención, muchas veces peligrosa, del cine y la televisión. El inicio de la Era espacial en octubre de 1957 parecía confirmar aquello de que la realidad supera a la ficción.

Pero la crisis condujo a la renovación del género: cuantitativa, por la aparición de una pléyade de nuevos autores; cualitativa, por la revolución de la temática, que abandona de una vez por todas la fascinación por la cacharrería espacial, sentándose nuevas normas de calidad, como demuestra el presente volumen:

- Kenneth Bulmer - El bebé del señor Culpeper
- Brian W. Aldiss - Todas las lágrimas del mundo
- Robert Silverberg - Ozymandias
- Kate Wilhelm - El amor y las estrellas... ¡hoy!
- Daniel Keyes - El loco Maro
- J. G. Ballard - El hombre sobrecargado
- Harry Harrison - Las calles de Ascalón
- A. E. Van Vogt - Los sacrificables
- Arthur Porges - Niño problema
- John Brunner - Bueno es hablar, pero mejor es callar



Michael Ashley
(recopilador)

Los mejores relatos de ciencia ficción

**La era del cambio
1956-1965**

ePUB r1.0

GONZALEZ 05.04.13

Título original: *The history of the Science Fiction Magazine (1956-1965)*

© 1978 by Michael Ashley

Traducción: César Terrón

ePub base r1.0



*A mi madre,
por su fe y su paciencia*

NOTA DE AGRADECIMIENTO

Aunque la compilación de esta historia y antología es obra y responsabilidad mía, incluyendo sus posibles errores, no la habría efectuado de modo tan completo sin la inestimable ayuda de un gran número de personas. Entre ellas, me gustaría expresar especialmente mi agradecimiento a Brian Aldiss, Leslie Flood, Robert P. Mills, Frederick Pohl, E. C. Tubb y Donald Wollheim, quienes me proporcionaron numerosos y fascinantes detalles, no conocidos del público en general. Mis más expresivas gracias a Sam Lundwall, por su animosa colaboración, llevada más allá del deber, clarificando y detallando la información procedente de revistas en lengua extranjera. Gracias también a Thomas G. L. Cockroft, de Nueva Zelanda, por corregirme varios errores y evitarme muchos más. Y finalmente, como siempre, mi agradecimiento a Phil Harbottle, por su siempre disponible consejo y asistencia. Para ellos, y para todos aquellos a quienes involuntariamente haya omitido mencionar, mi gratitud más sincera.

PREFACIO

Mi intención en esta serie era relatar, de la forma más completa posible, la historia y el desarrollo de las revistas de ciencia ficción, mostrando cómo editores y autores trabajaron al unísono para elevar el nivel del género desde sus sencillos comienzos hasta convertirlo en una rama compleja y madura de la literatura. Pero todos los escritores y editores actuaron para su bien. He tratado de mostrar todos los estratos de la ciencia ficción. Inútil negar que la mayor parte de ella no vale nada, quedando así incluida en la ley general de Theodore Sturgeon según la cual el noventa por cien de todo es pura basura.

No obstante, lo bueno acaba siempre por imponerse, y la ciencia ficción se acepta ya como un verdadero género literario. La generación de autores que logró abrir brecha tiene sus raíces en las revistas de la década que cubre este volumen, de 1956 a 1965. Harlan Ellison, Robert Silverberg, Roger Zelazny, Thomas M. Disch, Brian Aldiss, J. G. Ballard... Todos ellos se incluyen en esa década turbulenta y problemática que vio el amanecer de la era espacial. Por aquella época, muchos escritores ajenos al tema dijeron: «Ahora que el hombre ha salido al espacio, ¿de qué van a escribir los autores de ciencia ficción? Aun ahora, tan absurda pregunta la repiten constantemente personas engreídas, incapaces de comprender y leer uno solo de los libros de ciencia ficción actuales. ¿Alguna vez la resolución de un crimen impidió que se siguieran escribiendo novelas policíacas?».

La prueba está aquí. La ciencia ficción no se detuvo cuando el Sputnik 1 fue lanzado al espacio. Todo lo más, el hecho sirvió para revitalizar el género. Puso fin a una época y dio vida a una perspectiva totalmente nueva.

Mientras escribo esto, el mundillo de las revistas de ciencia ficción ha entrado de nuevo en efervescencia. Desaparecen publicaciones, mientras que otras se adentran llenas de optimismo en este campo. La historia continúa en marcha.

El lector puede explorar a voluntad las interminables sorpresas de la cuarta década de las revistas de ciencia ficción, leyendo los diez relatos representativos que he seleccionado.

Mike Ashley

Febrero de 1976

Introducción

Reflujo y nueva ola

Mike Ashley

Treinta años en marcha

En abril de 1956, *Amazing Stories* celebró su trigésimo aniversario con un número especial de doble número de páginas. Incluía fundamentalmente catorce relatos —seleccionados en números atrasados de *Amazing* que abarcaban de 1927 a 1942—, obra de autores como Isaac Asimov, Robert Bloch, David H. Keller, Neil R. Jones y Raymond Z. Gallun. Una sección especial de aquel número recogía diversas predicciones de hombres famosos sobre lo que nos traería el año 2001. Entre esas celebridades, se contaba el escritor Philip Wylie. Su predicción fue la más breve, aunque posiblemente la más exacta: «un vacío total». Por su parte, el artista Salvador Dalí previó que el arte y la ciencia se fusionarían, una visión que ya está convirtiéndose en realidad.

Resultó un número impresionante, que se apartaba mucho de los publicados el año anterior, cuya calidad literaria dejaba mucho que desear. *Amazing Stories* fue la primera revista de ciencia ficción en lengua inglesa (abril de 1926), y sufrió varias transformaciones desde los días de Gernsback. En 1953, con Howard Browne como director, un hombre que admitía francamente que no le gustaba la ciencia ficción, la revista, aprovechando el *boom* de las publicaciones del género, cambió su familiar formato por el tamaño de bolsillo, más práctico. Los primeros años cincuenta habían contemplado el florecimiento de nuevas revistas. Muchas de ellas fracasaron, pero casi todas habían adoptado el tamaño de bolsillo. En 1955, la mayoría de las que conservaron el tamaño corriente habían desaparecido. Sólo *Science Fiction Quarterly* sobrevivió.

En abril de 1956, al principio de esta historia, existían en Estados Unidos catorce revistas de ciencia ficción, que aparecían con regularidad. Eran, en primer lugar y por orden de calidad, *Astounding SF*, dirigida por John W. Campbell; *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* (*F and SF* para abreviar), dirigida por Anthony Boucher; *Galaxy*, bajo la dirección de Horace L. Gold, e *If*, publicada por James L. Quinn. A continuación, venía el trío de amenas revistas dirigidas por Robert Lowndes: *Science Fiction Stories*, con las palabras *The Original...* a manera de prefijo, a fin de identificar la publicación con la primera *Science Fiction*, nacida en 1939; *Future SF* y *SF Quarterly*. Los puestos siguientes los ocupaban *Infinity*, la más reciente de todas, dirigida por Larry Shaw, y *Fantastic Universe*, de Leo Margulies. Todas ellas eran superiores a las restantes: *Other Worlds*, dirigida por Raymond A. Palmer, *Amazing Stories* y su compañera *Fantastic*, y las dos revistas de William Hamling, *Imagination* e *Imaginative Tales*.

Amazing, *Astounding*, *Fantastic Universe*, *Galaxy* y *F and SF* se publicaban mensualmente; las demás, cada dos meses o de manera irregular.

En 1955, los lectores supusieron que, en general, el *boom* del género había pasado. La

aparición y el triunfo de *Infinity* demostraba en apariencia lo contrario. Tal vez su éxito continuaba, y el mundillo de la ciencia ficción se encontraba en aquel momento en el centro mismo de la borrasca. Al fin y al cabo, el mayor fracaso se debía a que la American News Company dejó de distribuir revistas de gran formato, haciendo que muchos nombres famosos desaparecieran de la noche a la mañana. Los editores oportunistas que se habían unido a los ganadores desviaron su atención hacia otros campos, y la ciencia ficción se redujo hasta adoptar proporciones más controlables. No obstante, la prolongada supervivencia de una mala literatura hacía pensar que no era precisamente la calidad lo que mantenía una revista.

En 1956, no cabía ya ninguna duda de que el mundo de la revista de ciencia ficción se tambaleaba. Empezaban a surgir nuevas publicaciones; otras desaparecían. Las revistas se enfrentaban al desafío del floreciente mercado del libro de bolsillo y la televisión. La misma ciencia ficción estaba siendo bombardeada en dos frentes por los fanáticos de los plátanos volantes y una serie de monstruosas películas de terror seudocientífico. En medio de toda esta confusión, la única salvación posible, es decir el nacimiento de la era espacial, tardaría aún meses en tener lugar. Indudablemente, nos hallábamos en pleno caos.

El torbellino de la ciencia ficción

A lo largo de toda su existencia, la ciencia ficción ha estado sometida a toda clase de tendencias y caprichos. Lógicamente, no escapó tampoco al culto de los platillos volantes, de los OVNI, un culto que sigue hoy más floreciente que nunca y que, de modo muy ostensible, tuvo su nacimiento en las revistas de ciencia ficción. Entre sus primeros defensores hay que señalar a Raymond A. Palmer.

Palmer, nacido en 1910, aficionado y devoto de la ciencia ficción desde su juventud, había sido editor de *Amazing Stories* de 1938 a 1949 y, gracias a su instinto de lo sensacional, había elevado la circulación de su revista hasta convertirla en la más importante del ramo. Pero lo hizo a costa de alcahuetear los más extremados cultos marginales y de halagar al lector susceptible, para gran irritación de los puristas. El punto máximo (o la más profunda caída) en el sensacionalismo de *Amazing* lo constituyó el misterio Shaver que suscitó en Palmer una verdadera obsesión por los enigmas, y le llevó a desviarse de la ciencia ficción. En 1948, creó *Fate*, precursora de todas las revistas sobre ocultismo y que todavía se publica actualmente (aunque no ya relacionada con Palmer). Dentro del campo de la ciencia ficción, Palmer lanzó *Other Worlds*, contratando como redactor jefe a la joven Beatrice Mahaffey. En sus mejores momentos, *Other Worlds* fue una excelente revista, pero las constantes interferencias de Palmer, en su afán de sensacionalismo, se oponían a la publicación de cualquier literatura potencialmente buena.

En 1952, Palmer colaboró con Kenneth Arnold en la redacción del primer volumen definitivo sobre los OVNI, *The Coming of the Saucers* (La llegada de los platillos). Para promocionarlo, incluyó en *Other Worlds* mucho material sobre los OVNI, por ejemplo un relato semificticio, publicado en 1951 en forma de folletín, *I Flew in a Flying Saucer* (Yo viajé en un platillo volante), atribuido a un tal capitán A.V.G., y varios artículos en el número de enero de 1952. También aparecieron artículos acerca de los OVNI en *Fate* y, después de 1954, en *Mystic*, la nueva revista de ocultismo de Palmer.

En 1955, *Other Worlds* perdía dinero en graves proporciones. Palmer decidió aventurarse en contra de la tendencia general y, mientras que el resto de las publicaciones se apresuraban a pasar del tamaño normal al formato de bolsillo, el número de noviembre de 1955 de *Other Worlds* volvía al primitivo. Palmer se justificaba así:

«Si *Other Worlds* resulta un mal negocio, se debe sin duda a que Palmer es lo que ustedes afirman que es. Y él no se sentirá demasiado orgulloso de sí mismo en el momento de arrojar la toalla y dejar el ring a hombres mejores. No nos queda más dinero que perder. Lo hemos perdido todo».

Por algún tiempo, *Other Worlds* se defendió bastante bien. Su literatura jamás concordaba con los inflamados superlativos que Palmer lanzaba al lector en su propaganda introductoria, pero contenía aventuras bastante sólidas y a menudo admirablemente ilustradas por Virgil Finlay, Lawrence e incluso Hannes Bok. Una de las novelas que a Palmer le hubiera gustado ofrecer al público era *Tarzan on Mars* (Tarzán en Marte), de Stuart J. Byrne. Sin embargo, los herederos de Burroughs pusieron objeciones a la obra y no se autorizó su publicación. Aun ahora, la novela continúa inédita.

En 1956, *Other Worlds* quedó bajo la dirección de una sola persona, una vez que Bea Mahaffey abandonó el redil. En la edición de mayo de 1957, Palmer se adjudicó los honores de publicar las mejores historias y la revista más amena en el campo de la ciencia ficción. Afirmaba que *Other Worlds* había alcanzado su objetivo y que en aquel momento entraba en una nueva fase. Lo que en realidad pretendía decir era que *Other Worlds* estaba cubriendo gastos y que deseaba seguir experimentando, aunque sin perder la oportunidad de volver a la modalidad confirmada, en caso de que las cosas salieran mal. Hay que confiar en Palmer a la hora de las innovaciones. Una vez más, triunfó con *Other Worlds*. Utilizó un truco al que otras revistas habían recurrido ya durante el mismo período, pero añadiéndole el sello Palmer.

Hasta entonces, *Other Worlds* había sido bimensual. A partir de entonces, pasó a ser mensual, aunque con una variante. Ostensiblemente puesta a la venta como la misma revista, su número de junio de 1957 llevaba el título *FLYING SAUCERS from Others Worlds*, y el correspondiente a julio, el de *Flying Saucers from OTHER WORLDS*. De ese modo, Palmer podría determinar el campo más lucrativo. Publicando dos revistas como una sola, consiguió astutamente que se le siguiese aplicando la licencia postal de segunda clase, cosa vital para él puesto que le evitaba costosos cargos adicionales en el correo.

Ambas revistas presentaban una clara diferencia. *Other Worlds* conservaba la parte literaria y las secciones especiales, mientras que *Flying Saucers* abandonaba por completo la novelística. Las consecuencias se hicieron evidentes al momento, y prácticamente ya habían sido anticipadas por Palmer. Los fanáticos de los OVNI clamaron de inmediato en favor de los inimitables números de *Flying Saucers*, en tanto que los incondicionales de la ciencia ficción, con infinidad de otras revistas a su disposición, decidieron que Palmer había expuesto sus intenciones con toda claridad y le dejaron a solas con ellas. Como si Palmer deseara darle la estocada final, el número de julio de 1957 de *Other Worlds* ostentaba un índice mediocre, que incluía la reedición de *Quest of Brail*, de Richard Shaver, garantizando así la exasperación de los intransigentes aficionados a la ciencia ficción. En consecuencia, *Flying Saucers* logró buenas ventas, mientras que las de *Other Worlds* menguaron. Palmer no tardó en tomar una decisión (casi con toda certeza planeada con gran anticipación), y tras un último número literario, publicado en septiembre, la revista pasó a llamarse simplemente *Flying Saucers*. Con este nombre

continuó sin problemas hasta la década de los sesenta.

Para los principales lectores de las revistas de ciencia ficción, este hecho significó el abandono de Palmer, después de casi treinta años. Pero Palmer no estaba acabado. En años posteriores, creó una revista no literaria, *Space World*, y una publicación ocultista, *Search* (una segunda versión de *Mystic*). Asimismo, cumplió su promesa de editar *La verdadera historia del Misterio Shaver*, que apareció en el número uno de *The Hidden World*, en la primavera de 1961. Se trataba de una revista de ocultismo, claramente apartada de la novelística. En ella se reeditó el famoso *I Remember Lemuria!* (¡Recuerdo Lemuria!) y varios artículos de fondo, muy detallados, obra de Palmer y Shaver. En total, hasta el otoño de 1962, aparecieron ocho números trimestrales de *The Hidden World*. Más recientemente, Palmer inició la publicación de una revista de escasa circulación, *Forum*, donde se invita a los lectores a discutir a fondo diversos tópicos. Como es natural, éstos se centran en los OVNI y el *shaverismo*. El último número que he tenido en mis manos, fechado en septiembre de 1973, todavía trata extensamente del fenómeno Shaver. Richard S. Shaver falleció en noviembre de 1975. Mis recientes intentos de ponerme en contacto con Ray Palmer resultaron infructuosos.

El culto de los OVNI no se manifestó tan sólo en las revistas de Palmer. 1957 fue sin duda alguna el año de los OVNI. El número de febrero de 1957 de *Fantastic Universe* estuvo dedicado a dicho tema. Se incluían artículos de Ivan T. Sanderson, el famoso explorador y naturalista, y de Gray Barker, editor de *The Saucerian Review*. Casi toda la parte literaria enfocaba el tema de los platillos volantes. Por ejemplo, *Invasión*, de Harlan Ellison, un relato de lo que podría suceder si llegasen los platillos. A lo largo de 1957 y 1958, *Fantastic Universe* ofreció una serie de artículos sobre los OVNI, lo cual motivó que muchos de los lectores aficionados a la *ficción* le retirasen su adhesión, culpando en parte del hecho al entonces reciente nombramiento de Hans Stefan Santesson como director. Santesson era un popular escritor y editor de literatura de misterio y policíaca, que asistía con regularidad a las reuniones de ciencia ficción y colaboraba en *Fantastic Universe* con una sección de crítica titulada «Universe in Books». En 1956, cuando Leo Margulies abandonó KingSize Publications para establecer un nuevo mercado, Santesson ocupó su cargo. La calidad de la revista decayó a partir de aquella fecha. Sin embargo, no hay que achacar toda la culpa a Santesson. Se trataba de un síntoma del mal que padecía la ciencia ficción en su conjunto. Aun así, el estigma recayó con rapidez sobre Santesson y su revista. El acrecentado interés por los OVNI exacerbó la situación. Una década después, Santesson contribuiría a la manía del saber OVNI con su propio libro, *Flying Saucers in Fact and Fiction* (Los platillos volantes en la realidad y la ficción) (1968). No obstante, los escritores consideraban a Santesson como un editor amable, servicial y útil.

Por si esto no bastara, una tercera revista vino a entrometerse en el mercado OVNI. En octubre de 1957, la *Amazing Stories* publicó un número especial sobre los OVNI, dedicando la mitad de sus páginas a artículos de personajes como Raymond Palmer,

Kenneth Arnold, Gray Barker y Richard Shaver. Sólo incluía dos cuentos, ambos relacionados con los OVNI; uno de ellos —obra de Harían Ellison, bajo el seudónimo de Ellis Hart—, *Farewell to Glory* (Adiós a la gloria).

Howard Browne abandonó en 1956 la dirección de *Amazing Stories* al dejar *Ziff-Davis* para trasladarse a Hollywood. La vacante fue ocupada por Paul W. Fairman, escritor, que poseía cierta experiencia editorial gracias a *Amazing* y *Fantastic* y fue el primer editor de *If*.

Pese a que Howard Browne no gustaba de la ciencia ficción, sus revistas no revelaban tal circunstancia. En cambio, debe suponerse que a Fairman sí le interesaba, ya que se dedicaba al género. Sin embargo, desde el momento en que se hizo cargo de *Amazing* y *Fantastic*, ambas cobraron un aspecto pobre y descuidado, con un contenido falto por completo de inspiración, indicando a las claras que Fairman se despreocupaba por entero de ellas, lo cual no significa que no supiera dirigir las. Adoptaba una política muy sólida: acortar en la medida de lo posible y aspirar al mínimo denominador común. Por desgracia, dicha política surtió efecto. A pesar de la baja calidad de las revistas, que con frecuencia rozaba en lo deprimente, ambas sobrevivieron y prosperaron, mientras otras se hundían.

La actitud de Fairman fue bastante similar a la de Palmer, aunque nunca tan sensacionalista. A mediados de la década de los cincuenta, la mayoría de los lectores de esas revistas se reclutaban entre los adolescentes, seducidos por los vislumbres de la era espacial. Deseaban una literatura de acción rápida y no les importaba gran cosa la caracterización o la introspección. Este tipo de historia se escribía con facilidad y abundaban los escritores novatos deseosos de poner manos a la obra como fuera. Fairman llegó a un acuerdo con un grupito de autores a fin de que produjeran una cantidad de líneas mensuales fijadas de antemano, que pasaban directamente a las prensas con escasa, por no decir ninguna, corrección. Autores como Henry Slesar, Milton Lesser y, sobre todo, Robert Silverberg entregaron al mes sus miles de palabras a cambio de cheques regulares. La situación se prestaba, claro está, al abuso. No obstante, por una especie de gracia salvadora, la mayoría de esos escritores se mostraron concienzudos, pese a no tener ninguna necesidad de serlo. Podían escribir lo que les gustara, como les gustara y, puesto que la mayor parte de sus obras aparecía bajo un seudónimo de la casa, no se exponían a crítica alguna. La práctica del seudónimo de empresa fue, y sigue siéndolo en menor grado, común entre los editores, por cuanto permite publicar bajo la misma firma la obra de varios escritores. Estos seudónimos abundaron en especial en las revistas de *Ziff-Davis* —con nombres como S.M. Tenneshaw, Alexander Blade y Gerald Vance—, y todavía se desconoce a ciencia cierta el autor de cada una de tales obras. Por fortuna, el talento real no puede mantenerse oculto, y el de Silverberg y el de Ellison se transparentaban lo suficiente para que sus colaboraciones resultaran superiores a las de sus colegas. Silverberg recuerda así aquella época:

El verano de 1955 en Nueva York fue caluroso y deprimente, estableciéndose a diario récords de temperatura y humedad. Sin embargo, en una decrepita casa de apartamentos de la calle 114 Oeste, a la sombra de la Universidad de Columbia, un joven imberbe, de ojos vivos, golpeaba afanosa e incansablemente una máquina de escribir, ya casi humeante, escribiendo día y noche relatos de ciencia ficción, con la furiosa energía de quien acaba de empezar a vender regularmente sus obras y teme descansar por un instante, dejando que se desvanezca el aroma del triunfo.

Aquel joven trabajador se llamaba Robert Silverberg. No era el único escritor atareado que había en el edificio en aquel tiempo. En el piso de al lado, se alojaba un tal Randall Garrett y, en la planta inferior, un refugiado de Ohio llamado Harlan Ellison. Y también ellos hacían trabajar al máximo sus máquinas de escribir.

Fairman efectuó algunos experimentos con sus revistas. Por ejemplo, en junio de 1956, *Fantastic* dedicó un número especial a los sueños. Su aceptación inspiró a Fairman la idea de una nueva revista de fantasía y ciencia ficción, que se llamaría *Dream World*. El primer número, fechado en febrero de 1957, se puso a la venta la víspera de Navidad de 1956, aspirando a un cierto nivel cultural al reeditar ciertas historias de P. G. Wodehouse y Thorne Smith. Por desdicha, los números siguientes se rellenaron con las acostumbradas fruslerías, producidas en serie por la «fábrica de ficción». Nacida como bimensual, *Dream World* consiguió sacar a trancas y barrancas tres números trimestrales, antes de morir para no resucitar jamás.

La suerte de *Dream World* se limitaba a subrayar la situación dramática en que se hallaban *Amazing* y *Fantastic*. Sigue siendo un misterio cómo lograron continuar, a no ser que se explique gracias a su fuerte núcleo de fieles lectores dotados de un inagotable optimismo. A continuación, Fairman decidió sacar provecho del floreciente mercado cinematográfico de ciencia ficción y procedió sin titubeos a publicar una proyectada serie de *Amazing Stories Science Fiction Novels*. Henry Slesar fue contratado para escribir una novela basada en el guión cinematográfico de Bob Williams y Chris Knopf, basado a su vez en el relato de Charlotte Knight, para la película de la Columbia: *20 Million Miles to Earth!* (¡A 20 millones de millas de la Tierra!) (1957). Los efectos especiales de Ray Harryhausen salvaron la película, pero nada podía salvar la novela. Tras el primer número de la serie, en el verano de 1957, no se publicaron más *Amazing Novels*, aunque el proyecto puso de relieve un posible vínculo entre el cine y las revistas que sería explotado en años siguientes.

Fairman continuó con sus números especiales. Después de la edición dedicada a los OVNI, comprometió realmente su posición reviviendo el Misterio Shaver en el número de julio de 1958 de *Fantastic*. ¿Acaso creyó Fairman que, complaciendo a los grupos marginales, recuperaría para *Amazing* la gran circulación de la posguerra? De ser así, se equivocó. La situación había cambiado por entero en el transcurso de aquella década. En

1946, *Amazing* era una de las seis únicas revistas de ciencia ficción existentes. Aparte de ellas, poco más había disponible. En 1958, en cambio, *Amazing* suponía una más entre el racimo de revistas amenazadas en su supremacía por el cine, la televisión y, lo más importante de todo, el mercado del libro de bolsillo. Fairman vivía de un modo ciertamente peligroso.

Pese al hecho de que el campo de la revista presentaba todos los síntomas de un barco a punto de zozobrar, los editores debieron de pensar que aún existía una posibilidad de salir a flote, pues, durante todo el año 1957, se produjo un flujo constante de revistas nuevas, inspirado quizá por el éxito inicial de *Infinity*, nacida en noviembre de 1955. En su primer número, había ofrecido *The Star* (La estrella), de Arthur C. Clarke, que obtuvo el Premio Hugo. Los ingresos de la revista fueron lo bastante saneados para que su editor, Irwin Stein, pensara en una publicación hermana. Su aparición provocó una inmediata confusión.

Durante los años del *boom*, Lester del Rey había iniciado una revista llamada *Science Fiction Adventures*, que, después de nueve números, desapareció en mayo de 1954, al ocupar Harry Harrison el cargo de director. En 1957, cuando aún no habían transcurrido tres años, aparecía una nueva *Science Fiction Adventures*, aunque en esta ocasión publicada por Larry Shaw (nacido en 1924), director de *Infinity*. Lo que dejó perplejos a los lectores fue que la edición estaba numerada como volumen 1, número 6... ¿Dónde se habían metido los cinco números intermedios? Si se trataba de una continuación de la antigua revista, ¿por qué no llevaba el número diez? La respuesta no se conoció de inmediato. Cuando la siguiente edición apareció satisfactoriamente numerada con el número dos, la mayoría de los lectores pensaron que se trataba de una errata y dejaron de preocuparse por el asunto.

Pero no se había producido ninguna errata. La explicación reside en la misma razón por la que Ray Palmer cambió de *Other Worlds* a *Flying Saucers*: la tan ambicionada licencia postal de segunda clase. Al mismo tiempo que lanzaba *Infinity*, Irwin Stein había iniciado la publicación de una revista hermana del género policiaco, *Suspect*. En contra de lo esperado, *Infinity* triunfó, en tanto que *Suspect* se iba al garete. Stein decidió, por lo tanto, convertir *Suspect* en una revista de ciencia ficción y, para evitar la pérdida de su autorización postal, se limitó a cambiarle el nombre, manteniendo la misma numeración. De modo que, tras el quinto número de *Suspect*, llegó el sexto de *Science Fiction Adventures*. Por desgracia, Correos no admitió tal engaño, y Stein hubo de atenerse a las normas. Palmer conservó la exclusiva de su fórmula de tránsito, que le permitió pasar por alto las reglas.

SF Adventures, dirigida a un público juvenil, alardeaba de ofrecer «nuevas novelas de acción completas». El uso de la palabra «novela» requirió un verdadero esfuerzo de imaginación, ya que el relato de fondo, *The Starcombers* (Los exploradores de estrellas),

de Edmond Hamilton, sólo tenía quince mil palabras de extensión. Los otros dos, ambos colaboración de Silverberg y Garrett con diversos seudónimos, todavía eran más cortos. En su editorial, Larry Shaw se lamentaba de la pérdida de un «sentido de lo maravilloso» en la ciencia ficción, afirmando que *SF Adventures* lo restablecería. De hecho, la revista no difería de *Imaginative Tales*, con la diferencia de que, en esta última, sólo las novelas de fondo tenían cierta calidad, mientras que los cuentos de relleno se reducían a puro desecho de las fábricas de ficción. En comparación, *SF Adventures* parecía más sustancial, y ofrecía excelentes ilustraciones de Ed Emshwiller. Eso le proporcionaba una ventaja psicológica frente al lector, incluso antes de que éste llegara a la ficción, asimismo de mejor calidad. En ella se publicaron algunas de las mejores obras de Silverberg de aquel período, por ejemplo su serie *Chalice of Death* (Cáliz de muerte), firmada con el seudónimo Calvin Knox. La trilogía, que narra el descubrimiento de la antigua Tierra miles de años después de que su imperio se hubiera esparcido por todo el universo y el subsecuente cumplimiento de la profecía según la cual aquélla recuperaría su antiguo poder, fue publicada más tarde en forma de libro con el título *Lest We Forget Thee, Earth* (Para que no te olvidemos, Tierra) (1958).

SF Adventures no fue la primera de la nueva nidada de revistas. Su número inicial estaba fechado en diciembre de 1956. *Satellite SF* había aparecido en octubre del mismo año.

Editada por Renown Publications, de la Quinta Avenida, Nueva York, *Satellite SF* estaba dirigida por un hombre conocido de todos en el mundo de la revista, Leo Margulies. Margulies (1900-1975) era uno de los editores más respetados por su experiencia y sus conocimientos. Después de abandonar *Fantastic Universe*, había fundado su nueva firma editorial por diversas razones, aunque de ninguna manera para publicar *Mike Shayne's Mystery Magazine* y la pretendida reedición de *Weird Tales*. Esta última no llegó a materializarse, al menos no en aquella época, aunque su vieja compañera, *Short Stories*, volvió a editarse, ofreciendo como mínimo un relato de ciencia ficción por número.

Margulies solicitó la ayuda de Sam Merwin para editar *Satellite*, reconstituyendo el equipo que había puesto en marcha *Fantastic Universe* en 1953.

La idea de *Satellite* no era nueva. Consistía en presentar una novela completa por número, acompañada de un puñado de cuentos. La misma estructura fue adoptada ya para las antiguas *Quarterlies*, aparecidas entre 1928 y 1934, y constituyó la fuerza de *Starling Stories*. Esta última publicación había sido prácticamente la única en la que los aficionados podían encontrar novelas legibles a un precio módico. Pero, en 1956, los libros de bolsillo inundaron el mercado, de tal forma que *Satellite* decidió rivalizar francamente con él ofreciendo una novela completa, incluso de extensión superior a la normal, por el mismo precio (treinta y cinco centavos). Margulies cumplió su palabra. A diferencia de las

quince mil palabras de *SF Adventures*, el primer número de *Satellite* presentó *The Man from Earth* (El hombre de la Tierra), de Algis Budrys, con una extensión de treinta y cuatro mil palabras, y el número dos, *A Glass of Darkness* (El espejo de las tinieblas), de Philip K. Dick, con un total aproximado de cuarenta mil palabras.

La novela más renombrada entre las publicadas en *Satellite* fue sin duda *The Languages of Pao* (Las lenguas de Pao), de Jack Vance, incluida en los números de diciembre de 1957. Esta intrincada narración sobre el planeta Pao y la forma en que sus diversos idiomas gobernaban las varias culturas añadió una nueva dimensión a la obra de Vance y le señaló como escritor digno de tenerse en cuenta.

Satellite no ofrecía secciones de cartas o colaboración de los lectores, pero instituyó una de crítica literaria, a cargo de Sam Moskowitz, que se metamorfoseó en una serie de artículos sobre los progenitores de la ciencia ficción y constituiría la base de su libro *Explorers of the Infinite* (Exploradores del infinito) (1963). Además, Margulies recuperó para el campo de la ciencia ficción a los artistas Leo Morey y Frank R. Paul.

Satellite fue bien recibida en general. Publicaba buena literatura de autores competentes, con un contenido bien equilibrado. En 1953, no habría bastado con eso para mantener la revista a flote, pero en 1957 suponía una excelente baza.

Pisando los talones a *Satellite* y *SF Adventures*, nació *SuperScience Fiction* con un director y un editor nuevos en el campo. El director, W. W. Scott, era un hombre muy experimentado en el terreno de la revista de aventuras de formato normal, aunque no en el de la ciencia ficción, por lo que se limitó a modelar su revista basándose en las ya existentes. Pero no sabiendo diferenciar entre buena o mala ciencia ficción (dejando aparte que estuviera o no bien escrita), pronto adoptó la solución más fácil y recurrió a la fábrica de ficción, en especial a Robert Silverberg, para llenar sus números.

El primero, fechado en diciembre de 1956, llevaba una impresionante portada de Kelly Freas, representando la determinación del hombre de conquistar las estrellas. Con ella se pretendía subrayar lo que sería el tema preferido de *Super-Science Fiction*: el modo en que la ciencia del futuro afectaría al individuo. En realidad, ya en el primer número, el proyecto quedaba reducido al intento por parte de los autores de crear personajes en el contexto de sus, por otra parte, típicas aventuras espaciales. *Catch 'Em All Alive!* (¡Atrapadlos vivos a todos!), de Robert Silverberg, relataba simplemente la captura de una multitud de especímenes como muestrario de la fauna extraterrestre. El relato resultaba ameno, pero mal cabía considerarlo como un estudio en profundidad de la humanidad y la ciencia. Desde luego, Silverberg no se proponía tal cosa.

Los lectores, siempre y cuando ignoraran las pretensiones de Scott, encontraron una revista bastante interesante, realmente superior al nivel de *Amazing*. Y aunque no podía aspirar a ser indispensable, atrajo lectores y se estabilizó en una periodicidad bimensual.

Todavía se creó una revista más antes de finalizar 1956. A diferencia de muchas publicaciones de este periodo, *Venture SF* no iba dirigida en absoluto al público juvenil. El primer número, fechado en enero de 1957, la presentaba como compañera de la respetable *F and SF*, la única revista en circulación creciente por aquel entonces, si bien no la dirigía Anthony Boucher, de la *F and SF*, que se circunscribía a figurar como asesor. La dirección de *Venture* la ostentaba el director gerente de Mercury Press, Robert P. Mills (nacido en 1920). Mills se había ocupado ya de la mayor parte del trabajo administrativo de *F and SF* y su ya enajenada compañera *Ellery Queen's Mystery Magazine*. Ahora, le correspondía el control total de *Venture*.

Los relatos de *Venture* se centraron en el sexo y la violencia, a veces hasta un grado nauseabundo. El mejor ejemplo de ello, que formaba parte del primer número, fue *The Girl Had Guts* (La chica tenía redañones), de Theodore Sturgeon, donde un virus alienígena ataca a los humanos y les obliga a vomitar los intestinos... La narración llevó a un crítico a decir que era la única que le había causado un verdadero malestar físico en toda su vida. La novela de fondo, *Virgin Planet* (Planeta de vírgenes), de Poul Anderson, giraba en torno a un hombre que aterrizaba en un mundo habitado en exclusiva por mujeres. El número ofreció también un relato humorístico de Charles Beaumont, *Oh Father Mine* (¡Oh, padre mio!), una retorcida versión del tema del viaje a través del tiempo, en la que un hombre mata a su propio padre antes de haber sido concebido.

El tema sexual continuó siendo el dominante en *Venture*. Las narraciones estaban bien escritas por buenos autores. En resumen, una excelente revista. Sin embargo, no se vendía demasiado bien. Viéndola ahora, en retrospectiva, se comprende que se adelantaba a su tiempo. Publicada a principio de la década de los sesenta, tal vez habría sido mejor acogida. Pero en 1957, las revistas se apoyaban de manera predominante en los lectores juveniles, y el estilo de *Venture* no les atraía.

La primavera de 1957 vio el nacimiento de algunas revistas más, aunque ninguna de real importancia. *Space SF Magazine* que no debe confundirse con la posterior *Space SF* creada por Del Rey, fue una oportunista publicación de Republic Feature de la calle 55 Oeste, Nueva York, que la presentaba como compañera de *Tales of the Frightened*, una prolongación de la serie radiofónica neoyorquina del mismo nombre, narrada por Boris Karloff. Pese a que ambas revistas incluían relatos de famosos autores de ciencia ficción, se trataba de productos rechazados por mejores publicaciones, y ninguno poseía un valor perdurable. Dirigidas nominalmente por Lyle Kenyon Engel, sólo vieron un número más cada una, fechado en agosto de 1957, antes de que los editores procedieran a la liquidación de la sociedad, y las publicaciones se esfumaran.

La portada del primer número de *Saturn* (marzo de 1957) anunciaba ostentosamente: «*El eterno Adán*», de Julio Verne. Un nuevo hallazgo». Esto le atrajo un número de lectores suficientes para compensar los gastos del primer número, pero la escasa calidad

de las ediciones siguientes les desanimaron.

Donald Wollheim, entonces jefe de ediciones de Ace Books, dirigía *Saturn*. Robert C. Sproul, hijo de Joseph Sproul, director general de Ace News Company, engolosinado con la nueva boga del género, le había pedido que preparara una revista de ciencia ficción. No obstante, cuando las ventas menguaron con gran rapidez después del primer número, Sproul cambió de idea..., pese a que en un determinado momento había sugerido una publicación periódica compañera de la anterior. Planeaba convertir *Saturn* en una revista entre erótica y policíaca, más en la vena de sus restantes publicaciones. Enfrentado a las restricciones postales que tanto habían preocupado a Stein y Palmer, ensayó su propio truco. Después del número de marzo de 1958, la revista pasó a llamarse *Saturn Web Detective Stories* y, una vez transcurrido el tiempo suficiente, se eliminó la palabra *Saturn*. El contenido de la revista se orientó más y más hacia el terror, muy al estilo de las horripilantes revistas baratas de los años treinta. En 1962, se convirtió en *Web Terror Stories*, y así sobrevivió hasta 1965. De manera ocasional, ofrecía relatos de ciencia ficción de poco valor. Para entonces, Wollheim hacía ya mucho tiempo que se había despedido del proyecto. Si *Saturn* permanece aún en algunas memorias se debe a que publicó el último relato de Ray Cummings, *Requiem for a Small Planet* (Réquiem para un pequeño planeta). Desde los primeros tiempos, Cummings fue uno de los nombres más famosos en las revistas baratas de ciencia ficción. Había alcanzado la fama con su cuento microcósmico *The Girl in the Golden Atom* (La muchacha en el átomo dorado) (*All-Story Weekly*, 15 de marzo de 1919). Pero a partir de entonces, Cummings no progresó, y en la década de los treinta, se le consideraba como un escritor mercenario, que producía en cadena relatos policíacos y terroríficos. Y aunque regresó al terreno de la ciencia ficción en los años cuarenta, se le juzgó entonces como un anacronismo. Murió el 23 de enero de 1957, a los sesenta y nueve años de edad.

En el verano de 1957, alcanzó su punto culminante el renacimiento de la revista de ciencia ficción. Una resurrección muy breve. Lo que debería haber sido su momento de gloria se convirtió en el tañido del toque de difuntos. Los devotos de la ciencia ficción pensaron que seguramente las cosas buenas estaban aún por venir. No había por qué mirar al pasado. La humanidad se aprestaba a entrar en la era espacial.

El 4 de octubre de 1957, la Unión Soviética puso en órbita terrestre el primer satélite artificial, Sputnik 1, al que siguió, el 3 de noviembre, el Sputnik II, llevando en su interior la perrita Laika, la primera criatura viviente que salió de la Tierra. El 31 de enero de 1958, le llegó el turno al americano Explorer 1, y en poco tiempo, multitud de satélites circundaron nuestro planeta. El interés del público en general por los viajes espaciales se intensificó de manera indudable. La gente quería saber más. Sí, se iniciaba un nuevo *boom* de la ciencia ficción y, sin duda alguna, las revistas del género bogarían en la cresta de la ola...

Y así nació *Star SF* a finales de 1957, si bien fechada en enero de 1958. No podía decirse que fuera una aventura nueva. Se trataba de la conversión en revista de la lograda serie de antologías originales publicada por Ballantine Books y dirigida por Frederick Pohl. La primera de tales antologías había aparecido en febrero de 1953, seguida por otras tres en 1954. Pero Pohl se sentía restringido por los límites de una antología anual y quiso experimentar con un formato de revista. Tras años de disputa con Ian Ballantine, éste acabó por acceder. Sin embargo, la revista sólo salió a la venta después de numerosos retrasos adicionales. Las narraciones eran de la calidad que se esperaba, e incluían la primera publicación americana de Brian Aldiss, *Judas Dancing* (El baile de Judas). No obstante, la presentación dejaba mucho que desear y las ilustraciones de William Powers resultaban deplorables. De todos modos, no fue eso lo que mató a *Star SF*. Según recuerda Pohl:

«Fracasó... No recuerdo las cifras de venta, pero fueron desastrosas, debido a la resistencia en aquella época de las distribuidoras y los librereros ante cualquier tipo de revista nueva. Donde salió a la venta, obtuvo éxito, pero en la mayor parte del país, las distribuidoras nos devolvieron los ejemplares enviados en su embalaje original, sin abrir».

Se había preparado un segundo número, que jamás apareció. No obstante, *Star SF* no estaba acabada. Se limitó a recuperar su antigua forma, y los relatos seleccionados para la segunda revista se publicaron en la antología *Star SF Stories 4*, en noviembre de 1958, con una venta triunfal.

Lo cual venía a subrayar toda la ironía de la situación. Un libro de bolsillo que contenía punto por punto lo mismo que una revista se vendía precisamente por ser un libro de bolsillo. Como revista no tenía ningún porvenir. Pero ¿en qué residía la diferencia? La diferencia residía en el estigma asociado a la revista en general, en el legado de la mayoría de las deficientes revistas juveniles.

Prácticamente lo mismo le aconteció a *Vanguard SF*, una revista muy competente dirigida por James Blish, que contenía un puñado de excelentes relatos, en especial *Reap the Dark Tide* (Recolectad la oscura marea), de Cyril Kornbluth, una de sus típicas y sombrías visiones de un mundo futuro devastado por las armas nucleares.

La narración se conoce más en su versión revisada, *Shark Ship* (Nave tiburón). Con casi entera seguridad, fue el último de los relatos que el autor vio publicados. *Vanguard*, fechada en junio, se distribuyó a los quioscos a finales de marzo, la víspera del lanzamiento del satélite americano Vanguard 1. Cinco días más tarde fallecía Cyril Kornbluth, a consecuencia de un ataque cardíaco, en el duro clima de invierno de su ciudad natal. Sólo tenía treinta y cuatro años.

La muerte de Kornbluth llegó sólo unas semanas después del fallecimiento de otro de

los grandes de la ciencia ficción, Henry Kuttner, también joven, a los cuarenta y tres años. Si la contribución fundamental de Kuttner al género había tenido lugar en los años cuarenta, la de Kornbluth seguía en pleno auge. Sus numerosos y excelentes relatos breves, además de sus colaboraciones con Judith Merrill y las más abundantes con Frederick Pohl, se han convertido en clásicos, y el hecho de que su talento se truncara en plena juventud supuso uno de los peores golpes que la ciencia ficción hubo de sufrir. Kornbluth fue uno de los escasos talentos creativos y originales de los últimos años de la década de los cincuenta. Al faltar él, el campo de la ciencia ficción dio un paso atrás en el camino del progreso.

Para el aficionado a la ciencia ficción, la situación se tornaba cada vez más lóbrega. No sólo desaparecían las revistas, sino que morían los grandes escritores. El veterano Bob Olsen, un nombre legendario de los días de Gernsback, falleció en 1956, seguido por Ray Cummings y por el dibujante J. Allen St. John, en 1957. Ajeno al género, pero asimismo un talento creativo, Lord Dunsany moría en octubre del mismo año.

Lo que debería haber sido un momento triunfal para las revistas de ciencia ficción, el amanecer de la era espacial, degeneró en una terrible época de aflicción. Apenas sorprende que cada vez más aficionados se pasaran al floreciente campo del libro de bolsillo, que no sólo reimprimía numerosos clásicos perdidos de los años treinta y cuarenta —antes sólo en posesión de los más fervientes coleccionistas—, sino que los autores de ciencia ficción producían más y más novelas, destinadas en concreto a dicho campo editorial. 1956 vio la edición de *The Green Odyssey* (La odisea verde), de Philip José Farmer, y *The World Jones Made* (El mundo que creó Jones) ambas obras maestras reconocidas, ninguna de las cuales fue publicada primero en una revista.

Y así, el infortunio se abatió sobre el mundo de la revista, que entabló una lucha feroz por la supervivencia.

El éxodo de la ciencia ficción

No causa sorpresa alguna que la primerísima víctima de la desgracia fuera la única revista sobreviviente de formato normal; *Science Fiction Quarterly*, que apareció por última vez en febrero de 1958. Si bien su literatura se mantuvo siempre a un nivel de amenidad, en los últimos tiempos su calidad había mermado. Pero, más que a eso, su caída se debió a que ese tipo de revistas se había convertido en un completo anacronismo. No tenían cabida en la era espacial. No obstante, lo que al principio pareció una calamidad, acabó por derivar en fortuna. El editor Louis Silberkleit aprovechó la oportunidad de cerrar *SF Quarterly* para aumentar la periodicidad de sus otras dos revistas, *Science Fiction* pasó a mensual a partir de mayo de 1958. Este logro quedó aminorado en parte por el hecho de que, en febrero de 1957, *Fantastic* se había transformado asimismo en mensual manteniendo dicho ritmo de publicación.

En junio de 1958, aparecieron por última vez dos revistas. *Venture* dejó de publicarse después de diez números, excelentes pero no apreciados, al igual que *Science Fiction Adventures*, aunque esta última sobreviviría en un medio totalmente distinto, como ya veremos. Su hermana mayor, *Infinity*, subsistió un poco más, pero sucumbió por fin en noviembre de 1958.

William Hamling advirtió también las señales de peligro. En octubre de 1955, tras el éxito del *Playboy* de Hugh Hefner, había lanzado la revista para hombres *Rogue*, que, con bastante frecuencia, incluía relatos de ciencia ficción. *Rogue* obtenía unos beneficios «respetables» y, sin duda alguna, resultaba más lucrativa que publicar dos mediocres revistas de ciencia ficción. ¿Por qué proseguir con ellas cuando podía publicar ciencia ficción en su revista masculina en papel satinado? Hamling corrió un último riesgo al adaptar *Imaginative Tales* a la era espacial, cambiando su nombre por el de *Space Travel* en el número de julio de 1958. Pero sus relatos cortos mantuvieron su insipidez habitual, sólo paliada por las amenas novelas cortas que los acompañaban. Octubre de 1958 fue el mes de la última *Imagination*, y en noviembre desapareció *Space Travel*.

Ocho revistas habían cerrado ya un año después del nacimiento de la era espacial, y el final de esa situación no se vislumbraba todavía.

Satellite luchó con valentía. Ya no la dirigía Merwin, sino que la controlaba en esencia Leo Margulies, con la colaboración de Sylvia Kleinman, su esposa, y Frank Belknap Long. Margulies era tan consciente como cualquier otro editor del inminente fracaso. Su táctica consistió en convertir *Satellite* en una publicación de gran formato. Con anterioridad, tan sólo una revista de ciencia ficción había aparecido así, *Science Fiction Plus*, en 1953. Pero había fracasado. ¿Triunfaría *Satellite*? Como nueva publicación de gran formato,

disfrutaría de mejores oportunidades en los quioscos, donde las revistas pequeñas se perdían entre la confusión de los libros de bolsillo.

La conversión tuvo lugar en el número de febrero de 1959, al mismo tiempo que la publicación pasaba a mensual. No se trataba, en realidad, de una revista en papel satinado. Estaba impresa en papel barato, y sólo la cubierta —una llamativa franja amarilla, con una audaz ilustración de Alex Schomburg— era de material especial. Al fin y al cabo, sólo contaba la primera impresión. Además de los relatos normales, excelentes, Margulies presentaba una innovación, una sección de reediciones, titulada «Departamento de historias perdidas».

Se trataba de un negocio arriesgado y merecía triunfar. No fue así. Los ingresos resultaron desconsoladores. El número de junio de 1959 murió en la etapa de corrección y jamás fue impreso. No obstante, dos ejemplares fueron depositados en la Biblioteca del Congreso para registrar su propiedad intelectual, y se sabe que existen otros dos, convirtiéndose así en la más rara de todas las ediciones de revistas de ciencia ficción.

Por una ironía, la revista nueva que sobrevivió más tiempo fue *Super Science Fiction*, editada por el hombre que menos sabía del tema. Scott poseía, en cambio, grandes conocimientos acerca de la comercialización, y del mismo modo que Palmer siguió la tendencia OVNI, Scott apuntó hacia una nueva y floreciente moda: la ciencia ficción matizada de horror.

Los años cincuenta habían sido testigos de una profusión de supuestas películas de ciencia ficción, la mayoría protagonizadas por agresivos monstruos, surgidos de todas partes. Realizadas en general de manera consternadora, hasta el punto de provocar la risa, ello no fue obstáculo para que atrajeran a un numeroso público, sobre todo juvenil. Como es natural, cuando la industria cinematográfica comprendió la potencialidad del campo, se multiplicaron las películas sobre dicha base. En consecuencia, se nos ofrecieron necedades como *The Invasion of the Saucer Men* (La invasión de los platillos) (1957, basada en un relato de Paul Fairman, cosa nada sorprendente), *I Was a Teenage Frankenstein* (Yo fui un Frankenstein adolescente) (1957), *I Married a Monster from Outer Space* (Me casé con un monstruo del espacio) (1958) y, por supuesto, *The Blob* (La gota), (1958), protagonizada por Steve McQueen.

Cosa extraña, la primera revista que se especializó en el género fue británica. *Screen Chills and Macabre Stories* nació en el otoño de 1957. Ofreciendo algunos artículos y relatos sacados de las películas, encontró escasa acogida y no tardó en liquidar.

El mercado americano respondió mejor a este tipo de publicación. En enero de 1958, *Famous Monsters of Filmland* obtuvo unas ventas fenomenales y adoptó con gran rapidez una periodicidad bimensual. Poco tenía que ver con la ciencia ficción, y si bien presentaba algún relato ocasional, carecía de verdadero interés. E ironías de la suerte, la

dirigía Forrest J. Ackerman, el aficionado número uno de la ciencia ficción. Ackerman, apasionado desde niño por las películas de terror y ciencia ficción, había reunido una inmensa colección en su *Ackermansion*, donde se aloja también la más completa colección de libros y revistas de ciencia ficción y horror existente en el mundo, que yo sepa. Durante años, Ackerman se había esforzado por iniciar una revista de ciencia ficción, pero sus planes se frustraban en las etapas finales. El aborto más reciente había sido el de *Sci-Fi* preparada para su publicación en 1957, pero que nunca apareció. Ackerman acuñó en 1955 el término *sci-fi*, en las páginas de *Spaceway*. Desde entonces, llegó a ser la abreviatura más usada de ciencia ficción, con gran disgusto de los puristas, que la juzgan como sinónimo del mínimo denominador común de lo más ínfimo del género.

Con *Famous Monsters*, no obstante, Ackerman acertó con la cuerda sensible, y su publicación inició el auge de las revistas de monstruos, que se prolongó hasta la década de los sesenta. (Robert C. Sproul, de *Web Terror*, lanzaría posteriormente la suya propia, *For Monsters Only*). También tuvo sus repercusiones en el mundo de la revista de ciencia ficción, puesto que provocó la defección de W. W. Scott. Scott, en el número de abril de 1959, transformó *Super-Science Fiction* en revista de monstruos. Sin embargo, no la rellenó con una multitud de fotografías tomadas de las películas o con artículos semiserios, sino que la mantuvo con la misma apariencia, con relatos de fondo como *Vampires from Outer Space* (Vampiros del espacio), *Mournful Monster* (Monstruo afligido) y *The Huge and Hideous Beasts* (Las enormes y horribles bestias), la mayoría escritos por Robert Silverberg. Resulta imposible determinar en qué proporción aumentó esto las ventas de *Super SF* o retrasó su desaparición, pero sólo se publicaron tres números más, hasta octubre de 1959. Por entonces, numerosos aficionados a la ciencia ficción se alegraron de ello, pues si bien la revista había ofrecido algunas buenas narraciones, como *The Gentle Vultures* (Los dóciles buitres), de Isaac Asimov (diciembre de 1957), su calidad había disminuido muy pronto.

A finales de 1959, sobrevivían nueve revistas de ciencia ficción en todo el continente norteamericano, siendo así que dos años antes existían más de veinte. La cifra se reduciría aún más en el transcurso del año siguiente.

Fantastic Universe había dañado mucho su buen nombre al concentrarse en los platillos volantes, en 1957. Sin embargo, Hans Santesson obró milagros para mantener viva la revista durante los años de infortunio. Amplió su alcance para cubrir todos los reinos de la fantasía, lo sobrenatural y la ciencia ficción. *Fantastic Universe* fue la primera en imprimir el relato original de Bjorn Nyberg Conan, vuelto a escribir por L. Sprague de Camp, *Conan the Victorious* (Conan el victorioso), en septiembre de 1957. Santesson alentó a Harry Harrison en su obra, sugiriendo la serie *La guerra de los robots*, después de adquirir *The Velvet Glove* (El guante de terciopelo) en 1956.

La mejor oportunidad para renovar su revista se le presentó a Santesson en 1959, cuando pasó a ser editada por Great American Publications. En octubre de 1959, *Fantastic Universe* experimentó una modernización. Aunque volviendo al formato de revista barata, se imprimía en papel de mejor calidad. Santesson adquirió algunos cuentos de primera clase, por ejemplo *The Lague Ant* (La gran hormiga), un relato de Howard Fast sobre la evolución, y se aseguró la contribución de Lester del Rey, John Brunner, Lin Carter, Jorge Luis Borges y Poul Anderson. La publicación en forma de folletín de *The Mind Thing* (El objeto mental), la novela de Fredric Brown sobre un extraterrestre que se adueña de las mentes humanas, se inició en marzo de 1960. Los lectores hubieron de esperar un año, hasta que fue publicado el libro, para averiguar cómo concluía. Aquél fue el último número de *Fantastic Universe*, otra víctima de los distribuidores, precisamente cuando mayor éxito obtenía. La editorial planeó una revista especial, de un solo número, a fin de publicar en ella los relatos inéditos comprados para *Fantastic Universe*. La proyectada *Summer SF* jamás se hizo realidad. No obstante, se publicaron dos números de una revista de horror, *Fear!*, así como otros cinco de una edición americana de *New Worlds*, aunque de esto hablaremos más tarde.

Entre las víctimas finales de la plaga, se incluyeron las más apreciadas revistas, *Future* y *Science Fiction Stories*, admirablemente editadas por Robert Lowndes durante casi veinte años. Lowndes (nacido en 1916) fue y sigue siéndolo (pese a que ya no trabaja en este campo), uno de los mejores y más competentes editores de revistas. Se interesaba de verdad por la revista en sí, en sus colaboradores y, sobre todo, sus lectores, en tanto que otros adoptaban la actitud de «primero ocuparse de la revista, ya se ocupará ésta del lector». Para Lowndes, el lector era lo primero, o al menos se encontraba al mismo nivel.

Esta preocupación se revela muy claramente al leer su publicación: los editoriales personalizados, las excelentes secciones dedicadas al lector y el aficionado, y el sentimiento general que se desprende de que «esto es obra de todos». Leer una de las revistas de Lowndes causaba la impresión de pertenecer a una familia, y en cierto sentido así era.

Future apareció de manera más irregular, y durante parte de 1954, quedó casi postergada. Salió esporádicamente a lo largo de 1956 y, por último, en 1958 adoptó una periodicidad bimensual, al tiempo que *SF Stories* pasaba a mensual. Ambas revistas contenían una excelente literatura, con la diferencia de que *SF Stories* podía ofrecer folletines gracias a la frecuencia de su publicación; entre ellos, *The Tower of Zanid* (La torre de Zanid (1958) —las heroicas peripecias escritas por L. Sprague de Camp correspondientes a su serie *Krishna* y que narraban los intentos de un aventurero por recuperar su reino perdido— y el muy infravalorado *Caduceus Wild* (Caduceo salvaje) (1959), de Ward Moore y Robert Bradford. Situada en un futuro dominado por la medicina, cuando constituye un delito no llevar encima el certificado de buena salud firmado por un médico, la novela relata la rebelión de los *mallies*, es decir los enfermos.

Pese a que ambas revistas incluían relatos de Silverberg, Garrett y otros escritores pertenecientes a la fábrica de ficción, se trataba de narraciones escogidas con evidente cuidado por Lowndes, y rara vez había algún cuento malo. Muchos escritores deben a Lowndes su primera o primeras ventas durante este período. Por ejemplo, Thomas N. Scortia (nacido en 1926), conocido hoy día como el autor de uno de los libros en que se basó la película *El coloso en llamas*. Aunque su primera obra se la había comprado Del Rey en 1953 para *SF Adventures*, la mayoría de sus primeros relatos pasaron a manos de Lowndes. Uno de los mejores, *Genius Loci* (*SF Stories*, septiembre de 1957), se desarrolla en un mundo extraño, donde los colonos humanos se ven misteriosamente afectados por una plaga vegetal. Scortia aplicó buena parte de sus conocimientos de química a este fascinante relato.

Lowndes adquirió también varios relatos de escritores, en particular de Kate Wilhelm (cuyo *Love and the Stars –Today!* reeditamos en este volumen) y Carol Emshwiller. Esta última nacida en 1927, ofreció a *Future*, en 1955, su *This Thing Called Love* (Eso que llaman amor), que aportaba al género un toque de originalidad del que estaba muy necesitado. Carol era la esposa de Ed Emshwiller (nacido en 1925), uno de los dibujantes de ciencia ficción de más renombre, que firmaba sus obras con la abreviatura Emsh. Su producción durante la década de 1950 fue sorprendente, y ninguna revista que se preciara dejó de ofrecer al menos una de sus portadas. Poseía un talento especial para el dibujo de figuras, sobre todo femeninas, y la posible falta de originalidad en sus cubiertas quedaba compensada por su belleza. Sus obras se ven raramente en la actualidad, ya que Emsh ha ido introduciéndose en el campo de la producción cinematográfica.

Uno de los últimos autores noveles que destacó gracias a las revistas fue R. A. Lafferty, nacido en 1914. Su primera narración, *Day of the Glacier* (La era glacial), en torno a una inminente catástrofe provocada por una nueva glaciación, apareció en el número correspondiente a enero de 1960 de *SF Stories*.

El aficionado devoto de la ciencia ficción consideraba *Future* como la mejor publicación, en virtud de su contenido ajeno a la novelística. A partir del verano de 1957, Lowndes ofreció una serie de atractivos editoriales, que rememoraban la composición de las primitivas revistas del género. Bajo el título «Yesterday's World of Tomorrow» (Mundo futuro del ayer), la sección se prolongó hasta el número de agosto de 1959, concentrándose en un estudio, relato por relato, de *Amazing* y sus compañeros, 1927 a 1929. Con la edición de febrero de 1958, Lowndes inició un «Almanaque de la ciencia ficción», detallando mes por mes los hechos históricos en el terreno de la revista. También hubo una sección de colaboraciones del lector, a cargo de Robert Madle, y artículos científicos de Isaac Asimov y Thomas Scortia, aparte de otros muchos detalles de interés, como por ejemplo una alborotadora sección de «Cartas de los lectores».

El triste final se presentó de forma repentina. En abril y mayo de 1960,

respectivamente, salieron los últimos números de *Future* y *Science Fiction*, víctimas a su vez de los distribuidores. Sin embargo, no supuso la desaparición de *SF Stories*. James V. Taurasi (nacido en 1917), veterano aficionado, compró el título al editor Louis Silberkleit. En diciembre de 1961, publicó un folleto anunciando la continuación de la revista, y en los inviernos de 1962 y 1963 aparecieron dos números impresos por cuenta propia. Olvidados de inmediato, no se les cuenta entre las revistas de ciencia ficción. Al publicarse el último de ellos, Robert Lowndes había vuelto ya a la palestra.

Rosas entre espinas

Seis supervivientes. Seis revistas que habían resistido a la adversidad y vivido para enfrentarse a otra época. Vivido para ser testigos del lanzamiento del primer hombre al espacio, Yuri Gagarin, el 12 de abril de 1961.

Que *Astounding*, *Galaxy* y *F and SF* se encontraran entre ellas no es nada sorprendente. Que *If* siguiera en la brecha se debía a un golpe de buena fortuna. *Amazing* y *Fantastic*, cuya longevidad resultaba notable, la debían a una composición magistral.

El género de la ciencia ficción exhaló un suspiro de alivio cuando, en el verano de 1958, Paul Fairman decidió abandonar el campo editorial y volver a escribir de modo independiente. Sus últimos números estuvieron fechados en noviembre de aquel año. Una muchacha de tan sólo veinticinco años ocupó su lugar.

Cele Goldsmith se había licenciado en arte en 1955. Poco después, aceptó el empleo que le ofrecía *Ziff-Davis*. A partir de septiembre de 1956, se la nombró directora adjunta de ambas revistas. En realidad se trataba de un eufemismo, ya que sus tareas se reducían a las de una secretaria. No obstante, la señorita Goldsmith era una ferviente aficionada a la ciencia ficción, y Fairman no tardó en reconocer su capacidad. En los números de marzo de 1957, se la anunciaba ya como directora ejecutiva, responsable de buena parte de la preparación de las publicaciones, pese a que Fairman se reservaba la última palabra. Al dimitir éste, le correspondía a Cele Goldsmith sucederle. Libre de la influencia de su predecesor, podía efectuar los cambios que deseaba. Sin embargo, se nombró director a Norman Lobsenz (nacido en 1919). Ahora bien, Lobsenz tenía pocos conocimientos de ciencia ficción, por lo cual se limitó a redactar editoriales, frecuentemente superfluos.

Los efectos del cambio fueron electrizantes. Durante el reinado de Fairman, se publicó un número insignificante de buenos relatos, destacando únicamente del término medio una novela corta de Jack Vance, *Parapsyche* (agosto de 1958). E incluso esta narración sobre unos poderes parapsicológicos incontrolables se contaba entre lo peor de Vance. Bajo la dirección de la señorita Goldsmith, el cambio de calidad se hizo obvio al instante. El número de marzo de 1959 de *Amazing*, por ejemplo, mostraba un gran esmero en su composición. Y el lector respeta mucho más una revista que revela signos de una preparación cuidadosa que si la adivina montada de modo chapucero, como había ocurrido con todas las de Fairman.

Para empezar, anunciaba el regreso de E. E. Smith, con una nueva novela, *The Galaxy Primes* (Los mejores de la Galaxia), dividida en tres episodios. La obra había sido rechazada por *Astounding*, pero los lectores no tenían por qué saberlo, y el nombre de Smith seguía siendo respetado por numerosos aficionados a la ciencia ficción. La novela,

una mezcla de todas las facultades parapsicológicas, se hallaba muy por debajo del nivel anterior de Smith. Sin embargo, sirvió para seducir a los lectores, que así vislumbraron lo que se proponía Cele Goldsmith. En el mismo número, ofrecía *Anniversary*, escrito especialmente por Isaac Asimov a manera de celebración de su primera venta, *Marooned of Vesta* (Abandonados frente a Vesta), publicada en *Amazing* el mismo mes de veinte años atrás.

Los escritores advirtieron al momento que *Amazing* volvía a ser digna de atención, y la revista empezó a atraer talentos, tanto nuevos como ya conocidos. El hombre misterio de la ciencia ficción, Cordwainer Smith, hizo su aparición en abril de 1959 con *Golden The Ship Was - Oh! Oh! Oh!* (Dorada era la nave... ¡oh, oh, oh!). Smith —seudónimo de un profesor americano especialista en política asiática, Paul M. Linebarger (1913-1966) se inició en el género de la ciencia ficción en 1950, publicando en una revista menor, *Fantasy Book*, su relato *Scanners Live in Vain* (Los exploradores viven en vano), que desde entonces se ha convertido en legendario. Y no reapareció en el género hasta octubre de 1955, en *Galaxy*, con *The Game of Rat and Dragon* (El juego de la rata y el dragón). A partir de ese momento, produjo con mayor frecuencia y adquirió reputación con rapidez gracias a su estilo enigmático y personal. Su presencia en *Amazing* constituyó una evidencia cierta de que la vulgaridad había quedado relegada al pasado. Más pruebas aún presentaba el número de mayo de 1959, en el que se incluía *Iniciative*, un relato sobre un computador sensitivo, obra de los hermanos Boris y Arkadi Strugatski. Era la primera narración rusa de ciencia ficción que se traducía para una revista americana.

Las revistas de la señorita Goldsmith atrajeron a los autores noveles con ambiciones, siendo su primer hallazgo el de Keith Laumer (nacido en 1925), que se presentó en abril de 1959 con *Greylorn*, una aventura interplanetaria muy bien escrita. El verdadero torrente de nuevos talentos estaba todavía a un año o dos de distancia, pero la señorita Goldsmith había logrado excelentes resultados en sus primeros doce meses como editora. Goldsmith remató este período con la *Fantastic* de noviembre de 1959, dedicada por entero a Fritz Leiber.

Leiber (nacido en 1910) es una de las paradojas de la ciencia ficción. Gran autor de los años cuarenta, su producción menguó en la década de los cincuenta por diversas razones personales. Hacia finales de dicha década, recuperó todo su vigor. Aunque se le alaba como a uno de los mejores escritores de ciencia ficción, en realidad ha escrito poco en este campo. Su obra se orienta casi por completo hacia la literatura fantástica, pese a que en ocasiones la aderece con naves espaciales o escenarios futuristas. Eliminados estos adornos, encontramos al auténtico Leiber, un supremo autor de literatura fantástica. En aquel número de *Fantastic*, las numerosas facetas de Leiber se reunieron para formar una joya soberbia. Entre sus cinco nuevos relatos, *Lean Times in Lankhmar* (época de escasez en Lankhmar) volvía a presentar a sus dos héroes, los pícaros Grey Mouser y Fafhrd, en otra aventura de espadas y brujería; *The Mind Spider* (La mente araña) giraba en torno al

escalofriante descubrimiento de un gran poder psíquico extraterrestre y *The Improper Authorities* (Las autoridades impropias) era una deliciosa fantasía al estilo de *Unknown*.

En el espacio de un año, *Amazing* y *Fantastic* se habían convertido en dos de las revistas más excitantes y remuneradoras del género, una transformación asombrosa.

Una transformación de otro tipo hundió a la revista *If*. *If* había nacido a raíz del *boom* de 1952 y había pasado a mensual en 1954. Una circulación menguante provocó que su editor, James L. Quinn, la devolviera a una frecuencia bimensual en junio de 1956. Sin embargo, la publicación siguió ofreciendo una calidad literaria bastante elevada, acudiendo a la mayoría de los grandes nombres de la ciencia ficción. Por ejemplo, Arthur Clarke intervino regularmente con relatos como su cuento sobre la sensibilidad solar *Out from the Sun* (Fuera del sol) (febrero de 1958) y *The Songs of Distant Earth* (Las canciones de la lejana Tierra) (junio de 1958), sobre una remota colonia planetaria y las repercusiones sobre ella del aterrizaje de una nave estelar para efectuar reparaciones. Fueron también numerosas las narraciones de Lloyd Biggle, Harlan Ellison y Cordwainer Smith, además de la diestra pirueta de Isaac Asimov en torno a la capacidad matemática humana, *The Feeling of Power* (La sensación de poder) (febrero de 1958) *If* adquirió asimismo varios de los primeros relatos de Richard McKenna, aunque éste conquistó su reputación a través de *F and SF*.

Con todo, *If* se enfrentaba a los mismos problemas que todas las demás. En un intento por salvarla, Quinn encargó su dirección a Damon Knight. Ahora bien, las ventas no mejoraron, a pesar de todos los esfuerzos de éste; después de tres números, Quinn acabó por vender la revista a las Digest Productions, que técnicamente formaban parte del Galaxy Publishing Group, con lo cual pasó a depender de Horace Gold. *If* renació con el número de julio de 1959, y aunque su futuro se presentaba bastante sombrío, nadie podía prever los efectos que causaría en breve en el mundo de la ciencia ficción.

Los Premios Hugo nos darán una idea del dominio ejercido por las tres grandes, *Astounding*, *F and SF* y *Galaxy*. Los Hugo se conceden una vez al año, durante la Convención Mundial de Ciencia Ficción, que se celebra en lugares variables en el mes de septiembre. La convención de 1957 tuvo lugar en Londres, siendo la primera vez que se aventuraba a salir de Estados Unidos, lo que suponía el reconocimiento del incremento experimentado por la afición a la ciencia ficción en Gran Bretaña. En aquella ocasión no se premiaron todas las categorías, pero el premio a la mejor revista se dividió entre Estados Unidos, con *Astounding*, y Gran Bretaña, con *New Worlds*.

La convención de Los Angeles de 1958 otorgó el premio a la mejor revista a *F and SF*, en tanto que procedían de *Galaxy* la novela y el relato corto vencedores, *The Big Time* (La gran época), de Fritz Leiber, y *Or All Seas with Oysters* (...O todos los mares llenos de ostras), un cuento de Avram Davidson sobre la presencia en nuestro planeta de extraterrestres llegados de incógnito.

Con la convención de Detroit de 1959, la imagen se hace más concreta. Hasta entonces, los premios habían sido decididos mediante votación directa. En ese año, se procedió primero a una nominación de los relatos y sólo una selección de ellos llegó a la final. En cuanto a las categorías de novela corta y relato breve, se eligió previamente un total de dieciocho narraciones (entre ellas tres de Cyril Kornbluth). El cómputo por revista dio siete a *Astounding* y *F and SF*, y una a *If*, *Venture*, *Vanguard* y la antología *Star SF 4*. Los vencedores, *The Big Front Yard* (El gran patio delantero), de Clifford Simak, y *That Hellbound Train* (Ese tren al infierno), de Robert Bloch, provenían de *Astounding* y *F and SF*, respectivamente.

En novela, el panorama era muy distinto. James Blish obtuvo el galardón con *A Case of Conscience* (Un caso de conciencia). Alargada a partir de un relato publicado en *If*, en 1953, la versión final y completa fue publicada únicamente como libro. Fue la primera novela que ganó un Hugo sin haber aparecido antes como folletín en una revista. Entre las nominadas, se encontraba también *Who?* (¿Quién?), de Algis Budrys, igualmente un cuento prolongado, ofrecido en esta ocasión por *Fantastic Universe*, en 1955. De todos modos, la versión definitiva sólo se hallaba disponible en forma de libro. Las tres nominaciones restantes procedían de revistas, aunque *Time Killer* (Asesino del tiempo), de Robert Sheckley, había sido muy acertada para *Galaxy*. Bantam Books publicó la única versión completa en libro de bolsillo, con el título *Immortality, Inc.* (Inmortalidad, S.A.), en 1959, a tiempo para la convención.

Estos resultados demostraron a las claras que el libro de bolsillo se había establecido con firmeza y se transformaba con rapidez en el sucesor de la revista. Ciertamente que un libro nunca podrá sustituir a esta última, pero cada vez se hacía más obvio que poquísimas personas se interesaban por su individualidad y sus ventajas. En realidad, el público en general deseaba simplemente que se le proporcionase buena lectura.

La mejor literatura de los últimos años cincuenta fue publicada, como siempre, por las tres grandes. Campbell permanecía firmemente al timón de *Astounding*, y Gold, con no tanta energía, al de *Galaxy*. Por el contrario, se produjo un cambio editorial en *F and SF*.

Anthony Boucher había dirigido en solitario, y de modo admirable, la revista desde la edición de septiembre de 1954, pero la tensión de sus numerosas obligaciones se cobró tributo en su salud y, con el número de agosto de 1958, anunció que iba a tomarse seis meses de vacaciones. En el volumen anterior de esa serie ya dije que el nombre real de Boucher era William Anthony Parker White, aunque un relato publicado con idéntica firma por *Weird Tales* en 1927 seguramente no le pertenecía. Demasiado tarde para incluir el dato en aquel volumen, me enteré de que dicha narración fue en efecto su primera venta. Más tarde, Boucher opinó así de ella:

«A los quince años vendí un cuento a *Weird Tales*, un cuento horroroso, que jamás debieron admitir. No sólo estaba muy mal escrito, sino que era un plagio

descarado, aunque inocente, de No 17 de la señora Bland, que me había sido transmitido oralmente».

El cargo de Boucher al frente de *F and SF* fue ocupado por Robert P. Mills, que al fin y al cabo se encargaba ya de buena parte del trabajo básico. Por tal razón, *F and SF* no experimentó cambios drásticos, sino que se mantuvo fiable y amena. (En realidad, a él le corresponden los laureles por la mayoría de los excelentes relatos de este período.) ¿Qué otra revista hubiera sido capaz de publicar una fantasía absoluta, como *That Hellbound Train*, de Robert Bloch (septiembre de 1958), y ganar con ella un Hugo de ciencia ficción? En *F and SF* colaboraron también en forma regular Zenna Henderson, con su serie *People*, y Chad Oliver, que aplicó su gran conocimiento de la antropología a diversos relatos diestramente tramados y desarrollados en mundos extraterrestres, como *Guardian Spirit* (Espíritu guardián) (abril de 1958). Robert F. Young escribió varias fantasías científicas deliciosas, como su conmovedor relato sobre un enorme árbol en un planeta extraño, donde el hombre pone en peligro la existencia de las dríadas nativas, *To Fell a Tree* (Talar un árbol) (julio de 1959). Philip José Farmer contribuyó con varias obras de su serie *El padre John Carmody*, entre ellas la novela corta *The Night of Light* (La noche de luz) (junio de 1957), así como su célebre relato sobre el último hombre de Neanderthal sobreviviente, *The Alley Man* (El hombre del callejón) (junio de 1959).

El número de abril de 1959 incluía el cuento que yo estimo como uno de los más efectivos y absorbentes de la ciencia ficción, una narración casi tan perfecta como podría desearse *Flowers for Algernon* (Flores para Algernon), de Daniel Keyes. Este patético relato de unos experimentos que elevan el cociente intelectual de un minusválido mental hasta el de un genio creador, para concluir luego en una dramática regresión, fue premiado con un Hugo. Reeditado con frecuencia, dio la impresión de que Keyes era un prodigio de un solo éxito. A fin de corregir esa sensación, he hecho revivir *Crazy Maro* en este volumen.

Tras dejar su trabajo de editor, Anthony Boucher siguió escribiendo. *F and SF* de enero de 1959 presentó su excelente enlace ficticio de robots y religión, *The Quest for Saint Aquin* (La búsqueda de San Aquino). *F and SF* publicaba asimismo en folletín buena parte de las nuevas novelas de Robert Heinlein, como *The Door into Summer* (La puerta al verano) (1956) y *Have Space Suit - Will Travel* (Lleve traje espacial. Va usted a viajar) (1958). También ofreció uno de sus escasos cuentos de aquella época. *All You Zombies* (Todos vosotros zombies) (marzo de 1959) pasará casi con toda certeza a la historia como el cuento definitivo sobre un hombre que se convierte en su propio padre y su propia madre. Con él se puso de relieve que la ciencia ficción cambiaba con la era espacial, puesto que una narración de esta naturaleza jamás se hubiera publicado unos años antes.

En 1957, por razones personales, Walter Miller, uno de los escritores de ciencia ficción dotado de mayor talento, decidió abandonar el género. *F and SF* publicó su último relato,

un cuento de intriga lunar titulado *The Lineman* (El vigilante de la línea) (agosto de 1957). Tan sólo unos meses antes, *F and SF* había publicado también el relato final de la trilogía de Miller, que éste revisaría y convertiría en *A Canticle for Leibowitz* (Un canto a san Leibowitz) (1960), ganadora de un Hugo y considerada con toda razón como uno de los mayores clásicos de la ciencia ficción.

F and SF, en mayor grado que cualquier otra revista, se atrajo la colaboración de autores no especializados en el género, que aportarían un estilo y un tratamiento nuevos. Howard Fast (nacido en 1914), veterano aficionado a la ciencia ficción, colocó un cuento en *Amazing*, *Wrath of the Purple* (La venganza del púrpura) (1932), cuando aún no había cumplido los veinte años. Más tarde, se hizo famoso en literatura general, y probablemente se le conoce mejor por su *Spartacus* (1951). Regresó a la ciencia ficción en 1959 con una serie de relatos en *F and SF*, entre ellos el célebre *The First Men* (Los primeros hombres) (febrero de 1960). En cuanto a Richard McKenna (1913-1964), inició su breve carrera en la ciencia ficción con la sobrecogedora historia de muerte *Casey Agonistes* (Los agonistas de Casey), incluida en la *F and SF* de septiembre de 1958. McKenna consiguió un renombre mundial gracias a su novela de guerra *The Sand Pebbles* (Los guijarros de arena) (1962). No vivió para terminar la novela siguiente, pero dejó alrededor de una docena de *valiosos* relatos de ciencia ficción.

Aparte de la ficción, *F and SF* inició en noviembre de 1958 la publicación de una serie regular de artículos, escritos por Isaac Asimov, sobre un sinfín de temas científicos y de otros tipos. Esta fascinante serie ha proseguido hasta la fecha y constituye uno de los puntos fuertes de la revista. Puso a *F and SF* en línea con los otros dos líderes del mercado, *Galaxy*, que tuvo una sección regular, «Para su información», a cargo de Willy Ley (1906-1969), a partir del número de marzo de 1952, y *Astounding*, donde aparecía siempre un detallado artículo científico dirigido al sector culto.

Galaxy era quizá la menos amena de las tres. No tanto por su literatura, que reflejaba el nebuloso estado del género, sino en su conjunto. Con excepción de las portadas, la revista parecía vulgar a causa de su pobre presentación y las anodinas ilustraciones interiores. Se debía, hasta cierto punto, a la mala salud de Horace Gold, que empeoraba de día en día. No por ello han de olvidarse los enormes logros de éste al crear *Galaxy* y transformarla en una de las grandes. Gold era un feroz y exigente supervisor, que reclamaba con violencia de sus autores lo que deseaba. Y éstos, pese a sus lamentaciones iniciales, se mostraban después agradecidos y le llenaban de alabanzas. Como dijo Frederik Pohl: «Gold distinguía el centelleo del verdadero oro. Y penosa y persistentemente, exigía de los escritores que eliminaran todo oropel».

Obstaculizado por su mala salud, Gold no pudo dedicar a *Galaxy*, y después a *If*, tanto tiempo y energías como habría deseado. *Galaxy*, mensual desde el principio, pasó a bimensual en febrero de 1959, aunque al mismo tiempo aumentó sus páginas a ciento

noventa y dos, convirtiéndose así en la revista más voluminosa. En segundo lugar, venía *Astounding*, con ciento sesenta, y a continuación *Amazing*, con ciento cuarenta y cuatro. El resto se limitaba a ciento veintiocho páginas. Lo cual no significa que *Galaxy* fuera más densa en contenido que las demás, ya que empleaba un tipo de letra mayor y salpicaba generosamente sus textos de ilustraciones. La *Galaxy* de nuevo tamaño resultaba también la más cara, aumentando su precio a cincuenta centavos. Se trataba tan sólo de una señal de lo que se avecinaba para todas las revistas. Al menos en apariencia, *Galaxy* daba algo más a cambio del suplemento de dinero. A finales de 1959, tanto *Astounding* como *F and SF* se vieron obligadas a subir también su precio a cincuenta centavos, sin nada extra que ofrecer.

La situación, al acabar la década de los cincuenta, se tomó extremadamente dura para las revistas principales. Por aquel tiempo, numerosos escritores de renombre encontraban más lucrativo escribir para la televisión y el cine. Y fuera de dichos mercados, tenían más posibilidades de vender una novela a las colecciones de libros de bolsillo que a las revistas. En cuanto al relato corto, cualquier buen escritor colocaba con facilidad sus obras en las revistas caras. *Playboy*, *Saturday Evening Post*, *Esquire* y similares publicaban ciencia ficción y presentaban con regularidad a escritores como Robert Sheckley, Charles Beaumont, Ray Bradbury, Theodore Sturgeon, Arthur Clarke... y todos los imaginables. Los editores de revistas de ciencia ficción debían encontrar nuevos talentos o confiar en autores que, por escribir en sus ratos libres, no se ganaban el pan vendiendo sus obras.

El periodista Clifford Simak, que mantuvo una soberbia producción literaria, había empezado a escribir en 1931. En los años cuarenta y cincuenta, demostró hallarse en la plenitud de su forma, conservando un estilo y un enfoque totalmente personales. El detalle predominante en su obra, a finales de la década de los cincuenta, era la localización de sus relatos en las poblaciones remotas del Medio oeste estadounidense, donde preferían aterrizar los extraterrestres. Aun cuando jamás se trataba de alienígenas ordinarios, podían adoptar la aparición de mofetas, como en *Operation Stinky* (Operación hedionda) (*Galaxy*, abril de 1957), o parecer humanos de pies a cabeza, como en *Carbon Copy* (Copia con papel carbón) (*Galaxy*, diciembre de 1957). Pero su pericia en este tipo de cuento la ilustra mejor el encuentro transdimensional de *The Big Front Yard* (El gran patio delantero) (*Astounding*, octubre de 1958), galardonado con el Premio Hugo.

Un escritor profesional que no desertó del campo fue Poul Anderson, creador de un constante flujo de ciencia ficción de primera clase a todos los niveles. *F and SF* publicó su serie *Patrulla del tiempo*, y *Astounding*, los relatos protagonizados por Nicolas van Rijn. Su deliciosa *A Bicycle Built for Brew* (Una bicicleta a base de cerveza) aparecida también en libro con el título *The Makeshift Rocket* (El cohete improvisado), que trata de una nave espacial propulsada por burbujas de cerveza, fue publicada en folletín por *Astounding* en 1958. La misma revista había ofrecido poco antes su relato clásico en torno a una

elaboración biónica en Júpiter, *Call Me Joe* (Llamadme Joe) (abril de 1957).

Parte de la fuerza de *Astounding* residía en sus folletines. Entre ellos destacaron *Double Star* (Estrella doble) (1956), de Robert Heinlein, una aventura de política interplanetaria, *The Naked Sun* (El sol desnudo) (1956) de Isaac Asimov, la famosa novela policíaca y de robots desarrollada en un planeta donde el asesinato era físicamente imposible, *Close to Critical* (Punto crítico) (1958), de Hal Clement, una excelente aventura en el inhóspito planeta Tenebra, y *Dorsai*, la primera de las crónicas de Gordon R. Dickson sobre sus mercenarios galácticos.

Galaxy propuso muchos menos folletines al convertirse en bimensual, pero pudo enorgullecerse de presentar la novela de Alfred Bester *The Stars My Destination* (Las estrellas son mi destino) (1956), y *Wolfbane* (Veneno para lobos) (1957), un intrigante relato sobre cómo los extraterrestres roban literalmente la Tierra. Dicha novela fue una de las últimas colaboraciones genuinas de Frederik Pohl y Cyril Kornbluth.

En conjunto, *Astounding* brindaba la ciencia ficción más amena, ya que John Campbell conseguía más obras de autores como Harry Harrison, Christopher Anvil y lo mejor de Robert Silverberg y Randall Garrett. Estos dos últimos, firmando con el seudónimo Robert Randall, produjeron una serie de interés absorbente basándose en los hechos que condujeron al éxodo de los israelitas, trasladados a extraterrestres oprimidos por los humanos. La serie comenzó con *The Chosen People* (El pueblo elegido) en el número de *Astounding* de junio de 1956 y culminó en la novela *The Dawning Light* (La luz del amanecer) (1957). La serie continuaría con la publicación de *All the King's Horses* (Todos los caballos del rey) (enero de 1958). Más tarde, Garrett y Silverberg dejaron de colaborar, y la serie quedó incompleta.

Harry Harrison creó un memorable personaje con Jim di Griz en *The Stainless Steel Rat* (La rata de acero inoxidable) (agosto de 1957). Murray Leinster (1896-1975) demostró que los veteranos podían escribir tan bien como cualquier otro, produciendo una excelente serie sobre un doctor galáctico llamado Callahan, y su simiesco compañero Murgatroyd, *The Mod Service*, que se inició con *Ribbon in the Sky* (Cinta en el cielo) (junio de 1957). Al mismo tiempo, H. Beam Piper lograba el relato definitivo sobre los idiomas extraterrestres, *Omnilingus* (febrero de 1957), en torno a una investigación relativa a la traducción de la antigua lengua marciana. Y Jack Vance cimentaba su fama de poseer un talento excitante mediante *The Miracle Workers* (Los obreros milagrosos) (julio de 1958), su novela corta, desarrollada en un mundo donde las facultades parapsicológicas operan al máximo.

Campbell fue criticado a menudo por el énfasis concedido a la ficción que aceptaba la realidad de la percepción extrasensorial o, en término del propio Campbell, «psiónica». *Astounding* publicó numerosas narraciones de esta naturaleza, finalmente parodiadas en *That Sweet Little Old Lady* (Esa dulce, pequeña y vieja dama), presentada en folletín en

1959 y publicada como libro con el título *Brain Twister* (Rompecabezas). Atribuida a Mark Phillips, seudónimo conjunto de Randall Garrett y Laurence Janifer, la novela narraba la búsqueda de un telépata, al que se pedía que localizara a un espía...

La turbulenta década de los cincuenta finalizó. El período indudablemente más activo en el mundo de la revista había presenciado la recuperación de las publicaciones después de la guerra, hasta llegar al punto cumbre de su historia en 1953, recobrase de nuevo tras la asfixia y caer luego víctima de la calamidad que se abatió sobre ellas al principio de la era espacial. Nadie creería en tal ironía si se presentara en una ficción.

Por fortuna, no todo se reducía a morosidad y desaliento. Mientras las revistas americanas de ciencia ficción sufrían la depresión, en Gran Bretaña y en el resto del mundo las cosas resultaban mucho más prometedoras.

Los talentos británicos

En abril de 1956, había en Gran Bretaña cuatro revistas de ciencia ficción autóctonas: *Authentic*, *Nebula*, *New Worlds* y *Science Fantasy*. *New Worlds* era la más antigua. Fundada en 1946, dejó de circular poco después, renació en 1949 y, superando una serie de obstáculos subsiguientes, llegó a una periodicidad mensual en abril de 1954. Junto con su compañera bimensual, *Science Fantasy*, tenía como director a Edward John Carnell.

Nebula, propiedad exclusiva de Peter Hamilton, con sede en Glasgow, Escocia, pese a sus irregulares apariciones contaba con un público sólido, en especial norteamericano, y se procuraba literatura de primera clase, obra de autores destacados, a base de pagar excelentes precios. Administrada con escasos recursos, en la mayoría de los casos cada número se financiaba con el precedente.

Authentic pertenecía a la editorial Hamilton and Co, de Knightsbridge, Londres. El cargo de director acababa de pasar al escritor E.C. Tubb. Hasta entonces, había estado capitaneada por el investigador químico H. J. (Bert) Campbell, pero éste deseaba dedicar más tiempo a su profesión. A Campbell se le permitió elegir a su sucesor. Tubb, en tono humorístico, recuerda así el momento: «Llegué a dirigir una revista por un camino muy simple. Bert Campbell me dijo: “Puesto que prácticamente la estás escribiendo tú solo, también puedes dirigirla”».

Tubb se ajustaba a la verdad hasta cierto punto, ya que, sirviéndose de infinidad de seudónimos, solía ocupar más de la mitad del número. La situación no se alteró al pasar a director, sobre todo por el deplorable nivel general de los relatos presentados. Conforme se aproximaba el límite de tiempo, Tubb precisaba llenar la edición con sus propias narraciones. El punto de vista de Tubb sobre la calidad literaria y los peligros en que se incurre con la edición de una revista se aplica a todo el campo y demuestra que dirigir una revista no es tarea fácil.

«La proporción entre el material aceptado y el rechazado giraba en torno al uno por veinticinco. Examiné manuscritos con las grapas ya oxidadas y las hojas medio deshechas, producciones desenterradas y pasadas al nuevo director, junto con las devoluciones previas. Además, recibía escritos que no tenía nada que ver con la ciencia ficción. Y algunos tan horrorosos que me forzaban a admirar el optimismo de sus autores.»

Para justificar lo antedicho, aclararé que Bert llevaba un registro —que yo conservé— de todos los manuscritos, recibidos, junto con la fecha de aceptación o rechazo. Gracias a ese registro, y a mi curiosidad, resultaba fácil localizar las obras que habían sido enviadas a Bert, rechazadas y devueltas y que en aquel

momento me llegaban de nuevo. No hayningún mal en eso, los editores tienen gustos distintos. De todos modos, entre todo aquello descubrí un cuento francamente bueno, brillante, muy aceptable... Hasta que comprendí la verdad y reconocí en él un relato publicado por Astounding unos doce años antes. Un director poco aficionado a la ciencia ficción no habría reparado en ello. Yo sí, por fortuna. De tal manera, me ahorré una vergüenza y la publicación de un plagio descarado».

El plagio es un azote que padecen todos los editores, aunque no se produce tan a menudo como cabría suponer, al menos en el género de la ciencia ficción.

Authentic, siempre amena, gozaba de una buena clientela. Las escasas quejas se debían a que Bert Campbell ponía demasiado énfasis en los artículos científicos. Con Tubb al mando, tales artículos fueron eliminados muy pronto, o al menos reducidos al mínimo. El próximo cambio se hizo patente de inmediato. *Authentic* se imprimía en formato de libro de bolsillo, puesto que había nacido como una serie de novelas en rústica, las cuales adquirieron poco a poco una personalidad que aconsejó convertir la colección en revista. Tubb pensó que este detalle perjudicaba a la publicación y provocaba que pasara inadvertida en los quioscos (situación exactamente opuesta a la de Estados Unidos). A petición de Tubb, el número de marzo de 1957 se editó en un formato mayor. Tal como se esperaba, su circulación aumentó a catorce mil ejemplares.

Lo que el público no supo fue que aquél era el último recurso intentado por Tubb para salvar *Authentic*. Los administradores de la editorial Hamilton and Co preveían que el futuro del negocio residía en el libro económico. Gran Bretaña no carecía de ellos, cierto, pero se trataba con mucho de un terreno secundario. Después de la guerra, Gran Bretaña se había visto sumergida por un océano de libros baratos, chillones y de pobre contenido, que había sobrecargado el mercado, dando mala fama a este tipo de publicación. Sólo Penguin Books y un escaso número de otras editoriales habían logrado conservar su buen nombre. Hamilton acabó por tomar la decisión de eliminar *Authentic*, aunque los editores consideraron la sugerencia de Tubb de que la revista se transformara en una antología original periódica, como la serie *Star SF* de Pohl, para encajar en la nueva política editorial.

La situación se volvió irreversible cuando Hamilton contrató los derechos para todo el mercado británico de una obra americana muy vendida..., a un precio extremadamente alto. La editorial ya no podía permitirse el lujo de tener dinero invertido en *Authentic*. A Tubb se le concedieron dos meses para liquidar la revista y publicar todas las obras ya adquiridas. *Authentic* desapareció tras su número de octubre de 1957.

Lo irónico de la situación residía en que el libro americano que inclinó la balanza, *The Blackboard Jungle* (La jungla de la pizarra), que giraba en torno a la delincuencia juvenil, era obra de Evan Hunter. Y éste, tanto con ése como con su auténtico nombre, S. A.

Lombino, había sido un famoso escritor de ciencia ficción durante los primeros años de la década de los cincuenta, publicado en la mayoría de las revistas estadounidenses...

Authentic incluyó en sus últimos números bastantes relatos procedentes de publicaciones americanas, y los cuentos no escritos por E. C. Tubb estaban firmados normalmente por Kenneth Bulmer, Brian Aldiss o Philip E. High. Como ejemplo de la literatura, nítida y precisa, que podía encontrarse en la revista, esta antología se inicia con *Mr Culpeper's Baby*, de Bulmer.

Parece un símbolo del destino que *Authentic* concluyera el mismo mes en que el lanzamiento del Sputnik 1 inició la era espacial, siendo así que sus consecuencias beneficiarían más a las revistas británicas que a las americanas. El libro barato no se hallaba aún plenamente en marcha, al menos en lo que *respecta* a la ciencia ficción. Hamilton and Co emprenderían un largo camino hasta encabezar dicha tendencia, empezando por incrementar la producción del sello Panther. En la actualidad, Panther Books posee el mayor catálogo británico de ciencia ficción en formato económico.

Al frente de *Nebula*, Peter Hamilton venció resueltamente los numerosos obstáculos que se oponían a la edición de revistas del género, y extendió su publicación a escala mundial. En el número de mayo de 1957, le fue posible alardear de que *Nebula* pasaría desde entonces a mensual, una periodicidad que sostuvo, con ligeros contratiempos, durante los dieciocho meses siguientes. En septiembre de 1957, Hamilton afirmó que *Nebula* era la revista de ciencia ficción más vendida de Gran Bretaña con cuarenta mil lectores y distribución en veintiséis países.

Hamilton tenía todo el derecho a jactarse, pues lo había logrado todo por si mismo, a cambio de grandes riesgos financieros y un enorme cansancio físico. Su salud empeoró mucho durante los años cincuenta —pese a ser un hombre todavía muy joven—, lo cual contribuyó a su decisión final de cerrar la revista.

Nebula ofrecía la mezcla adecuada de ficción y realidad. Relatos extensos y cortos se combinaban de manera satisfactoria con artículos científicos y secciones regulares, entre ellas la cinematográfica de Forrest J. Ackerman y la de colaboraciones del lector, a cargo de Walt Willis. La labor artística solía impresionar por las vigorosas y brillantes cubiertas, las pulidas contraportadas en blanco y negro y las fotografías interiores.

En cuanto a su contenido literario, *Nebula* fue la autora del lanzamiento de Brian Aldiss en mayor grado que cualquier otra revista. Hamilton había adquirido su primer relato, «*T*», aunque no lo publicó hasta noviembre de 1956, fecha en que Aldiss aparecía ya regularmente en otras publicaciones. *All the World's Tears*, incluido en el *Nebula* de mayo de 1957, alcanzó un gran éxito. En un editorial posterior, Peter Hamilton se encargó de subrayar que tal relato constituyó el punto crítico de la reacción del lector ante Aldiss. Tras su publicación, el nombre de éste acaparó el interés de todos. (*All the World's Tears*

se incluye en el presente volumen.) Los ojos del mundo entero se volvieron hacia Aldiss, que, en la Convención Mundial de Ciencia Ficción de 1959, recibió una placa como «Autor novel más prometedor del año».

El autor más popular de *Nebula* fue E. C. Tubb, que publicó en ella veintisiete relatos. Aunque los mejores aparecieron en los primeros años de la revista, hay que señalar como favorito de este período su cuento de misterio sobre extraterrestres e inmortalidad, *Talk Not At All* (No habléis en modo alguno) (agosto de 1958). Entre los demás que consiguieron la fama a través de *Nebula*, anotemos a Francis G. Rayer, con su relato catastrófico *Beacon Green* (El faro verde) (marzo de 1957), Robert Presshe, con *Old MacDonald* (El viejo MacDonald) (abril de 1958), una ingeniosa narración sobre la agricultura en Venus, y William Temple, con su serie *Goliath*, una guerra entre los extraterrestres y la Tierra, publicada en forma de libro con el título *The Automated Goliath* (El goliath automatizado) (1962).

En 1958, una huelga de los impresores retrasó la aparición de todas las revistas británicas. Sin embargo, *Nebula*, que se imprimía en Irlanda, no se vio afectada por ella. La circunstancia proporcionó a Hamilton la oportunidad de hacer fortuna. Por desgracia, no supo aprovecharla. Se había apoyado con exceso en sus lectores americanos, y en 1958, precisamente, la catástrofe se abatió sobre el mundo de la revista estadounidense. *Nebula* se resintió del golpe.

No se recuperó lo bastante y, pese a aumentar su precio de dos chelines a dos chelines y seis peniques, Hamilton supo que fin estaba próximo. La desaparición pasó de momento inadvertida para sus lectores, acostumbrados a la otrora errática periodicidad de *Nebula*. Al no aparecer ningún número después de junio de 1959, nadie se sintió alarmado en principio. Pero al finalizar ese año, fue obvio que *Nebula* había dejado de existir. No hay ningún rastro de Peter Hamilton a partir de ese momento. Ahora bien, las cuarenta y una ediciones de *Nebula* constituyen un monumento a lo que un solo hombre puede lograr con la suficiente determinación y entrega.

La muerte de *Nebula* dejó a las revistas de Nova como única fuente de ciencia ficción en Gran Bretaña. Durante el período 1957-1958, había existido una revista de terror, *Phantom*, a base de reediciones. Su editor artístico, Cliff Lawton, lanzaría posteriormente una nueva publicación, *A Book of Weird Tales* (1960), con reimpressiones seleccionadas por Ackerman, pero que sólo duró un número. Había también la colección de libros de bolsillo «Supernatural Stories», publicada por John Spencer and Co., de Shepherds Bush. Cada seis semanas, aproximadamente, publicaba una novela, acompañada por un tomo de cuentos. La mayor parte de éstos procedían en exclusiva de R. Lionel Fanthorpe, autor asimismo de numerosas novelas de ciencia ficción, adquiridas por dicha editorial. Su fenomenal producción nacía de sus ratos libres (la mayor parte del día la dedicaba a su trabajo como maestro de escuela). Lógicamente, de ahí derivó una pérdida de calidad. No

obstante, sus relatos sirvieron de escalón intermedio a los nuevos iniciados en la ciencia ficción que no habían descubierto las revistas de Carnell.

New Worlds ha sido considerada siempre como la columna Vertebral de la ciencia ficción británica, más por su longevidad y regularidad que por su calidad..., aunque ésta fuera excelente. Significaba la principal salida para aquellos que trataban de ganarse la vida escribiendo. *New Worlds* excluía todo relato o novela por entregas que no perteneciese a la denominada ciencia ficción estricta, en tanto que *Science Fantasy* admitía narraciones más en el límite de la ciencia ficción, incluso de pura fantasía.

Science Fantasy fue varias veces nominada para el Hugo, confirmando así su popularidad. Su plato fuerte consistía en un extenso relato, siempre fascinante y absorbente, en muchos casos obra de John Brunner; por ejemplo, *A Time To Rend* (Un tiempo que desgarrar) (diciembre de 1956), desarrollado en un misterioso mundo paralelo, *Lungfish* (El dipnoo) (diciembre de 1957), que juzgaba los efectos psicológicos sufridos por los niños que nacen en una nave espacial viajando durante varias generaciones, *Earth Is But A Star* (La Tierra no es más que una estrella) (junio de 1958), donde se describía una Tierra decadente que se expone a su destrucción por una estrella fugaz, y *City of the Tiger* (La ciudad del tigre) (diciembre de 1958), que, junto con *The Whole Man* (El hombre completo) (abril de 1959), narra los esfuerzos y los éxitos de un telépata con dotes curativas. Los dos últimos, revisados, aparecieron con el título *Telepathist* (Telépata) (1964) y le valieron a Brunner una nominación para el Hugo.

Entre otros excelentes relatos, figuran también las variaciones de Kenneth Bulmer sobre mundos extraños, *Reason For Living* (Razón para vivir) (octubre de 1957) y *The Bones of Shoshun* (Los restos de Shoshun) (octubre de 1958); la fascinante manipulación del hado de *Destiny Incorporated* (Destino, S. A.) (agosto de 1968), de John Kippax; *Dial O for Operator* (Marque el O para la telefonista) (febrero de 1958), de Robert Presslie, un cuento realmente sobrecogedor sobre una petición telefónica de ayuda procedente del futuro, y *200 Years to Christmas* (200 años para Navidad) (junio de 1959), de J. T. McIntosh, la aventura de una nave «generacional».

J. G. Ballard, más conocido por su obra en *New Worlds* y uno de los primeros en moldear el nuevo enfoque de la ciencia ficción, proporcionaba buena parte del material para *Science Fantasy*. Pero el primer murmullo de la «nueva ola» se oyó en *New Worlds*, y en esta misma revista, una década después, explotó en el maremoto final.

Ballard fue reconocido de inmediato como un genio creador, y se le concedió una doble presentación en público, con sendos relatos en los números de *Science Fantasy* y *New Worlds* correspondientes a diciembre de 1956. En primer lugar, le fue aceptado *Escapement* (Escape), un cuento básico sobre un hombre no sincronizado con el tiempo. Pero antes había escrito *Prima Belladonna*, el primero de los que Ballard situaría en el escenario de Vermillion Sands, su maravilloso mundo de fantasía. Los relatos posteriores

demonstraron una originalidad y pericia muy profundas. *Build-Up* (Acumulación progresiva) (enero de 1957) detallaba un dilema aterrador, en un vasto complejo urbano del futuro, en tanto que *Manhole 69* (Nicho) (noviembre de 1957) era una tétrica y aterradora visión de la locura. En 1959, Ballard hablaba así de la ciencia ficción:

«Lo que me interesa sobre todo en la ciencia ficción es la oportunidad que ofrece de experimentar con ideas científicas o psicoliterarias que tienen poca o ninguna conexión con el mundo de la novelística, como por ejemplo el sueño codificado o el huso horario. Pero del mismo modo que los psicólogos se dedican ahora a elaborar modelos de neurosis de ansiedad y estados de enajenamiento, en forma de diagramas verbales, considero que una buena historia de ciencia ficción significa un modelo de cierta imagen psíquica, cuya veracidad da su mérito al relato».

De este primitivo período experimental, he seleccionado *The Overloaded Man* para representar a Ballard en el presente volumen.

La influencia de Ballard en la ciencia ficción se dejó sentir de inmediato, aunque indicios de su enfoque se vislumbraban en las obras de algunos de los nuevos autores, como Brian Aldiss e incluso Colin Kapp. El último, a diferencia de Ballard, escogió para su producción temas científicos estrictos, si bien subrayando el punto de vista humano, con un énfasis psicológico y filosófico notorio. Su primer relato, *Life Plan* (Plan vital) (noviembre de 1958), trataba el tema del superhombre, mientras que *Survival Problem* (Problema de supervivencia) (abril de 1959) se ocupaba de los esfuerzos por penetrar en otra dimensión. El temprano éxito de Kapp llegó con *The Railways up on Cannis* (El ferrocarril de Cannis) (octubre de 1959), el primero de una serie de cuentos en torno a un equipo de ingenieros que usan métodos heterodoxos para resolver extraños problemas científicos.

Uno de los autores más populares de *New Worlds* fue el escritor irlandés James White. Colaboró en ella con regularidad a partir de la publicación de *Assisted Passage* (Pasaje permitido) en el número de enero de 1953, ganándose cada vez más lectores gracias a sus relatos científicamente exactos, que a menudo se centraban en temas conflictivos. Uno de ellos, *Tableau* (Cuadro) (mayo de 1958), se refería al símbolo permanente erigido en memoria de una guerra humano-extraterrestre. *Grapeliner* (De boca en boca) (noviembre de 1959) describe la situación crítica originada cuando el hombre encuentra por primera vez vida extraterrestre. La principal contribución de White a *New Worlds* consistió en su serie acerca de un hospital espacial para alienígenas, que empezó con *Sector General* (General de sector) (noviembre de 1957).

Numerosos autores de gran valía dieron sus primeros pasos en las revistas de Carnell: John Kippax, Robert Presslie, Don Malcolm, John Boland, Dan Morgan, John Rackham y Michael Moorcock. También disponían de escritores regulares, como John Brunner, Brian

Aldiss, Ian Wright, E.C. Tubb, Arthur Sellings, Kenneth Bulmer y J. T. McIntosh. Entre las contribuciones de Bulmer, hay que citar varias novelas publicadas por entregas, que empezaron con *Green Destiny* (Destino verde) (1957), la descripción de una civilización submarina. Ian Wright proporcionó dos de los mejores folletines de la revista, *Who Speaks of Conquest?* (¿Quién habla de conquista?) (1956), en torno al descubrimiento terrestre de una super-raza de alienígenas, y *A Man Called Destiny* (Un hombre llamado destino) (1958), sobre un ingeniero que descubre en si mismo facultades especiales.

Varios de los relatos por entregas de *New Worlds* eran reediciones de novelas norteamericanas. De hecho, la mayoría de las revistas británicas incluían reimpressiones estadounidenses. Se debía a que, a principios de la segunda guerra mundial, se impusieron restricciones de importación sobre los libros y las revistas. Luego, no fueron levantadas plenamente, sino que conservaron su rigor hasta 1959. En consecuencia, ninguna revista americana de ciencia ficción se conseguía con facilidad en Gran Bretaña. El público tenía que confiar en los relatos reeditados en las revistas británicas, o en una edición británica del original americano. Esta última práctica surgió en los años cincuenta, y muchos de los títulos importantes en Estados Unidos tuvieron un equivalente británico, aunque variaban sumamente en contenido. Algunas ediciones, como las de *Future* y *SF Stories*, de Strato Publications, reproducían con exactitud el original americano, si bien cambiando la publicidad. En el otro extremo, la *F and SF*, de Atlas Publishing and Distributing Company, solía omitir algunos relatos y cambiar otros de orden, de manera que conservaba escaso parecido con el original. La reedición británica más consistente era la *Astounding*, de Atlas. Lanzada en agosto de 1939, se publicó de manera esporádica durante toda la guerra, pasando a una periodicidad mensual en febrero de 1952. En 1953, se redujo a formato de bolsillo, y su título se hizo familiar durante toda la década de los cincuenta.

Los dos términos de esta alternativa llevaron a ocasionales duplicaciones. Por ejemplo, la fantasía de Robert Silverberg sobre una memoria retentiva perfecta, *The Man Who Never Forgot* (El hombre que nunca olvidaba), apareció primero en la *F and SF* americana, en febrero de 1958, y después, en la británica, en enero de 1960... Pero ya había sido reeditada en *Science Fantasy*, en diciembre de 1958.

Las ediciones británicas seguían los pasos de sus contrapartidas norteamericanas en cuanto al material, aunque la *F and SF* de Gran Bretaña reeditó tres relatos de otra procedencia. Solo una reedición británica llegó a adquirir identidad propia: *Science Fiction Adventures*. En 1956, Carnell asistió a la convención mundial de ciencia ficción, en Nueva York. Allí concertó con Irwin Stein y Larry Shaw la publicación de una edición británica de su aún por nacer *Science Fiction Adventures*. El primer número estadounidense estaba fechado en diciembre de 1956. La edición británica no apareció hasta marzo de 1958. Bimensual en principio, sus cinco números iniciales constaban de una serie de relatos largos y breves procedentes de diversas ediciones americanas; las reimpressiones no

conservaban todos los originales. Apenas se había publicado el número tres en Gran Bretaña, cuando llegaron noticias de que la revista original no continuaba. La cosa no afectaba de momento a Carnell, ya que al existir doce números americanos, disponía de suficiente material para elegir. Sin embargo, no se durmió en los laureles. Mientras publicaba las reimpresiones contratadas, inició rápidamente la adquisición de nuevas obras, a fin de llenar su revista. Con el número seis, fechado en enero de 1959, la publicación pasaba a ser independiente por entero.

De excelente contenido, se especializó en los relatos largos, donde los escritores podían desarrollar sus temas y personajes. Deseaba aventuras sólidas, básicas y sobre todo amenas. En el primero de los nuevos números, por ejemplo, se incluyó *Shadow on the Sword* (Sombra sobre la espada), del australiano Wynne Whiteford, detallando las consecuencias del hallazgo de una nave extraterrestre en Tritón, la luna de Neptuno. El relato había sido publicado primero en *Fantastic Universe* de octubre de 1958, mas aquella versión había sido recortada para encajar en esta revista. *SF Adventures* editó la obra completa. También colaboraron en ella Kenneth Bulmer, con el seudónimo Nelson Sherwood y una atrayente narración sobre un planeta que era un verdadero paraíso, a excepción de su fauna, *Galactic Galapagos* (Galápagos galácticos), y Arthur Sellings, con *The Tycoons* (Los magnates), un inteligente relato en torno a una infiltración extraterrestre.

La revista fue bien acogida y sobrevivió mucho tiempo a la publicación madre. Evidentemente, la revista británica de ciencia ficción gozaba de un estado de salud muy superior al de la americana. Numerosos americanos lo reconocieron así y clasificaron a *New Worlds* como la segunda mejor publicación de ciencia ficción del mundo, tan sólo detrás de *Astounding*.

El resto del mundo se encontraba en un estado similar respecto al predominio de la revista, aunque por distintas razones.

Una vuelta por el mundo

En abril de 1956, ocho países poseían revistas de ciencia ficción autóctonas. Francia tenía dos; Rumania, Suecia, Italia, Alemania, Australia, México y Argentina, una.

La situación de las revistas en Australia resultaba deprimente. La nación no había disfrutado jamás de una publicación que le perteneciese estrictamente. La mayoría de sus revistas eran reediciones de otras o estaban integradas por reimpresiones selectas. La única original, *Thrills Inc*, se había reducido a malas copias de relatos americanos o a lamentables cuentos juveniles. Sólo quedaba ahora *Science Fiction Monthly*, también compuesta de literatura reimpresa, de calidad normal, procedente de revistas británicas y americanas. Subsistió hasta enero de 1957. A partir de entonces, Australia se quedó sin una sola publicación autóctona. México y Argentina se hallaban casi en las mismas condiciones. La revista mexicana se llamaba *Enigmas*, nacida en agosto de 1955. Dirigida por Bernardino Díaz, se trataba en esencia de una *Startling Stories* mexicana, con escasos relatos inéditos. Lo mismo se aplicaba a *Ciencia y Fantasía*, una *F and SF* mexicana, que apareció en septiembre de 1956. Fue bien recibida en principio y mantuvo una periodicidad mensual, pero la circulación declinante se reflejó en un constante aumento del precio, hasta que acabó por desaparecer en diciembre de 1957. *Enigmas* siguió el mismo camino en mayo de 1958. En aquel mismo verano, *Fantasías del Futuro*, un solo número igualmente compuesto de reediciones, no logró causar impacto alguno.

La revista argentina, titulada *Más Allá*, se había iniciado en junio de 1953 como una edición de *Galaxy*. Ahora bien, siendo la única revista sudamericana de ciencia ficción, atrajo a los escritores del continente, y los relatos inéditos pasaron a formar una sección regular. Al cerrar finalmente, en junio de 1957, *Más Allá* había colaborado en el adiestramiento de un buen número de autores y en la creación de un saludable grupo de aficionados sudamericanos. *Pistas del Espacio*, la siguiente en publicarse, con impresión en formato de libro de bolsillo de novelas norteamericanas, incluyó también de cuando en cuando nuevos relatos, cuando desapareció, en el verano de 1959, la ciencia ficción argentina quedó en suspenso. No obstante, el final de la década presenció más movimiento en el continente. En septiembre de 1964, surgió *Minotauro*, una edición de *F and SF*, aunque con obras originales. El aficionado sudamericano H. G. Oesterheld experimentó en *Géminis*, su revista quincenal, una combinación de relatos inéditos y reimpresiones de *Galaxy*, pero sólo pudo publicar dos números, en el verano de 1965.

La ciencia ficción empezaba a florecer realmente en Europa. La espina dorsal de la ciencia ficción francesa la constituía *Fiction*, su edición de *F and SF*. Lanzada por Maurice Renault en octubre de 1953, estaba dirigida por Alain Dorémieux, que adquiría buen número de obras originales de autores franceses y belgas. *Fiction* contrastaba con

Satellite, una publicación formada en exclusiva por reediciones, muy mal confeccionada, que ofrecía traducciones deficientes y solía publicar el mismo relato dos veces con diferentes títulos. Desfigurada de un modo similar, aunque no tan mala, *Galaxie*, la *Galaxy* francesa, sobrevivió durante sesenta y cinco números, hasta abril de 1959.

Por su parte, Suecia se puso a la cabeza de los países escandinavos en cuanto al desarrollo de la ciencia ficción. Al fin y al cabo, había sido el lugar de nacimiento de la primera revista de ciencia ficción, *Hugin*, en 1916. Durante la segunda guerra mundial se había publicado un semanario de reediciones, *Jules Verne Magasinet*, pero la revista más importante, y la que inició la gran afición sueca, fue *Häpna!* Se trataba, en esencia, de un proyecto financiado por aficionados, publicado por los hermanos Kurt y Karl-Gustaf Kindberg, y que perdía dinero de modo invariable. De su dirección se encargaba Kjell Ekström (1920-1971), recordado con orgullo por numerosos aficionados y autores suecos. No sólo seleccionaba y traducía gran parte del contenido de ciertas revistas americanas y británicas, sino que animaba a los escritores noveles, como Sam Lundwall y Sture Lönnstrand. La revista mantuvo una periodicidad mensual durante toda su existencia, a partir del primer número, en marzo de 1954. En 1964 enfermó Kurt Kindberg, con lo que aumentaron las dificultades de financiación. La revista empezó a salir de modo irregular y, por último, se liquidó en enero de 1966, después de ciento treinta y siete números. Aun así, no significó el verdadero final de *Häpna!*

En 1958, Sam Lundwall había planeado una revista de reediciones, *Alpha*, que no había hecho más que aparecer cuando el financiero se echó atrás. Como compensación parcial, se inició en septiembre de 1958 una edición sueca de *Galaxy*, con Henrik Rabe como director. Contenía algunas obras originales y una sección de cartas de los lectores. No tan efectiva como *Häpna!*, desapareció en julio de 1960.

Pero Suecia no era la única nación escandinava que publicaba una revista de ciencia ficción. Todas las demás tenían sus propias publicaciones en los años cincuenta, la mayor parte nutridas por la *Galaxy* americana. La versión noruega, *Tempo*, dirigida por Árne Ernst, publicó cinco números en el invierno de 1953-1954. La finlandesa, *Aikamme*, dirigida por Mary Wuorio, puso también a la venta cinco números desde agosto hasta diciembre de 1958, aunque con escasos relatos inéditos. La danesa *Planet*, dirigida por Knud Andersen, que seleccionaba su literatura de *Astounding*, se las arregló para durar seis números, de enero a junio de 1958.

Los alemanes enfocaban la revista de ciencia ficción de manera distinta. Sus «revistas» eran esencialmente reediciones de libros de bolsillo, especializados en la ópera espacial. El padre de la ciencia ficción alemana, Walter Ernsting (nacido en 1920), comenzó casi en solitario la serie de libros y revistas. Tomó como punto de partida las publicaciones «Utopía», de las que sólo una puede clasificarse en sentido estricto como revista: *Utopia-Sonderband*, lanzada por Ernsting a finales de 1955. No tardó en cambiar

su título a *Utopia-Magazin*, basándola en gran medida en reimpresiones. Ernsting dejó la empresa en 1957, pero *Utopia* continuó, bajo la dirección de Bert Koepen, hasta agosto de 1959. En sus últimos tiempos, hubo de luchar con una publicación rival, *Galaxis*, la *Galaxy* alemana, que se editó entre marzo de 1958 y julio de 1959. Traducida por Lothar Heinecke, también presentó algunos relatos inéditos. Tras la desaparición de ambos títulos, Alemania quedó sin una sola revista que publicara relatos cortos originales de sus propios autores. Sin embargo, los lectores que sentían preferencia por la ópera espacial no tuvieron motivo de preocupación. En los últimos años de la década de los cincuenta, se publicaron de modo regular diversas series de libros de bolsillo, como *Terra*, *Terra Sonderhand* y *Abenteuer im Weltenraum*, especializadas en reediciones de novelas americanas y británicas, drásticamente corregidas. Por otro lado, *Luna-Weltall* publicaba muchas novelas originales, la mayoría dedicadas a los lectores juveniles. Con estos comienzos, el próximo paso, es decir la aparición del más famoso de todos los superhéroes de la ópera espacial, *Perry Rhodan*, se produjo de manera natural.

En el verano de 1961, Ernsting había planeado una serie de novelas similar basada en un personaje central, pero a sus entonces editores habituales no les gustó la idea. Formando equipo con Karl H. Scheer (nacido en 1928), un conocido colaborador de *Luna*, Ernsting preparó la primera novela, *Operation Stardust* (Operación nebulosa), para una editorial rival. Las ventas fueron fabulosas, y las novelas empezaron a salir con rapidez, al ritmo de una por semana, contratándose a un equipo de escritores para mantener tan intensa producción. El personaje y sus aventuras ganaron en popularidad vertiginosamente, y pronto los libros se vendieron a millones en todo el continente. La primera editorial que había rechazado la idea, al comprender su error, lanzó *Mark Powers*, y una tercera inició la serie de *Rex Corda*. Estas débiles imitaciones perdieron enseguida el paso, mientras que *Perry Rhodan* se asentaba cada vez con mayor fuerza. Como ya he dicho, se trataba de novelas, no de revistas, pero tuvieron distintas repercusiones en América una década más tarde.

Italia fue durante este período el país europeo con más revistas de ciencia ficción. Algunas se reducían también a las novelas publicadas en formato de libro de bolsillo, igual que en Alemania. No obstante, existían muchas otras que ofrecían además relatos cortos. Nada menos que veintisiete revistas hicieron breves apariciones en la década que nos ocupa, en numerosos casos indistinguibles unas de otras. La mayoría se basaba ampliamente en reimpresiones de obras americanas y británicas, lo mismo que la publicación básica, *I Romanzi di Urania*, creada en octubre de 1952. Al principio de gran calidad, ésta decayó un tanto en años posteriores, lo que provocó un descenso en su circulación. No obstante, *Urania* (nombre abreviado que adoptó a partir de julio de 1957) mantenía una periodicidad regular. Incluso llegó a publicarse semanalmente en cierto momento.

De entre la explosión de títulos surgida en 1957, hay que destacar *Oltre il Cielo*, que

apareció en septiembre. Luigi Cozzi la describiría más tarde como «una especie de imitación vulgar de *Science and Invention*», aunque contenía relatos inéditos y artículos de autores italianos además de las inevitables reimpresiones. Una novedad en cierto sentido la constituyó *Au Delà du Ciel*, nacida en marzo de 1958. Con obras originales y reediciones, era una revista italiana, publicada en Roma... y escrita en francés.

Italia tuvo más de la parte que le correspondía en cuanto a ediciones de *Galaxy* se refiere. La *Urania* original de 1953 había pretendido ser una de ellas. Hubo una *Galassia* en 1953 y otra más en 1957. Una genuina *Galaxy* italiana apareció en junio de 1958, dirigida por la señora Roberta Rambelli, uno de los críticos italianos de ciencia ficción más respetados. Dicha edición se prosiguió hasta marzo de 1964, pero, para aumentar la confusión, en enero de 1961 apareció una tercera *Galassia*, dirigida asimismo por la señora Rambelli.

Queda claro, pues, que ningún país, aparte de Estados Unidos y Gran Bretaña, disponía de una sola revista formada en exclusiva por obras de sus propios autores. Siempre se trataba de una plétora de reediciones. Resulta difícil por tal motivo valorar el efecto de la ciencia ficción extranjera en el escenario de la revista. En realidad, tal efecto es insignificante. Pero las publicaciones sirvieron al menos como campo de entrenamiento para autores noveles que, más tarde, escribirían en serio. Y estas novelas ejercerían un efecto de revitalización del género al ser traducidas al inglés.

Del resto de las revistas extranjeras, la única especializada en el género tras el telón de acero era la rumana *Colectia Povestii Stiintifice Fantastice*, lanzada en junio de 1955 como suplemento de la popular revista científica *Stiinta si Technica*. Dirigida por Adrian Rogoz, imprimía material procedente de todo el mundo, al tiempo que estimulaba a los escritores locales, como Sergiu Farcașan y Vladimir Colin. Conservó su periodicidad quincenal a lo largo de la década de los sesenta, hasta octubre de 1969. Otras revistas científicas de la Europa del Este, como la rusa *Iskatel* y las yugoslavas *Kosmoplov* y *Galaksija*, ofrecían relatos de ciencia ficción en sus números, aunque muy variables en cuanto al contenido.

Quizá la más lograda de todas las revistas extranjeras fuese la japonesa *SF Magazine*. Dirigida por Masami Fukushima (nacido en 1929), se presentó en febrero de 1960 con la acostumbrada mezcla de ciencia ficción inédita y reimpresa. Siendo la única publicación de su tipo en Asia, que contaba con una floreciente comunidad de aficionados a la ciencia ficción, sus ventas se dispararon, y pronto pasó a una periodicidad mensual regular, con una circulación superior a los cien mil ejemplares.

A pesar de este desarrollo mundial, todos los ojos seguían volviéndose hacia Estados Unidos para comprobar las tendencias. Y al iniciarse la década de los sesenta, la ciencia ficción estadounidense mostró por fin los indicios de un renacimiento.

Un soplo de vida

Seis revistas tan sólo sobrevivían aún en la nueva década, aunque entre las seis abarcaban toda la gama de la ciencia ficción. Señalemos como detalle interesante que, en 1960, las revistas tuvieron que anunciar por primera vez su tirada obedeciendo a una ley del Congreso. Dicha tirada estaba ya antes a disposición de quien quisiera saberla (anunciantes, por ejemplo) en la publicación americana *Publishers Weekly*. Ahora, se revelaba a los lectores en general. Al principio, no todas las revistas cumplieron con la ley, y las cifras de algunas que sí lo hicieron parecieron sospechosas. No obstante, al cabo de un cierto tiempo, pudo calcularse en cierta medida sus tendencias y su autenticidad. Figuraban en cabeza *Astounding y Galaxy*, con una tirada en torno a los ochenta mil ejemplares. A continuación, venían *If y F and SF*, con un total aproximado de cincuenta y cinco mil. *Amazing* tiraba cincuenta mil ejemplares, y *Fantastic* unos cuarenta mil. Las posiciones no se alteraron radicalmente en 1965, aunque sí las cifras. Puesto que la venta mínima para cubrir gastos en la mayoría de los casos giraba alrededor de los veinticinco mil ejemplares, todas se hallaban a salvo, lo que no significaba que pudieran dormirse en los laureles. ¿Sobrevivirían?

La primera en desaparecer fue *Astounding*... Es decir, no la revista, sino su título. John Campbell llevaba largo tiempo insatisfecho de la impresión beatificante que causaba dicho título, y había realizado varios intentos de hacer casi invisible en la portada la palabra *Astounding* (asombrosa), recalcando el término *Science Fiction*. Pero comprendía que esto no engañaba a nadie. El nombre era demasiado evocador de los días de revistas baratas y de maravilla del pasado. Tenía que existir algo más acorde con la era espacial, más análogo al progreso científico...

Un momento... Sí, había encontrado la solución. Ciencia ficción análoga a realidad científica. Así nació *Analog*. Campbell emprendió la eliminación paulatina del antiguo nombre. A partir del número de febrero de 1960, el título *Analog* apareció tenuemente bajo el de *Astounding*. A lo largo de aquel año, se fue definiendo más y más, hasta quedar en solitario en el mes de octubre. Campbell inventó su propio símbolo para representar el término analogía. Y así figuraba en el subtítulo: *Science FactScience Fiction*. Constituyó el primer esfuerzo de Campbell por convertir a *Analog* en una revista de ciencia ficción respetable y moderna. El siguiente consistió en liberar la publicación del estigma del formato reducido. El mismo Campbell había encabezado la campaña para que *Astounding* adoptara en 1943 dicho tamaño, en lugar del normal en las publicaciones baratas (17,8 por 25,4 cm). Era lo obligado en aquella época. Ahora, el formato reducido parecía desfasado, gracias al enorme mercado de las revistas ajenas a la ciencia ficción. Campbell aprovechó un incidente editorial ocurrido en 1961. En ese año, coincidiendo con el número de

febrero de *Analog*, la venerable firma Street and Smith, existente desde 1855, fue absorbida por Condé Nast Publications. Condé Nast aceptó de buena gana el cambio propuesto, y se trazaron planes para convertir *Analog* en una revista de gran formato y papel de excelente calidad. Campbell sabía perfectamente que *SF Plus* y *Satellite* habían fracasado en un empeño semejante, pero las consideró víctimas de las circunstancias. A *Analog* le iría sin duda mejor.

La transformación tuvo lugar con la edición de marzo de 1963. En realidad, *Analog* no pasó a ser una revista «normal», al menos no en el sentido de *Esquire*. ¿Dónde estaban las páginas en papel satinado? Allí, desde luego, pero reservadas a los anuncios y los artículos científicos, puesto que permitían una mejor reproducción de las fotografías. La novelística continuaba en el tradicional papel de calidad inferior. Sin embargo, suponía la oportunidad de presentar brillantes portadas, y John Schoenherr puso en ello su mejor inspiración, en tal medida que en 1965 se le concedió el Hugo al mejor dibujante profesional.

Analog conservó la calidad literaria que se esperaba de ella. Precisamente en la *Analog* de gran formato se publicaría una de las narraciones más extraordinarias de la década.

Frank Herbert (nacido en 1920) era ya un escritor apreciado, pero, dejando aparte su primera novela, *The Dragon in the Sea* (El dragón en el mar) (1955), no gozaba de gran reputación. El número de *Analog* de diciembre de 1963 incluyó el primer episodio de la última novela de Herbert, *Dune World* (El mundo de Dune), que suscitó una reacción sorprendente. Los lectores se mostraron más que entusiasmados al verse envueltos en la narración sobre el desértico mundo de Arrakis, sus gusanos de arena y la intriga del joven Paul Atréides, temido por los detentadores del poder como el Muad'dib prometido, el nuevo Mesías.

Dune World fue tan sólo la primera parte de toda una epopeya concebida por Herbert, que aparecería periódicamente en el transcurso de los siguientes doce años. Esta primera parte, combinada con la segunda, *The Prophet of Dune* (El profeta de Dune), formó la extensa y premiadísima novela *Dune*.

Sucedió que, con el número de abril de 1965, y mientras se estaba publicado *The Prophet of Dune*, los lectores se encontraron con que *Analog* había regresado al formato reducido. ¿A qué se debía esto?

Todo el problema de una revista en gran formato y papel de cierta calidad se reduce a que se apoya desde el punto de vista financiero en sus ingresos por publicidad. Imposible sobrevivir con el dinero de los lectores si desea mantener un precio competitivo. Y los ingresos por publicidad de *Analog* no iban bien, puesto que las principales empresas no creían que una revista de ciencia ficción contara con lectores adultos capaces de interesarse por sus productos. En consecuencia, Condé Nast aprovechó la primera

oportunidad para volver al tamaño reducido antes de que empeorara la situación. Los lectores no pusieron ninguna objeción. Las únicas quejas provinieron de los coleccionistas, para quienes las ediciones en diversos tamaños formaban un desagradable conjunto en su biblioteca.

En las demás revistas de importancia, estaban en vías de realizarse cambios editoriales. La deficiente salud de Horace Gold le impedía continuar dirigiendo *Galaxy* e *If*. En 1961, le sustituyó Frederik Pohl, que ya se había hecho cargo de buena parte del trabajo. Pohl tenía por fin la oportunidad de trabajar en una revista, tal como deseaba desde la aparición de la malograda *Star SF*. Iban a producirse transformaciones milagrosas.

Robert P. Mills abandonó la dirección de *F and SF* en 1962, en favor de sus intereses como agente literario. Fue sucedido por Avram Davidson, que se encargó de la revista desde México. Davidson, a instancias de la editorial, creó los números especiales dedicados a un solo autor, siendo el primero de ellos Theodore Sturgeon (septiembre de 1962) y el segundo Ray Bradbury (mayo de 1963). Siguieron otros.

Aunque todas estas revistas publicaban obras excelentes, aprovechaban también el trabajo de los escritores noveles, que aprendían su oficio en las páginas de *Amazing*, *Fantastic* e *If*.

Amazing jamás había disfrutado de una política editorial determinada. En *Analog*, era bien conocido el gusto de Campbell por su *ciencia* ficción. Pohl hacía especial hincapié en la sátira futurista o la aventura espacial en general. *F and SF* exigía calidad literaria, y pese a abarcar la esfera de acción más amplia de todas, no se aventuraba más allá de los estilos ensayados y confirmados. Cele Goldsmith, al contrario, porfiaba por hallar algo nuevo. Ya en 1961, *Amazing* se había convertido en una revista muy atrayente, con una presentación pulida y una portada llamativa, obra por lo general de Alex Schomburg.

Sam Moskowitz ejercía cierta influencia en la revista. Con el número de septiembre de 1960, *Amazing* inició la publicación regular de sus perfiles de autores de ciencia ficción. Poco después, lanzó una sección de reediciones clásicas, con relatos procedentes de los archivos de *Amazing*, seleccionados y presentados por Moskowitz. *Fantastic* contaba con una sección similar, con narraciones elegidas de una fuente más amplia. El número del trigésimoquinto aniversario, correspondiente a abril de 1961, apareció repleto de dichas reimpresiones, aunque con un editorial escrito por Hugo Gernsback y con una original cubierta de Frank R. Paul, su canto del cisne. El decano de los ilustradores de ciencia ficción, cuya obra supo plasmar el mundo dominado por las máquinas concebido por Hugo Gernsback, no proporcionaría más dibujos a las revistas a partir de entonces. Paul falleció el 29 de junio de 1963, a los setenta y nueve años de edad.

Los indicios de la predilección de *Amazing* por los talentos inéditos se hicieron más

que obvios en los primeros años sesenta. Así, David R. Bunch efectuaba apariciones regulares. Su obra no debía nada a ningún otro escritor. Poeta por naturaleza, escribía como un poeta: aturdidoras y exóticas imágenes del mundo, instantáneas incongruentes y sin embargo apasionantes. Su debut en el campo de la ciencia ficción había tenido lugar en *If*, en 1957, pero la mayoría de las revistas rechazaban sus obras, excepto *Amazing* y *Fantastic*. Bunch conquistó la fama mediante sus relatos, extremadamente originales, sobre el mundo Moderno y sus habitantes, seres en parte humanos y en parte metálicos.

Amazing brindó a sus lectores varias narraciones de J. G. Ballard y Brian Aldiss, a partir de enero de 1962. Ambos escritores se hallaban en aquel momento en un estadio de transición, habiendo completado su aprendizaje con todos los honores y empezando a establecer el rumbo de la ciencia ficción. El número de *Amazing* de marzo de 1962 constituye un ejemplo espectacular, con *Tyrant's Territory* (El territorio del tirano), de Aldiss, un relato de la serie PEST; *The Thousand Dreams of Stellavista* (Los mil sueños de Stellavista), uno de los relatos de Ballard desarrollados en *Vermilion Sands*, y otras muchas narraciones, la mayoría bellamente ilustradas por Virgil Finlay.

1962 y 1963 fueron años grandiosos para las dos revistas. Una combinación de talentos nuevos y veteranos se unió para crear un enfoque francamente excitante de los viejos temas de la ciencia ficción. Basta con fijarse en los nombres de los autores noveles cuyas primeras obras fueron publicadas en *Amazing* o *Fantastic*: Keith Laumer (abril de 1959), Phyllis Gottlieb (septiembre de 1959), Albert Teichner (enero de 1960), Ben Bova (febrero de 1960), Robert Rohrer (marzo de 1962), Larry Eisenberg y Roger Zelazny (agosto de 1962), Ursula K. LeGuin (septiembre de 1962), Thomas M. Disch (octubre de 1962), Sonya Dorman (enero de 1963) y Piers Anthony (abril de 1963).

En la actualidad, los nombres más famosos de esta relación son los de Roger Zelazny y Ursula LeGuin, aunque en mi opinión se menosprecia enormemente a Piers Anthony. Zelazny causó el impacto más inmediato. Sus primeros relatos se parecían mucho a los de Bunch, instantáneas de apariencia absurda. Pero se desarrollaron con gran rapidez, y Zelazny se mostró tan prolífico que algunos de ellos se publicaron firmados con seudónimo. Eligió a capricho el de Harrison Denmark, con lo cual provocó una enorme confusión, ya que Harry Harrison, que también escribía para las revistas, residía por entonces en Dinamarca (en inglés, *Denmark*).

Casi todos los autores de talento intervinieron en *Amazing* y *Fantastic* durante este período. Philip K. Dick, que casi había abandonado el campo de la revista para pasar al del libro, regresó como colaborador regular, con cuentos como *The Days of Perky Pat* (Los días de Perky Pat) (*Amazing*, diciembre de 1963), base de su novela *The Three Stigmata of Palmer Eldritch* (Los tres estigmas de Palmer Eldritch) (1965). También Robert Silverberg había dejado el género al fracasar sus revistas, para concentrarse en temas ajenos a la novelística y en obras de consulta infantiles, pero empezó a resurgir,

ocupándose además de la sección de crítica de libros. Hay que citar igualmente a Frank Herbert, Cordwainer Smith, Fritz Leiber, Philip José Farmer, Raymond F. Jones, James H. Schmitz, Lester del Rey, Daniel F. Galouye, John Jakes, Arthur Porges, Leigh Brackett, Jack Sharkey, Henry Slesar, Harlan Ellison y Edmond Hamilton. Este último hizo una reaparición en las revistas con varias soberbias narraciones, como *Sunfire!* (Fuego solar) (*Amazing*, septiembre de 1962), en torno a una vida energética sensible en Mercurio.

Amazing y *Fantastic* bullían de actividad. Las novedades se sucedían. El lector se sentía fascinado de antemano. Autores veteranos y noveles experimentaban codo a codo nuevos estilos. La revolución empezaba. La ciencia ficción sufría una metamorfosis, renacía. Los números de ambas revistas entre 1962 y 1964 son comparables a los aparecidos durante la edad de oro de *Astounding*, de 1938 a 1942, época en la que se produjo un brote similar de nuevos talentos. Campbell había proporcionado a la ciencia ficción, aún adolescente, los criterios finales, antes de ponerla en camino hacia la edad adulta. Alcanzó su madurez a finales de los años cuarenta, pero durante la década de 1950 comenzó a envejecer. Y tras pasar una fase de crisálida en los últimos años cincuenta, la mariposa empezaba a emerger.

Fantastic, casi a solas, revivía el género de espadas y brujería. Se trataba de jactanciosas narraciones sobre magos y guerreros, en la vena del Conan de Robert E. Howard. John Jakes contribuía con las aventuras de Brak, una imitación del anterior, en tanto que Fritz Leiber proseguía su epopeya de los inimitables bribones Fafhrd y Grey Mouser. *Fantastic* adoptaba una política editorial extremadamente abierta, y ofrecía numerosos relatos grotescos y fuera de lo normal, un género exclusivo. No hay que sorprenderse, por tanto, de que reapareciera en ella el Harlan Ellison del nuevo estilo, con sus obras experimentales *Paingod* (El dios dolor) (junio de 1964) y *Brighteyes* (Ojos brillantes) (abril de 1965).

También *Amazing* logró un éxito sensacional al adquirir un relato inédito de Edgar Rice Burroughs, *Savage Pellucidar* (El salvaje Pellucidar), y ofrecerlo en noviembre de 1963.

¿Qué más podían pedir los lectores?

Así pues, en 1965, se recibió como un gran golpe la noticia de que *Ziff-Davis* había decidido que las dos revistas no rendían. Después de todo, a los editores les interesaban los beneficios, no las revoluciones en la ciencia ficción. Ni *Amazing* ni *Fantastic* resultaban lo bastante provechosas, y por eso fueron vendidas a Sol Cohen. Éste, que había sido durante algún tiempo el editor de *Galaxy*, había creado su propia editorial, Ultimate Publishing Company, en Flushing, Nueva York. Su única preocupación se centraba en la rentabilidad, y disponía de un arma excelente. *Ziff-Davis* había adquirido todos los derechos de las narraciones publicadas, y dichos derechos pasaban a Cohen. Lo que significaba, simple y llanamente, el derecho a reeditar las viejas páginas de *Amazing* y

Fantastic Adventures sin pagar un solo centavo a los autores.

Otro golpe adicional fue asestado a las revistas por la retirada de Cele Goldsmith (o Cele Lalli, como se llamaba después de su matrimonio en 1964). Cohen dio instrucciones al director de sus revistas, Joseph Ross, para que se basara casi por entero en reimpressiones y usara parcamente los nuevos manuscritos heredados de *Ziff-Davis*. Al principio, la cosa no resultó tan terrible. Se guardaban numerosas narraciones de primera clase en los archivos, y éstas, combinadas con excelentes relatos inéditos y una atractiva presentación, hacían a *Amazing* y *Fantastic* muy legibles. Pero el proceso se deterioró con rapidez. Sin la menor duda, *Amazing* había dejado de ser el crisol del que surgía la nueva ciencia ficción.

Frederik Pohl le seguía los pasos muy de cerca a Cele Goldsmith en cuanto a cultivar su equipo de autores noveles y sonsacar material de la vieja guardia. Cuando *Amazing* y *Fantastic* perdieron su electrizante encanto, Pohl fue el único en beneficiarse.

Pohl no había efectuado cambios inmediatos al hacerse cargo de la dirección, pero poco después de tomar posesión, la imprenta en que se editaba entonces *If* estropeó por completo un número de la revista. Pohl recurrió a un nuevo impresor, que dio a *Galaxy* y a *If*, aunque a ésta en grado menor, una presentación mucho mejor. Con ello se marcó un nuevo rumbo. *Galaxy* empezó a perder su aspecto vulgar e insulso, en favor de una presentación más acabada. Las ilustraciones mejoraron de modo espectacular, con nuevos artistas como Gray Morrow y veteranos de confianza como Virgil Finlay. La calidad de *If*, en cambio, siguió siendo escasa, y ciertos experimentos sobre el color, imprimiendo en azul o rojo algunos encabezamientos y títulos, sólo derivaron hacia un aspecto más juvenil del producto final.

Pohl empezó a presionar al editor, Robert M. Guinn, para que promoviera *Galaxy* a publicación mensual, pero Guinn se mostraba indeciso. *Galaxy* daba un beneficio. ¿Para qué arriesgarse? El argumento contrario valía para *If*, cuyas pérdidas no harían sino agravarse al aumentar su periodicidad. El resultado de esta porfía fue la creación de una nueva revista, *Worlds of Tomorrow*, la primera desde la breve publicación de *Vanguard* en 1958.

Worlds of Tomorrow, planeada en principio como mensual, apareció con carácter bimensual a partir del primer número, fechado en abril de 1963, con el mismo diseño en su portada que *Galaxy* e *If*, de modo que apenas se distinguían. Pohl pugnó por adquirir la colaboración de diversos escritores de nota para lanzar la revista y se aseguró la última novela de Arthur Clarke, *People of the Sea* (El pueblo del mar). La obra, escrita para lectores jóvenes, se publicó asimismo en forma de libro bajo el título *Dolphin Island* (La isla de los delfines). Relataba las aventuras de un chico de quince años rescatado por dichos animales. El mismo número incluía también relatos de Keith Laumer, Murray Leinster y Fritz Leiber y señalaba el regreso de Robert Silverberg a la ciencia ficción, con

una narración sobre una forma de castigo en el futuro, *To See the Invisible Man* (Ver al hombre invisible).

Worlds of Tomorrow presentaba, al igual que *If*, ilustraciones interiores en dos tonos que resultaban desalentadoras. La técnica superior de Virgil Finlay lograba sobrevivir al tratamiento, pero otras ilustraciones, en especial los «rellenos» a esquemáticos de Jack Gaughian, resultaban poco más que borrones de tinta. El defecto fue sustancialmente corregido en números subsiguientes. No obstante, el nivel literario continuaba por debajo de la media, y *Worlds of Tomorrow* recibía más críticas que alabanzas por los relatos que ofrecía. La obra más conocida entre las que publicó es sin duda *The Dark Light-Years* (Los oscuros años luz), de Brian Aldiss, con su muy original descripción de una raza extraterrestre, avanzada en el terreno científico, pero repulsiva en sus hábitos.

Poco después del lanzamiento de *Worlds of Tomorrow*, Guinn decidió dar el visto bueno para que *If* pasara a mensual. El ambiente era obviamente más propicio en aquel momento que unos años antes, debido a una diversidad de causas. El *boom* del libro de bolsillo, a finales de la década de 1950, y el advenimiento de la era espacial, habían atraído nuevos lectores a la ciencia ficción. Dichos lectores—además de los nuevos reclutas interesados por la carrera espacial— empezaban a expandir sus horizontes desde los libros a las revistas, y aunque éstas se veían reducidas a un papel secundario al lado de aquéllos, el hecho de que existiera sólo un puñado de ellas les valió una mejor acogida.

Así pues, *If* pasó a mensual a partir de su número de julio de 1964. Frederik Pohl preparaba nuevos detalles para captar a los lectores. Por ejemplo, apenas se veía el nombre de Theodore Sturgeon en una revista de ciencia ficción por aquel entonces. Pohl consiguió que se encargase de la sección principal. Sturgeon colaboraba en todos los números con un artículo breve sobre diversos tópicos, y a veces con un editorial. Las ilustraciones de *If* mejoraron, y Pohl utilizó al máximo el poder comercial del nombre de Virgil Finlay. El número de marzo de 1963 estaba exclusivamente ilustrado por éste. Asimismo, Pohl inició una sección de «primeras obras», comprometiéndose a que en todos los números de la revista aparecería al menos el primer relato de un autor novel. La serie comenzó en septiembre de 1962, con *Once around Arcturus* (Una vez, en torno a Arturo), de Joseph Green. Sin embargo, cuando dicho relato se publicó, Green había colocado ya varios otros en *New Worlds*, pertenecientes a su serie sobre colonizadores planetarios, que más tarde se pondría a la venta con el título *The Loafers of Refuge* (Los holgazanes del refugio) (1965). A partir de aquel momento, *If* ofreció siempre una o dos primeras narraciones, lo cual, combinado con los talentos que llenaban *Amazing* y *Fantastic*, da una idea del renacimiento que experimentaba la ciencia ficción.

En 1963 tuvo lugar la presentación de Gary Wright (enero), Robert Lory (mayo), Bruce McAllister y Alexei Panshin (julio). El año siguiente nos dio a conocer a Norman Kagan en julio, a Robert E. Margroff en octubre y, sobre todo, a Larry Niven en diciembre. Niven

recuerda que su relato, *The Coldest Place* (El lugar más frío), se quedó anticuado apenas publicado, ya que se supo entonces que Mercurio no siempre ofrecía la misma cara al sol. Entre otras primeras obras, hay que citar la de Larry S. Todd, en junio de 1965, la de Dannie Plachta, en septiembre del mismo año, y la de H. H. Hollis, en marzo de 1966.

Los autores citados no fueron los únicos que hicieron sus primeras armas en las revistas. C.C. MacApp se había presentado en *If* en mayo de 1960, y se había convertido en un colaborador regular de las tres revistas, a menudo con *Gree*, su serie sobre tiranos extraterrestres. Fred Saberhagen, que se había dado a conocer en *Galaxy*, en febrero de 1961, se ganó infinidad de lectores, en este caso con su serie *Berserker*, sobre las máquinas bélicas.

Además, el hallazgo de Cele Goldsmith —Keith Laumer— proporcionó a *If* su faceta más ligera, con sus humorísticos relatos de las proezas diplomáticas de Jame Retief. Curiosamente, Retief había comenzado en serio. La primera narración, *Diplomat-at-Arms* (Diplomático para armamento), apareció en *Fantastic* en enero de 1960. El personaje revivió en *If* en septiembre de 1961, con *The Frozen Planet* (El planeta helado), y la serie se fue haciendo cada vez más extravagante.

Además de asegurarse el futuro mediante la promoción de nuevos escritores, Pohl acaparó buena parte del mejor material escrito por autores famosos, nuevos y veteranos. Gracias a ello, *If* alcanzó la vanguardia del género, ganando el Hugo en 1966.

En primer lugar, Pohl, como escritor, formó equipo con Jack Williamson para producir dos excelentes novelas de aventuras, *The Reefs of Space* (Los arrecifes del espacio) (1963) y *Starchild* (El hijo de las estrellas) (1965). A continuación, *If* publicó por entregas tres de las novelas de Robert Heinlein: *Podkayne of Mars* (Hija de Marte), en 1962-1963, *Farnham's Freehold* (Los dominios de Farnham), en 1964, y *The Moon Is a Harsh Mistress* (La luna es una cruel amante), en 1965-1966, esta última ganadora de un Hugo.

Uno de los mayores alardes de *If* consistió en adquirir por adelantado todas las nuevas obras de A. E. van Vogt. El número de septiembre de 1963 ofreció *The Expendables*, incluida en este libro. Luego siguieron *The Silkie* (El sedoso) en 1964 y *The Replicators* (Los duplicadores) en 1965, todo un prelude del renacimiento de Van Vogt que iba a tener lugar.

El 11 de mayo de 1964 fue un número especial dedicado a los Smith. Figuraron en él: Jack Smith, el constante y veterano George O. Smith, el siempre original Cordwainer Smith, con un relato de su serie *Underpeople*, *The Store of Heart's Desires* (El almacén de deseos del corazón), y el avezado E. E. Smith, con *The Imperial Stars* (Las estrellas imperiales), la novela corta que dio origen a la serie de *La familia d'Alembert*. Con anterioridad, *If* había ofrecido por episodios *Masters of Space* (Maestros del espacio), la novela que E. E. Smith terminó a partir de un manuscrito que dejó inacabado el

aficionado y escritor E. Everett Evans (1893-1958). Pero la auténtica «bomba» llegó con el anuncio de que *If* iba a publicar por entregas la más reciente novela de «Doc» Smith, *Skylark DuQuesne*. Al cabo de medio siglo, Smith volvía al punto de partida, haciendo revivir al malvado maestro de villanos Blackie DuQuesne para que batallase una vez más contra Richard Seaton.

El folletín se inició en junio de 1965. Poco después, fallecía Doc Smith, quizá mientras retocaba aún su novela conforme se iba publicando y cuando su nombre volvía a estar en labios de todos los aficionados. Había muerto el inventor de la superciencia ficción, el hombre que más había hecho por empujar al género fuera del sistema solar. Pero había vivido lo suficiente para contemplar el renacimiento de la ciencia ficción, y sobre todo para ser testigo del lanzamiento del hombre al espacio. E. E. Smith murió en septiembre de 1965, cuando contaba setenta y cinco años de edad. Como si el destino decidiera intervenir, el mismo número de *If* en que se publicaba la esquela de defunción de Smith, el de diciembre de 1965, presentaba el primer relato de Stephen Goldin, el hombre que una década más tarde asumiría la personalidad del fallecido para proseguir la serie de *La familia d'Alembert*.

A finales de 1965, *If* era sin duda alguna la revista más apasionante del género. El número de sus páginas había aumentado en septiembre de dicho año, y todo estaba dispuesto para que su preponderancia se incrementase sin interrupción.

Pohl no había descuidado *Galaxy* ni *Worlds of Tomorrow* durante la época en que se dedicó a revitalizar *If*. Cuando Ziff-Davis vendió *Amazing*, la segunda de estas revistas heredó la sección que trazaba los perfiles de las personalidades de la ciencia ficción, sección creada por Sam Moskowitz. Por su parte, *Galaxy* aprovechaba su número extra de páginas para sus vigorosas novelas cortas y sus grandes folletines. En junio de 1963, había publicado la primera parte de *Here Gather the Stars* (Aquí se concentran las estrellas), de Clifford Simak, que después obtendría el Premio Hugo, aunque se la conoce mejor con el título de su publicación como libro, *Way Station* (Estación de tránsito). Cordwainer Smith aparecía con regularidad, y hacia 1965 se había convertido en uno de los autores de ciencia ficción de los que más se hablaba. Pohl escribió así de él:

«De entre todos los autores de ciencia ficción, aquel cuya visión abarca más lejos en la totalidad de la vida futura es uno de mis colegas, Cordwainer Smith. Smith no escribe historias sobre los viajes interestelares, la longevidad o la relación entre los hombres del futuro y sus creaciones, ya sean robots o animales sometidos a mutaciones. Él escribe sobre personas que viven en una civilización donde todas esas cosas, y muchas más, constituyen elementos de sus vidas cotidianas».

Pero el destino se mostró cruel con Smith. Perfectamente situado para convertirse en un escritor permanente de ciencia ficción, falleció en agosto de 1966, cuando sólo contaba cincuenta y tres años. Su temprana muerte le hizo entrar en la leyenda, pero privó a la

ciencia ficción de un talento sin par; y al mundo, de un genio político y lingüístico.

Un indicio de que el bienestar había vuelto al campo de la revista lo proporcionaba el nacimiento de nuevas publicaciones. Sin embargo, no hubo un verdadero *boom*, no se produjo una inundación de la noche a la mañana. Aparte de *Worlds of Tomorrow*, sólo aparecieron tres revistas, y ni una sola se dedicó al nuevo estilo.

Gamma no difería gran cosa de *F and SF*; diseño similar, formato y política editorial idénticas, una mezcla de todos los tipos de literatura fantástica. El primer número salió en la primavera de 1963, en tamaño reducido y con una portada atrayente, aunque poco imaginativa, obra de Morris Scott Dollens, ostentando los nombres de Tennessee Williams, Ray Bradbury y Rod Sterling. Y como subtítulo, no «Ciencia Ficción», sino «Nuevas Fronteras de la Ficción».

Gamma procedía de Hollywood, y la publicaba y dirigía un trío de celebridades, Charles E. Fritch, Jack Matcha y William F. Nolan. Fritch había contribuido de modo regular al género, y se le conocía sobre todo por su minuciosa descripción de una sociedad futura tan drogada como para desconocer la realidad, *Big, Wide, Wonderful World* (Gran, extenso, maravilloso mundo) (*F and SF*, marzo de 1958). Nolan era el coautor de *Logan's Run* (La carrera de Logan), y famoso también como antologista, biógrafo y bibliógrafo de Ray Bradbury.

Viniendo de Hollywood, no sorprendió que en *Gamma* escribieran autores de ciencia ficción cuyos mayores ingresos procedían de los estudios de cine y de televisión: Charles Beaumont, Ray Bradbury, Ray Russell, Robert Bloch, George Clayton Johnson y Richard Matheson. Los relatos transparentaban este tipo de literatura refinada propia del estilo «cinematográfico», y los mejores no pertenecían a la ciencia ficción, sino al puro horror, como *The Snail Watcher* (El observador de caracoles), de Patricia Highsmith, o la reimpresión de *The Vengeance of Nitocris* (La venganza de Nitocris), de Tennessee Williams, tomada del *Weird Tales* de agosto de 1928. Incluso las narraciones de ciencia ficción estricta sacaban provecho del tratamiento terrorífico, como la extraordinaria *Food* (Comida), de Ray Nelson, en torno a la creciente locura de un náufrago del espacio.

Gamma no dejó nunca de ser experimental, y al parecer hubiera obtenido más beneficio de adoptar la elegante presentación de una revista normal, ajena a la ciencia ficción. Todos los números ofrecían una interesante entrevista con personas como Rod Serling, Forrest Ackerman o Robert Sheckley. La segunda edición incluyó una inteligente y artificiosa poesía de Ib Melchior, que tomó varios versos de William Shakespeare y los dispuso para dar una exacta descripción del sistema solar.

Obviamente, *Gamma* sólo significaba para sus editores un negocio adicional y no demasiado provechoso. Sus apariciones eran muy erráticas: el número dos salió en otoño de 1963; el tres, en el verano de 1964; el cuatro, dedicado al espacio exterior y con una

portada de gran atractivo, en febrero de 1965; el cinco, en septiembre de 1965... Y ahí acabó todo, aunque se anunció la publicación de otro número al cabo de varios meses. *Gamma* nunca comprendió sus posibilidades. Aquejada de problemas de distribución, no podía asegurarse un público lo bastante conocedor. Así, los lectores perdieron una de las mejores revistas de ciencia ficción de todas las épocas, pese a su excesivo hincapié en el horror.

A propósito de éste, en agosto de 1963 fue presentada *Magazine of Horror*. La dirigía Robert Lowndes, que, tras abandonar los Columbia Magazines en 1960, había entrado en la Health Knowledge Inc. como director de la revista de información sexual *Real Life Guide* y de la publicación *Exploring the Unknown*, dedicada a ensayos y artículos sobre ocultismo. En 1963, convenció a sus superiores de que una revista con relatos de terror sería la compañera ideal de esta última, y así nació *Magazine of Horror*. Una distribución deplorable perjudicó a la revista durante toda su existencia, pero Lowndes redujo los costos al mínimo, ateniéndose sobre todo a reimpresiones, que desenterró con admirable gusto, en especial de viejos números de *Weird Tales* y *Strange Tales*. *Magazine of Horror* se interesó a menudo por la ciencia ficción. Su primer número, por ejemplo, presentó *The Last Dawn* (El último amanecer) (1907), un excelente relato catastrófico de Frank Lillie Pollock. En números posteriores se reeditaron algunas narraciones de la serie *Stranger Club*, de Laurence Manning, publicadas por primera vez en *Wonder Stories*. Lowndes se apuntó también un buen tanto al adquirir varios relatos inéditos de Roger Zelazny, entre ellos *Comes Now the Power* (El poder llega ahora) (verano de 1966), uno de los mejores ejemplos de una vida a la inversa.

La tercera de las nuevas revistas constaba exclusivamente de reimpresiones. En 1957, Ned Pines, editor de las antiguas revistas baratas «Thrilling», había publicado una antología en formato reducido, compuesta de relatos procedentes de *Thrilling Wonder*. Titulada *Wonder Stories*, continuaba la numeración de aquella, ya que Pines había tomado la decisión de vertirla en reedición anual, en caso de una venta satisfactoria. Los relatos, seleccionados por Jim Hendryx hijo, formaban una excelente muestra representativa, en la que destacaban *Shadow on the Sand* (Sombra en la arena), de John D. MacDonald, una novela corta sobre humanoides, y algunos cuentos de Ray Bradbury, Arthur Clarke y Anthony Boucher. Su peor detalle consistió en una cubierta francamente mala de William Powers, cuya obra jamás se acomodó a la ciencia ficción.

Ned Pines dudó mucho sobre la conveniencia de publicar otros números cuando la depresión afectó al campo de la ciencia ficción. En 1963 realizó un segundo intento y reeditó el mismo número, con mínimos cambios en los relatos, pero en esta ocasión con el formato de las antiguas revistas baratas. Las ventas fueron buenas, y así, en 1964, surgió el primer ejemplar de *Treasury of Great Science Fiction Stories*, con el mismo formato y una nueva selección de Jim Hendryx. Como antología en tamaño de revista, obtuvo buenos resultados. Y la idea fue imitada por Frederick Pohl, quien en 1964

compiló dos *Best Science Fiction*, con relatos extraídos de *If* y de *Worlds of Tomorrow*.

En 1966, *Treasury* acertó su título, pasando a llamarse *Great Science Fiction Stories*. Pronto surgió la confusión, puesto que Sol Cohen acababa de crear una revista de reimpressiones llamadas *Great Science Fiction*, a fin de aprovechar los archivos de *Ziff-Davis*. Cohen mantuvo el título, ya que su revista había aparecido unos meses antes, y *Treasury* cambió de nuevo el suyo por *Science Fiction Yearbook*.

Bizarre Mystery Magazine, una combinación de ciencia ficción con obras policíacas y de horror, incluyendo una versión condensada de *Planet of the Apes* (El planeta de los simios), de Pierre Boulle, sacó a la venta tres números en el invierno de 1965.

F and SF merece ciertos elogios por su calidad uniforme. Rara vez decepcionó a lo largo de toda la década, y en general fue excelente. En 1961, publicó la magnífica serie de Brian Aldiss *Hothouse* (Invernadero), desarrollada en una agonizante Tierra de clima tropical. Roger Zelazny recurrió asimismo a *F and SF* para sus obras más logradas, una vez que decayó el mercado de *Amazing*. En número de noviembre de 1963, se incluía su punzante combinación de religión y vida en Marte *A Rose for Ecclesiastes* (Una rosa para el Eclesiastés), seguida, en marzo de 1965, por *The Doors of His Face, the Lamps of His Mouth* (Las puertas de su cara, las lámparas de su boca), una de las últimas narraciones en el marco de un Venus acuoso, antes de conocerse la realidad de su corteza seca, turbulenta y tropical. En el breve espacio de tres años, Zelazny se abrió paso entre los famosos. Su novela *And Call Me Conrad* (Y llámame Conrad), publicada por entregas en *F and SF* en 1965, obtuvo el Premio Hugo junto con *Dune*.

El predominio de *F and SF* se demuestra con sólo enumerar las nominaciones y premios Hugo conseguidos en el período que va de 1961 a 1965 (premios de 1962 a 1966). Otorgando un punto a cada nominación y dos a cada premio en las categorías de revista y obras cortas, el resultado es el siguiente: *F and SF*, dieciocho puntos; *Analog*, doce; *Galaxy*, once; *Amazing*, *Fantastic* y *Science Fantasy*, cuatro; *If* y *Worlds of Tomorrow*, dos.

Al finalizar la cuarta década en la historia de las revistas de ciencia ficción, el cargo de director de *F and SF* volvió a cambiar de manos. Avram Davidson dimitió para continuar escribiendo. Joseph Ferman (1906-1974), titular de la editorial, le reemplazó durante un año, hasta el número de enero de 1966, pasando luego la dirección a su hijo Edward L. Ferman, de veintiocho años. Ferman hijo llevaría *F and SF* a cimas todavía más elevadas, en el curso de los diez años siguientes.

Mediada la década de 1960, se produjo una revolución en la ciencia ficción americana. Roger Zelazny combinaba osadamente ciencia, religión y mito en una fusión pirotécnica. Robert Silverberg resurgió de su época de escritor mercenario como el ave fénix de sus propias cenizas, llegando a un enfoque nuevo por completo de la ciencia ficción, que

empezó a tomar forma en las páginas de *Galaxy*. Pero el auténtico símbolo de lo que se avecinaba fue «*Repent Harlequin!*», *Said the Ticktockman* («¡Arrepiéntete, arlequín!», dijo el hombre Tictac), de Harlan Ellison, publicado en *Galaxy* en diciembre de 1965. Ellison había vuelto del revés la historia convencional del rebelde que no se adaptaría a una sociedad futura, dándole un tratamiento original. Ellison, Zelazny, Silverberg y muchos otros encabezaron la revolución americana de los años sesenta. Sin embargo, la batalla principal no se libraría en Estados Unidos, sino en Gran Bretaña.

El camino hacia la revolución

En 1960, *New Worlds*, *Science Fantasy* y *Science Fiction Adventures* tenían una rival, por más que su calidad competitiva fuera irrisoria. De hecho, *Science-Fiction Library* resultó tan patética que sólo vale la pena señalar el hecho de que la publicaba Gerald G. Swan, el hombre que había producido similares abortos durante la segunda guerra mundial. Mezcla de reimpressiones tomadas de revistas publicadas en la Columbia durante la guerra (*Science Fiction* y afines) y nuevas obras compradas a finales de la década de 1940 o principios de la siguiente, que sólo entonces veían la luz del día, la revista no señalaba en absoluto ese detalle, dejando al incauto lector ante una selección mal impresa de literatura tremendamente anticuada. Su compañera, *Weird and Occult Library*, la mejoraba en mínimo grado.

Por fortuna, no hubo más que tres números de *SF Library*, y a partir de entonces Gerald G. Swan no volvió a mancillar los umbrales de la ciencia ficción.

A finales de 1960, ciertos desgraciados acontecimientos ocurridos en otras partes del mundo tuvieron efectos de largo alcance. Las condiciones económicas de Australia provocaron restricciones en la importación de todas las publicaciones periódicas británicas, lo cual supuso un tremendo golpe para las revistas de Carnell. Una gran parte de su tirada se dirigía hacia Australia, factor que suscitó la vocación de una nueva generación de escritores en dicho país, Lee Harding y John Baxter entre ellos. La barrera legal se eliminó posteriormente, pero el daño ya estaba hecho.

Al mismo tiempo, Carnell había llegado a un acuerdo con Great American Publications para una edición estadounidense de *New Worlds*, caso extraordinario, si se consideraba el diluvio de ediciones británicas de las revistas americanas. En marzo de 1960, al salir el primer número, Hans Stefan Santesson figuraba como director titular, sin mención alguna del nombre de Carnell y sin la menor alusión al hecho de que las narraciones habían sido publicadas con anterioridad en Gran Bretaña. En mayo de 1960, Carnell expuso sus quejas en su editorial de la *New Worlds* británica. No obstante, su homónima americana sólo editó cinco números, al ritmo de uno al mes. Posteriores intentos para distribuir *New Worlds* en Norteamérica resultaron desastrosos desde el punto de vista financiero.

Y por último, en los primeros años de la década de los sesenta, se notó la expansión en el mercado del libro de bolsillo. Las ventas de las revistas cayeron en vertical. En 1959, se habían levantado en Gran Bretaña las restricciones a la importación de revistas americanas y, como mal menor, los lectores británicos se decidieron a adquirir el producto auténtico, con obvias repercusiones para las reimpressiones británicas. La

circulación menguó. La *Analog* inglesa desapareció tras el número de agosto de 1963. *F and SF* siguió imprimiéndose en el Reino Unido hasta junio de 1964. Atlas Publishing, que había editado ambas, no se arredró. Valientemente, en septiembre de 1963 puso a la venta una edición británica de *Venture* para reemplazar a *Analog*. Sin un solo relato inédito, estaba integrada por narraciones extraídas de *Venture*, pero también de números concurrentes de *F and SF*, es decir del período 1957-1958. Fue bien acogida, puesto que ofrecía relatos de difícil adquisición. Vista desde este ángulo, se trataba de una revista más bien única en el país. Conservó una periodicidad mensual mientras publicó sus veintiocho números, cerrando en diciembre de 1965 porque, según la editorial, se había agotado todo el material disponible.

Por si la desaparición de las ediciones británicas no fuera ya bastante mala en sí, las publicaciones nativas comenzaron a tambalearse. *SF Adventures* desapareció en mayo de 1963. La revista había sido siempre de gran calidad, pero con la tirada más baja. En sus últimos años, brindó al lector una versión reducida de la novela catastrófica de Ballard *The Drowned World* (El mundo sumergido); la fascinante serie de John Brunner sobre la Sociedad del Tiempo, desarrollada en una Tierra alternativa y publicada como libro en 1962, con el título *Time without Number* (Tiempo sin número), y *The Sundered Worlds* (Los mundos separados) (1962), de Michael Moorcock.

Science Fantasy no había perdido su popularidad, obteniendo varias nominaciones para el Hugo. Incluso, en el verano de 1963, se discutió su paso a mensual. No obstante, en la reunión del consejo de administración de la Nova, celebrada el 19 de septiembre de 1963, se acordó que *Science Fantasy* y *New Worlds* dejaran de publicarse.

Carnell no se amilanó. En diciembre de 1963, firmó un contrato para editar una serie de antologías originales de la nueva ciencia ficción. Iba a llamarse *New Writings in SF*, y aparecería trimestralmente. El primer volumen salió en el verano de 1964, con excelentes ventas. A partir de entonces, se publica de manera esporádica. *New Writings* perpetúa en efecto la *New Worlds* de antaño, en muchos casos con obras de los mismos autores.

La noticia de que las revistas quebraban causó conmoción entre la fraternidad de la ciencia ficción. Por un lado, *Science Fantasy* se encontraba por aquel entonces en su mejor momento, en especial para los amantes de la literatura fantástica. No sólo ofrecía con regularidad la excelente fantasía heroica de Michael Moorcock en torno a su lord albino, Elric, sino que presentaba las muy originales y superiores fantasías históricas del fallecido Thomas Burnett Swann. El mayor talento de Swann se expresaba al evocar la realidad del amanecer de la civilización, cuando la expansión de la humanidad amenazaba a las criaturas, ahora míticas, que vivían en paz, dríadas, faunos y similares. Pese a ser americano, Swann había ganado su reputación en Gran Bretaña. El bellissimo relato *Where Is the Bird of Fire?* (¿Dónde está el pájaro de fuego?) (abril de 1962), referente a la leyenda de Rómulo y Remo, fue nominado para el Hugo.

Además de estas fantasías supremas, la revista presentaba ciencia ficción tan excelente como *Matrix* (Matriz) (octubre de 1962), una aventura de mundos paralelos, y *Skeleton Crew* (La dotación del esqueleto) (diciembre de 1963), extendido hasta novela con el título *Earthworks* (Terraplanes), extraño panorama de una Tierra futura, ambos de Brian Aldiss. Y también la torsión temporal de John Brunner, *Some Lapse of Time* (Cierta lapso de tiempo) (febrero de 1963).

Próxima a su fin, *New Worlds* no ofrecía tanta excelencia, aunque tal descenso de calidad era de esperar al enfrentarse la revista a su inminente desaparición. Con todo, en la primera mitad de la década hubo en ella numerosas narraciones de primera clase. Aparte de las más famosas de Ballard y Aldiss, subrayemos los cautivantes problemas científicos de Donald Malcolm, en la vena de Hal Clement y Arthur Clarke, como por ejemplo su serie sobre el Equipo de Exploración Planetaria, iniciada con *Twice Bitten* (Dos veces mordido) (febrero de 1963). Colin Kapp, un científico igualmente aficionado, colaboró con un excitante relato interdimensional, *Lambda 1* (diciembre de 1962), al que siguió su primera novela, *The Dark Mind* (La mente oscura) (1963-1964), relativa a los reticulados transdimensionales y donde cuenta cómo un hombre enviado al limbo existente entre las dimensiones regresa con la facultad de controlar la antimateria.

En el número de septiembre de 1962, apareció *The Streets of Ashkelon*, un relato demoledor de tabúes, obra de Harry Harrison, que reeditamos en este libro. Otro autor popular de la Nova era Ian Wright, con su novela *Dawn's Left Hand* (La mano izquierda del amanecer) (1963), una de las numerosas precursoras de *Cyborg* (1972), de Martin Caidin, sobre un hombre biónico.

El número de abril de 1963 reviste un interés histórico. Contenía un editorial de Michael Moorcock en el que éste llamaba la atención de los escritores especializados respecto a la necesidad de aumentar el nivel medio de la ciencia ficción, evitando así que los autores de géneros mayoritarios utilizaran su técnica literaria para manipular aquélla en favor de sus intereses particulares. Moorcock revelaba así sus futuras intenciones editoriales, aunque por entonces ni siquiera se las había planteado. Al enterarse del cierre de las revistas, escribió a Carnell una carta, publicada en la última *New Worlds* (abril de 1964). Uno de sus párrafos decía así:

«Como ya he afirmado en otras ocasiones, la ciencia ficción suele autoproclamarse muy avanzada, cuando en realidad sólo lo es raramente. Debería ser muy avanzada. Precisa de editores dispuestos a arriesgarse a publicar un relato, aun cuando atraiga las críticas sobre sus personas».

Cuando Moorcock escribía esto, ignoraba que una nueva empresa editora se había hecho cargo de las revistas. Roberts and Vinter, de Londres, estaba lanzando un sello editorial, Compact Books, dedicado a los libros de bolsillo. Tenía la intención de continuar con ambas revistas, aunque en formato de bolsillo, no diferente de la primitiva

Authentic.

Después de que Moorcock estableciese con tanta claridad sus intenciones, no parecía haber nadie más idóneo para director de *New Worlds* que él, en aquella época un joven de veinticuatro años. Y así, en mayo de 1964, renació *New Worlds SF* como revista bimensual. Sorprendentemente, el precio había bajado de tres chelines a dos chelines y seis peniques.

También *Science Fantasy* fue salvada. La responsabilidad directiva recayó en este caso en Kyril Bonfiglioli, marchante de arte establecido en Oxford. La elección supuso una sorpresa para muchos, ya que Bonfiglioli era un perfecto desconocido en este campo. A pesar de que carecía de todo conocimiento sobre las tareas editoriales al tomar posesión del cargo, numerosas personas se mostraron de acuerdo posteriormente en alabar su excelente trabajo. Nacido en Eastbourne, en mayo de 1928, Bonfiglioli había dirigido dos galerías de arte, una librería y una tienda de antigüedades. Y en cierta época, había sido campeón de sable. En las primeras ediciones, admitió su antipatía hacia los subgéneros de espadas y brujería y ópera espacial, exigiendo calidad literaria para su revista. Lo logró en un grado notable, quizá porque *Science Fantasy* se ganó la estrecha colaboración de la pluma magistral de Keith Roberts.

Roberts fue un hallazgo de Carnell, que había adquirido varios de sus relatos para *New Writings*. Pero la mayor parte de las narraciones de Roberts no encajaban en aquella serie. Carnell las pasó a Bonfiglioli, y éste las publicó al instante, nada menos que tres en el tercer libro de bolsillo de *Science Fantasy*, en septiembre de 1964. Dos de ellas narraban las aventuras de la adorable bruja adolescente Anita. Al poco tiempo, Roberts — y su *alter ego*, Alistair Bevan— aparecía en todos los números de *Science Fantasy*, con relatos cada vez de mayor calidad.

Entre los escritores que Kyril Bonfiglioli puede ufanarse de haber lanzado se encuentran Josephine Saxton, cuya misteriosa y aturdidora fantasía *The Wall* (La pared) engalanó el número de noviembre de 1965, y Brian Stableford, cuya colaboración firmada con seudónimo, *Beyond Time's Aegis* (Égida más allá del Tiempo), salió en el mismo número. *Science Fantasy* ofreció también las ingeniosas viñetas de Johnny Byrne, un hombre que abandonó el género nada más iniciarse en él, para escribir novelas de moda y gozar así de mayores ventas. Su nombre ha sido visto más recientemente en los rótulos de la serie televisiva *Espacio 1999*.

Bonfiglioli no se sentía satisfecho con el título *Science Fantasy*, que según él evocaba una imagen falsa para el público, ya que un nombre así se asociaba con la literatura juvenil. De modo que *Science Fantasy* acabó en el número de febrero de 1966, y un mes después nacía la primera edición de *Impulse*. Se trataba de una colección formada en exclusiva por primeras figuras con relatos especialmente encargados en torno al tema del sacrificio, aunque el punto culminante fue *The Signaller* (El más señalado), de Keith

Roberts, el primer relato de su serie *Pavane*.

Impulse 1 fue una edición magnífica, que suscitaba grandes esperanzas para el futuro.

Por la misma época, *New Worlds* hacía hincapié de manera evidente en el enfoque literario de la ciencia ficción y su recobrada aceptabilidad. Moorcock deseaba atraerse a las camarillas artísticas y literarias, a los académicos. Este interés por la ciencia ficción se puso de evidencia con el surgimiento de *Science Fiction Horizons*, revista ajena a la novelística, dedicada a la crítica del género y editada por Brian Aldiss y Harry Harrison. Tal vez se adelantaba a su tiempo. Su distribución fue prácticamente nula, y la publicación sólo vio dos números, con meses de diferencia entre ambos. Sin embargo, dio la alerta sobre lo que se avecinaba.

La primera *New Worlds* en formato de bolsillo adoptó un enfoque similar, presentando un artículo de J.G. Ballard sobre el discutido exponente de la nueva literatura William S. Burroughs.

Moorcock imprimió rápidamente obras que, pensaba, sólo *New Worlds* podía publicar. Su esposa, Hilary Bailey, colaboró con un sorprendente retrato de una posible Inglaterra dominada por los nazis, *The Fall of Frenchy Steiner* (La caída del afrancesado Steiner) (julio de 1964), y E. C. Tubb con una descriptiva secuencia de alucinación causada por drogas, *New Experience* (Nueva experiencia) (septiembre de 1964). Pero, sin lugar a dudas, la narración más polémica de aquellos primeros números fue la titulada *I Remember, Anita...* (Yo recuerdo, Anita...), de Langdon Jones, que pormenorizaba sobre el sexo y el amor en un futuro devastado por las armas nucleares y que provocó un diluvio de cartas de los lectores. La sección de correspondencia se convirtió en un campo de batalla para los que estaban a favor o en contra del sexo en la ciencia ficción. De forma espontánea, llegaron a la revista más narraciones de ese tipo, y la revolucionaria bola de nieve de Moorcock se echó a rodar. En un principio, la mantuvo bajo control. En la siguiente década, la vería explotar en todas direcciones.

New Worlds incrementó rápidamente sus ventas, y en enero de 1965 recobró su periodicidad mensual (*Science Fantasy* hizo lo propio un mes después). Se atrajo a todo un nuevo grupo de autores, Charles Platt, George Collyn, Thom Keyes y David I. Masson, aparte de los ya seguros J. G. Ballard, Brian Aldiss, John Brunner, etc. El número de octubre de 1965 señaló la vuelta de Bob Shaw al campo de la revista, con una descripción de posibles hostilidades espaciales, *...And Isles Where Good Men Lie* (...E islas donde yacen hombres buenos). Shaw se estaba forjando una reputación como uno de los talentos más originales de la ciencia ficción.

Los escritores americanos comprendieron también que la ciencia ficción se emanciparía precisamente en *New Worlds*. Aunque Estados Unidos se hallaba también en plena revolución, las restricciones editoriales eran mucho más severas que las padecidas

por Moorcock. Muy pronto, Roger Zelazny, Thomas M. Disch y Judith Merrill encabezaron el torrente de talento americano que fue a confluír con los crecientes hallazgos británicos para dar nacimiento a la denominada «nueva ola».

Dicha ola rompería contra la costa de la ciencia ficción en 1967, aunque todos los indicios apuntaban ya hacia tal fin en marzo de 1966. Los últimos años habían visto un increíble brote de nuevos talentos, que aportaban un punto de vista totalmente renovado. Todo comenzaba a hervir. Cuando llegara al punto de ebullición, la ciencia ficción jamás volvería a ser la misma.

El bebé del señor Culpeper

Kenneth Bulmer

de Authentic, abril de 1956

Los años cincuenta vieron la publicación de un tipo de relato de ciencia ficción que no goza hoy día de tanta popularidad. Se trataba de la narración nítida, precisa, basada en una simple premisa manipulada con precisión por el autor para conducirla a un resultado explosivo. Si bien los escritores americanos cultivaban esta variedad, constituyó en su conjunto un rasgo peculiarmente británico, Kenneth Bulmer, creador también de obras de superior extensión, fue uno de sus mejores exponentes.

*Henry Kenneth Bulmer nació en Londres el viernes 14 de enero de 1921. Su interés por la ciencia ficción sólo es igualado por su fascinación por la historia marítima, un tema que le ha llevado a crear una serie de novelas, firmadas con seudónimo, sobre las guerras napoleónicas. Ambos géneros, en apariencia tan dispares, se combinan en ocasiones, como en sus novelas *City under the Sea* (Ciudad submarina) (1957) y *Beyond the Silver Sky* (Más allá del cielo plateado) (1960).*

*Bulmer participó activamente en el boom de la ciencia ficción después de la guerra, editando su propia revista de aficionados. En 1955, actuó como representante oficial de Gran Bretaña en la convención mundial de ciencia ficción, celebrada en Cleveland. Ha mantenido siempre su relación con el género, asistiendo con regularidad a las convenciones británicas y presidiendo en cierta ocasión la *British Science Fiction Association* y la *British Fantasy Society*.*

*Sus primeras novelas, en colaboración con A.V. Clarke (no confundir con Arthur C.), aparecieron en 1952: *Cybernetic Controller* (Inspector cibernético) y *Space Treason* (Traición espacial). Desde entonces, su producción regular le consagra como uno de los escritores más activos. Entre sus novelas, se cuentan *The Fatal Fire* (El fuego fatal) (1960), *Defiance* (Desafío) (1963), *Demons World* (Mundo diabólico) (1964), *Behold the Stars* (Contemplad las estrellas) (1965) y *To Outrun Doomsday* (Eludir el día del fin del mundo) (1967).*

*Colaboró periódicamente en revistas británicas de ciencia ficción, a menudo recurriendo a diversos seudónimos, escribiendo también numerosos artículos de divulgación científica junto con John Newman, investigador químico, adoptando el nombre conjunto de Kenneth Johns. Desde la muerte de John Carnell, Bulmer prosiguió la publicación de la loable colección *New Writings in SF*, cuyos orígenes se detallan en la introducción a este volumen.*

Entre la infinidad de contribuciones literarias de Bulmer a las revistas de ciencia ficción entre 1954 y 1970, he elegido uno de sus relatos más logrados, que refleja lo que

había de más ameno en la ciencia ficción británica durante la década de los cincuenta.

El señor Culpeper vivía con un temor mortal a su bebé.

Empujó el nuevo cochecito por las áridas calles suburbanas del domingo por la mañana, eludiendo las miradas de admiración de los transeúntes. Su avispado rostro de habitante de los suburbios londinenses de facciones enjutas, parecía haber sido sumergido en cera que, una vez seca, lo había dejado rígido e inmóvil. El bebé yacía felizmente dormido, con la babeante boca abierta y las gruesas mejillas descansando sobre el almohadón, componiendo una imagen capaz de provocar ronroneos de placer en las ancianas damas de pelo blanco.

Pese a ello, el bebé había expuesto un panorama tan terrorífico ante los ojos del señor Culpeper que la mente convencional de éste se encogía por el miedo a lo desconocido.

Recordaba los tiempos, tan cercanos, en que fue el padre más orgulloso de todos los suburbios durante el paseo matutino del domingo. Naturalmente, el niño se había mostrado anormal desde el momento mismo de su nacimiento; no lloró. Y el señor Culpeper se había sentido muy ufano de eso... La criatura no lloraba nunca, pero él jamás había relacionado esto con los dos antojos situados en la frente, justo en el nacimiento del cuero cabelludo. Ahora se torturaba, como sólo son capaces de hacerlo las personas imaginativas, con asombrosas conjeturas y reacias meditaciones de tema diabólico.

El bebé del señor Culpeper jamás había llorado como los demás niños, y aunque sus vecinos, con su entrometimiento habitual, sospecharan todo tipo de ardidés represivos, no podían probar nada. No había absolutamente nada que demostrar a ese respecto. La criatura no lloraba, eso era todo... Y sin embargo, el señor Culpeper recordaba con exactitud microscópica la primera vez que tal cosa había sucedido. Una medida del confuso estado actual de su mente la proporcionaba el hecho de que aquel momento, a pesar de toda su aparente trivialidad, permaneciera en su recuerdo como el primer augurio.

Nadie, aparte del señor Culpeper y su esposa, se enteró de aquel lloro. En una clara y tranquila tarde de domingo, mientras la aspidistra languidecía en su maceta, el chiquillo prorrumpió en repentinos gritos. Su llanto terminó tan bruscamente como había comenzado, con un débil tono agudo de histeria infantil. Al calmarse la conmoción doméstica resultante, el señor Culpeper advirtió que el canario, con las garras encogidas, yacía rígido sobre la arena de su jaula.

Por supuesto, la señora Culpeper, con su mentalidad femenina, consideró el incidente como un maravilloso ejemplo del cariño que la criatura sentía por su apreciado y muerto amigo del reino animal. No obstante, pudo más en ella el prestigio que le proporcionaba el fenómeno de que su hijo no llorara nunca. Desgarrada entre dos deseos, no reveló a nadie la causa de su firme creencia en el amor, más propia de un adulto, que el chiquillo mostraba hacia los animales.

El señor Culpeper reconoció modestamente que él había sido bastante agudo en la escuela... Bueno, el tiempo se encargaría de aclararlo. Sin embargo, recelaba un poco de la teoría de su esposa. Para sus adentros, pensaba que tal vez la dentición tuviera algo que ver con la cuestión. Ahora, recordando el pasado, palidecía ante su propia ceguera. Y aquélla no fue la única ocasión en que lloró el bebé. Imposible olvidarlo.

La segunda vez resultó mucho peor.

El señor Culpeper daba su acostumbrado paseo matutino del domingo, igual que ahora, con la criatura felizmente dormida como un gnomo encogido, mientras él empujaba el cochecito con el consciente decoro de su paternidad. Que prefiriese pasear por las silenciosas calles adyacentes a su barrio se debía en parte, sólo en parte, a la tranquilidad de las mismas. El motivo fundamental era que los extraños no reconocerían al bebé que no lloraba, al hijo del señor Culpeper.

Al bordear la parte trasera de la casa donde pronto iba a alojarse el nuevo médico, vio a varios trabajadores con monos que sacaban el mobiliario del antiguo doctor. Este último se hallaba en el porche, supervisando el trabajo con cierta expresión de añoranza. Saludó amablemente al señor Culpeper.

—¿Cómo va ese briboncete? Parece que fue ayer cuando trató usted de echar mi puerta abajo... Y fíjese qué tamaño tiene ya.

—Sí, crece de prisa, es cierto.

El señor Culpeper manoseó la capota del cochecito. Los musculosos operarios que asían el extremo de una cuerda le dieron un empujón, sin murmurar siquiera una excusa.

—¿Cómo se le ha ocurrido mudarse el domingo?

—Eso me pasa por ser médico general —contestó con tristeza el doctor, al tiempo que extendía sus regordetas manos.

Los empleados de las mudanzas bajaban ahora por la ventana del primer piso una caja de caudales, poniendo en juego la indiferente habilidad adquirida a través de muchos años de experiencia. El señor Culpeper carraspeó tímidamente.

—Doctor, ¿no le parece que estas marcas de nacimiento aumentan de tamaño? —se decidió a preguntar.

—¿Aumentar de tamaño? No, por supuesto. Por regla general, no varían. De todos modos, permítame examinar al pequeño.

El médico abandonó el porche para acercarse al cochecito.

El bebé del señor Culpeper abrió los ojos y chilló.

El señor Culpeper, incrédulo, alzó la vista. Igual que en una película a cámara lenta, la

pesada caja de caudales se soltó de la cuerda y cayó, aplastando al viejo doctor.

Cuando el señor Culpeper lograba meditar sobre el accidente sin que aquellas terribles náuseas le revolvisen las entrañas, le resultaba imposible aceptar, por más inteligente que él hubiera sido de niño, que su vástago había gritado al ver caer la caja de caudales. Por más que se imaginara como padre de un superhombre, con todas las inquietudes y temores que ello conllevaba, necesitaba otra respuesta. Una respuesta que situase el problema entre las familiares calamidades menores que un saludable niño de pecho provocaba con esa cuestión denominada crecimiento.

Conforme iban pasando los días en el suburbio, cada uno igual al anterior, y se extendía la leyenda del bebé que no lloraba, al señor Culpeper le resultaba más fácil olvidar y refugiarse en el confortante credo de su esposa:

—El niño no llora. Eso es lo que importa.

Sin embargo, subsistían ciertas dudas. El señor Culpeper poseía vagas nociones sobre los átomos y los genes. Con su acostumbrado enfoque directo de los problemas, acudió a su unidad de la Defensa Civil, intentando comprender cuanto le explicaron allí, entre otras cosas, sobre los átomos, la radiación y la necesaria protección en caso de que algo ocurriese.

Llegó al fin el día de la feria de agosto, y con él las usuales celebraciones. Aquel lunes por la tarde, la familia Culpeper se mezcló entre los gritos y empujones de la multitud, para disfrutar de las tradicionales atracciones. Sonaban silbatos, carrascas con su típico ruido de ametralladora, y música grabada procedente de una docena de direcciones distintas, todo ello confundido en un rugido vocinglero. El rubicundo rostro del jovial londinense, tranquilo y relajado, brillaba cubierto por una pátina rosada de calor, sudor y polvo.

Las partículas atómicas estaban muy lejos de la mente del señor Culpeper.

La señora Culpeper avanzaba con cuidado entre el gentío, llevando a su hijo en brazos, puesto que el bebé «se portaba siempre bien». Con el cochecito, se hubieran visto tan inmovilizados como una mosca en un papel engomado.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Todo el mundo gana! ¡Un premio para todo el que acierte!

Los dueños de las barracas pregonaban con voz estentórea las excelencias de sus respectivas atracciones. Enormes y resplandecientes máquinas de vapor ululaban con despreocupado gasto de energía, y algunos tractores diesel zumbaban monótonos. Bocanadas de vapor ascendían hasta las banderolas y las enseñas que flameaban contra el viento. Allí arriba, por encima de los engalanados bordes que remataban los toldos de las atracciones menores, una serie de dorados y resplandecientes cochecitos de color rojo y verde subían, bajaban y se balanceaban, rivalizando con Faetón y su carro de fuego.

El señor Culpeper echó la cabeza hacia atrás, en medio de todo el alboroto y confusión, y contempló los saltarines cascarones, ensamblados entre las vigas de arrastre. Una perspectiva fantástica...

—Mi entrenamiento en el ejército fue un juego de niños comparado con eso —confió a su esposa.

La señora Culpeper sonrió y ciñó más el cordón que sujetaba la capita del niño. Una multitud de alegres adolescentes se encaramó a los coches, momentáneamente parados, impacientes como corceles árabes, inquietos y briosos en espera de la señal de partida. Un *tut-tut* de la reluciente bocina, la estruendosa versión de una canción popular... y el artefacto se puso en movimiento.

La señora Culpeper, con el bebé tranquilo y protegido en sus brazos, se acercó al mostrador repleto de premios en que un hombre gritaba:

—¡Inténtenlo, damas y caballeros! ¡Todo es cuestión de habilidad! ¡Hagan rodar sus peniques! ¡Anímense!

El señor Culpeper se aproximó a su esposa y permaneció a su lado mientras el penique de la mujer rodaba por la ranura del destino y se tambaleaba hasta quedar bien plano, como gelatina que se secase.

—¡Premio a la primera, señora!

El dueño de la atracción se había resignado ya a esos breves destellos de suerte, típicos de los novatos. Debía recordar a su socio que pintara un poco más gruesa aquella línea negra.

—Siempre lo digo, todo el mundo gana, un premio para todo ganador. ¿Qué desea la señora? ¿Un bonito gorro para el niño?

—No... No —intervino el señor Culpeper, con repentina ansiedad. Después de todo, se trataba de una ocasión—. No creo que eso nos convenga. ¿Qué te gustaría a ti, cariño?

Pero el hombre no estaba dispuesto a perder el tiempo de aquella forma.

—¡Adelante! ¡Hagan rodar sus peniques! —gritó, prosiguiendo su trabajo—. Aquí lo tiene, señor. —Se volvió hacia su socio y añadió con la misma voz potente—: Entrégale a este hombre un anillo de oro peruano...

El bebé del señor Culpeper abrió la boca y chilló.

A través de los tristes y polvorientos pasillos del tiempo, desde el alarido del rebelde hasta el hurra británico, desde el toque de trompa de los caballeros hasta las siete trompetas de Jericó y las de plata del antiguo Egipto, todos al unísono debieron aceptar en su augusta compañía el chillido del bebé del señor Culpeper.

Un olor penetrante a alquitrán llenaba el ambiente... De pronto se produjo un espeluznante crujido.

Un instante antes, el sol brillaba generoso sobre miles de personas, que bullían con un sonido similar al de las olas rompiendo en las rocas. Al instante siguiente, esos miles de personas contemplaban horrorizados la escena, señalando y gesticulando. Presas de pánico, comenzaron a huir del centro de la feria, mientras que varios miles más corrían confusamente en todas direcciones. El crujido se hizo más audible.

Aquella atracción aérea, aquella carroza de los dioses posada en un solar londinense, cobraba un ímpetu desenfrenado. Los coches dorados giraban a terrorífica velocidad, más y más de prisa a cada instante. El conjunto de la delicada estructura pareció bailar con la inestabilidad de un borracho, palpitando con un latido que llegaba hasta el mismo suelo.

En medio de la confusión, el señor Culpeper miró a su hijo. El bebé lloraba de un modo bastante normal, con repentinos accesos de lágrimas y pertinaces y suaves gimoteos. En un momento dado, una nube ensombreció las arrugas de su rostro. La criatura no se movía, no abría y cerraba los puños ni tampoco pataleaba. Pero cuando la imponente estructura pintada se desplomó como un castillo de naipes, arrastrando tras ella los coches dorados y levantando un halo de polvo en el solar de la feria, el bebé chilló como si le torturasen con pinzas candentes.

La angustiada señora Culpeper lloró también, mientras trataba en vano de enjugarse los ojos y los del niño con la punta del pañuelo. El señor Culpeper corrió hacia el escenario de la destrucción, entre los tenderetes y entoldados de la feria, mezclado con cientos de personas que le imitaban. La experiencia de los bombardeos, penosamente adquirida, no había sido olvidada. Hombres y mujeres aunaron sus esfuerzos para rescatar a las víctimas de entre las ruinas.

Transcurrieron horas antes de que todos los cuerpos destrozados hubieran sido extraídos de entre los astillados cochecitos. Los muertos fueron cubiertos reverentemente con chaquetas manchadas de sangre, y los heridos, acomodados de la mejor manera posible sobre la seca hierba del solar.

El señor Culpeper acabó con dolor de cabeza y la garganta reseca. Dejó en el suelo su extremo de la camilla y miró a su esposa, que se acercaba en medio de la creciente oscuridad, con el bebé todavía lloriqueando en sus brazos.

—Vámonos, cariño —dijo la señora Culpeper, con voz tensa de preocupación—. Pareces rendido. Los enfermeros terminarán la tarea, no queda nada que puedas hacer. Ven a tomarte una buena taza de té.

—De acuerdo. —El señor Culpeper se irguió y dio la espalda a la camilla. Su mirada era vidriosa—. ¿Dónde está mi chaqueta?

Llegaron dos enfermeros del hospital St. John, ambos con uniforme de sarga azul y aspecto sudoroso y fatigado. El muchacho echado en la camilla permanecía inmóvil.

El señor Culpeper buscó torpemente su chaqueta y después observó a su hijo. La menuda carita estaba hinchada por el llanto, igual que el rostro de un adulto, no habituado a las lágrimas, después de prolongados sollozos. Y mientras el señor Culpeper la miraba, la oscura sombra pasó de nuevo sobre ella, como una ráfaga de viento que agitate un campo de maíz bajo el sol. El bebé del señor Culpeper chilló. Y se calló enseguida.

Los dos enfermeros del St. John levantaron la camilla. El que iba detrás comentó, mirando al herido:

—También este pobre chaval está perdido. Me lo olí nada más llegar. Me da la impresión de que se encuentra en las últimas. —Se irguió y la camilla osciló con su frágil carga—. Será preferible que regrese a su casa, señor. Tómese una taza de té y se sentirá mejor.

La cara del señor Culpeper parecía de granito. Su cuerpo estaba tenso, rígido, demasiado petrificado para permitirle estremecerse en un gesto de alivio.

Aquel episodio de la feria era un siniestro asunto. Pero había visto cosas mucho peores en Anzio. Su problema se centraba en el niño. Debía racionalizar aquello como fuera. Tenía que hacerlo, por bien de su propia cordura.

Durante el trayecto de vuelta, en el autobús, los compañeros de viaje del señor Culpeper no fueron para él más que manchas difusas. Pasaban de un lado a otro, tornándose enormes cuando se acercaban a él y menguando al alejarse. Su cabeza semejaba un grandioso globo desde el que podía contemplar el mundo únicamente a través de una grieta diminuta.

Sabía, con la desesperante sensación de lo irrevocable, que ya no podía eludir por más tiempo el problema.

Los hechos minúsculos se habían ido acumulando poco a poco, como una bola de nieve, hasta amenazar con hundirse bajo una avalancha de locura. Con ese sentido interno profundamente enraizado que procedía de las cavernas prehistóricas, temía saber por qué no lloraba su bebé... No, precisemos. Incluso con la cabeza como envuelta en algodón se esforzaba por mostrarse exacto. Sabía *qué* provocaba su llanto. Ni más ni menos. El señor Culpeper pugnó breve y amargamente por evitar que la oleada de histeria le anegase en pleno autobús... Sí, sabía por qué lloraba su hijo.

El señor Culpeper no recordaba nada más de las actividades de aquel día. Su primer recuerdo coherente era haber abierto los ojos ante los rayos del sol de esa mañana de domingo, que caían alegres sobre el periódico doblado junto a la bandeja del desayuno.

Domingo por la mañana. Un tiempo aparte, en que se nos permite olvidar todos nuestros sábados, perderlos de vista tras un vidrio opaco.

El señor Culpeper abrió su huevo con golpecitos calculados y desdobló el periódico. Titulares negros como el carbón saltaron hacia él. Y así, la catástrofe del sábado anterior inundó la calma de su domingo, barriendo todo pensamiento lógico y enfrentándole sin contemplaciones con el problema personal que le había atormentado en el autobús.

La orientación de su pensamiento le indujo a leer las noticias que ocupaban el segundo lugar después de la «Tragedia en la feria de Hampstead». Se enteró de graves deliberaciones entre los jefes de estado, y leyó notas y más notas. Pero lo que buscaba con toda avidez, y no obstante, casi sin voluntad consciente, era cualquier retazo de información que se refiriese a las armas nucleares. Había llegado a la conclusión de que jamás en toda su vida, al menos que él supiera, se había visto expuesto a radiaciones causantes de mutaciones. La muy discutida posibilidad de que la más reciente bomba termonuclear fuera capaz de esparcir su alocada pestilencia por buena parte del globo, diseminada a los cuatro vientos, le fascinaba y repugnaba a la vez. Ésa podía ser la respuesta...

¿Era el padre de un monstruo? ¿O no lo era? ¿Sólo porque su hijo lloraba...? ¿Causa y efecto? El heraldo no es el rey. Intentó tranquilizarse un poco con esa idea, pero no había nada capaz de aliviarle en su situación. Debía aceptar como un hecho la anormalidad de su hijo. Ya había terminado la etapa en que le estaba permitido quitar importancia al asunto, diciéndose que se trataba de una serie de coincidencias interrelacionadas.

Apartó a un lado la bandeja, consumido a medias el desayuno, y se puso en pie penosamente. Seguía doliéndole la cabeza desde los esfuerzos de ayer, y profundas punzadas taladraban su entrecejo.

Tomó una decisión. Intentaría actuar con normalidad. Daría su acostumbrado paseo matutino del domingo y consideraría este fin de semana como otro cualquiera.

Y allí estaba, andando de vuelta al hogar para saborear la comida dominical que la señora Culpeper estaría cocinando, y con su mente todavía nublada por las horrendas imágenes consecutivas de las últimas semanas. Intentó rechazar los pensamientos desagradables, llenar su mente de golosas expectativas, pero la carne asada entró en conflicto inmediato con las cajas de caudales y los cochecitos dorados. Todavía tenía el olor del polvo en la nariz, aún lo sentía en su lengua, insulso y arenoso... Seguía viendo aquella sombra oscura revoloteando sobre el rostro de su hijo, como una mano presta a cerrarse.

El señor Culpeper llegó con el cochecito hasta el porche de su casa y se detuvo para sacar la llave con dedos torpes, rígidos, incontrolables. Se inclinó por encima del cochecito, insertó la llave en la cerradura y abrió la puerta. Inclinado como estaba, su

rostro a menos de un palmo del de su hijo, escuchó un tenue susurro.

Bajó la mirada, mientras el pánico se apoderaba de él.

Aquella sombra terrible estaba oscureciendo las diminutas facciones del bebé. Los dos antojos carmesí resplandecieron con temblor vital. Los ojos desaparecieron, la nariz se arrugó, la fresca boca se frunció hasta formar un círculo tembloroso. Y el bebé del señor Culpeper chilló.

En el mismo instante, una fuerte ráfaga de aire avanzó con estruendo por el pasillo, arrancó los dos cuadros de la pared y la capota del cochecito y derribó al señor Culpeper.

Y hubo una sorda explosión, que concluyó con un tintineo de vidrio y porcelana que se rompía en pedazos. El señor Culpeper no tuvo necesidad de ir a la cocina. Sabía lo que encontraría en ella.

Las explosiones de gas en lugares cerrados, aun sin repisas llenas de objetos de loza, son de por sí fatales. Con vajilla y cristalería, causan una verdadera confusión.

El vicario se presentó pocas noches después. Sus servicial filosofía habría constituido un consuelo para cualquier hombre..., siempre que careciera del conocimiento con el que el señor Culpeper se esforzaba por vivir.

El señor Culpeper escuchó apático, sentado y con las manos colgando entre sus rodillas, la voz amable y grave, tranquilizadora, a pesar de su monotonía hipnótica, del sacerdote. El vicario habló hasta bastante tarde, sin otras pausas que las necesarias para tomar un pellizco de rapé, hábito académico que contribuía a aproximarle en espíritu a los polvorientos tomos teosóficos sobre los que le gustaba reflexionar. La habitación fue oscureciéndose poco a poco, hasta el punto de que el señor Culpeper dejó de distinguir la figura de su hijo, tranquilamente acostado en la cuna.

Le costó una buena dosis de valor plantearse el problema:

«Es *mi* hijo. Mi propia carne, por lo tanto. Pero ¿qué *otra cosa* hay en su mente? ¿O en su alma, su ego o lo que sea? ¿Qué indefinible tipo de monstruo he traído al mundo?»

El vicario, sin fijarse en la distracción del señor Culpeper, continuaba su monólogo hasta llegar al fin que se había fijado.

—Ya ve, hijo mío —decía—. Todas estas cosas hay que soportarlas a la luz del constante sufrimiento humano y la otra vida, eterna y gloriosa, que nos aguarda a todos en el más allá.

De la cuna surgió un trémulo e insignificante sonido.

—Y ahora, debo dejarle —terminó el vicario, recogiendo su sombrero negro—. Temo que mi obra en la congregación llegue demasiado tarde. Ha habido una excesiva reincidencia. Los jóvenes modernos dan cada vez más la impresión de estar

convirtiéndose en hijos de Edom. Confiemos en que el nombre del tercer hijo de Caleb no sea apropiado para ellos.

El señor Culpeper oyó todo esto, pero sólo algunos fragmentos se filtraron entre las oleadas de sonido que inundaban su mente. Apenas alcanzaba a controlar el temblor de sus manos. Su frente se humedeció. Oyó de nuevo el sonido..., ahora mas fuerte, terriblemente más fuerte. No podía ver a su hijo y le trastornaba su intenso deseo de no prestarle atención.

¿Qué había dicho el vicario? *¿Ahora debo dejarle?* ¿Se iba el sacerdote —el suelo pareció levantarse de repente bajo los pies del señor Culpeper— o era él mismo quien se iba? Sus manos empezaron a temblar de tal manera que las apretó una contra otra con todas sus fuerzas, casi en actitud de súplica. Quizá fuera él quien tenía que irse...

En su imaginación vio, con demasiada claridad, la sombra oscura agitándose sobre el rostro del bebé, anunciando la solemne llegada de algo... ¿o de alguien? *Aquello* podía atacar a uno cualquiera de los dos hombres sentados en la sombría habitación.

Y sin embargo, pese al torbellino de su cerebro, seguía formulándose el interrogante clave: ¿Qué papel representaba su hijo? ¿Heraldo del trágico advenimiento... o su instigador?

—Gracias, señor vicario —logro decir, sintiendo que el cuello de su camisa le estrangulaba—. Ha sido muy amable.

—Bueno, señor Culpeper...

El vicario se detuvo, sin saber qué decir, perplejo ante esa muestra de emoción en el momento en que se marchaba.

El señor Culpeper escuchó con todas las células de su cuerpo, esforzándose por captar la primera y más insignificante agitación del aire, esforzándose por oír el sonido que tanto le aterrorizaba.

Del bebé surgió un sonido siseante, minúsculo, casi inaudible...

El señor Culpeper se puso en pie bruscamente, con los ojos desorbitados. Volcó su silla y contempló fascinado a su hijo, luego al sacerdote, de nuevo al niño.

Daba la impresión de que esperaba ver la oscura sala convertida en el mismo Armagedón.

El bebé del señor Culpeper estornudó.

El señor Culpeper estalló en una carcajada incontenible, que fue brotando a borbotones de su garganta. No logró evitarlo. Sus nervios habían llegado a un grado de tensión más allá de lo soportable. El rapé del vicario estuvo a punto de provocarle un colapso nervioso. Brincó alocadamente hasta llegar a la cuna, tomó al niño en sus brazos y

lo apretó contra su pecho. La fuerza de sus emociones, al liberarse, le hizo sollozar.

—¡Pero, bueno...! —exclamó el vicario, escandalizado.

El bebé del señor Culpeper no lloró por el rudo trato que se le infligía en plena noche. Se limitó a emitir un cloqueo desaprobador y volvió a dormirse.

Mucho tiempo después de dejarle el vicario, tras cerrar indignado la puerta con un gran portazo, el señor Culpeper continuaba sentado, acurrucado en la oscuridad.

Le asaltaban sombríos pensamientos. La señora Culpeper y los breves y brillantes días de su luna de miel... Y luego, se veía sacando la llave del bolsillo e inclinándose por encima del cochecito... Una y otra vez. Recordó, de un modo vago y a extraños intervalos, el solar de la feria y el anillo de oro peruano que su esposa no había llegado a poseer. Pensó en muchas cosas en aquella silenciosa habitación. En la acometida de las alas oscuras que el hombre mortal no sentía hasta el último instante, el de expirar. Su consternada visión pareció concentrarse en la espiral interna de una escalera descendente, hundiéndose casi vertical en reverberantes profundidades.

Al fin, se levantó y encendió la luz, parpadeando ante el resplandor. Con gestos mecánicos, preparó una cena frugal, cumpliendo la rutina aprendida con la práctica. Sacar el pan del cajón. La mantequilla y carne fría de la nevera. Un cuchillo largo y delgado de otro cajón...

—¿Que voy a hacer? —se pregunto en voz alta—. Por supuesto, el heraldo no es el rey... Pero ¿qué es entonces?

Su voz se apagó. Al colocar el cuchillo junto al pan, el reflejo del filo hirió sus ojos.

—Frío y limpio. —Sus dedos se contrajeron espasmódicamente—. No como la caja de caudales, o los cochecitos de la feria, o la explosión de la cocina. Frío y limpio.

La habitación iba enfriándose. La calle estaba muy oscura. Cogió el cuchillo. Se mantuvo tenso, incluso al llegar junto a la difusa sombra de la cuna, aguardando una señal, una indicación de que iba a ejecutar lo ordenado, algo que escapaba a su control. El bebé permanecía muy tranquilo.

Levantó el cuchillo y lo sostuvo en equilibrio sobre su cabeza. De pronto, llamaron a la puerta principal. El cuchillo cayó ruidosamente al suelo y el señor Culpeper se apartó de la cuna, dando tumbos. Por último, consiguió abrir la puerta.

—¡Señor Culpeper! Vaya al refugio ahora mismo... ¡Se ha producido una alarma general! Dios sabe qué sucederá ahora.

En la penumbra del porche, reconoció a uno de los vigilantes de su refugio de la Defensa Civil. El casco de acero del hombre fue como una señal desagradable y perturbadora, un símbolo de que el mundo estaba trastornado también fuera del

microcosmos del señor Culpeper.

—De acuerdo, Alec —balbuceó. La repentina llamada le había descompuesto, rompiendo la secuencia irreal que en aquel momento vivía—. Ahora mismo voy... ¡Ah! Tendré que llevarme al niño. No hay nadie aquí para cuidarlo...

—De acuerdo. Pero dése prisa, por favor. Todavía me quedan dos calles más por recorrer.

Las botas de Alec resonaron en la oscuridad. El señor Culpeper dejó la puerta abierta mientras se cambiaba de ropa y reunía las cosas que iba a necesitar. Envolvió a su hijo en una amplia manta y salió corriendo hacia el refugio de la Defensa Civil.

¿Por qué preocuparse respecto a lo que era el bebé? Si las charlas a las que había asistido tenían algo que ver con la realidad, en cuestión de pocas horas quizá no tuviera que preocuparse ya de nada. Y sin embargo..., hasta la idea de que Londres se viera reducida a escorias radiactivas no le consternaba tanto como el fenómeno del niño. Sabía que se daban torsiones espaciales y temporales en el núcleo incandescente de una bomba de hidrógeno. ¿Qué tipo de materia, sustancia o energía sufría una torsión en el cerebro de su hijo?

En el interior del triste edificio de ladrillo y hormigón reinaba un caos organizado. Los vigilantes se congregaban en el lugar como mariposas nocturnas en torno a una luz, aunque con el sentido del orden que meses de entrenamiento habían inculcado en ellos sin darse cuenta. El señor Culpeper encajaba bien en ese molde. Sin saber exactamente cómo, las recientes semanas de pesadilla habían desaparecido bajo el impacto del holocausto general. Experimentó cierta vergüenza al recordar la forma en que había empuñado el cuchillo. Una benévola asistenta cuidaba del niño en un rincón. A decir verdad, el bebé dormía con un sueño profundo.

En cuanto recibió las oportunas instrucciones y procedió a sus comprobaciones personales, el señor Culpeper dispuso de tiempo suficiente para volver a pensar en sí mismo. En el tablero, brillaba la alarma amarilla, que, tal como había expresado Alec, podía significar cualquier cosa. Mientras la miraba, parcialmente oscurecida su visión por el ladeado borde del casco, la señal luminosa pasó al anaranjado. Se sobresaltó.

Un hombre de cara rubicunda estaba hablando, sentado en una silla y bebiendo cerveza.

—... y eso significa que nos apoderaremos de su pequeño botín. Se lo aseguro, compañero, esto es el fin del mundo. Esta misma noche.

—¡Vamos! Sabe usted muy bien que se echarán atrás —objetó una pálida muchacha, humedeciéndose los labios.

—No. No lo harán. Nos pillarán en pleno centro de la bomba... Y nadie sabe lo que

sucede allí.

Los ojos de la pálida muchacha se abrieron desmesuradamente, suscitando en el señor Culpeper una momentánea simpatía. Ella y todos los demás tenían algo que les impulsaba a vivir, algo que les hacía resistirse a la muerte. Miró a su hijo. Quizá, sólo quizá, el niño había nacido con este designio. El pensamiento le descompuso. Era horrible, insoportable, pero no conseguía rechazarlo. Se aferraba obstinado a sus células cerebrales, con el impacto de una experiencia traumática.

¡Tal vez su hijo atraería la bomba!

El sudor corrió por el rostro del señor Culpeper. Se puso en pie, muy rígido, se acercó a la afligida asistenta y miró con fijeza a su hijo. El sueño, profundo y sosegado, mantenía relajada la arrugada carita. Los extraños antojos aparecían difuminados, casi invisibles. Al señor Culpeper se le entrecortó el aliento cuando, de pronto, la cara del niño dormido reflejó una vívida imagen de su esposa. Ella había sido tan maravillosa...

Pero antes de darle tiempo a analizar aquella reacción tan sentimental, las manchas rosadas de la frente del chiquillo empezaron a brillar, adquiriendo una tonalidad carmesí y reflejando el resplandor de las luces del techo. Horrorizado, el señor Culpeper no apartaba la mirada de ellas. El bebé se estiró. Sus pequeños labios chasquearon al unirse, sus ojos se arrugaron conforme iba despertándose. Abrió la boca...

Y en aquel preciso instante, el señor Culpeper *supo* que el fin del mundo era inminente.

Todas las lágrimas del mundo

Brian W. Aldiss

de Nebula, mayo de 1957

Quienes estén interesados en conocer una fascinante información sobre la vida de Brian Aldiss y los antecedentes de su literatura, deben consultar la colección de ensayos autobiográficos de importantes escritores, Hell's Cartographers, compilada por el propio Aldiss y Harry Harrison.

Baste con decir aquí que nació en la población mercantil de East Dereham, Norfolk, el martes 18 de agosto de 1925. Tras luchar en la segunda guerra mundial, se instaló en Oxford, encontró trabajo en una librería y comenzó a escribir. Sus obras de ciencia ficción empezaron a publicarse en 1954. En 1959, en la convención mundial, se le votó como el autor novel más prometedor del género. Poco después, justificó ese premio ganando el Hugo con su serie Hothouse, desarrollada en una Tierra tropical, cuando el sol está a punto de convertirse en nova.

Aldiss estableció hace mucho tiempo su reputación como uno de los principales escritores británicos de ciencia ficción. Entre sus novelas, hay que citar The Dark Light-Years (Los oscuros años luz) (1964), Greybeard (Anciano) (1964), An Age (Una época) (1967), Frankenstein Unbound (Frankenstein desencadenado) (1973), The Eighty-Minute Hour (La hora de ochenta minutos) (1974) y The Malacia Tapestry (El tapiz de Malacia) (1976). Aparte de sus numerosas y competentes antologías, demostró pertenecer a la tendencia literaria predominante con novelas como The Hand-Reared Boy (1970) y A Soldier Erect (1971).

Frankenstein Unbound, una de sus obras más recientes, puede adquirirse ahora en Estados Unidos en una grabación de larga duración. Acaba de iniciar además una nueva colección, la primera en ocho años, titulada Last Orders, además de una novela corta profusamente ilustrada, Brothers Of the Head.

All the World's Tears (Todas las lágrimas del mundo) fue su quincuagésimo relato (no el quincuagésimo publicado). He aquí la opinión del mismo Aldiss:

«Sigue pareciéndome un relato logrado. Y lo considero así, porque combina en pequeña proporción y buen equilibrio tres elementos que, tanto ahora como entonces, son característicos de mis producciones: el satírico, el teórico y el personal».

A quienes hayan leído este relato en su forma revisada, incluida en el libro titulado The Canopy of Time (La bóveda del tiempo), les gustará saber que ofrecemos aquí la versión original, tal como apareció en las páginas de Nebula hace más de veinte años.

Si fuera posible recoger todas las lágrimas que se han derramado a lo largo de la historia, no sólo se obtendría una inmensa extensión de agua, sino también la propia historia del mundo.

Tal reflexión se le ocurrió a J. Smithlao, el psicodinámico, mientras se encontraba en el sector 139 de Ing Land, observando el breve y trágico amor del salvaje y la hija de Charles Gunpat. Oculto detrás de un haya, Smithlao vio al salvaje caminar cauteloso por la terraza. La hija de Gunpat, Ployploy, le aguardaba en el extremo opuesto.

Era el último día de verano del último año del siglo XLIV. El viento que hacía susurrar el vestido de Ployploy arrojaba las hojas secas contra la muchacha, suspirando como el destino en un bautizo, al tiempo que destrozaba hasta la última de las rosas. Más tarde, el confuso dibujo formado por los pétalos sería succionado de los caminos, y el césped y el patio por el jardinero mecánico. En aquel instante, se arremolinaban en torno a los pies del salvaje, mientras éste alargaba su mano, gravemente, para tocar a Ployploy.

Una lágrima chispeó en los ojos de la chica.

Oculto, fascinado, el psicodinámico Smithlao se fijó en la lágrima. Tal vez con la sola excepción de un necio robot, Smithlao fue el único en distinguirla, el único en contemplar toda la escena. Y pese a ser una persona superficial e insensible, según la forma de pensar de otras épocas, fue lo bastante humano para notar que allí, en la terraza cada vez más gris, se representaba una pequeña charada que suponía el fin de todo cuanto el hombre había sido.

Después de la lágrima, se produjo la explosión, naturalmente. Por un minuto, un nuevo viento se mezcló a los vientos de la tierra.

Smithlao se había adentrado en las posesiones de Charles Gunpat por pura casualidad. Se le había llamado con objeto de que llevase a cabo un trabajo rutinario para un psicodinámico; administrar un suplemento de odio al anciano. Curiosamente, mientras sobrevolaba el terreno en busca de un lugar para aterrizar tras abandonar la estratosfera en su vehículo de hélice, Smithlao vislumbró al salvaje acercándose a la propiedad de Gunpat.

Debajo del vehículo, que iba reduciendo su velocidad, el paisaje se extendía tan preciso como un plano. Los empobrecidos campos formaban rectángulos impecables. Aquí y allá, este o aquel robot se ocupaban en mantener una naturaleza funcional. Ni un solo guisante debía producir vainas sin supervisión cibernética. Ni una sola abeja zumbaría entre los estambres sin que su curso fuera controlado por el radar. Todos y cada uno de los pájaros tenían un número y una señal de llamada, mientras que con todas las tribus de hormigas se mezclaban ejemplares mecánicos, encargados de revelar los secretos de los insectos cuando éstos regresaban a su hormiguero. El viejo y cómodo mundo de factores fortuitos se había esfumado bajo la presión del hambre.

Ningún ser viviente medraba sin control. Las innumerables generaciones de los siglos anteriores habían agotado la tierra. Tan sólo la frugalidad más severa, combinada con una feroz reglamentación, aseguraba el alimento suficiente para la actual y dispersa población. Miles de millones habían sucumbido de inanición. Los cientos que quedaban vivían al borde de ella.

La propiedad de Gunpat semejaba un insulto, frente a la estéril pulcritud del paisaje. Sus dos hectáreas de superficie formaban una isleta de verdor. Elevados y agrestes olmos vallaban el perímetro, invadiendo el césped y la casa. La vivienda en sí, la principal del sector 139, había sido construida con enormes bloques de piedra. Tenía que ser sólida para soportar el peso de los servomecanismos que, además de Gunpat y su hija Ployploy, eran sus únicos ocupantes.

En el mismo instante en que Smithlao descendía bajo el nivel de los árboles, le pareció distinguir una figura humana avanzando a duras penas hacia la propiedad. Un hecho increíble por multitud de razones. Puesto que la gran riqueza material del mundo se hallaba repartida entre un número de personas relativamente pequeño, no existía nadie lo bastante pobre para verse obligado a ir andando al lugar deseado. El creciente odio del hombre por la naturaleza, estimulado por la noción de que ésta le había traicionado, convertiría la caminata en un purgatorio..., a menos que aquel hombre estuviera loco, como Ployploy.

Desechando esos pensamientos, Smithlao aterrizó en un tramo cubierto de piedra. Se alegró de hacerlo, ya que el día era borrascoso, y los cúmulos que había atravesado para descender estaban salpicados de baches de aire. La casa de Gunpat, con sus ventanas ciegas, sus torres, sus terrazas interminables, su innecesaria ornamentación y su enorme porche, le impresionó tanto como un pastel nupcial abandonado.

Su presencia causó una instantánea actividad. Tres robots provistos de ruedas surgieron de distintas direcciones, girando sus armas atómicas hacia Smithlao conforme se acercaban.

Nadie podía entrar allí sin invitación, pensó Smithlao. Gunpat no era un hombre sociable, ni siquiera para el insociable criterio de la época.

—Identifíquese —ordenó la máquina que encabezaba el trío, repulsiva y deslustrada, con una vaga apariencia de sapo.

—Soy J. Smithlao, psicodinámico de Charles Gunpat —contestó.

Debía soportar este procedimiento en todas sus visitas. Mientras hablaba, mostró su rostro a la máquina, que emitió una especie de gruñido al confrontar la imagen e información con su memoria de datos.

—Sí, es usted J. Smithlao, psicodinámico de Charles Gunpat —asintió—. ¿Qué desea?

Maldiciendo la monstruosa lentitud del robot, Smithlao explicó:

—Tengo una cita con Charles Gunpat a las diez.

Y esperé a que la información fuera digerida.

—Tiene usted una cita con Charles Gunpat a las diez. Sígame, por favor.

Y el robot dio media vuelta con gracia sorprendente.

—Éste es J. Smithlao, psicodinámico de Charles *Gunpat* —repitió a los otros robots en mecánica confirmación—. Tiene una cita con Charles Gunpat a las diez.

Así se aseguraba de que los demás le habían captado bien. Mientras tanto, Smithlao daba algunas órdenes a su vehículo de hélice. Una parte de la cabina, con el psicodinámico en su interior, se separó del resto. De su fondo, brotaron unas ruedas que convirtieron el conjunto en una silla móvil. El vehículo accesorio siguió a los robots.

De un modo automático, se alzaron las mamparas que cubrían las ventanas, ya que Smithlao iba a ser admitido en presencia de seres humanos. Sólo podía ver y ser visto a través de telepantallas. Tanto era el odio (o miedo, si se prefiere) que todo hombre experimentaba respecto a otros hombres que mirarse directamente resultaba intolerable.

Las máquinas, una detrás de otra, cruzaron las *terrazas* y el enorme porche, donde fueron bañadas en un vapor desinfectante. A continuación atravesaron un laberinto de pasillos y llegaron ante Charles Gunpat.

El sombrío rostro de Gunpat que apareció en la pantalla del vehículo accesorio de Smithlao mostró sólo un disgusto muy moderado ante la visión de su psicodinámico. Casi siempre demostraba un dominio similar de sí mismo, lo cual le perjudicaba en sus reuniones de negocios, puesto que se trataba de intimidar al oponente mediante espléndidas exhibiciones de cólera. A eso se debía que llamase a Smithlao para administrar un suplemento de agresividad cuando había algo importante incluido en su programa del día.

La máquina de Smithlao maniobró hasta dejarle a un metro de la imagen de su paciente, mucho más cerca de lo exigido por la cortesía.

—He llegado tarde —empezó a decir Smithlao, sin pasión alguna— porque no pude soportar arrastrarme hasta su ofensiva presencia un solo segundo antes. Confiaba en que, tardando lo suficiente, algún feliz accidente habría eliminado esa estúpida nariz de su..., ¿cómo llamarla? *¿Cara...?* Por desgracia, sigue ahí, con esos dos orificios adentrándose en su cráneo como madrigueras de ratas. Me he preguntado a menudo, Gunpat, si no habrá metido alguna vez sus patazas en esos agujeros y se habrá caído dentro.

Observando con gran atención la cara de su paciente, Smithlao no vio más que un ligerísimo rastro de irritación. Gunpat no se dejaba provocar así como así, no cabía duda.

Por fortuna, Smithlao era un experto en su profesión. Ensayó el insulto sutil.

—Pero, claro, nunca se caerá. Es usted tan depresivamente ignorante que no distingue la diferencia entre arriba y abajo. Ni siquiera sabe cuántos robots suman cinco robots. Cuando le *tocó* el turno de ir al Centro de Apareamiento de la capital ni siquiera sabía que aquélla era la única ocasión en que un hombre tenía que salir de detrás de su pantalla. ¡Pensaba que se podría hacer el amor por telecámara! ¿Y cuál fue el resultado? Una hija imbécil... ¡Una hija imbécil, Gunpat! Piense, desgraciado, en cómo deben de reírse sus rivales de Automoción. «El loco Gunpat y su loca hija», se dirán. «Ni siquiera consigue controlar sus genes», seguirán burlándose.

Las provocaciones empezaban a alcanzar el efecto deseado. Un repentino sonrojo de ira cubrió la imagen de Gunpat.

—Ployploy está perfectamente. Sólo tiene un carácter recesivo... ¡Usted mismo lo dijo!

Contestaba. Buena señal. Su hija siempre había constituido el punto débil de su armadura.

—¡Un carácter recesivo! —se burló Smithlao—. ¡Qué habilidad para disimular! Ella es *dulce*, ¿me oye? ¿Puede oírme pese al pelo que le nace en las orejas? ¡Ella quiere *amar*! —Estalló en una carcajada irónica—. ¡Qué obscenidad! ¿Sabe una cosa, mamarracho? Ployploy no sería capaz de odiar ni para salvar su propia vida. Igual que una salvaje. Mejor dicho, peor que una salvaje... ¡Una loca!

—¡Nada de loca! —estalló Gunpat, aferrando ambos lados de su pantalla.

A este ritmo, estaría preparado para la conferencia en diez minutos más.

—¿De verdad? —preguntó el psicodinámico. Su voz asumió un tono humorístico—: No, Ployploy no está loca. Sólo que el Centro de Apareamiento le negó el derecho a procrear; el gobierno imperial, el derecho al televoto; la Sociedad Comercial, un crédito de consumo y la Sociedad Educativa la restringió a diversiones beta. Ployploy se encuentra prisionera aquí debido a su genialidad, ¿verdad? ¡Vaya insensatez la suya, Gunpat, si no se da cuenta de que esa chica es una lunática total, manifiesta! La próxima vez, incluso se atreverá a decirme, con esa boca grotesca y babeante, que Ployploy no tiene la cara *pálida*.

Gunpat emitió unos sonidos ininteligibles.

—¡No se atreva a mencionar eso! —bramó—. ¿A usted qué le importa si su cara es... de ese color?

—Hace preguntas tan necias que apenas vale la pena molestarse con usted, Charles Gunpat. Su enorme cabezota es totalmente incapaz de asimilar un simple hecho histórico. Ployploy constituye un sucio caso de regresión. Nuestros antiguos enemigos eran blancos. Ocuparon esta parte del globo, Ing Land y You-Rohp, hasta el siglo xxiv, cuando se

rebelaron nuestros antepasados del Este y les arrebataron los viejos privilegios de que habían gozado tanto tiempo a nuestras expensas. Nuestros antepasados se mezclaron con los derrotados que sobrevivieron. En unas cuantas generaciones, la raza blanca quedó borrada, diluida, perdida. No se ha visto una cara blanca en la tierra desde antes de la terrible Era de la Superpoblación, desde hace mil quinientos años, digamos. Y *ahora...* Ahora el señorito recesivo Gunpat nos obsequia con una carita tan blanca como quepa imaginar. ¿Qué le dieron en el Centro de Apareamiento? *¿Una mujer de las cavernas?*

Gunpat estalló, agitando un puño ante la pantalla.

—¡Está despedido, Smithlao! —gruñó—. ¡Esta vez ha ido demasiado lejos, incluso para un sucio y apestoso psicodinámico! ¡Lárguese! ¡Lárguese y que no le vuelva a ver jamás!

Bruscamente, Gunpat ordenó a gritos a su autooperador que le pusiera en conexión con la conferencia. Estaba de un humor perfecto para enfrentarse a Automoción y sus estafadores Colegas.

Cuando la imagen de Gunpat desapareció de la pantalla, Smithlao exhaló un suspiro de alivio. El suplemento de agresividad había sido administrado. El supremo logro en su profesión consistía en que el paciente le echara con cajas destempladas al final de su tarea. Gunpat se apresuraría a contratarle en la próxima ocasión. Con todo, Smithlao no se sentía satisfecho. En su trabajo, se precisaba de una exploración completa de la psicología humana. Tenía que conocer con exactitud los puntos débiles de la constitución de un hombre. Manipulando dichos puntos con la destreza precisa, lograba que el individuo se pusiera en acción.

Porque, sin esa acción, los hombres eran fácil presa del letargo, fardos andrajosos transportados por máquinas. Los antiguos impulsos habían muerto y abandonado a sus dueños.

Smithlao permaneció sentado en su lugar, analizando el pasado y el futuro.

Al agotar el suelo, el hombre se había agotado a sí mismo. La psique y un humus viciado resultaban incompatibles. Así de lógico, así de sencillo.

Tan sólo las menguantes corrientes de agresividad y cólera prestaban al hombre el ímpetu suficiente para continuar. De lo contrario, quedaba reducido a una pieza inservible en su mundo mecanizado.

«Así es como se extingue una especie», pensó Smithlao. Sentía cierta curiosidad por saber si a alguien más se le habría ocurrido pensarlo. Quizás el gobierno imperial lo supiera todo al respecto, pero carecía de poder para solucionarlo. Al fin y al cabo, ¿qué más había hacer aparte de lo que ya se estaba haciendo?

Smithlao era un hombre superficial, cualidad inevitable en una sociedad deslindada en castas, tan débil como para no enfrentarse a sí misma. Habiendo descubierto el aterrador

problema, decidió olvidarlo, eludir su impacto, esquivar toda posible implicación personal. Lanzó un grañido a su silla inmóvil, dio media vuelta y resolvió volver a su casa.

Dado que los robots de Gunpat habían desaparecido, Smithlao efectuó a solas el trayecto de vuelta. Salió de la vivienda y se dirigió hacia su vehículo de hélice, que permanecía silencioso bajo los altos olmos.

Antes de que la silla móvil se reincorporara al vehículo madre, un movimiento llamó la atención de Smithlao. Medio oculta junto a un mirador, Ployploy se apoyaba en una esquina de la casa. Smithlao salió de su vehículo en un repentino impulso de curiosidad. El aire se movía. Además, apestaba a rosas, nueces y cosas verdes, que se oscurecían para dar la impresión del otoño. La situación resultaba espantosa para Smithlao, pero el asomo de un deseo de aventura le obligó a quedarse.

La muchacha no miraba en su dirección, sino que atisbaba la barricada de árboles que la separaba del mundo exterior. Al acercarse Smithlao, Ployploy dio la vuelta hacia la parte trasera del edificio, sin desviar la mirada. El psicodinámico la siguió con precaución, aprovechando la protección que le brindaba un pequeño macizo. Cerca de allí, un robot jardinero esgrimía sus tijeras sin fijarse en la presencia de Smithlao.

Ployploy había llegado ya a la parte de atrás. En aquel lugar, la tendencia rococó de la antigua Italia se había combinado con el genio chino para dar un portalón y un techo extravagantes, las balaustradas se alzaban y descendían, las escaleras recorrían arcos circulares, y los aleros, de color gris y azul celeste, casi tocaban el suelo. Pero todo el conjunto presentaba un aspecto tristemente descuidado. Las enredaderas, insinuando ya su triunfo futuro, porfiaban por debilitar las estatuas de mármol. Infinidad de pétalos de rosa obstruían las escaleras. Y el conjunto formaba un fondo ideal para la solitaria figura de Ployploy. La muchacha tenía una cara muy blanca, con la única excepción del rosa de sus delicados labios. Su cabello, de un intenso negro, colgaba libre en cola de caballo desde la nuca hasta la cintura. Ployploy parecía loca de verdad. Sus ojos melancólicos escudriñaban los grandes olmos, como si éstos se interpusieran en su línea de visión. Smithlao se volvió sin querer para descubrir qué oteaba Ployploy con tanta ansiedad.

Y en aquel instante, el salvaje se abrió paso a través de la espesura que crecía entre los troncos de los olmos.

Un repentino chaparrón, pasajero como una nube de verano, hizo resonar las secas hojas de los arbustos. Mientras duró la lluvia, Ployploy no cambió de posición. El salvaje no la miró ni una sola vez. Luego salió el sol, derramando las sombras de los olmos sobre la casa. Y en todas las flores lució una gota de lluvia, como una gema.

Smithlao volvió al tema de su meditación en el interior de la casa. Y en ese momento, le añadió un anexo: sería tan fácil para la naturaleza empezar de nuevo cuando el hombre parásito se extinguiera...

Aguardó en tensión, sabiendo que un pequeño drama iba a desarrollarse ante sus ojos. Un diminuto objeto con ruedas se escabulló al otro lado del rutilante césped, subió a saltos las escaleras y desapareció de la vista al cruzar un arco. Se trataba de un guarda del límite de la propiedad, dispuesto a dar la alarma.

Volvió en seguida, acompañado de cuatro grandes robots. Smithlao reconoció a uno de ellos como la máquina parecida a un sapo que le había interrogado a su llegada. Cinco amenazas de forma distinta rodaron resueltamente entre los macizos de rosales. El robot jardinero murmuró algo para sí, abandonó su poda y se unió a la procesión que marchaba hacia el salvaje.

«Ni siquiera tiene tantas oportunidades como un perro», se dijo Smithlao para sus adentros. La frase revistió un enorme significado, puesto que todos los perros, tras ser declarados innecesarios, habían sido exterminados hacía largo tiempo.

El salvaje había atravesado la barrera de arbustos y llegado al borde del césped. Rompió una rama cubierta de hojas y se la metió por el escote de la camisa, de modo, que oscureciera parcialmente su cara. Después, colocó otra rama en sus pantalones. Al irse aproximando los robots, el hombre se detuvo y levantó los brazos por encima de su cabeza, con una tercera rama entre sus manos.

Las seis máquinas le rodearon.

El robot sapo emitió un clic, como si estudiara lo que debía hacer a continuación.

—Identifíquese —ordenó.

—Soy un rosal —contestó el salvaje.

—Los rosales tienen rosas. Usted no tiene rosas. Usted no es un rosal —rechazó el sapo mecánico.

Su arma de mayor tamaño, la más alta, se puso al nivel del plexo solar del salvaje.

—Mis rosas se han marchitado ya. Pero todavía conservo las hojas. Pregunta al jardinero, si no sabes qué es una hoja.

—Esta cosa es una cosa con hojas —afirmó al momento el jardinero, con voz profunda.

—Sé lo que son las hojas. No me hace falta preguntar al jardinero. Las hojas son el follaje de los árboles y las plantas, lo que les da su apariencia verdosa —dijo el sapo.

—Esta cosa es una cosa con hojas —repitió el jardinero. Y para clarificar bien el asunto, añadió—: Las hojas le dan una apariencia verdosa.

—Sé lo que son las cosas con hojas —replicó el sapo—. No me hace falta preguntarte, jardinero.

Pareció que iba a estallar una discusión, interesante aunque limitada, entre los dos

robots, pero en ese momento intervino otra de las máquinas.

—Este rosal habla —dijo.

—Los rosales no pueden hablar —aseguró de inmediato el sapo.

Después de haber producido esta perla, el robot quedó en silencio, quizá meditando sobre la extrañeza de la vida. Luego, añadió lentamente:

—Por lo tanto, o este rosal no es un rosal, o este rosal no ha hablado.

—Esta cosa es una cosa con hojas —empezó de nuevo el jardinero—. Pero no es un rosal. Los rosales tienen estípulas. Esta cosa no tiene estípulas. Es un cambrón. Se le conoce también como espino cervical.

Este conocimiento tan especializado superaba sin la menor duda el vocabulario del sapo. Siguió un tenso silencio.

—Soy un cambrón —dijo al fin al salvaje, manteniendo su postura—. No puedo hablar.

Ante esto, todas las máquinas prorrumpieron en un chorro de palabras, moviéndose toscamente en torno al salvaje para observarle mejor e interceptándose unas a otras durante el proceso. Por último, la voz del sapo se elevó por encima del parloteo metálico:

—Sea lo que sea esta cosa con hojas, debemos arrancarla. Hay que exterminarla.

—No te corresponde a ti arrancarla. Ése es un trabajo de jardinero —dijo éste.

Hizo girar sus tijeras, desplegó una poderosa guadaña y atacó al sapo. Sus toscas armas resultaban inefectivas frente a la armadura de este último, que no obstante comprendió que habían llegado a un punto muerto en sus investigaciones.

—Nos retiraremos para preguntar a Charles Gunpat qué debemos hacer —dijo—. Eso haremos.

—Charles Gunpat está en una conferencia —replicó el robot explorador—. Charles Gunpat no debe ser molestado durante una conferencia. Por lo tanto, no debemos molestar a Charles *Gunpat*.

—Por lo tanto, debemos esperar a Charles Gunpat —decidió el sapo sin inmutarse.

Empezó a avanzar, seguido de los otros, pasando cerca de donde se hallaba Smithlao. Todos los robots subieron las escaleras y desaparecieron en el interior de la casa.

Smithlao no pudo por menos que maravillarse ante la serenidad del salvaje. Seguía vivo por verdadero milagro. De haber intentado correr, habría muerto al instante, ya que los robots habían sido programados para enfrentarse a una situación semejante. Tampoco le habría salvado su engañoso lenguaje, pese a toda su inspiración, de haberse tratado de un solo robot, porque un robot es una criatura con un propósito único. En compañía, no obstante, los robots padecen de un defecto que a menudo perturba también las reuniones

humanas, aunque en menor medida: la tendencia a exhibir su lógica a expensas del objeto de la reunión.

¡Lógica! En eso radicaba el problema. A ella, y sólo a ella, debían atenerse todos los robots. El hombre poseía lógica e inteligencia, por lo que se las arreglaba mejor que sus robots. Pese a ello, estaba perdiendo la batalla contra la naturaleza. Y la naturaleza, como los robots, sólo usaba la lógica. Una paradoja sobre la cual el hombre no podía triunfar.

En cuanto la fila de máquinas hubo desaparecido en el interior de la casa, el salvaje atravesó corriendo el césped y subió el primer tramo de escaleras, abriéndose paso hacia la inmóvil figura de la muchacha. Smithlao se deslizó detrás de un haya para espiarles más de cerca. Se sentía como un perverso, al observarles sin pantalla interpuesta, pero no se decidía a apartarse del lugar. El salvaje se aproximaba ya a Ployploy, caminando con lentitud por la terraza, como hipnotizado.

—Te has mostrado muy astuto —le dijo ella. Su blanco rostro tenía ahora las mejillas sonrosadas.

—Me he mostrado muy astuto durante todo un año a fin de encontrarte.

Pero sus recursos, que le habían llevado hasta la muchacha, le abandonaron ahora, dejándole desamparado. Era un joven delgado y vigoroso, con las ropas raídas y la barba descuidada.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Ployploy.

Su voz, a diferencia de la del salvaje, apenas llegaba hasta Smithlao. Una expresión perturbadora, tan caprichosa como el otoño, jugueteaba en el semblante de la mujer.

—Fue una especie de instinto..., como si te oyera llamarme —explicó el salvaje—. Todo lo susceptible de ir mal en el mundo, va mal...

Quizá seas tú la única mujer del mundo que todavía ama. Quizá sea yo el único hombre capaz de corresponderte. Por eso he venido. Un impulso natural, ya que no podía bastarme por mí mismo.

—Siempre soñé que llegaría alguien —suspiro ella—. Y durante varias semanas, he sentido..., *he sabido* que venías. ¡Oh, querido...!

—Debemos actuar con rapidez, amor mío. Trabajé en cierta ocasión con robots... Ya te habrás dado cuenta de que los conozco bien. Si logramos salir de aquí, dispongo de un avión robot que nos llevará muy lejos, a cualquier parte. A una isla quizá, donde las cosas no se presenten tan difíciles. Pero hemos de irnos antes de que regresen las máquinas de tu padre.

Dio un paso hacia Ployploy.

La muchacha alzó una mano.

—¡Espera! —le imploró—. No es tan sencillo. Debes saber algo primero... El..., el Centro de Apareamiento me negó el derecho a procrear. Sería mejor que no me tocaras.

—¡Odio al Centro de Apareamiento! —exclamó el salvaje—. Odio todo lo que se refiera al régimen dominante. Nada de lo que hagan nos afectará de ahora en adelante.

Ployploy apretaba los puños detrás de su espalda. El color había abandonado sus mejillas. Una fresca lluvia de pétalos de rosas muertas cayó sobre su vestido, mofándose de ella.

—Resulta tan desalentador —dijo—. No lo comprendes...

El salvajismo del hombre había sido humillado.

—Lo he dejado todo para encontrarte a ti —dijo abatido—. Sólo deseo abrazarte.

—¿Es eso todo, realmente todo, lo que deseas en el mundo?

—Lo juro —replicó con sencillez.

—Entonces, vén y tócame.

Y ése fue el instante en que Smithlao vio el brillo de una lágrima en el ojo de la muchacha.

La mano que el salvaje extendió hacia ella fue ascendiendo hacia su mejilla. Ployploy permaneció impávida en la terraza gris, con la cabeza muy erguida. La amorosa mano rozó suavemente el semblante femenino. La explosión fue casi instantánea.

Casi. Los traicioneros nervios de la epidermis de Ployploy tardaron una fracción de segundo en analizar el contacto como perteneciente a otro ser humano y transmitir el hallazgo a los centros nerviosos. El bloqueo neurológico implantado por el Centro de Apareamiento en todos los individuos rechazados para la procreación, en previsión de una contingencia como la actual, entró en acción de inmediato. Todas las células del organismo de Ployploy liberaron su energía en un jadeo devorador. Con tanta eficacia que el salvaje pereció también en la explosión.

Sí, pensó Smithlao, había que admitir la pulcritud del procedimiento. Y su lógica, una vez más. En un mundo al borde mismo de la inanición, ¿de qué otro modo evitar que los indeseables procrearan? Lógica entre lógica, la del hombre opuesta a la de la naturaleza... Eso causaba todas las lágrimas del mundo.

Atravesó el goteante plantío, encaminándose hacia su vehículo de hélice, ansioso por marcharse antes de que los robots reaparecieran. Las destrozadas figuras de la terraza permanecían inmóviles, ya semicubiertas por las hojas y los pétalos. El viento rugió como un inmenso océano triunfante en las copas de los árboles. Resultaba apenas sorprendente que el salvaje no conociera el disparador neurológico. Pocas personas lo conocían: psicodinámicos, el Consejo de Apareamiento... y los mismos rechazados, claro está. Sí,

Ployploy supo lo que iba a suceder. Había elegido esa muerte con toda deliberación.

«Siempre dije que era una lunática», pensó Smithlao. Rió entre dientes y montó en su máquina, meneando la cabeza mientras meditaba sobre la locura de Ployploy.

Un maravilloso argumento para enfurecer a Charles Gunpat la próxima vez que necesitase un suplemento de agresividad.

Ozymandias

Robert Silverberg

de Infinity, noviembre de 1958

La relativamente simple cuestión de cuál es el escritor de ciencia ficción que ha utilizado más seudónimos no tiene fácil respuesta. Se han de tener en cuenta los nombres literarios compartidos en colaboraciones, los seudónimos aplicados por las editoriales y los alias usados fuera de la novelística. Ciertamente, entre los que gozan de los mayores honores se encuentran John Russell Fearn, E. C. Tubb, Henry Kuttner, R. Lionel Fanthorpe y Robert Silverberg. Y entre todos ellos, Silverberg figura como el más fecundo.

Nacido en Brooklyn a principios de 1935, Silverberg tenía dieciocho años cuando efectuó su presentación profesional en una sección de crítica incluida en Science Fiction Adventures (diciembre de 1953). Al mes siguiente, vendió su primer relato a Nebula. Gorgon Planet (Planeta de Gorgonas) era una genuina áventura, desarrollada en un mundo de criaturas mitológicas. A partir de entonces, el número de sus obras aumentó de manera vertiginosa. Basta con examinar una relación de sus obras para comprobar su increíble producción sólo en la década que nos ocupa.

Los principios profesionales de Silverberg ya han sido tratados en la introducción a este volumen, aunque vale la pena hacer un alto para recordar los seudónimos de dicho autor, dos de ellos concretamente.

Su más importante seudónimo individual en la ciencia ficción fue Calvin Knox, nombre sugerido por Robert Lowndes, por ser de origen por entero protestante, ya que Judith Merrill había asegurado a Silverberg que no conseguiría publicar sus obras usando su apellido judío. De modo que Silverberg adoptó dicho seudónimo. Sin embargo, al presentar sus relatos, los firmó como Calvin M. Knox. A Lowndes le complació ver aceptada su sugerencia, pero, intrigado, preguntó posteriormente a Silverberg:

—¿Qué significa esa M?

—Moisés —replicó el escritor—. No quise resignarme por completo.

Apócrifa o no, se trata de una buena anécdota. Existe otra relacionada con la firma Ivar Jorgensen (o Jorgenson, como apareció algunas veces). Se vio por primera vez en el Fantastic Adventures de junio de 1951, al pie de la novela principal, Whom the Gods Would Slay (A quien matarían los dioses). A partir de entonces, fue utilizado con regularidad en las revistas de Ziff-Davis. En sus días de activo aficionado a la ciencia ficción, Silverberg admitió su gusto por los relatos de Jorgensen. Se llegó a saber que

Jorgensen no era sino uno más entre los seudónimos domésticos inventados por Ziff-Davis, y nunca se ha aclarado de forma satisfactoria a qué autores encubría, aunque Paul Fairman fue, sin lugar a dudas, el responsable de muchas de las narraciones. Inevitablemente, dada la pasmosa producción de Silverberg, Fairman, por entonces director de Amazing, aplicó el apellido Jorgensen a diversos relatos de Bob. Lo que condujo al absurdo de que Silverberg, admirador de Jorgensen en su adolescencia, acabara convirtiéndose en él.

El siguiente relato se publicó por primera vez con el seudónimo de Jorgensen, aunque, al ser reeditado por New Worlds en mayo de 1960, se atribuyó su paternidad a Robert Silverberg.

El planeta llevaba muerto un millón de años. Ésa fue la primera impresión que nos causó, mientras nuestra nave describía una órbita de descenso hacia su agostada superficie parda. Y nuestra primera impresión acabó siendo la correcta. *En tiempos*, había existido allí una civilización, pero la Tierra había circundado al Sol un millón de veces después de expirar el último ser vivo de ese mundo.

—Un planeta muerto —comentó con amargura el coronel Mattern—. No hay nada que valga la pena ahí abajo. No sería ningún error dar media vuelta y marcharnos.

No nos sorprendió que Mattern pensara así. Al fin y al cabo, presionándonos para que abandonáramos el planeta en el acto y nos trasladáramos a otro de mayor utilidad, servía a los intereses de sus jefes, es decir el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América. Esos jefes esperaban que Mattern, junto con la mitad de su tripulación, obtuviera resultados. Y por resultados entendían nuevas armas y fuentes de materiales estratégicos. No habían provisto el setenta por ciento del presupuesto del viaje sólo para patrocinar el hallazgo de un montón de fruslerías arqueológicas.

Afortunadamente para nuestra mitad del equipo —la inútil mitad compuesta por los arqueólogos—, Mattern no tenía la última palabra respecto a la dotación. Quizás el Estado Mayor hubiera aportado el setenta por ciento de nuestro presupuesto, pero sus cautelosos responsables de las relaciones públicas habían considerado que *nosotros* teníamos al menos ciertos derechos.

El doctor Leopold, jefe de la parte no militar de la expedición, dijo con brusquedad:

—Perdone, Mattern, pero habré de aplicar aquí la cláusula limitativa.

—Pero... —empezó a farfullar Mattern.

—Nada de peros, Mattern. Hemos gastado un buen montón de dinero americano para llegar a este punto. Ya que estamos aquí, insisto en disponer del tiempo mínimo asignado a la investigación científica.

Mattern miró ceñudo a la mesa, sosteniéndose la mandíbula entre los pulgares y hundiendo el resto de los dedos en la articulación del maxilar inferior. Estaba fastidiado, pero era lo bastante listo para saber que no podía hacer gran cosa en contra de Leopold.

El resto de nosotros, cuatro arqueólogos y siete militares —ellos nos sobrepasaban ligeramente en número—, presenciábamos con ansiedad la pugna entre nuestros superiores. Mis ojos se desviaron hacia la tronera. Contemplé la árida llanura batida por el viento, marcada aquí y allí por los restos de los que, milenios antes, fueron tal vez inmensos monumentos.

—El planeta carece en absoluto de importancia estratégica —lamentó el desolado Mattern—. ¡Es tan viejo que hasta los vestigios de civilización se han convertido en polvo!

—No obstante, le recuerdo que se me garantizó el derecho a explorar cualquier mundo en el que aterrizáramos, por un período mínimo de ciento sesenta y ocho horas —replicó Leopold, sin darle tregua.

—¡Maldita sea! —estalló Mattern, incapaz de contenerse—. *¿Por qué? ¿Sólo por fastidiarme? ¿Sólo para demostrar la innata superioridad intelectual del científico sobre el militar?*

—Mattern, no se trata de una cuestión personal.

—En ese caso, me gustaría saber de qué se trata. Aquí estamos, en un mundo obviamente inútil para mí y tal vez también para usted. Y pese a ello, se aferra a un tecnicismo y me obliga a permanecer una semana aquí. *¿Por qué, a no ser para fastidiarme?*

—Hasta ahora sólo hemos efectuado un reconocimiento muy superficial. Por lo que sabemos, este lugar puede proporcionarnos la respuesta a numerosos interrogantes de la historia galáctica. Incluso tal vez albergue un tesoro en superbombas, según yo...

—¡Extremadamente probable! —explotó Mattern.

Su furiosa mirada recorrió la sala de conferencias, concentrándose con expresión malévola en todos y cada uno de los miembros científicos del comité. Quería dejar bien claro que se le forzaba a una absurda pérdida de tiempo por culpa de nuestro nebuloso deseo de «conocimiento».

Conocimiento inútil. No un excelente conocimiento práctico, del tipo que *él* valoraba.

—Muy bien —dijo por fin—. He luchado y he perdido, Leopold. Tiene derecho a insistir en que permanezcamos aquí una semana. ¡Pero será muchísimo mejor que esté preparado para despegar en cuanto expire el plazo!

No había sorpresa alguna en todo aquello, por descontado. El programa de nuestra expedición se mostraba muy explícito al respecto. Nos habían enviado a escudriñar una serie de planetas próximos al Borde Galáctico, ya examinados apresuradamente por una misión de reconocimiento.

Los exploradores se habían limitado a buscar signos de vida, y al no encontrar ninguno (cosa lógica), abandonaron la zona. Se nos encomendó entonces la tarea de proceder a una investigación detallada. Algunos de los planetas del grupo estuvieron habitados en otro tiempo, informaron los exploradores. Ninguno albergaba vida en la actualidad. Ni en uno solo de los planetas que habíamos visitado descubrimos vida inteligente, aunque la tuvieron en el pasado.

Nuestra tarea consistía en revisar con toda diligencia los planetas designados. Leopold, jefe de nuestro grupo, debía efectuar una mera investigación arqueológica sobre las

civilizaciones muertas. Por su parte, Mattern y sus hombres tenían la misión, de valor práctico más inmediato, de buscar materiales fisionables, restos de armas extraterrestres, posibles fuentes de litio o tritio para fusión y otras cosas útiles desde el punto de vista bélico. Quien objetase que, en un sentido pragmático estricto, nuestro grupo suponía un peso muerto, transportado a elevado coste, estaría en lo cierto.

Pero en los últimos siglos, la opinión pública americana se había mostrado recelosa ante las expediciones exclusivamente militares. Y así, para tranquilizar la conciencia nacional, se agregaron a la expedición cinco arqueólogos de escasa importancia empírica por lo que concernía a la seguridad nacional.

Nosotros.

Mattern dejó muy claro, ya en el momento de la partida, que *sus* muchachos eran los miembros *realmente importantes* de la expedición, y nosotros, simple lastre. En cierta forma, tuvimos que admitirlo. La tensión se apoderaba una vez más de nuestro gravemente desunido planeta. No se sabía cuándo el Otro Hemisferio saldría de su inmovilidad de un siglo y decidiría lanzarse de nuevo al espacio, Si había algo de valor militar, debíamos encontrarlo antes que *ellos*.

La sempiterna carrera de armamentos. ¡Animo! Las viejas historias espaciales hablaban de expediciones terrestres. Bien, nosotros *éramos* la Tierra, visto de modo abstracto... En realidad, *éramos* de América. Y punto. La unidad mundial seguía siendo una idea tan fantástica como trescientos años antes, en la remota y primitiva era del cohete espacial con propulsores químicos. Amén. Fin del sermón. ¡A trabajar!

El planeta no tenía nombre y no le dimos ninguno. Una comisión especial de la denominada por eufemismo Organización de las Naciones Unidas se ocupaba del problema de asignar nombres a los centenares de planetas de la galaxia, siguiendo la vieja idea de copiarlos de antiguas mitologías terrestres, de modo análogo a la nomenclatura Mercurio-Venus-Marte de nuestro sistema solar.

Sin duda acabarían por dar a este mundo un nombre como Thot, o Bel-Marduk, o quizás Avalokitesvara. Para nosotros, era el cuarto planeta del sistema perteneciente a un sol procionoide blanco-amarillento F5 IV, número 170861 del Catálogo HD Revisado. Poco más o menos de tipo terrestre, con un diámetro de 9.800 kilómetros y un índice de gravedad de 0,93, tenía una temperatura media de 70°C, con una fluctuación diaria aproximada de diez grados, y una atmósfera tenue y desagradable, compuesta en su mayoría por dióxido de carbono, con vestigios de helio y nitrógeno y apenas una pizca de oxígeno. Muy posiblemente, el aire había sido respirable para seres humanoides hacía un millón de años... Pero de eso hacía un millón de años. Tuvimos buen cuidado de probar nuestras máscaras de oxígeno antes de aventurarnos a salir de la nave.

El sol, como ya he dicho, era un F5 IV y bastante cálido, pero el planeta cuarto se

hallaba a trescientos millones de kilómetros de él en el perihelio y bastantes más cuando llegaba al otro extremo de su órbita, más bien excéntrica. La excelente y antiquísima elipse de Kepler resultaba bastante maltratada en este sistema. El planeta cuarto me recordó en muchos aspectos a Marte, con la excepción lógica de que éste jamás había albergado vida inteligente de tipo alguno (al menos, no se preocupó de dejar ningún vestigio de su existencia), en tanto que el planeta en cuestión había poseído una civilización floreciente en la época en que los pitecántropos eran los seres más adelantados de la Tierra.

En cualquier caso, en cuanto aclaramos el asunto de si íbamos a quedarnos o despegar y encaminarnos hacia el siguiente planeta de nuestro programa, los cinco nos pusimos a trabajar. Sabíamos que sólo disponíamos de una semana. Mattern no nos concedería la menor prórroga, a menos que nos presentáramos con algo lo bastante bueno para forzarle a cambiar de opinión, cosa muy improbable. Deseábamos adelantar todo lo posible en dicha semana. Con tantos planetas como hay en el universo, tal vez éste no recibiera nunca más la visita de los científicos del nuestro.

Mattern y sus hombres nos comunicaron al momento su decisión de colaborar, aunque de mala gana y lo menos posible. Preparamos los tres pequeños semitractores anejos a la nave y los dejamos listos para funcionar. Los cargamos con nuestro equipo (cámaras, picos y palas, cepillos de pelo de camello) y nos pusimos las máscaras de oxígeno. Los hombres de Mattern nos ayudaron a sacar los semitractores y nos indicaron la dirección correcta.

Luego, retrocedieron y aguardaron a que nos fuéramos.

—¿Ninguno de ustedes piensa acompañarnos? —preguntó Leopold.

Los semitractores podían transportar hasta cuatro hombres.

—No —contestó Mattern—. Vayan ustedes solos hoy y hágannos saber lo que descubren. Aprovecharemos mejor el tiempo arreglando el archivo y poniendo al día el diario de navegación.

Noté que Leopold empezaba a enfadarse. Mattern le demostraba abiertamente su desprecio. Sus hombres podrían al menos efectuar una búsqueda formal de materiales fisiónables o fusionables. Pero Leopold se tragó el enfado.

—Muy bien —dijo—. Hagan lo que quieran. Si nos topamos con alguna veta de plutonio, avisaré por radio.

—¡Claro! Gracias por el favor. Hágame saber si también encuentran una mina de cobre. —Soltó una carcajada. ¡Plutonio en bruto! Y a lo mejor, hasta habla en serio...

Habíamos elaborado un croquis aproximado de la zona y nos separamos en tres grupos. Leopold, solo, puso rumbo al oeste, hacia el seco lecho de un río que habíamos atisbado

desde el aire. Supongo que se proponía examinar los depósitos de aluviones.

Marshall y Webster, compartiendo el segundo semitractor, partieron en dirección a la parte montañosa, situada al sudeste de nuestro punto de aterrizaje. En aquel lugar, parecía haber enterrada en la arena una ciudad bastante grande. Gerhardt y yo, en el otro vehículo, nos dirigimos hacia el norte, donde esperábamos encontrar restos de otra ciudad. El día era frío y ventoso. La omnipresente arena que cubría el planeta formaba pequeñas dunas delante de nosotros, y el viento la lanzaba en grandes cantidades contra el techo de plástico que cubría nuestro transporte. Bajo las orugas del vehículo, el metal hacía crujir una arena que no había sido hollada durante milenios.

Ninguno de los dos habló al principio.

—Espero que la nave siga en su sitio cuando volvamos a la base —fue lo primero que dijo Gerhardt.

Fruncí el ceño y me volví a mirarle sin abandonar el volante. Gerhardt siempre había sido un enigma para mí, un hombrecillo de cabello castaño desordenado que le caía sobre los ojos, demasiado juntos. Poseía un título de la Universidad de Kansas y había formado parte durante cierto tiempo del claustro de este centro, ocupación en la que se había distinguido, o así decían sus antecedentes.

—¿A qué demonios te refieres? —pregunté.

—No confío en Mattern. Nos odia.

—¿Por qué ha de odiarnos? Mattern no es ningún canalla. Sólo un tipo que quiere terminar su trabajo y volver a casa. Pero ¿qué has querido decir con eso de que la nave no estará en su sitio?

—Despegará sin nosotros. Ya has visto cómo nos ha enviado al desierto y se ha quedado allí con sus hombres. ¡Puedes creerme, nos abandonará aquí!

—No seas paranoico —dije con un resoplido—. Mattern no hará nada semejante.

—Nos considera un peso muerto en la expedición. ¿Y cuál es la mejor manera de librarse de nosotros?

El semitractor trepó penosamente un montecillo del desierto. Deseé oír al menos un buitre graznando en alguna parte, pero ni siquiera eso ocurrió. La vida había desaparecido del planeta miles de años atrás.

—A Mattern no le resultamos de gran utilidad —dije—. ¿Por qué negarlo? Pero ¿se atrevería a despegar, abandonando tres semitractores en perfecto estado? ¿Le crees capaz de eso?

Fue una buena objeción. Al cabo de unos momentos, Gerhardt dejó escapar un gruñido de asentimiento. Mattern *jamás* abandonaría una parte del equipo, por mucho

que dejara de albergar los mismos escrúpulos con respecto a cinco inútiles arqueólogos.

Avanzamos en silencio durante más tiempo que la vez anterior. Ya habíamos cubierto treinta y dos kilómetros de un terreno yermo. A juzgar por lo que se veía, más nos hubiera valido permanecer junto a la nave. Por lo menos, allí había una capa superficial de cimientos de edificios.

Otros quince kilómetros, y llegamos a nuestra ciudad. Presentaba un diseño lineal, con no más de ochocientos metros de anchura y extendiéndose hasta el límite de nuestra visión, mil o mil cien kilómetros. Si nos daba tiempo, comprobaríamos sus dimensiones desde el aire.

Como es lógico, poco quedaba de la ciudad. La arena había cubierto todo a la perfección, pero alcanzamos a ver cimientos sobresaliendo aquí y allá, restos de hormigón estructural y metal reforzado, desgastados por los años. Salimos del vehículo y preparamos la pala mecánica.

Una hora más tarde, sintiendo el pegajoso sudor bajo nuestros livianos trajes espaciales, habíamos logrado apartar algunos miles de metros cúbicos de tierra a una zona situada a diez metros de distancia. Habíamos excavado un impresionante agujero en el suelo.

Para nada...

Para nada. Ni un artefacto, ni un solo cráneo, ni siquiera un diente amarillento. Ni cucharas, ni cuchillos, ni sonajeros...

Nada. No encontramos nada de nada.

Los cimientos de algunos de los edificios, si bien reducidos a fragmentos, habían soportado un millón de años de arena, viento y lluvia. Pero nada más había sobrevivido de aquella civilización. Mattern había acertado al burlarse, admití con pesar. El planeta era tan inútil para nosotros como para ellos. Unos cimientos erosionados por la intemperie de poco nos servirían, a no ser para informarnos de que en otros tiempos existió allí una civilización. Un paleontólogo con imaginación reconstruye un dinosaurio a partir de un fragmento de fémur, bosqueja un saurio presentable con sólo un isquion fosilizado como guía. ¿Podíamos nosotros extrapolar una cultura, un código de leyes, una tecnología, una filosofía, a partir de unos simples cimientos desgastados por el tiempo?

No, casi seguro que no.

Abandonamos aquel sitio y excavamos a medio kilómetro de distancia, esperando desenterrar un resto tangible de la desaparecida civilización. Pero el tiempo había ejecutado bien su obra. Era una suerte haber encontrado los basamentos. Todo lo demás había desaparecido.

—*Infinitas y desnudas, las solitarias y uniformes arenas se extendían a lo lejos* — murmuré.

Gerhardt alzó la cabeza desde la excavación.

—¿Qué? ¿Qué dices? —preguntó.

—Estoy citando a Shelley.

—¡Ah, ése!

Continuó cavando.

Aquella misma tarde, decidimos abandonar nuestro esfuerzo y volver a la base. Habíamos pasado en el desierto siete horas y no llevábamos nada que justificara nuestra ausencia, a no ser algunos metros de película tridimensional en la que se veían los cimientos de los edificios.

El sol empezaba a ponerse. El cuarto planeta tenía un día de treinta y cinco horas, que se aproximaba a su fin. El cielo, siempre sombrío, se oscurecía poco a poco. No había ninguna luna silenciosa y brillante. El cuarto planeta no tenía satélites. El hecho parecía un poco injusto. Los planetas tres y cinco del sistema poseían cuatro lunas cada uno, y en torno al gigantesco mundo gaseoso que era el número ocho, bullía un racimo de trece satélites.

Dimos media vuelta y regresamos, tomando otra ruta que se extendía cinco kilómetros al este de la que seguimos a la ida. Por si localizábamos algo. Una esperanza más bien desesperanzada, a decir verdad.

Habíamos recorrido diez kilómetros, cuando la radio del vehículo se puso en marcha.

—Llamando a los vehículos dos y tres —se oyó la voz seca y quisquillosa del doctor Leopold—. Dos y tres, ¿me oyen? Adelante, dos y tres.

Gerhardt iba al volante. Pasé la mano sobre sus rodillas para conectar el canal de respuesta y dije:

—Anderson y Gerhardt en el número tres, señor. Le recibimos bien.

Un momento después, aunque más débil, llegó la señal del vehículo número tres a través del canal triple.

—Marshall y Webster en el dos, doctor Leopold —oí a Marshall—. ¿Algo va mal?

—He hecho un hallazgo —contestó Leopold.

—*¿Lo dice en serio?*

El tono de la última pregunta de Marshall me indicó que el semitractor número tres no había disfrutado de mejor fortuna que el nuestro.

—Entonces es usted el único —anuncié.

—¿No han tenido suerte, Anderson?

—Ni pizca. Ni un miserable resto de cerámica.

—¿Y ustedes, Marshall?

—Igual. Restos dispersos de una ciudad, pero nada de valor arqueológico, señor.

Oí reír disimuladamente a Leopold.

—Bien, pues yo he encontrado algo. Es un poco pesado, no puedo manejarlo solo. Quiero que los dos equipos vengan aquí para echarle un vistazo.

—¿De qué se trata, señor? —preguntamos Marshall y yo al mismo tiempo, casi con las mismas palabras.

Pero a Leopold le gustaba representar el papel de hombre misterioso.

—Ya lo verán cuando llegue. Anoten mis coordenadas y no pierdan tiempo. Estaré de vuelta en la base antes de la noche.

Nos encogimos de hombros y cambiamos de ruta para dirigirnos hacia donde nos aguardaba Leopold. El doctor se hallaba al parecer a unos veintisiete kilómetros de nosotros, hacia el sudoeste. Marshall y Webster debían recorrer un trayecto poco más o menos de la misma longitud. Se encontraban exactamente al sudeste de la posición de Leopold.

Al llegar a las coordenadas calculadas por el doctor, el cielo estaba ya bastante oscuro. Los faros delanteros del semitractor iluminaban el desierto en un trecho de kilómetro y medio, y al principio no hubo señal alguna de que allí hubiera alguien o algo. Luego, divisé el vehículo de Leopold estacionado hacia el éste, y Gerhardt me señaló las luces del tercer semitractor, que avanzaba hacia nosotros procedente del sur.

Llegamos hasta Leopold casi al mismo tiempo. No estaba solo. Le acompañaba un... objeto.

—Bienvenidos, caballeros —nos saludó. En su hirsuto rostro había una sonrisa de satisfacción—. Parece que he hecho un descubrimiento.

Se echó hacia atrás y, como si corriera una cortina imaginaria, nos permitió atisbar su hallazgo. Arrugué la frente en un gesto de sorpresa y extrañeza. De pie en la arena, detrás del vehículo de Leopold, había algo que se asemejaba mucho a un robot.

Era alto, dos metros diez o incluso más, y vagamente humanoide. Es decir, poseía unos brazos que le salían de los hombros, una cabeza sobre éstos y piernas. La cabeza se hallaba provista de placas receptoras en los lugares que en un hombre ocuparían los ojos, las orejas y los labios. No presentaba otras aberturas. El cuerpo del robot era enorme y

más o menos cuadrado, con hombros oblicuos. Su oscura cubierta metálica mostraba las picaduras y la corrosión producto de la acción de los elementos a lo largo de incontables siglos.

Estaba enterrado en la arena hasta las rodillas. Leopold, todavía sonriendo con presunción e increíblemente orgulloso de su descubrimiento, ordenó:

—Dinos algo, robot.

De los receptores bucales brotó un sonido metálico, un rechinamiento de... ¿De qué? ¿Engranajes? Y luego se escuchó una voz, audible pese a ser extraordinariamente aguda, pronunciando palabras extrañas, con un tipo de inflexión monótono y fluido. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda. La era de la explosión espacial se había iniciado hacía trescientos años. Y por primera vez, oídos humanos percibían los sonidos de una lengua no nacida en la Tierra.

—¿Entiende lo que se le dice? —preguntó Gerhardt.

—No lo creo —repuso Leopold—. No por ahora, al menos. Pero cuando me dirijo a él, empieza a farfullar. Pienso que es un tipo de... Bueno, un guía de las ruinas, digamos. Construido por los antiguos para facilitar información a los transeúntes. Sólo que parece haber sobrevivido a los antiguos y sus monumentos.

Estudié el robot. Su aspecto era increíblemente viejo... y robusto. Tan sólido que bien podía haber durado más que cualquier otro vestigio de civilización de este planeta. Había dejado de hablar y se limitaba a mirar hacia delante. De repente, giró pesadamente sobre su base, extendió un brazo para abarcar el panorama cercano y comenzó a hablar de nuevo.

Casi me atrevería a poner las palabras en su boca: ... y *aquí tenemos las ruinas del Partenón, principal templo de Atenea en la Acrópolis. Terminado en el año 438 a. de C., fue destruido en parte por una explosión en 1687, cuando los turcos lo utilizaban como polvorín...*

—Sí, *parece* una especie de guía —asintió Webster—. Tengo la sensación concreta de que nos está ofreciendo una narración histórica, todos los detalles relativos a los maravillosos monumentos que en tiempos debieron erigirse en este lugar.

—Si pudiéramos entender lo que está diciendo... —exclamó Marshall.

—Supongo que habrá algún medio de descifrar el lenguaje —opinó Leopold—. En cualquier caso, me parece un hallazgo magnífico, ¿a ustedes no? Y...

Me eché a reír. Leopold, ofendido, me lanzó una furiosa mirada.

—¿Se puede saber qué le divierte tanto, doctor Anderson? —me preguntó.

—¡Ozymandias! —dije en cuanto logré calmarme un poco—. Lo más lógico...

Ozymandias.

—Temo que no...

—Préstele atención —expliqué—. Da la impresión de haber sido construido y puesto aquí para los que viniesen después, para cantarnos las glorias de la raza que edificó las ciudades. Pero las ciudades han desaparecido y el robot no. ¿Acaso no da la impresión de estar diciendo: *Contempla mis obras, oh, Poderoso, y abandona toda esperanza?*

—*Ninguna otra cosa resta* —terminó la cita Webster—. Lo encuentro muy adecuado. Los constructores y las ciudades han desaparecido, pero el pobre robot no lo sabe y continúa ofreciendo su charla. Sí, deberíamos llamarle Ozymandias.

—¿Qué haremos con él? —inquirió Gerhardt.

—¿De verdad que no logró moverlo? —preguntó Webster a Leopold.

—Pesa doscientos o trescientos kilos. Se mueve por su propia voluntad, pero yo no lo conseguiría nunca.

—Quizás entre los cinco —sugirió Webster.

—No —se opuso Leopold. Una extraña sonrisa surcó su rostro—. Lo dejaremos aquí.

—¿Qué?

—Sólo por el momento —añadió—. Lo conservaremos... como una especie de sorpresa para Mattern. Le informaremos el último día, permitiéndole creer mientras tanto que el planeta es inaprovechable. Que se burle de nosotros cuanto quiera... Cuando suene la hora de partir, le mostraremos nuestro botín.

—¿Cree seguro dejarlo aquí? —preguntó Gerhardt.

—Nadie lo robará —contestó Marshall.

—Pero... ¿Y si se aleja? —objetó Gerhardt—. Puede hacerlo, ¿no?

—Claro que si —asintió Leopold—. Sin embargo, ¿por que ha de irse? Se quedará donde está, supongo. Y si se mueve, seguiremos su pista con el radar. Ahora, volvamos a la base. Se está haciendo tarde.

Nos metimos en nuestros vehículos. El robot, silencioso de nuevo, hundido en la arena hasta las rodillas y perfilado contra la creciente oscuridad del cielo, giró para encararse a nosotros y levantó un grueso brazo en una especie de saludo.

—Recuerden —nos advirtió Leopold antes de ponernos en marcha—. Ni una sola palabra de esto a Mattern.

Aquella misma noche, en la base, el coronel Mattern y sus siete ayudantes se mostraron en extremo curiosos respecto a nuestras actividades del día. Trataron de

simular un sincero interés por nuestro trabajo, pero resultaba obvio que sólo pretendían incitarnos a confesar lo que ellos habían anticipado, es decir que no habíamos descubierto absolutamente nada. Ésa fue la respuesta que obtuvieron, ya que Leopold nos había prohibido mencionar a Ozymandias. Aparte del robot, en verdad no habíamos descubierto nada. Cuando los otros se enteraron, sonrieron con aire de superioridad, como diciendo: «Si nos hubierais hecho caso al principio, habríamos regresado a la Tierra siete días antes. Total, no nos hubiéramos perdido nada».

A la mañana siguiente, después del desayuno, Mattern anunció que enviaría una patrulla en busca de materiales fusionables, a menos que viésemos algún inconveniente.

—Sólo necesitaremos uno de los semitractores —aclaró—. Los otros dos quedan para ustedes. No les importa, ¿verdad?

—Trataremos de arreglárnoslas —replicó Leopold con cierta acritud—. Pero manténganse apartados de nuestro territorio.

—¿Cuál es?

En lugar de responderle, Leopold se limitó a decir:

—Hemos examinado ya a fondo la zona situada al sudeste de aquí y no hemos encontrado nada de importancia. No nos importará que su equipo geológico eche a perder nuestro campo.

Mattern asintió, mirando con curiosidad a Leopold, como si la evidente ocultación de nuestro campo de operaciones provocara su recelo. Me pregunté hasta qué punto era correcto o no ocultar la información a Mattern. Bien, Leopold quería disfrutar de su jueguito, y una manera de evitar que Mattern descubriera a Ozymandias consistía en no informarle del lugar en que íbamos a trabajar.

—Me parece haberle oído decir que este planeta carecía de interés para sus propósitos, coronel —señalé.

—Estoy seguro de ello. —Mattern me miró con fijeza—. Pero sería una estupidez por mi parte no echarle un vistazo, ¿me equivoco? Al fin y al cabo, nos vemos forzados a perder el tiempo aquí.

Tuve que admitir que no le faltaba razón. No obstante, insistí:

—¿Espera encontrar algo?

—Ningún material fisionable, seguro —respondió con indiferencia—. No hay ningún riesgo en apostar que todo el material radiactivo de este planeta se desintegró hace mucho tiempo. Claro que siempre existe la posibilidad de encontrar litio, ¿comprende?

—O tritio puro —afirmó con aspereza Leopold.

Mattern se rió por toda respuesta.

Media hora más tarde, nos dirigimos hacia el oeste, de nuevo al punto donde habíamos dejado a Ozymandias. Gerhardt, Webster y yo íbamos juntos en un semitractor; Leopold y Marshall ocupaban el otro. El tercero, con dos de los hombres de Mattern y el equipo de exploración geológica, se aventuró hacia el sudeste, con destino a la zona que Marshall y Webster habían escudriñado en vano el día anterior.

Ozymandias continuaba en el mismo lugar, con el sol alzándose a su espalda y arrancando fulgores de sus costados. Me pregunté cuántos amaneceres habría presenciado. Miles de millones, tal vez.

Estacionamos nuestros vehículos no muy lejos del robot y nos acercamos a él. Webster lo filmó a la brillante luz matutina. Soplaban viento del norte, que levantaba remolinos en la arena.

—Ozymandias haber quedado aquí —dijo de pronto el robot mientras nos aproximábamos.

¡En nuestra propia lengua!

Por un momento, nos quedamos estupefactos. Lo que siguió se debió a una reacción natural y simultánea. Los cinco rompimos a hablar a la vez, hasta que el robot nos interrumpió.

Ozymandias descifrar lenguaje algún medio —dijo—. Parece una especie guía.

—¡Vaya! —exclamó Marshall—. Está repitiendo como un loro fragmentos de nuestra conversación de ayer.

—No creo que repita —objeté—. Las palabras forman conceptos coherentes. ¡Nos está *hablando!*

—Construido por los antiguos para facilitar información a los transeúntes —prosiguió Ozymandias.

—¡Ozymandias! —exclamó Leopold—. ¿Hablas nuestra lengua?

La respuesta fue un chasquido. Y a continuación:

—Ozymandias comprende. No tiene suficientes palabras. Hablen más.

Los cinco nos estremecemos, llenos de excitación. Estaba claro lo sucedido, y no resultaba ni mucho menos increíble. Ozymandias había escuchado pacientemente todo lo que dijéramos la noche anterior. Luego, después de irnos, el robot había aplicado su cerebro de un millón de años al problema de organizar nuestros sonidos de forma que cobraran sentido. Y en cierto modo, lo había logrado. A partir de entonces, todo se reducía a facilitar vocabulario a la criatura y dejarle que asimilara los nuevos vocablos.

¡Disponíamos de una piedra de Rosetta capaz de hablar y de andar!

Transcurrieron dos horas, con tanta rapidez que apenas lo advertimos. Lanzábamos palabras a Ozymandias con la máxima velocidad posible, definiéndolas de manera que le ayudase a relacionarlas con las ya grabadas en su cerebro.

Al finalizar ese lapso de tiempo, el robot se hallaba en condiciones de mantener con nosotros una conversación aceptable. Extrajo sus piernas de la arena que las había envuelto durante siglos y, cumpliendo la función para la que había sido construido miles de años atrás, nos acompañó a visitar la civilización ya desaparecida que lo había fabricado.

Ozymandias constituía un fabuloso archivo de datos arqueológicos. Podría facilitarnos información durante años enteros.

Sus amos, nos explicó, habían sido los taiquenos (o así nos sonó a nosotros), que vivieron y prosperaron durante trescientos mil años. En los días decadentes de su historia, le habían creado como un guía indestructible para sus igualmente indestructibles ciudades. Pero éstas se habían desmoronado y sólo permaneció Ozymandias..., conservando en él los recuerdos del pasado.

—Esta fue la ciudad de Durab —dijo—. En tiempos, albergó ocho millones de individuos. Donde estoy ahora se erigía el templo de Decamón, con una altura equivalente a quinientos de vuestros metros. Su fachada daba a la calle de los Vientos... La decimoprimer dinastía se inició con el acceso al gobierno de Chonnigar IV, en el año dieciocho mil de la ciudad. Durante el reinado de esta dinastía, se llegó por primera vez a los planetas vecinos... La biblioteca de Durab se encontraba en este lugar. Contenía catorce millones de volúmenes. No existe ninguno en la actualidad. Mucho después de la desaparición de los constructores, pasé cierto tiempo leyendo los libros de la biblioteca y los tengo memorizados en mi interior... La Plaga acabó con la vida de nueve mil individuos diarios durante más de un año. En aquella época...

Y siguió hablando sin descanso. Un noticiario ciclópeo, que cada vez nos facilitaba más detalles conforme Ozymandias absorbía nuestros comentarios y añadía nuevas palabras a su vocabulario. Seguimos al robot mientras rodaba por el desierto, con nuestros magnetófono registrando punto por punto su discurso y nuestras mentes aturdidas y paralizadas por la magnitud del hallazgo. En este simple robot se encerraba, en espera de ser escuchada, toda la historia de una cultura que había durado trescientos mil años. Aunque extrajéramos conocimientos de Ozymandias durante el resto de nuestras vidas, no agotaríamos el cúmulo de datos implantados en su exhaustivo cerebro.

Cuando por fin, con gran esfuerzo, nos decidimos a regresar a la base, dejando a Ozymandias en el desierto, estábamos saturados al máximo. Nunca en la historia de nuestra ciencia se había hecho un descubrimiento semejante: un archivo completo,

accesible y traducido en especial para nosotros.

Acordamos de nuevo ocultárselo todo a Mattern. Sin embargo, como niños que acaban de recibir un regalo de gran valor, nos resultó muy difícil disimular nuestros sentimientos. No dijimos nada concreto, pero nuestra sobreexcitada conducta sin duda dejó adivinar a Mattern que nuestra jornada no había sido tan improductiva como afirmábamos.

Eso, y la negativa de Leopold a explicar con exactitud al Coronel dónde habíamos trabajado aquel día, debió suscitar las sospechas de Mattern. En cualquier caso, durante la noche, ya acostados, oí el sonido de semitractores internándose en el desierto. Y a la mañana siguiente, al entrar en el comedor para desayunar, Mattern y sus hombres, desaseados y sin afeitarse, se volvieron para mirarnos con peculiares destellos de venganza en sus ojos.

—Buenos días, caballeros —dijo Mattern—. Llevamos cierto tiempo esperando a que se levanten.

—¿Por qué? No es más tarde de lo normal, que yo sepa —contestó Leopold.

—No, en absoluto. Pero mis hombres y yo pasamos en vela toda la noche. La dedicamos a... Bueno, a un poco de investigación arqueológica en tanto ustedes dormían. —El coronel se inclinó hacia delante, al tiempo que palpaba sus arrugadas solapas—. Doctor Leopold, ¿por qué motivo decidí ocultarme el hecho de que había descubierto un objeto de extrema importancia estratégica?

—¿A que se refiere? —inquirió Leopold, con un temblor que eliminó la autoridad de su voz.

—Me refiero al robot que ustedes denominaron Ozymandias —repuso tranquilamente Mattern—. ¿Por que no quiso informarme de eso?

—Estaba dispuesto a hacerlo antes de nuestra partida.

—Eso no significa nada. —Mattern se encogió de hombros—. Usted ocultó la existencia de su descubrimiento. Pero su comportamiento de la noche pasada nos llevó a investigar la zona. Y cuando los detectores revelaron la presencia de un objeto metálico, unos treinta kilómetros al oeste, nos encaminamos hacia allí. Ozymandias se sorprendió mucho al saber que había otros terrestres aquí.

Se produjo un momento de agobiante silencio. Luego, Leopold dijo:

—Tengo que pedirle que no interfiera en el asunto del robot, coronel Mattern. Le ofrezco mis excusas por no haberle informado de ello... No creía que se sintiera tan interesado por nuestro trabajo. No obstante, he de insistir en que usted y sus hombres se mantengan alejados del robot.

—¿Ah, sí? —respondió Mattern con voz aguda—. ¿Y por qué?

—Porque supone un sensacional hallazgo arqueológico, coronel. Nunca recalcaré lo bastante su valor para nosotros. Sus hombres, al realizar ocasionales experimentos con Ozymandias, podrían provocar un cortocircuito en sus canales de memoria o algo por el estilo. Así pues, me veo obligado a invocar los derechos del grupo arqueológico en esta expedición. Declaro al robot artículo de nuestra exclusiva propiedad e inaccesible para ustedes.

—Lo lamento, doctor Leopold. —La voz de Mattern había cobrado una repentina dureza—. No procede invocar esos derechos ahora.

—¿Por qué no?

—Porque Ozymandias es de *nuestra* propiedad exclusiva. Y por lo tanto, inaccesible para usted, doctor.

Pensé que Leopold iba a sufrir un ataque de apoplejía allí mismo, en el comedor. Se puso rígido, palideció y cruzó tambaleándose la sala en dirección a Mattern. Formuló una pregunta, aunque con voz tan sofocada que no alcancé a oírla.

—Seguridad, doctor —replicó Mattern—. Ozymandias tiene utilidad militar. En consecuencia, lo hemos transportado hasta la nave y lo hemos encerrado en un camarote, bajo precintos de alto secreto. Con el poder que se me ha otorgado para tales contingencias, declaro finalizada esta expedición. Regresamos a la Tierra de inmediato, llevándonos a Ozymandias.

Los ojos de Leopold expresaron una terrible confusión. Nos miró en busca de apoyo, pero ninguno se atrevió a intervenir.

—¿Dice que el robot tiene... utilidad militar? —preguntó por *fin*, en tono de incredulidad.

—Por supuesto. Significa un verdadero archivo de datos sobre las armas de los antiguos taiquenos. Gracias a él, ya nos hemos enterado de cosas de increíble alcance. ¿Por qué piensa que este planeta está desprovisto de vida, doctor Leopold? ¿Por que no existe ni siquiera una brizna de hierba? Un millón de años no produciría ese efecto. Una superarma, *sí*. Los taiquenos descubrieron esa superarma. Otros lo hicieron también. Armas capaces de erizar los cabellos. Y Ozymandias conoce todos los detalles. ¿Cree que vamos a perder el tiempo dejando ese robot en sus manos? ¿En manos de una pandilla de necios cuando está repleto de información militar capaz de convertir a América en inexpugnable? Lo siento, doctor. Ustedes encontraron a Ozymandias, pero nos pertenece a nosotros. Y vamos a volver con él a la Tierra.

La sala quedó en silencio de nuevo. Leopold nos miró a todos, a mí, a Webster, a Marshall, a Gerhardt. No había nada que decir.

La nuestra era básicamente una misión militar. Sí, claro, habían agregado unos cuantos antropólogos a la tripulación, pero carecían de importancia ante la que revestían los hombres de Mattern. Habíamos venido no tanto para engrandecer el cúmulo de conocimientos generales como para descubrir nuevas armas y fuentes de materiales estratégicos, de posible utilización contra el Otro Hemisferio.

Y se habían hallado nuevas armas. Armas increíbles, producto de una ciencia que resistió durante trescientos mil años. Alojada por completo en el imperecedero cuerpo de Ozymandias.

—Muy bien, coronel —dijo Leopold con voz áspera—. Supongo que no puedo detenerle.

Dio media vuelta y salió lentamente del comedor, sin haber probado bocado. Parecía un hombre roto, destrozado, convertido de repente en un viejo.

Sentí náuseas.

Mattern había insistido en que el planeta era inutilizable y que detenerse aquí sólo serviría para perder el tiempo. Leopold opinaba lo contrario, y los hechos le dieron la razón. Descubrimos algo de gran valor.

Sí, encontramos una máquina capaz de vomitar nuevas y terribles fórmulas para matar; Nos apoderamos del compendio y con fundamentos de la ciencia de los taiquenos, una ciencia que había culminado en la producción de armas tan soberbias que habían destruido todo rastro de vida en el mundo de sus creadores. Y ahora teníamos acceso a tales armas. Muertos por su propia mano, los taiquenos nos habían dejado solícitamente una herencia de muerte.

Muy sombrío, me levanté de la mesa para dirigirme al camarote. Ya no tenía hambre.

—Despegaremos dentro de una hora —dijo Mattern a mis espaldas cuando yo abandonaba el comedor—. Tengan a punto sus cosas.

Casi no le presté atención. Pensaba en el cargamento mortífero que transportábamos, en el robot, tan ansioso por desembuchar el contenido de su memoria. Meditaba sobre lo que sucedería cuando nuestros científicos, allá en la Tierra, empezaran a aprender de Ozymandias.

Las obras de los taiquenos habían pasado a nuestras manos. Y recordé el verso del poeta: *Contempla mis obras, oh Poderoso, y abandona toda esperanza.*

El amor y las estrellas... ¡hoy!

Kate Wilhelm

de Future SF, junio de 1959

La década de 1950 fue testigo de una creciente infiltración de las mujeres en el campo de la ciencia ficción. Coincidió con un período en que las posturas sociológicas empezaban a reemplazar a la ciencia dentro del género y cuando la caracterización y sensibilidad se volvieron tan importantes como los detalles tecnológicos. Entre la nueva brigada, sobresalía Kate Wilhelm. Aún hoy conserva su puesto en la jerarquía.

Katherine Meredith, su nombre de soltera, nació en Toledo, Ohio, el viernes 8 de junio de 1928. En mayo de 1947, contrajo matrimonio con Joseph Wilhelm, y en consecuencia se presentó con el nombre Kate Wilhelm al empezar a vender sus obras en 1956. Y siguió usando dicho nombre después de divorciarse y convertirse en la esposa de Damon Knight, en febrero de 1963.

*Su primer relato importante, *The Mile-Long Spaceship* (La gran astronave), en torno a un hombre que establece contacto telepático con una nave invasora extraterrestre, fue publicado, cosa no tan sorprendente como parece a primera vista, por Astounding. Esta narración sirvió posteriormente de base a la primera colección de Wilhelm, del mismo título (1963), que incluyó el nuevo relato *Andover and the Android* (Andover y la androide), una ingeniosa historia sobre un hombre que decide casarse con una androide por razones comerciales y, en contra de sus propósitos, se enamora de ella.*

*Aunque sigue escribiendo relatos breves con regularidad —*The Planners* (Los proyectistas), publicado en *Orbit 3* en 1968, recibió el premio Nebula—, concentra ahora más bien sus esfuerzos en diversas novelas, por ejemplo *The Killer Thing* (La cosa asesina) (1965), *The Nevermore Affair* (El caso del nunca jamás) (1967) y *Margaret and I* (Margaret y yo) (1971). Su interés por los seres humanos o casi humanos se reveló en su anterior colaboración con Theodore L. Thomas, *The Clone* (El clon) (1965) y en su reciente novela *Where Late the Sweet Birds Sang* (Donde cantaron los dulces pájaros) (1976).*

Era una fiesta completamente estúpida. Sammy nunca pudo recordar después por qué se celebraba. Quizás alguien había logrado un aumento de sueldo, o se había prometido, o había cumplido años... O había muerto. No lo sabía.

Se burló de la pareja con la que tropezó en el oscuro pasillo camino del cuarto de baño, donde pasó un mal momento. Después volvió a la sala y recuperó su vaso de manos de Miriam, que le obsequió con una tonta risita.

—¿Qué te ocurre, Sammy? ¿Ya no aguantas la bebida? Es el mejor whisky del mercado, ¿no lo sabías?

Miriam se arrimó a él, musitando palabras absurdas. Se la quitó de encima y buscó a su esposa. —Sally no se hallaba en la sala. Encogiéndose de hombros, volvió a la mesa alargada donde las botellas de whisky se alineaban junto a los medio derretidos cubitos de hielo y las pringosas pastas, que provocaban repugnancia con sólo ver su masa verdosa y rosada. Se apresuró a apartarse de la confusión y se encontró mirando un vaso acabado de llenar que alguien movía de un lado a otro ante sus ojos. Lo aceptó y se tragó el transparente fuego líquido.

—Habrà que irse —decía alguien monótonamente, una y otra vez—. Tengo que trabajar mañana, ¿sabes?

—Yo he terminado por esta semana —respondió otra voz pastosa, que podría pertenecer a la misma persona, a juzgar por lo que se parecía a la anterior.

«Yo también —pensó Sammy—. Para siempre». Esta noche se lo diría a los demás. Más tarde, cuando se sintiera mejor. Había esperado tres días, pero ahora lo confesaría.

Divisó en un rincón a Melvin y Freddy, sobrios en apariencia, y se abrió paso hacia ellos. El bueno de Freddy... Confiaba en que continuara sobrio cuando se acabara la bebida. Mejor dicho, se lo temía. Se lo diría primero a Freddy. Luego, buscaría a Sally y se irían un rato al Remiendo.

—Toma un trago, Fred, amigo.

Extendió su vaso y sólo entonces advirtió que estaba vacío otra vez.

—Será mejor que lo dejes, Sammy. Según parece, ya has bebido bastante.

Fred era su amigo. Tenían el mismo turno, de diez a cuatro, los miércoles, jueves y viernes. Y se divertían y bebían juntos el resto de la semana, en los mismos lugares. El bueno de Freddy... Sólo que él no se emborrachaba nunca.

Melvin declaraba con una voz demasiado aguda y hablando con excesiva rapidez:

—Sigo diciendo que prefiero trabajar cuatro días y ver lo que estoy haciendo que pasarme tres días enteros sentado y apretando botones, sin enterarme nunca del resultado.

—Bueno, en ese caso, dime algún trabajo que te permita seguirlo desde el principio hasta el fin.

—Exacto. A ver, ¿dónde está ese trabajo? —convino juiciosamente Sammy.

—El de los trabajadores de la construcción, por ejemplo. Al menos, ven terminadas las casas que construyen.

Melvin se negaba siempre a ceder en cuanto adoptaba una determinada postura. En la próxima fiesta, tal vez argumentase en contra con la misma facilidad.

—¡Bah! ¡Carpinteros! Tienes la anticuada idea de que saben lo que hacen. Pues te diré una cosa. Un tío de mi mujer es carpintero y ni una sola vez en su vida ha sabido en qué trabajaba hasta que estaba terminado, lo entregaba y lo veía un día por casualidad. Rumores, nada más que rumores. El jefe lo sabe, pero ¿crees que se va a pasar la vida explicándoselo a los trabajadores? Estaría bueno... Todo lo que hace el tío de Ellen es ajustar el tablero posterior izquierdo al tablero lateral izquierdo. Su siguiente operación consiste en ajustar otro tablero posterior izquierdo a otro tablero lateral izquierdo. Y así sucesivamente. Y en eso trabaja cuatro días a la semana, mientras que yo me siento ante mi cuadro de mandos y manipulo los botones que montan los frenos de un triciclo. Y te pregunto, ¿acaso no sé que estoy haciendo?

—Exacto. —Sammy tomó el partido de Freddy en contra de Melvin—. Fabricamos triciclos. Todos los días vemos triciclos. Tu tienes uno, yo tengo uno, Freddy tiene uno... Todo el mundo tiene un triciclo. Fabricamos triciclos tres días a la semana, y ahora todo el mundo tiene el suyo.

Miró su vaso una vez más con severidad y, sin añadir nada, dejó a los otros dos discutiendo la verdad de si todo el mundo poseía o no un triciclo. Por el momento, había olvidado qué deseaba contarle a Freddy.

Necesitaba otro trago. Licor legal o ilegal... ¿Qué más daba? También todo el mundo tenía whisky ilegal. Miró vagamente a su alrededor en busca de Sally. Al no verla, se dirigió a la cocina. Creyó que no conseguiría acercarse a la mesa, debido a aquel tufo a queso y a sardinas.

El volumen de la música era excesivo, y por un instante se preguntó por qué nadie lo bajaba. En realidad, carecía de importancia. Con toda seguridad, nadie se acordaba de dónde estaban los mandos. Hayward dormía la mona desde hacía varias horas, y el piso le pertenecía. «La familia se ha ido de viaje —les dijo—, venid a mi casa». Quizá por eso daba la fiesta. Sin familia durante el largo fin de semana. «Mi padre, mi madre, Carol y los niños se han ido... Venid a mi casa». Eso les dijo. Una razón bastante buena para celebrar una fiesta, pensó Sammy, y se rió al tratar de explicárselo a quienes se prestaron a escucharle.

Tres parejas se besuqueaban en el sofá. Fijó su atención en las mujeres, pero Sally no se encontraba entre ellas. Dos de las parejas le echaron de allí. La tercera ni siquiera advirtió la inexpresiva curiosidad de sus ojos.

—¡Dios mío, cómo me gustaría que mi familia se marchara fuera unos días! —comentó Jackson con cierta amargura—. ¡Y encima van a venir tres de mis tías! Mi madre dijo que vivirán con nosotros..., que no cuentan con otro sitio adonde ir.

—Para suerte, la de Hayward. Su mujer tiene cuatro hermanos que visitar. Todos ejecutivos, según creo. ¿Cómo se liaría esa mujer con Hayward, un simple mecánico?

—¿No sabes que...?

Sammy llegó a una decisión. Escucharía los comentarios, aquí y allá, en su casa siempre hay de lo mejor. Carol lo consigue a través de su hermano. Uno que trabaja para el gobierno.

Sammy no reconoció al hombre que había hablado, aunque su rostro le resultó familiar. Se mezcló con aquel grupo.

—¿Lo sabes tú, Sammy? ¿Sabes dónde obtiene Hayward su licor?

—Escucha, te aseguro que viene del gobierno. ¿No has oído decir que han puesto una destilería en funcionamiento? —El desconocido apuntó a Sammy con un dedo agresivo—. Díselo, Sammy. Tú conoces bien a Hayward.

Sammy se encogió de hombros débilmente. Hayward no significaba para él más que un nombre... Un hombre con una esposa llamada Carol. Y ahí terminaba todo lo que sabía de Hayward.

Una mujer rió histéricamente en alguna parte, hasta que la risa se convirtió en un profundo sollozo.

Nadie miró a su alrededor.

—Al gobierno le interesa que nos emborrachemos —insistía con toda paciencia el desconocido de la voz indistinta—. ¿Qué otra cosa vamos a hacer en tres, cuatro o cinco días seguidos?

Hipó, arruinando así todo el posible efecto de su solemne revelación. El pequeño grupo se disolvió entre risas, en busca de nuevos compañeros, más bebida, frescas ideas que expresar, deseos inéditos que satisfacer o reprimir, según el caso.

Sammy recordó su deseo de ir a la cocina y se encaminó a ella de nuevo. Estaba tan atestada como el cuarto de estar, aunque más animada. Alguien freía huevos, y alguno de ellos cayó sin duda sobre el quemador, puesto que había humo y fuego. Miriam, vestida con un delantal y sus zapatos de tacón y luciendo una amplia sonrisa, dirigió una seña a Sammy con la espumadera.

—Sabía que lo pensarías otra vez, cielo.

Dejó los huevos y arrojó el delantal a uno de los hombres que no apartaba los ojos de ella.

Sammy contempló a la mujer mientras avanzaba hacia él meneando las caderas. La primera arcada le retorció el estómago.

—Mi querida niña —dijo en tono sentencioso—, vas a irte al otro barrio con toda esa piel expuesta al frío. Ya verás lo que vamos a hacer.

Arrancó la cortina de la ventana y envolvió con todo cuidado a la mujer, ignorando las protestas de ésta.

Miriam era soltera y vivía con su hermano mayor, un viudo con varios hijos. Actuaba como ama de casa cuando su hermano conseguía sujetarla en ella, pero la mayor parte del tiempo la pasaba con alguno de los hombres que compartían las viviendas de los solteros en la zona de alojamiento. Trabajaba en alguna parte cuatro días a la semana, como la mayoría de las mujeres solteras. Sammy suponía que Miriam se mantendría sobria mientras trabajaba, aunque jamás la había visto en tal estado. Nunca embriagada por completo, pero jamás totalmente sobria.

Miriam, disgustada, se apartó de él y salió de la cocina. Sammy contempló la flexible espalda y las suaves piernas de la muchacha, hasta que se perdieron entre la selva de piernas tambaleantes que era el cuarto de estar. Ojalá le hubiera preguntado si iba alguna vez al Remiendo, penso.

Tomó asiento en una de las banquetas y enterró la cara entre las manos, tratando de recordar qué quería explicar a Freddy. La fiesta giró y se arremolinó a su alrededor, sin prestarle atención, dispuesta a readmitirle en cuanto acabara su numerito de alma perdida.

—Fui a trabajar el miércoles —murmuró. El alboroto de risas y voces estridentes impedía que alguien lo oyera—. Me dolía la cabeza. Los botones empezaron a danzar sin cesar. No los toqué una sola vez. Ni una sola vez. Temía romper algo apretando el botón equivocado. —Y siguió hablando más fuerte, pero todavía inadvertido—. No hice una maldita cosa en todo el día. Simplemente, me quedé sentado. Nadie me dijo nada. No ocurrió nada.

La gente se puso a cantar. Siempre acababan así al cabo de cierto tiempo. Cantaban juntos sobre los días felices que llegarían. Sobre los días felices que habían desaparecido. Sammy escuchó, intentando captar el significado de unas palabras que, de pronto, se le habían hecho extrañas. *Mañana es el día del amor, mañana es el día de las estrellas. Hasta entonces, amor mío, soñaré.* Y otra canción nostálgica que cantaba las alegrías del ayer. Y otra para los amores del pasado, cuando las estrellas brillaban y el mundo nos

pertenecía. O algo por el estilo.

¿Por qué no cantar al presente? ¿No había nada que cantar sobre el presente? Nunca había pensado en eso. Pero sólo se trataba de canciones, escritas por poetas de mala muerte y cabeza hueca, que trabajaban en ellas de dos a ocho, tres días a la semana, en colaboración.

Sammy se asustó por un instante, viendo en las ridículas canciones la frustración que se había apoderado de él durante la semana. Todo el mundo sabía que carecían por completo de sentido. ¿Qué significaba eso de los «felices tiempos pasados»? El pasado era hoy, y hoy era mañana.

Primero, de niño, vivías junto con algunos más, padres, abuelos y quizás una tía o un tío. Luego ibas a la escuela durante unos años. Y después te casabas y tenías contigo a tus propios hijos, a tus padres o los de ella. Y los niños repetían el ciclo...

Sólo que ahora era hoy en lugar de ayer. Sammy dio una cabezada y se sobresaltó. Se dio cuenta de que se había quedado medio dormido y de que soñaba.

Oyó el apagado sollozo antes de que lograra despertarse por completo. Parpadeó y localizó la fuente de aquel sonido. La esposa de Jackson lloraba apoyada en el hombro de una mujer desconocida.

—¿Qué podía hacer yo? Es mi única hermana y está embarazada. Tenía que irse del dormitorio universitario. Jackson dice que se marchará de casa si ellos vienen. Pero ¿qué otra solución me queda?

Sammy contempló con tristeza a la mujer que sollozaba, pero no dijo nada cuando los enrojecidos ojos de la esposa de Jackson se volvieron hacia él. Sammy se contaba entre los afortunados. En su apartamento sólo se alojaban nueve personas, y ningún rezagado llegaría con el paso de los años, al menos hasta que sus hijas empezaran a casarse. Se encogió de hombros y se sirvió otro trago. El Remiendo...

Casi había vuelto a olvidarlo.

Al fin, localizó a Sally en uno de los dormitorios, cosa que debiera haber sabido desde el principio. Aguardó a que se despertara lo bastante para entender lo que le decía. Sally tenía su misma edad, rondando los cuarenta, y los aparentaba. No había estado con un hombre, Sammy lo sabía. Tan sólo durmiendo. El alcohol le daba sueño, el mismo efecto que le causaría a un niño. De todas formas, Sally pasaba mucho tiempo durmiendo, aun sin alcohol. Sin duda le ocurría algo extraño, se dijo sorprendido. Una vez más, se encogió de hombros. Claro que ella se encontraba en mejores condiciones que muchos. ¡Qué curioso! La mente de Sammy se había aclarado tras dormir unos instantes en la cocina... La mayoría de ellos no lograban dormir sin píldoras, o whisky, o ambas cosas a la vez. En cambio, Sally... Se acurrucaba en cuanto llegaba a una fiesta y caía dormida en seguida.

Eso debería convertirla en el blanco de todas las bromas. En lugar de eso, cosa muy extraña, todos parecían envidiarla. Antes de que acabara la fiesta, la mayor parte se habrían acercado sigilosamente en un momento u otro para mirarla dormir como una niña en medio de todo el ruido.

Sally bostezó y se desperezó.

—¿Se ha terminado? ¿Es hora de irnos?

—Sally, ¿por qué no vamos al Remiendo?

—¿Qué? ¿Esta noche? ¿Te has vuelto loco?

—No, de verdad, vamos allí. Me apetece ir —rogó, aunque el gesto de los labios femeninos indicaba que ella no accedería.

—Mira, Sammy, que tú no trabajes los próximos cuatro días no significa que yo no tenga nada que hacer. Si vamos allí esta noche, no volveremos a casa antes de las ocho o las nueve de la mañana, y ya sabes que mamá se preocupa en seguida. Además, estoy cansada. Quiero volver a casa y meterme en la cama. No entiendo cómo Carol soporta este colchón tan duro.

—Vuelve a casa, Sally. Yo me voy. Ya nos veremos luego —dijo débilmente.

—Sammy, en nombre del cielo, ¿qué te sucede? Durante los últimos seis meses, te has mostrado más gruñón que un oso viejo. Y en esta última semana, francamente insoportable.

—He estado pensando. Eso es todo, sólo pensando. Algo que tú nunca haces, estoy seguro.

La aversión que le había inspirado antes el exhibicionismo de Miriam se extendió hasta abarcar a su mujer. Las náuseas rebulleron en su interior. Abandonó a toda prisa el dormitorio.

Freddy le sonrió con amabilidad.

—¿Otra vez lo mismo, amigo mío? —Soltó una risita al ver el semblante de Sammy—. Das la impresión de que alguien acaba de birlarte tus caramelos.

Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo sorprendido ante la intensidad de la voz de Sammy.

—No sólo mis caramelos. ¡Todo!

—Oye, estás muy serio para una fiesta. ¿Qué te pasa?

—Freddy, ¿alguna vez has dejado de apretar tus botones?

El rostro de Freddy perdió su sonrisa habitual.

—¿Cómo? —se extrañó—. Repite eso. Creo que no te he comprendido bien. ¿A qué botones te refieres?

—Escucha, Freddy, hablo en serio. Esta semana, en el trabajo, no apreté un solo botón. Ni uno. Y los frenos siguieron llegando y fueron ensamblados como siempre. ¿Quién lo hizo, si no fui yo?

Fredy recobró su cordialidad y dijo:

—Muy bien. ¿Quién fue?

—No, Freddy, no bromeo. ¿Dejaste de hacerlo alguna vez? ¿Qué sucedió?

—Sí, he cometido errores. A todo el mundo le pasa de vez en cuando. Ya sabes que el jefe permanece siempre allí, vigilando. ¿No te ha pescado nunca?

—Claro que sí. Pero en esas ocasiones yo habría jurado muy gustoso que había cumplido mi trabajo. Toda esta semana, en cambio, no hice nada. Mantuve las manos sobre el tablero, pero no apreté los botones. ¿No comprendes? No holgazaneaba, así que nadie dijo o notó nada. ¿A quién se le ocurriría que alguien no iba a apretar los botones?

Pero Freddy se alejaba ya de él con una sonrisa de condescendencia, que venía a significar algo así como «Has bebido demasiado, pero eso no excusa un mal chiste». Sammy había oído tantas veces esas mismas palabras de labios de Freddy... Nunca se las había dirigido a él. Tampoco en esta ocasión. Sin embargo, resonaban en su mente.

Irritado, arrastró los pies hacia la puerta. Muy bien, ya se lo había confesado a alguien. ¿Y ahora, qué? Nada. ¿Y si se lo dijera al mundo entero? Nada, igualmente. Se encontró caminando por la calle antes de advertir que otra persona le seguía a pocos pasos de distancia. Se volvió ceñudo, esperando ver a un pensativo Freddy a punto de pedirle más explicaciones. Era Miriam.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó la mujer en tono melancólico.

La capa y la capucha le daban un aspecto muy joven y su sonrisa demostraba que no se sentía segura de ser bien acogida.

—Voy al Remiendo —anunció Sammy.

—Lo sé. Te oí decírselo a Sally. Me encanta ir a ese sitio. Voy todas las semanas.

—Si quieres...

No volvió a mirarla mientras se encaminaban hacia la línea de circunvalación, es decir las arterias y venas de la ciudad, que la servían y dominaban su ritmo. Sin el cinturón, la ciudad acabaría en ruinas, al no poder sus trabajadores trasladarse de un extremo a otro, llegar a las tiendas, hospitales y fábricas. ¿Cuántos millones de personas?, se preguntó. ¿Treinta, cuarenta? Habían dejado de publicar los datos. Quizá fueran cincuenta, incluso

setenta millones. Nadie lo sabía ni se preocupaba por saberlo.

Siempre había una mayoría trabajando, o durmiendo, de manera que las personas computadas en un momento dado representaban en todos los casos una minoría de la población. Trabajaban en jornada continua para elaborar los productos consumidos a diario. Resultaba indispensable; o trabajaban todos, o miles de personas morirían de hambre. Al menos, así lo había pensado siempre, como le habían enseñado desde la infancia. Todos debían prestar sus servicios con diligencia para vivir. Había creído en eso con toda su alma. Y ahora había descubierto la verdad. Todos debían *creer* que trabajaban, todos debían mantenerse ocupados o borrachos, de modo que unos cuantos viviesen realmente. Por lo que a él y a su clase concernía, bebían licor de contrabando y miraban con fijeza absurdos botones que daba lo mismo apretar o no.

Sammy y Miriam abordaron el cinturón, todavía en silencio, y lo abandonaron en la estación exterior para tomar el proyectil. El vehículo, propulsado por cohetes y en forma de lágrima, les llevó a una segunda estación, en la que Sammy aparcaba su triciclo. Sólo al ponerse ante los mandos habló a la muchacha sentada a su lado.

—¿Por qué has querido venir?

Su voz sonó tan áspera como lo habría sido dirigiéndose a Sally. Y Sammy advirtió el detalle.

—No lo sé. Me gustas, por alguna razón desconocida para mí. Quizá por estar tan absorto en tus pensamientos, no hayas tenido ocasión de advertir cuán a menudo me he entregado a ti. —Miriam habló con suma sencillez, con tanta naturalidad que Sammy se quedó mirándola—. Es cierto, te estoy diciendo la verdad.

—¿Por qué te gusto? Voy haciéndome viejo. No tengo nada que ofrecer a una chica como tú.

—¿Hablas de dinero? Nadie tiene dinero, ya lo sabes. Antes de casarse, ningún hombre consigue ahorrar. Y después, necesita todo cuanto gana para mantener a su familia y a la familia de su familia. Lo sé muy bien... Tú eres distinto. Te gusta el Remiendo por lo que sea, igual que a mí.

Miriam bajó la cabeza y Sammy dejó de ver la cara de la muchacha, oculta por la capucha de su capa.

El número de viviendas terminó por menguar y aparecieron los extensos campos de cultivo. Todo calculado a conciencia, pensó Sammy. La ciudad, atestada al máximo, con sus casas y bloques de edificios; el terreno escrupulosamente asignado a las zonas recreativas, sin desperdiciar un solo centímetro cuadrado; y los campos, donde pastaba el ganado y crecía el trigo, el maíz y las hortalizas. De nuevo, ni un solo centímetro cuadrado desaprovechado. Y por último, el Remiendo. Más allá del Remiendo, la misma

disposición, pero en orden inverso, empezando con los campos de cultivo y terminando con la siguiente ciudad, sólo el Remiendo permanecía invariable. Sammy había oído decir que en algunos lugares abarcaba ochenta kilómetros, tal vez más, aunque el de su ciudad no llegaba a los diez. Desconocía sus dimensiones exactas, puesto que cada Remiendo estaba conectado con otros, formando el trasfondo general de las ciudades. El conjunto había sido comparado con una colcha o manta de *patchwork*, formada por múltiples retales. De ahí había surgido la denominación «remiendo» para cada una de sus partes.

Primitivo, tosco y peligroso. La guarida de las pandillas de adolescentes que despreciaban las diversiones planeadas por el gobierno. El campo de prueba para las bandas, que se formaban y dispersaban, conforme sus miembros iban madurando, empezaban a trabajar y creaban una familia. El rincón de los enamorados, el punto de cita de los contrabandistas, el callejón de los asesinatos. Todo eso era el Remiendo...

La naturaleza lo dominaba. Enredaderas y arbustos se disputaban la posesión del terreno, y los árboles batallaban en silencio por el sol y el aire. Aquí y allá, corrientes contaminadas se deslizaban lentas o atronadoras en su desesperada carrera hacia el mar, tan exentas de vida como el resto. De vez en cuando, Sammy cerraba los ojos y trataba de imaginar cómo sería un Remiendo con animales salvajes rugiendo y peces dando vida a los arroyos, pero siempre fracasaba en su intento de evocar tal imagen. En su imaginación, se pintaban sólo las calvas cabezas de los miembros de las bandas, ocultos entre los árboles, calculando sus méritos con vistas a un atraco. Hasta la fecha, no le habían molestado.

Condujo con seguridad, confiado, a lo largo de aquella carretera oscura, descuidada y sembrada de baches que serpeaba entre la jungla de verdor. Miriam siguió sentada en silencio a su lado, inmóvil y aguardando.

—A veces voy a una colina —dijo Sammy de repente, y le gustó que el sonido de su voz quebrara el ensueño de su acompañante—. A contemplar las estrellas.

A eso se reducía todo. Algo estúpido y fútil en apariencia, ver las estrellas significaba mucho para él. Al menos, se trataba de algo que el hombre no había corrompido aún.

—Comprendo —asintió Miriam, sabiendo a qué se refería.

—Todo esto habrá desaparecido cuando mis hijos dejen de ser niños.

Todos los años, el Remiendo cedía involuntariamente terreno ante las incansables máquinas del hombre, que arrancaban los árboles, poniendo al descubierto los estratos de historia acumulados; monstruos que de un solo mordisco despejaban una zona del tamaño de un bloque de edificios. Los terrenos de cultivo avanzaban, y la ciudad se hinchaba, convirtiendo otros campos en hileras de hogares de plástico o imponentes rascacielos, con calles meticulosamente planeadas que, desde las nuevas construcciones, convergían con las de otros edificios, siguiendo el plan maestro que sólo respetaba la

ciudad.

—Sí, todo habrá desaparecido —replicó Miriam, apenas sin entonación. Y un poco más animada, añadió—: Pero hay otros Remiendos, al oeste, mucho más grandes que éste. Y no desaparecerán.

—Te equivocas, todo es cuestión de tiempo. ¿Y cómo evitarlo?

Con brusquedad, abrió la portezuela y salió al exterior. No ayudó a Miriam a apearse, ni tampoco se volvió para comprobar si le seguía.

—Tengo cuatro abuelos y dos bisabuelos —prosiguió—, tres hijos, dos padres, tres hermanas y un hermano. Todos ellos tienes hijos, tres, cuatro o cinco, no sé cuántos. ¿Y qué otra cosa podemos hacer sino extendernos y ocupar la tierra para vivir?

Miriam se había reunido con él y permaneció a su espalda, a poca distancia, entre las sombras de los pinos enanos que crecían en el pedregoso terreno de la cima de la colina.

—Deberían haber comenzado a controlar la natalidad doscientos años atrás —opinó la muchacha.

—Es cierto, pero no lo hicieron. —Se volvió un poco para ver la cara de Miriam. Iba a decírselo. Esta mujer lo sabría—. Y a nadie en el mundo le importa si uno de nosotros vive o muere.

Miriam le miró, esperando pasivamente a que concluyera.

—No apreté un solo botón la semana pasada, y los bloques de los frenos siguieron ensamblándose como si nada. —Su voz reflejaba la urgencia de que alguien le comprendiera y se preocupara igual que él—. ¿Has visto alguna vez la cadena de montaje?

Miriam trató de contestar, pero Sammy, ansioso por ser escuchado, se lo impidió.

—Ya sabes que los montadores se sientan de espaldas a la cadena y frente a los cuadros de mandos. Debemos apretar los botoncitos, obedeciendo a las señales de la pantalla que hay encima del tablero. Durante toda la última semana, tres días enteros, me limité a contemplar las señales, sin tocar un solo botón. Miré una y otra vez la cadena de montaje, y los componentes seguían moviéndose a lo largo de ella. Aunque me hubiese levantado, no habría pasado absolutamente nada. Toda la cadena es automática. El gobierno nos garantiza veinticinco años de trabajo y una pensión vitalicia después, y cumple ambas promesas. Sólo que lo mismo daría que nos quedásemos en casa. De nada nos vale ir al trabajo. —Soltó una grosera risotada y apuntó al cielo estrellado, siempre invisible desde la ciudad—. ¿Has oído hablar alguna vez del viejo sueño de los hombres, el viaje a las estrellas? La humanidad debía consagrarse al principio de que las estrellas le pertenecían. Pero alcanzar Marte y Venus costó mucho tiempo, demasiado. El hombre no se acostumbró a los planetas y, antes de que aprendiéramos a llegar a las estrellas, el

índice de natalidad nos abrumó. Ahora todos estamos consagrados al principio de meter suficiente comida en nuestras barrigas para engendrar hijos y contemplar botones.

Miriam quiso hablar, pero las manos de Sammy se aferraron de pronto a su cuello. ¿Por qué? Sammy no lo sabía. En cierta forma, ella era responsable de todo aquello. Ella y su raza, y la raza de Sammy, estúpidos ciegos que perdían el tiempo emborrachándose para no pensar en la futilidad de sus vidas. Miriam dejó de gritar, y las manos masculinas cayeron fláccidamente, ya liberado su furor. Se sintió tan vacío como si hubiera participado en una lucha por la supervivencia y sólo hubiera logrado emerger del agua.

Contempló el contraído cuerpo de la muchacha, que yacía inmóvil a sus pies, y se preguntó por qué estaba allí Miriam. La mujer no se movió, y Sammy, casi arrastrando los pies, se dirigió hacia el borde de la colina, donde se alzaba el peñasco.

—¡Ojalá hubiera sido Sally! —murmuró, mientras se aferraba a la gran roca.

En cuanto hubo trepado a la parte superior de la enorme masa pétrea, alzó los ojos hacia las estrellas. Era lo último que deseaba ver antes de arrojarse por la desnuda y erosionada pared de la colina, antes de lanzarse a la hondonada. En el último instante, intuyó, más que oyó, que la muchacha se movía y gemía.

—¡Sammy! —musitó Miriam—. ¡Espera! —Sólo era una voz. Una voz distante, ronca, que surgía de la negrura de la tierra—. Aún hay esperanzas puestas en las estrellas.

Las palabras femeninas quedaron apagadas por el sonido de unos pies arrastrándose. Sammy comprendió que Miriam trepaba también a la roca. Aguardó, perfilado contra el tenuemente iluminado cielo, hasta que la muchacha llegó jadeante a su lado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con voz áspera.

—Escúchame, Sammy. Los dirigentes y los científicos no han desistido. Sólo lo ha hecho el pueblo. Ellos siguen intentando encontrar la propulsión adecuada. Cada año que pasa, nos hallamos un poco más cerca de ver solucionados todos los problemas. El hermano de Carol lo sabe. Yo también. Somos muchos, aunque ellos, los de la ciudad, no se preocupan.

—¿Por qué no se lo dicen? —Deseaba creer en lo que oía, pero el recuerdo de la fiesta estaba demasiado reciente—. Vivimos en una sucia miseria, apelonados, llenos de odio, consumiéndonos. ¿Por qué?

—Sammy, piénsalo. ¿Cuándo empezaste a quejarte de tu vida? ¿Este año? —Miriam colmó el silencio con un torrente de palabras—. Seguridad. Eso es todo lo que cualquier persona desea. Jubilación, hospitales, empleo, casa... ¿Votaste acaso en favor de la ley de control de la población, hace siete años?

Meneó la cabeza, recordando en silencio. Aquello había ocurrido antes de que naciera

su hijo. Un hombre quiere tener un hijo por algún motivo vago, para que siga sus pasos cuando él haya muerto.

—Cada diez años —prosiguió la muchacha con amargura—, desde hace más de un siglo, el mundo se ha enfrentado al problema demográfico. Y siempre vota en contra de la ley. Las naciones occidentales temen que las orientales no las sigan. Y de ese modo, la población mundial se eleva al cubo cada cien años. Sólo ahora, en estos últimos veinte años, más o menos, ha surgido el miedo al hambre. ¿Y la ciencia? Nunca hay suficiente dinero para investigar. Los científicos se ven forzados a jugar a estúpidos juegos de guerra, a enfrentarse con la insuficiencia de alimentos y tratar de encontrar medios para conseguirlos... Medios para que cincuenta millones de personas se amontonen en un espacio adecuado para cinco millones, medios que permitan crear climas soportables en planetas imposibles de habitar. Y siempre obligados a enfrentarse a quienes afirman que el hombre fue puesto en este planeta, la Tierra, y que en la Tierra debe quedarse. Quizá la gente esté en lo cierto, Sammy. Quizá los que se oponen al control demográfico en nombre de Dios tengan razón. Pero si la tienen, entonces Dios se propuso, sin duda, que nos extendiéramos fuera de este planeta.

—Él dijo: *creced y multiplicaos*... —murmuró Sammy.

¿Cuántos años habían transcurrido desde que escuchara por primera vez esas palabras?

—Y siempre —prosiguió ella— chocamos con las personas que aseguran haber demostrado tajantemente que es imposible idear un sistema de propulsión capaz de aproximarse a la velocidad de la luz y, mucho menos todavía, superarla... Pero ahora se está abriendo un claro. ¿Qué crees que sucedería si los hombres lo supieran?

—Queremos el amor y las estrellas... ¡Hoy! No en un mañana impreciso —saltó Sammy.

—Sin embargo, si los hombres se enteraran de que sus hijos podrán algún día emigrar a las estrellas, jamás votarían ni pondrían en práctica una ley para controlar la población, y todos moriríamos antes de que se construyera el primer cohete estelar...

—De todos modos, no lo harán. La gente jamás votará a favor del control demográfico, no en número suficiente para que se apruebe la ley. —Sammy volvió a mirar a las estrellas y preguntó—: ¿Trabajas para ellos?

—Sí. La mayor parte del trabajo lo ejecutan las máquinas, como en tu caso, pero yo transcribo los hallazgos y, más importante aún, frecuento y trato de captar a los tipos como tú. Somos muchos y ofrecemos a la gente una razón para seguir viviendo. Cuando encontramos una persona preparada para saber la verdad, se la decimos. Tu amigo Freddy lo sabe.

¡Freddy! Pero si no se diferenciaba en nada de los demás... A no ser porque no se emborrachaba.

—¿Por qué Freddy? —inquirió.

—Llegó a esta misma etapa. —Miriam señaló con la mano el abismo rocoso—. Fue hace varios años. Lo evitamos. A veces lo hacemos, otras no.

Miriam le asió de la mano y ambos iniciaron cuidadosamente el descenso.

Quizá no sucediera durante su vida, quizá sucediera al año siguiente. Sammy sabía que probablemente él no abandonaría nunca la Tierra. No cabía duda de que le resultaría mucho más duro vivir sabiendo la verdad y teniendo que ocultarla que cuando la ignoraba. ¿Quién más la sabría entre sus conocidos, aparte de Freddy?, se preguntó.

Los tranquilos, los pacíficos. Las personas capaces de observar un tablero de botones parpadeantes y no preocuparse por apretarlos, porque tal cosa sólo servía para mantener a los hombres bajo la ilusión de que constituían una parte indispensable de la sociedad, hasta que llegara el día en que lo fuesen de veras.

Sammy sonrió ya calmado y dedicó una última mirada a las estrellas, antes de volver a montar en su triciclo.

El loco Maro

Daniel Keyes

de The Magazine of Fantasy and Science Fiction, abril de 1960

Creo que jamás ensalzaré lo suficiente Flowers for Algernon (Flores para Algernon). Esta narración, casi perfecta, le valió merecidamente a su autor, Daniel Keyes, el Premio Hugo de 1960. Y pese a ello, los aficionados a quienes se pidió que citaran otra obra del mismo escritor arrugaron la frente, miraron al techo con los ojos en blanco o se limitaron a decir: «Ah, pero ¿es que ha escrito algo más?» Pues sí, Keyes había escrito otros relatos. No muchos. En realidad, sólo hay un total de ocho contabilizados en los anales de las revistas de ciencia ficción, pero han sido injustamente olvidados.

Daniel Keyes nació en Brooklyn, el martes 9 de agosto de 1927. En primer lugar, trabajó como sobrecargo en los buques cisterna del servicio marítimo de Estados Unidos. Luego, tras reanudar sus estudios, en el verano de 1950 se aseguró un puesto de director literario adjunto en Stadium Publications. Stadium acababa de planear en aquel momento la reedición de Marvel Science Stories, bajo la guía de Robert O. Erisman, pero el peso de las obligaciones editoriales recayó sobre los hombros de Keyes. La resurrección de Marvel fue muy breve, ya que tuvo que enfrentarse al infortunio general que se abatió sobre las revistas baratas en aquella época.

El mismo Keyes explica así lo sucedido:

«El año y medio que trabajé en la revista supuso un verdadero gozo para mí. Me contrató Robert O. Erisman, un hombre al que recuerdo con gran afecto por su amabilidad e ingenio y por ser una persona con la que resultaba maravilloso trabajar. Allí aprendí el arte de escribir. Después, dejé la edición para dedicarme a la fotografía de modas, y más tarde abandoné ésta para trabajar en la enseñanza, completando el círculo al dar clases en la escuela superior en la que me había graduado diez años antes».

Keyes había vendido tres relatos a otras tantas revistas en 1951, el mejor de los cuales, Robot Unwanted (Robot indeseable) (Other Worlds, junio de 1952), presentaba las reacciones humanas ante un robot libre, exento de servilismo. Nada volvió a saberse del autor hasta 1958. En 1959, explotó su «bomba», Flowers for Algernon.

Aunque posteriormente reelaboró dicho relato para convertirlo en novela —y pese a que en 1968 se realizó una versión cinematográfica de ésta con el título de Charly—, Keyes jamás obtuvo de nuevo el éxito alcanzado con dicha narración. Después de A Jury of Its Peers (Juzgado por sus pares) (Worlds of Tomorrow, agosto de 1963), desapareció del mundo de la revista. En 1968, se publicó una nueva novela suya, The Touch (El contacto), y a continuación, nada. Pero sería equivocado creer que Keyes había desertado del campo. Su silencio se debía a su total entrega a la enseñanza. Keyes prosigue:

*«En la actualidad, soy profesor de inglés y director de la sección de literatura creativa en la Universidad de Ohio. Mi tiempo se divide entre la enseñanza y la escritura. Aunque vendí un cuento a Harlan Ellison para *The Last Dangerous Visions* (el único que he escrito en muchos años), me considero más bien novelista. Mis ideas parecen desarrollarse mejor en un libro..., al menos por el momento».*

*Keyes termina en la actualidad su tercera novela. Entretanto, les brindo la oportunidad de saborear una muestra de su obra. En *Crazy Maro*, el relato que debía seguir a *Flowers for Algernon*, el autor se enfrentaba a la tremenda tarea de mantenerse en su nivel anterior. En mi opinión, el cuento triunfó porque eligió un tema muy original, el de la percepción multisensorial. Pero dejemos a Keyes decir la última palabra:*

«El relato nació del recuerdo de un personaje, un joven negro que vivía cerca de Brooklyn y que se parecía mucho al Maro de mi obra. La impresión de la paliza que recibe Denis procede de una época muy anterior, del recuerdo de haber sido golpeado por una banda juvenil. El resto es invención».

Del mismo modo que ciertas personas van a la caza de antigüedades o viejos libros, rebuscando en tiendas de ocasión, establecimientos de artículos donados con fines caritativos o húmedas salas de subasta los productos invalorable que gente desconocida ha desechado, así sigo yo la pista de los niños fuera de lo corriente. Siendo abogado, tengo acceso a buenos cotos de caza: el Asilo infantil, Warwick, la Escuela Paige para adolescentes con trastornos emocionales y, por descontado, el Tribunal de Menores.

He logrado ciertos descubrimientos, recibiendo una excelente retribución por algunos casos raros. Por ejemplo, cincuenta mil dólares por una rubia delincuente de trece años que había pasado seis meses en un reformatorio de Georgia. Y pude duplicar mis honorarios de haber querido regatear con mis clientes. Aquella chica era la primera telépata auténtica que habían encontrado.

Hubo también el caso del mongólico de cuatro meses, con la nariz y la mandíbula aplastadas. Localicé a la madre soltera a tiempo de evitar que lo asfixiara. Los reconocimientos efectuados por mis clientes demostraron sin lugar a duda que la criatura era realmente un paragenio por el que se sentían muy interesados. Me quedaron veinte mil dólares después de pagar a la madre cinco mil por firmar los documentos de adopción.

Pero el individuo más extraño que descubrí, un muchacho negro de dieciocho años, alto y con una mirada salvaje en sus inquietos ojos, cambió mi vida. Le llamaban el loco Maro, y me habían ofrecido medio millón neto si lograba que firmara la renuncia y se mostrara de acuerdo en ser transportado al futuro.

La primera vez que vi a Maro le seguían tres chiquillos. Demasiado rápido para ellos, cuando uno de sus perseguidores le acorraló, se volvió y salió disparado con la gracia de un antílope.

—¡El loco Maro! —se mofó uno de ellos.

—¡El loco Maro! ¡El loco Maro! —le imitaron los otros dos.

Se paró en una esquina, apenas a cincuenta metros de ellos, Con las manos en las caderas, sudando y jadeando. Les retó a que le alcanzaran, pero los otros habían renunciado ya a la caza.

Me vio observándole o, tal como me habían informado, quizá me olió, oyó o sintió, o todas las cosas a la vez. Percibió con todos sus sentidos mi presencia. Me habían dicho que podía oler los colores situados más allá del espectro visible con tanta facilidad como olfateaba los tonos del vestido veraniego rosa y azul de una chica. Podía ver el sonido de ondas radiofónicas de alta frecuencia con la misma precisión con que veía el ladrido de un perro. Podía oír el olor del carbono radiactivo con la misma claridad con que escuchaba el whisky en el aliento de un borrachín.

Aunque los archivos del Tribunal de Menores revelaban que Maro había pasado ante

los jueces tres veces desde los nueve años, por pequeños hurtos y conducta violenta, en el año 2752 se le necesitaba para efectuar un trabajo que ningún ser humano nacido antes o después se hallaba en condiciones de hacer. Por eso me encargaron que fuera a buscarle. Con pocos datos para empezar mis pesquisas, anduve errando durante más de un mes por el barrio comprendido entre la avenida St Nicholas y la Octava Avenida, al que sus habitantes suelen referirse como «el foso». Ahora, me sentía ya seguro de que se trataba del chico que me habían solicitado.

Una vez libre de sus atormentadores, cruzó la calle hacia donde yo me encontraba, con las manos hundidas en los bolsillos de sus raídos pantalones. Me miró de arriba abajo yladeó la cabeza como un pájaro o un perro que ha oído agudas vibraciones.

—¿Tiene frío, hombre?

—No —contesté—. Estoy muy bien.

—Oiga, no me fastidie. —Hizo chasquear los dedos—. Me está mintiendo. Me ha comprendido perfectamente. Tiene frío. Está pensativo, intranquilo. Suave y polvoriento como un papel de lija gastado. —Guiñó un ojo y me miró con el otro, como si me examinara a través de la lupa de un joyero—. Déme un dólar.

—¿Por qué he de dártelo?

—Porque soy muy malo. Sólo saldrá de aquí enterito si me paga. De lo contrario...

Se encogió de hombros para indicar lo desesperado de mi caso de no entregarle el dinero.

—¿Por qué te llaman el loco Maro?

—Porque lo soy. —Miró la acera. Sus párpados aletearon—. ¿Por qué si no? Chico, huele usted a verde y a papel..., como el dinero. Le costará dos dólares.

—¿Por qué esperas que te dé un dinero que no has ganado?

Cuando alzó la cabeza, sólo vi el blanco de sus ojos en contraste con los oscuros párpados. Empezó a balancearse de un lado a otro, con un ritmo silencioso, chasqueando los dedos y dando palmadas, que parecía escuchar en su interior. Después, cambió de actitud, al tiempo que arrugaba la frente.

—¿Es usted poli?

—No —contesté—. Soy abogado. —Saqué una tarjeta del bolsillo de mi chaleco y se la tendí—. Como puedes ver, me llamo Eugene...

—Sé leer —me interrumpió con brusquedad. Examinó la tarjeta y leyó con gran lentitud las palabras—. Eugene H. Denis..., abogado... —Me miró y se metió la tarjeta en el bolsillo—. ¿Así que es usted abogado? ¿Qué quiere de mí?

—Pues... Si vinieras a mi despacho, hablaríamos en privado.

—Podemos charlar aquí mismo.

—Bien, si lo prefieres... —Maro se mostraba muy susceptible y yo debía actuar con mucho tacto—. Mis clientes han oído hablar de ti. Conocen tu..., tus talentos especiales. Y me han autorizado a ponerme en contacto contigo y hacerte una interesante proposición. La única pega es que no estoy autorizado a divulgar... Bueno, no puedo explicarte los detalles a menos que aceptes. Abandonarías este barrio para siempre y...

Maro, que me observaba lleno de curiosidad, me asió de repente por el brazo, antes de que me diera cuenta de lo que ocurría. Traté de soltarme.

—¿Qué haces? ¿Qué te sucede?

—Me teme más que a la muerte. —Se echó a reír, dándose una palmada en el muslo con su enorme mano—. Tiene miedo de que le haga daño. —De repente, sus ojos brillaron de malignidad—. Bueno, pues pienso hacérselo. Le daré tal puñetazo que se tragará los dientes.

—¿Por qué? —pregunté, pugnando todavía por liberarme de él. Sabía que en efecto iba a pegarme—. No pretendo engañarte. Se trata de una gran oportunidad. Confía en mi...

Su vigorosa mano izquierda salió despedida antes de que me diera tiempo a eludirla y me alcanzó en plena boca. A continuación, levantó una rodilla y me golpeó en la ingle. Me doblé y caí sobre la acera.

—¿Qué..., qué te pasa? —logré decir, mientras me esforzaba recobrar el aliento—. ¿Estás loco? He venido para ayudarte. Se quedó de pie, contemplándome. Adoptó una expresión de asco, un gesto de irritación, como si saboreara y sintiera la sangre que se escurría por la comisura de mis labios.

—¡Qué sabor tan salado! —farfulló—. Deje de hacerme rechinar los dientes.

—No me pegues —supliqué—. Soy tu amigo.

Me aterraba la furia que asomaba a sus inquietos ojos y, pese a ello, temía perderle.

—¿Amigo? ¡Narices! —Me dio una patada en el costado—. Tiene miedo de mí, lo huelo. No confía en mí, no le caigo simpático. Olfateo todo eso como si una lima me rozase los dientes.

—No te tengo miedo, Maro. —Meforcé por controlar mi agonía—. Me agradas. Vine aquí para buscarte. Te necesitan y tú les necesitas.

Otra patada.

—No mienta. Sí que me tiene miedo. Se merece otro...

Por el rabillo del ojo, debió vislumbrar el uniforme azul, o tal vez lo olió, o lo oyó, o lo

sintió en las puntas de sus largos dedos.

—¡Mierda! —murmuró—. Otra vez la poli.

Se quedó paralizado, tenso como un ciervo sorprendido por el brillante resplandor de los faros de un automóvil.

—¡Espera, Maro! —le grité—. No te vayas. No voy a denunciarte.

Salió corriendo.

—¡La dirección de la tarjeta! —chillé a sus espaldas—. ¡Ven a verme! ¡Es muy importante para ti!

Volvió la cabeza un instante, mientras corría por la calle a toda velocidad. Vi la amplia sonrisa de burla que trazaban sus blancos dientes, destacando sobre la piel negra. Mi único miedo en aquel momento se centraba en que no viniera a verme. Tal vez pensase que le había tendido una trampa. Casi había necesitado dos meses para localizarle y, en menos de media hora, le había perdido lastimosamente. Había cometido el error de temerle.

Pasé los tres días siguientes sin moverme de mi piso, en Park Avenue. No alcanzaba a pensar en otra cosa que no fuera aquel rostro negro y reluciente y la blancura de su burlona sonrisa. ¿Vendría al fin? Y si lo hacía, ¿se mostraría de acuerdo en ser transportado al futuro?

Los demás individuos a los que había enviado previamente me resultaron fáciles de tratar. No formularon preguntas embarazosas y no me fue preciso explicarles por qué no podía darles detalle alguno acerca de la época, el lugar o el trabajo que les correspondería. Pero Maro, pese a su carácter indómito, era un adolescente dotado de gran inteligencia. ¿Aceptaría el hecho de que vivía en una era y una sociedad en las que él constituía un error? ¿Y que su personalidad estaba en cambio acorde con otro modelo distinto, que le necesitaba de manera desesperada? ¿Cómo demonios iba a lograr que pusiera su vida en mis manos?

La tercera noche, me despertó un golpe en la ventana. El radio-reloj marcaba las 3.45. Me dispuse a buscar mi pistola automática calibre treinta y dos en el cajón de la mesita de noche, pero rechacé la idea. Maro olfatearía el peligro, del mismo modo que había olido el miedo. Eso le violentaría. No cabían fingimientos. Debía demostrarle que confiaba en él o, de lo contrario, el muchacho se ofendería. Salté de la cama y abrí la ventana antes de encender la luz.

Maro se echó hacia atrás, perdiéndose en las sombras por un instante. Oí cómo husmeaba.

—Entra, Maro. No hay nadie más aquí. Te esperaba.

Se acercó a la ventana, alerta a todo cuanto sucediera detrás de mi, en la habitación. Me aparté. El muchacho saltó el alféizar y cayó en el suelo, sin producir sonido alguno.

Por primera vez, le veía de cerca y sin prisas. Era alto y vigoroso, con el pelo cortado casi al rape. Llevaba las uñas mordidas, casi en carne viva, y sus brazos mostraban una serie de cicatrices alargadas y lustrosas. Se estremeció en un gesto de expectación, aguardando mis palabras. Inicé mi trabajo.

—Ahora te comprendo, Maro. Al menos, te conozco algo y te acepto como eres. Hay muchas personas que no aprecian tus dones especiales. Les aterras. La gente odia todo lo que no comprende. Por eso debes ocultarte y...

Se echó a reír, dejándose caer en la poltrona.

—¿Estoy en un error? —pregunté.

—Tan equivocado que apesta. Claro que usted se ocultaría, si estuviera en mi lugar. Lo huelo en usted. Tiene miedo hasta de su maldita sombra. Ahora mismo, busca las palabras adecuadas como un hombre que intenta salir de un foso resbaladizo. Escuche, hombre, ¿no se ha enterado todavía de que yo puedo sentirlo? Usted me mira, señor Denis, pero no me ve. Está en plena representación. Y si hay algo que me ponga lo bastante enfermo y loco como para matar, es que la gente no confíe en mi.

Su voz, profunda y colérica, me había absorbido tanto que, cuando calló para lanzarme una mirada furiosa, me sorprendí al advertir que su voz y sus modales habían cambiado por completo. No había vestigio alguno de aquel modo de hablar arrastrando las palabras, de aquel acento vulgar que utilizó cuando nos conocimos. Sus ojos volvieron a girar de un lado a otro y vi que apretaba los puños. Me acordé de la pistola del cajón. Maro se estremeció e inclinó el cuerpo hacia delante, tenso ante el peligro. En aquel instante, comprendí que estaba conduciendo la entrevista de un modo totalmente erróneo. Me decidí por el último recurso: contarle la verdad.

—¡Espera! —me apresuré a decir—. De acuerdo, tienes razón. Me inspiras miedo, y tú lo sabes. Es absurdo que trate de engañarte. Tengo una pistola en ese cajón y, por un momento, pensé que la necesitaría para protegerme.

En cuanto dije esto, Maro se tranquilizó. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y la movió para relajar los músculos de su cuello.

—Gracias —murmuró—. No sabía de qué se trataba, pero estaba seguro de que pasaba algo. Cuando alguien me miente o finge delante de mi, siento que mis entrañas estallan de dolor. Esa es una de las cosas que el doctor Landmeer cree que puede curarme. Dice que debo aceptar a la gente que miente por costumbre. Cuando aprenda a convivir con ella, me volveré normal.

Los archivos del Tribunal mencionaban que Maro iba a ser sometido a examen

psiquiátrico, pero yo desconocía que estuviera ya bajo tratamiento.

—Ese doctor Landmeer... ¿Llevas mucho tiempo visitándole?

—Ocho meses. El juez me mandó a la clínica psiquiátrica y, de allí, me enviaron al doctor Landmeer. Un fraude, como todos ellos. Sé que cree estar ayudándome, pero hay veces en que me entran ganas de echarle las manos al cuello y obligarle a que se calle. Miente y simula que confía en mí, pensando que no veo bien claro a través de él. Me cuesta medio dólar la visita. ¿Qué le parece? ¿Sabe que algunos tipos le pagan quince y hasta veinte dólares la hora?

—Algunos médicos cobran más —musité—. Cincuenta o sesenta dólares.

Maro me miró de soslayo.

—¿Se ha sometido alguna vez a un psicoanálisis?

—No. De niño, mi padre me llevó a cinco psicoanalistas diferentes. Al final, desistió.

Soltó una carcajada y me dio un manotazo en la espalda, como si disfrutara con sólo pensarlo.

—A mi viejo le pasa todo lo contrario —dijo—. Es pastor y sólo le interesa salvar mi alma. Bueno, si quiere que le diga la verdad, ya no aguanto más. Ese sofá de Landmeer apesta de tanta gente que se echa en él para hablar. Hay una sensación verde que no desaparece nunca, así que apenas consigo oírme mientras pienso. El no oye nada, en absoluto, y si no oye, ¿cómo va a conseguir volverme normal? ¿Piensa que estoy loco, señor Denis?

—No, no lo creo.

—Sí que lo cree. —Se rió entre dientes—. Me está tomando el pelo.

—Escucha —repliqué, sin hacer ningún esfuerzo para ocultar mi fastidio—. Te necesitan en el futuro, tal como eres. Si ese doctor te cambia, ya no les servirás.

Sus ojos se abrieron al máximo.

—¿El futuro?

—De eso se trata. No hay mucho que pueda explicarte, excepto que existe una entidad que opera en el futuro y selecciona chicos fuera de lo corriente y que hayan nacido en una época en que sus talentos no sean comprendidos. Los muchachos como tú viven aislados en su tiempo. O se burlan de ellos. Incluso a veces los destruyen. En cambio, esto les permite llevar vidas útiles y felices en una época que les necesita.

Profirió un largo silbido y se recostó en la poltrona.

—¡Vaya! —exclamó—. El doctor Landmeer quiere volverme normal. Mi viejo desea salvar mi alma. Delia pretende que me convierta en un hombre hecho y derecho. Y ahora

se presenta usted y me dice que soy perfecto tal como soy, sólo que vivo en la época inadecuada.

—Exacto.

Maro se levantó y anduvo lentamente de un lado a otro, husmeando el ambiente y frotándolo entre sus dedos.

—¿Y respecto a usted? —preguntó—. No imagino su interés.

Vacilé por un momento y luego decidí seguir diciendo la verdad.

—Si logro que accedas a irte y firmes una renuncia a tu derecho a volver, conseguiré medio millón de dólares.

Olfateó una vez más y meneó la cabeza.

—No, busca usted algo más. No sólo el dinero. Quiere sacar algo más de esto, aparte del dinero.

—No hay nada más —insistí. Las aletas de su nariz temblaron de cólera y todo su cuerpo se puso en tensión—. Nada más que yo sepa, Maro. Te lo juro. Si hay algo más, lo ignoro.

Volvió a tranquilizarse, sonrió y me estudió, parpadeando.

—¿Cómo se metió en esto, señor Denis? Creía que era abogado.

Forzado por la necesidad de que se tranquilizara y confiara en mí, hablé sin traba alguna respecto a cómo decidí ser abogado criminalista al salir de la Facultad de Derecho de Harvard, en lugar de unirme a mi padre y a mi hermano mayor en la firma Denis y Denis, abogados en ejercicio. Expliqué que esto, a los ojos de la capa superior de la abogacía, me convirtió en un paria e hizo que mi padre me desheredara, pero que así, por primera vez en mi vida, me había sentido libre, no teniendo que depender de él para nada.

—Cuando actúas en los tribunales de lo criminal, conoces a todo tipo de gente —le dije—. Tal vez seas muy joven para recordar un caso que apareció en primera página hace seis años... Un tipo que iba en una silla de ruedas, paralítico del cuello para abajo. Le acusaron de una docena de robos en diversas joyerías.

—¿Cómo? —Maro se inclinó hacia delante—. ¡Qué locura!

—Bien, nunca descubrieron su método. Sin embargo, el individuo había estado presente en todos los robos, y la policía encontró en su habitación los artículos robados. Me encargué del caso y logré su absolución. En aquel tiempo, no sabía que era realmente culpable.

—Pero ¿cómo...?

—Nadie llegó siquiera a imaginarlo. La cuestión es que el caso se mantuvo en la

primera página de los periódicos durante toda una semana. Pocos meses después, se pusieron en contacto conmigo desde el futuro. Creían saber cómo lo había hecho y estaban ansiosos por disponer del fulano. Cuando hablé con el parálítico, éste lo admitió todo. Había nacido paralizado del cuello para abajo, cierto; y sus músculos estaban inutilizados. Pero gozaba de una compensación. Era telequinésico. Resultaba sorprendente ver a aquel individuo mover y manipular objetos a su alrededor, recurriendo tan sólo a su mente.

—¿Aceptó ir?

—Al principio se asustó. Y no le culpé por ello. Yo también recelaba. Pensaba que quizá fueran unos chiflados, o criminales que deseaban causarle algún daño. Pero enviaron a un hombre a verme, abogado también. Me demostró sin lugar a dudas la corrección del asunto. Cuando el muchacho descubrió que podía ser realmente útil al mundo, se volvió loco por irse. Apenas conseguía retenerlo... Después de ese primer contacto con mis clientes, siguieron comunicándose conmigo de vez en cuando, cada vez que sus investigadores descubrían indicios o pistas sobre alguien especial con el que deseaban contar. Me aclararon lo que querían de mí, que obtuviese el acuerdo del interesado. Y ellos se encargan del resto. El dinero lo depositan en mi cuenta. He cerrado nueve tratos con ellos en los pasados cinco años. Y no sé mucho más.

Maro me escuchaba, acurrucado, sin apartar los ojos de mi rostro.

—Y todos los demás —preguntó—, ¿se marcharon sin saber adónde iban o para qué les querían?

—Sí. Eso forma parte del trato. Mis clientes insisten en eso. De lo contrario, no sería legal. Hay que confiar en ellos.

—Y yo... debo confiar en usted. No sé nada de ellos, excepto lo que usted me diga. Tengo que poner mi vida en sus manos. —Miró la alfombra y dibujó una serie de líneas sobre ella con el borde de su zapato—. Dígame, señor Denis, ¿confiaría usted en mí hasta ese punto? ¿Pondría su vida en mis manos?

La pregunta me sorprendió. Mi primera reacción fue contestar en sentido afirmativo, pero Maro se daría cuenta de que mentía.

—No —repuse—. Sería absurdo mentir. Para mí, eres como un animal salvaje. ¿Cómo podría confiar en ti?

—Entonces, ¿por qué hace esto, señor Denis?

—Ya te lo he dicho. Por dinero.

—¿Ah, si? —grité—. Bien, créelo o no, como quieras. Me importa un comino.

Me sentía irritado y, puesto que carecía de sentido el ocultarlo, di rienda suelta a mis

sentimientos:

—Si quieres, márchate ahora mismo y olvidaremos todo el asunto.

—¿Qué es lo que busca realmente, señor Denis?

—¡El dinero, Maro! ¡El dinero! ¡El dinero! —Chillaba, furioso contra él por haberme hecho perder el control.

Maro tembló y se estremeció mientras yo le gritaba. Me ardían las entrañas. Mis manos y axilas, en cambio, estaban húmedas y frías.

Nunca antes había experimentado aquel estallido, aquel flujo de cólera que me inspiraba un ardiente deseo de insultarle. Quería pegarle. Quería hacerle daño. Los dientes de Maro rechinaban y había levantado las palmas de las manos, tembloroso. Le odiaba. Algo me corroía por dentro, un deseo que pugnaba por liberarse, un ansia de machacar su rostro con todo lo que se me pusiera a mano.

Y de repente, le pegué.

No hizo esfuerzo alguno por defenderse. Le pegué en la cara una vez, y otra, y otra más, y Maro sonreía mientras recibía los golpes. Sus ojos giraron en las órbitas y mostraron dos esferas blancas, en contraste con la oscura carne. Le así por el cuello y aullé:

—¡Mírame! ¡Mírame cuando te pego, bastardo! ¡Mírame cuando te pego!

Y de pronto, con la misma rapidez con que se había presentado, cedió la oleada. Pesado, agotado, empapado en sudor, me dejé caer en el sillón. Tenía los brazos y las piernas húmedos y temblorosos. Nos quedamos sentados en silencio por algún tiempo. Y luego, habló Maro:

—Ahora tal vez pueda confiar un poco en usted, señor Denis —dijo con suavidad, como para no romper el equilibrio.

—¿Por qué? No he cambiado.

—Sí que ha cambiado. Un poco. Lo suficiente para inspirarme alguna confianza.

—Eso no basta. Has de confiar en mí por entero.

—Confío en usted sólo en la medida en que ha cambiado —dijo, al tiempo que agitaba la cabeza—. Del todo, todavía no. Pero me convencerá en cuanto vuelva a conectar la electricidad. ¿Nunca ha visto a un hombre colgado del extremo de un alambre cargado? No puede soltarse. Así ha estado usted durante algunos minutos. Tal vez la conectó únicamente para impresionarme. Sin embargo, una vez conectada..., ya lo ha conseguido. Lo sé muy bien. Yo vivo siempre con la electricidad conectada.

—Suena como un infierno.

—Infierno y cielo a la vez. Un cortocircuito, en verdad, porque vivo con las dos fases. En cuanto a lo de ponerme en sus manos y firmar esos papeles... Eso llevará su tiempo.

—¿Cuánto?

—No lo comprende, señor Denis. Depende de usted. En cuanto esté dispuesto a confiar en mí.

Medité un largo rato sobre ello. Maro tenía razón. Algo tan sencillo, tan lógico, tan aterrador... él ya estaba listo. Era yo el que debía cambiar. Confiaría en mí tan pronto como yo confiara en él. Lo correcto, desde su punto de vista.

—No sé si llegaré a hacer lo que me pides, Maro. Me gustaría, pero no me creo capaz. Jamás he sido una persona confiada. ¿Sabes que dejé de confesarme a los trece años? Trataron de convencerme de que los curas jamás revelaban lo que oían. Por desgracia, mi padre solía hacer grandes donaciones a la parroquia. ¿Y sabes una cosa? Sigo creyendo que celebraba reuniones semanales con el padre Moran para hablar de mis confesiones. Desde luego, pudo haber descubierto aquel libro bajo mi colchón sin que se lo dijera el padre Moran, pero no logro meterme en la cabeza la idea de poner toda mi confianza en un sacerdote... Imposible, Maro. No se trata sólo de ti, sino de todo el mundo en general. Pertenezco a ese tipo de individuos que siempre se asegura de que conserva la cartera en su lugar cuando tropieza con alguien, sea quien sea. La semana pasada estuve hablando con un juez al que conozco. Me rozó al salir de la sala, y antes de darme cuenta, ya me había llevado la mano al bolsillo. Él no lo advirtió, pero eso no alivió mi vergüenza. ¿Cómo se te ocurre pedirme que confíe en ti ciegamente?

Maro sonrió y se encogió de hombros.

—Uno de nosotros habrá de ceder primero, y usted es el interesado en este asunto. Me necesita más que yo a usted, y estoy seguro de que no se debe sólo al dinero. De modo que tendrá que empezar primero por confiar. No hay otra solución.

Me quedé sentado, mirándole mientras examinaba mi piso.

—¡Vaya lugar! Debe de costarle una fortuna. —Olisqueó y ladeó la cabeza para escuchar—. No hay mujeres aquí, ¿eh? Tampoco se ha casado.

—Estuve a punto —expliqué con un susurro—. Hace veinte años, cuando yo tenía veintitrés. Rompimos nuestras relaciones una semana antes de la boda.

—¿Pensó que andaba buscando su dinero?

—No. Contaba con el suyo propio. Y en abundancia. Procedía una antigua y acaudalada familia de Connecticut... Me negaba a creer que me quería. En mi interior, estaba seguro de que se veía con otros hombres. Nos separamos cuando ella descubrió que la espiaba. Aunque bien pudiera ser que... No, no nos hubiera ido bien. Supongo que he nacido para

soltero.

Permaneció inmóvil y me estudió durante largo rato.

—Bueno, señor Denis —dijo por fin—, lamento todo eso. En lo que a mí respecta, lo que he dicho sigue siendo válido. Creo que ya es hora de que, por una vez en su vida, confíe en alguien. Y ese alguien puedo ser yo.

Amanecía cuando se marchó. Sentado, contemplé las paredes durante mucho tiempo. Cuanto más pensaba en ello, más despreciable me consideraba. ¿Cómo iba a confiar por completo en un tipo así? ¿Yo? Me parecía una locura tan enorme que hube de tomarme tres Bourbon antes de decirme ante el espejo:

—Debes demostrarle que confías en él. Debes confiar realmente en él. Debes poner tu vida en sus manos.

Eso exigió otro trago, y otro más, hasta que el espejo empezó a contestarme...

Los sueños que me asaltaron entonces fueron confusos. Variaciones sobre el tema de poner mi vida en manos de Maro retrocediendo siempre ante la auténtica prueba. Por fin, cuando prendieron fuego al medio millón de dólares, encontré el valor necesario. Le entregué un machete y apoyé la cabeza en el tajo. Y el canalla la cortó. Sólo que su rostro cambió al final de la pesadilla. No era el de Maro, sino el de mi padre.

Una vívida sesión. Desperté a mediodía con resaca y la cabeza dándome vueltas. Me senté en el borde de la cama y permanecí así un buen rato, compadeciéndome y maldiciéndome por mi incapacidad de confiar en la gente. Sin embargo, eso no me llevaba a ninguna parte. Tenía que confiar en Maro y, si quería ser aún lo bastante joven para disfrutar del dinero, actuar muy de prisa.

El primer paso en el proceso de la confianza, decidí, consistía en conocerle en la medida de lo posible. Los nombres de las tres personas más íntimas para él se me aparecieron con toda claridad: el doctor Landmeer, el reverendo Tyler y una chica llamada Delia.

Mediante uno de mis contactos en la Clínica Municipal de Salud Mental, supe que el doctor Landmeer había acortado en seis horas semanales su consulta privada para dedicarlas a tres casos asignados por la institución. Me enteré asimismo de su afición favorita: la investigación en psicoterapia de la adolescencia.

A fin de que me hablara con entera libertad, pedí a mi amigo de la clínica que me presentara primero a los directores, como abogado de una de las grandes fundaciones filantrópicas manejadas por la firma Denis y Denis, abogados en ejercicio. Nuestro cliente, insinué, consideraba la posibilidad de otorgar donaciones sustanciosas para proyectos de investigación que valieran la pena.

Se acordó que yo vería al doctor Landmeer al día siguiente. El doctor me recordó bastante a uno de los analistas a los que me había enviado mi padre en mi niñez. Bajito y rechoncho, usaba gafas de gruesos cristales, que distorsionaban sus ojos castaños convirtiéndolos en volutas semejantes a los nudos de una tabla de madera de pino. Con gran entusiasmo, me invitó a pasar a su sala de consulta.

—El señor Williams, nuestro director —dijo—, me ha informado de que se interesa usted por la psicoterapia de la adolescencia, señor Denis.

—Tengo entendido que se trata de un importante campo de la investigación psiquiátrica. Me gustaría saber algo sobre el trabajo que realizan aquí hombres como usted.

Se acomodó en su sillón de piel y encendió una enorme pipa de espuma de mar.

—Siempre me pareció que se descuidaban demasiado las técnicas de trabajo sobre la adolescencia —expuso—. Al contrario, se necesita estudiar a fondo ese período comprendido entre la infancia y la edad adulta. Valoro su importancia porque padecí muchos de los problemas que padecen ahora esos chicos. Y a no ser por la ayuda de un hombre que se preocupó mucho por mí, yo... Bien, dejemos eso. Baste decir que me siento muy cerca de esos críos, abrumados por el miedo y la falta de cariño. No hay razón que justifique el fantástico número anual de jóvenes incapacitados o destruidos mentalmente. Un verdadero crimen.

—Precisamente por eso estoy aquí... Bien, ¿podría explicarme algo sobre los casos que le han sido encomendados por la clínica? Sin mencionar nombres, por descontado. Hábleme sólo de sus problemas y de sus progresos.

Me describió en detalle sus tres casos. Simulé interesarme en el joven violinista cuyas manos habían quedado paralizadas poco después de que su padre abandonara a su madre y formulé atrevidas preguntas sobre la brillante jovencita que, a los dieciséis años, adquirió la impulsión de desnudarse en público. Por fin, el doctor llegó al joven negro que padecía manía persecutoria.

—Un muchacho muy inteligente —dijo—, pero trastornado. Cree que todo el mundo le miente. La primera vez que vino a verme simuló todos los rasgos de conducta y la forma de hablar que las personas con prejuicios raciales asocian a los negros: enunciación muy lenta, andar pesado, torpeza...

Asentí, recordando el día en que vi a Maro en la calle.

—Ahora, por descontado, abandona esa pose cuando se encuentra conmigo —prosiguió el doctor—. El estereotipo negro constituye su coraza cuando trata con los blancos. ¿Sabe una cosa? Es inteligente, y lo bastante sensible para saber que la mayoría de la gente espera que se comporte así, de modo que los engaña con facilidad.

Y Landmeer continuó describiéndole. Resultaba evidente que Maro había frecuentado la consulta durante casi ocho meses sin revelar su percepción extrasensorial. Landmeer, en su deseo de impresionarme sobre la importancia de su trabajo, no habría dejado de mencionar tan extraño don en caso de conocerlo. Estaba claro que, aunque Maro confiaba en el doctor lo suficiente para prescindir de ciertas simulaciones, no llegaba al punto de descubrirse ante él de forma esencial.

Aquello me sirvió de aviso. A partir de aquel momento, se entablaba una especie de carrera entre el doctor y yo. Si Maro desnudaba por completo su alma ante Landmeer, el muchacho estaría perdido para mí y para el futuro, que precisaba de él.

—Dígame, doctor Landmeer, ¿es cierto lo que me ha explicado respecto a casos como éste? ¿Que las personas que se creen engañadas son capaces de llegar a la violencia?

—Comprenda que se trata de un paciente inestable, emocionalmente hablando. — Landmeer dio una chupada a su pipa—. Su hostilidad está muy enraizada. A los nueve años, su padre adoptivo, un clérigo, le reveló que había sido abandonado por sus auténticos padres poco después de nacer. El pastor oyó un día el llanto de un bebé, e intrigado, se acercó a una caja de cartón que había encima de un montón de basura. Al abrir la caja, descubrió en su interior al crío y una rata. Una transfusión aplicada con toda urgencia salvó la vida del niño, pero perduraron las cicatrices en sus brazos y su cuerpo.

—¡Dios mío! ¿Por qué le explicó eso? ¿Por qué contarle a un niño de nueve años algo semejante?

—Según el chico, su padre adoptivo se lo dijo en un momento de cólera. Quería demostrarle que la Providencia le había guiado hasta la caja. Encuentro justificada hasta cierto punto la amargura que mi paciente siente contra el mundo.

—¿Quién no se sentiría amargado sabiendo algo así?

—Exacto. Bien, respondiendo a su pregunta... Un paciente como éste, con un temor y una hostilidad tan profundamente enraizados, sin duda no experimentará ningún escrúpulo ante la violencia. No obstante, permítame señalar que, en este caso, tengo mucha confianza. El muchacho mejora poco a poco. Estoy seguro de que acabará por adaptarse a la sociedad.

—Me doy cuenta del interés de su trabajo con los jóvenes —dije, levantándome para despedirme—. No debería permitirse que la falta de fondos impidiera curar esos sufrimientos.

El calor y la gratitud que aparecieron en su rostro me abrumaron. En el mismo instante, tomé la decisión, si alcanzaba el éxito en mi pequeño proyecto con Maro, de donar una parte de mis honorarios para las investigaciones del doctor Landmeer.

Sin embargo, salí del despacho del doctor más confuso e inquieto que cuando había

entrado. A lo largo de toda la conversación, tuve la sensación de que faltaba algo. La imagen que él me había dado de Maro no encajaba con los fragmentos que yo poseía sobre la personalidad del muchacho. Algo iba mal...

En casa del reverendo Tyler, descubrí otra faceta del carácter de Maro. El señor Tyler se mostró en extremo cooperativo cuando le informé de que efectuaba una encuesta para el Departamento de Bienestar Infantil, una encuesta sobre niños adoptados que se convertían en delincuentes habituales.

—He malgastado mucho tiempo con ese chico, señor. —El reverendo golpeó la mesa con el puño para subrayar sus observaciones—. Ha sido una lucha constante para atraerlo al rebaño. Maro había sido abandonado y, por consejo divino, le arranqué de las garras del diablo. Lleva encima la marca de Cain, sí. Sin embargo, confío en que salvaremos su alma.

—Lo que nos interesa a nosotros, al Departamento, reverendo, es conocer el carácter del muchacho. Tal vez eso nos dé una pista para tratar a otros jóvenes en su mismo caso.

—Siempre fue un chico muy emotivo. —El pastor meneó la cabeza—. Si se le pedía que hiciera una cosa, cualquier cosa, hacía todo lo contrario. Soy un hombre moderado, señor Denis, pero algunas veces... ¿Sabe que cuando tenía sólo nueve años se peleó con otro niño? Maro tenía ya una mano en torno al cuello de su rival y empuñaba un cuchillo en la otra. Me presenté de manera insospechada. Si el Todopoderoso no me hubiera enviado para intervenir, habría matado al otro chiquillo.

—¿Cómo lo sabe? Quizá sólo intentaba asustarle. Tal vez Maro sabía que usted andaba por allí cerca y le detendría.

—¡Vaya! —El clérigo me lanzó una furiosa mirada—. Usted no conoce a Maro. Siempre ha sido violento. Hasta hace pocos años, me esforcé en vano por educarle en el temor al Todopoderoso. Entre aquel cuchillo y el corazón del otro niño no hubo nada que detuviera su acción, a no ser mi mano, guiada por la Providencia. Después de todo, señor Denis, ¿qué impide a las personas destruirse unas a otras salvo el temor a la cólera divina?

—La fe en la humanidad —murmuré involuntariamente, pensando en la respuesta que Maro habría dado.

—¿Cómo dice?

—Nada. Pensaba en voz alta.

—Bien, le aseguro que precisé de mucho esfuerzo personal y de la inspiración divina para inculcar en el chico el temor al infierno. Gracias al cielo, al fin lo estoy logrando. Maro demuestra una tardía tendencia hacia la religión que me llena de esperanzas. ¿No sería glorioso que fuera llamado al sacerdocio?

Convine en que sí y me despedí del reverendo Tyler. El aspecto religioso no

concordaba en absoluto con Maro. Como tampoco el incidente del cuchillo. Si Maro hubiera querido de verdad apuñalar al muchacho, nada se lo habría impedido. Era demasiado rápido e inteligente. El reverendo no conseguiría detenerle. Maro le habría visto, oído, o husmeado mientras se acercaba. El verdadero problema radicaba en lo siguiente: ¿Por qué no había matado al chico? Ignoraba la respuesta. En lugar de ayudarme a comprenderle, mis investigaciones me enfrentaban a una naturaleza más compleja y variable que ninguna con las que me había enfrentado antes.

Sólo me quedaba una persona por ver, la que le conocía tal vez de manera más íntima. ¿Iba a proporcionarme ella la clave para entender el carácter de Maro?

Delia Brown residía en una habitación de alquiler entre la calle 127 y la avenida Lenox. Al principio, no quería permitirme la entrada.

—No soy ningún policía, Delia —aclaré—. Escucha, no te pido que me digas dónde está Maro. Ya le he visto, y he hablado con el doctor Landmeer y el reverendo Tyler. Ahora, necesito hablar contigo...

Delia abrió un poco más la puerta. Observé que llevaba un punzón en la mano.

—¿Sobre qué? —preguntó.

Decidí correr el riesgo de revelar le la verdad.

—Sobre Maro. Desea que confíe en él, pero para eso he de conocerle bien primero... Oye, Delia, creo que si eres realmente su chica, no te hace falta eso en absoluto.

Mis palabras acertaron en el blanco. Me lanzó una mirada feroz y luego contempló el punzón que tenía en la mano. Al fin, dejó el instrumento sobre la mesa, se apartó de la puerta y se dejó caer en una silla, mientras yo entraba.

—¿Así que le conoce? —dijo—. Bueno, no nos parecemos en nada. Maro es un necio. Puede decírselo de mi parte, si quiere.

—¿De manera que Maro confía en las personas? ¿No tiene miedo de ellas?

—No hay nada en el mundo que le inspire temor. —Esbozó un gesto de indiferencia—. Es demasiado sencillo y confiado para temer a alguien, y tan infantil...

—En ese caso, ¿por qué finge el miedo? ¿Por qué se muestra tan salvaje y violento?

—¿Salvaje y violento? ¿Maro? —Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Se echó a reír—. ¡Dios mío! Pensaba que sabía usted cómo era en realidad. Por la forma en que hablaba... ¡Pero si es el alma más pacífica de la tierra! Incapaz de matar una mosca.

La descripción no se aproximaba demasiado al Maro que yo conocía. No se ajustaba a la imagen del muchacho que había aplastado su puño contra mi cara y me había pateado las costillas la primera vez que nos vimos. Me sentía más y más como un necio. En cada

ocasión en que estaba a punto de captar su imagen, se me escurría como un trozo de jabón mojado. Tampoco ella sabía nada de él.

—De hecho, ninguna de las personas próximas a él le conocía de verdad. Les escondió su percepción multisensorial y empezaba a sospechar que también les había ocultado cuidadosamente toda cualidad de su carácter que no concordara con las diferentes imágenes que se habían forjado de él.

—... Un niño desamparado —continuaba Delia—. Tengo que protegerle de si mismo. Maro dejaría que la gente le pisoteara, aprovechándose de su buen carácter, si yo no me encargara de sermonearle de continuo. La semana pasada, le dio a un desconocido su último dólar. ¿Se lo imagina? A un perfecto desconocido. Maro me necesita para cuidarle y atenderle. Pero va mejorando. Le he convencido para que se aparte de las malas compañías..., de esos chicos que le influyen para que haga cosas incorrectas. Es un tonto tan confiado...

Delia me agarró de la manga.

—Bueno, no quiero decir eso exactamente —prosiguió—. Podría convertirse en alguien muy especial, de encontrar el tipo de mujer adecuado, que le diera el tipo adecuado de amor. Está cambiando, adquiriendo sentido común. Y si hay una cosa en este mundo que necesite un hombre, es sentido común. No sé qué tipo de trabajo quiere ofrecerle a Maro. De todos modos, puede confiar en él para todo. —Rió con desgana—. Señor Denis, ese chico no sabe lo bastante de la vida para ser deshonesto. Nadie le ha contado nunca la verdad sobre Papá Noel.

Escuchando a Delia, mientras observaba nuestro reflejo en el empañado espejo del tocador, comprendí de pronto el secreto de Maro. Todo encajaba. Maro, con su extraña facultad de percepción, captaba al instante los sentimientos de la otra persona y lo que pensaba de él. Y el muchacho se limitaba a adoptar el tipo de carácter que esa persona le prestaba. Un cambio de coloración protector.

Maro no era más que un espejo.

El doctor Landmeer le consideraba un neurótico en el que no se debía confiar, porque eso afirmaba la medicina sobre su caso. Y como el doctor pensaba que lo estaba curando, Maro mejoraba. El reverendo Tyler le juzgaba un alma perdida. Y como el reverendo creía avanzar en el camino de su salvación, Maro se volvía religioso. Para Delia, que veía en él un joven sencillo necesitado de su cuidado y protección, Maro era como un niño. Y puesto que Delia se veía dándole fuerzas para enfrentarse al mundo, Maro crecía.

Maro era todas esas cosas y ninguna de ellas. Ofrecía a cada persona la parte de su ser que correspondía. Para mí, había sido una criatura salvaje, extraña y violenta, y por lo tanto se mostraba conmigo salvaje, extraño y violento. No confiaba en él, y Maro reflejaba esa desconfianza. En un momento dado, temí que me asesinara. Y en consecuencia...

Durante todo el camino de regreso a mi casa, evalué lo que había aprendido. Tanto si los insólitos dones de Maro habían nacido a causa de una mutación genética como si no, existían pocas dudas en mi mente respecto a que los inusuales acontecimientos de su infancia contribuyeron al desarrollo de sus sentidos de mutante. Precisamente por tal razón le necesitaban ellos. Maro provenía de un incidente en las leyes de la herencia, agravado por un ambiente especialmente hostil, una combinación que jamás volvería a producirse. Le necesitaban y debía irse con ellos. Dependía de mí el lograrlo.

Había descubierto un ciclo extraño. Se podía confiar en Maro... Yo podía poner en él una fe total..., siempre que lo creyese honestamente. Imposible fingir. Maro advertiría la simulación, y eso resultaría fatal. Debía poner mi vida en sus manos..., o bien olvidarme de todo el asunto.

Marco era un espejo. Y yo, el hombre que debía cambiar.

Tal como suponía, me esperaba en mi apartamento, fumando mis cigarrillos y bebiéndose mi whisky. Tenía los pies sobre la mesita, un claro reflejo del joven engreído que yo había juzgado.

Le observé tranquilo, sin pensar en nada, tratando de relajarme y mostrarme abierto en su presencia. Conociendo su auténtico carácter, ya no le temía. Él lo percibió enseguida.

Soltó una carcajada. Luego, viendo mi rostro, dejó el cigarrillo y se puso en pie con el ceño fruncido.

—¡Eh! —dijo—. ¿Qué ocurre?

Husmeó el ambiente y restregó el aire entre sus dedos. Sus ojos se desorbitaron primero y se cerraron después, y su cuerpo osciló de un lado a otro, igual que la primera vez que nos vimos.

—Ha cambiado —musitó. Había temor en su voz—. Su respiración... Es como el agua helada, y huele usted liso y claro, como el vidrio. —Parecía confuso—. Nunca he visto a nadie cambiar hasta ese punto.

Su expresión fue variando: amargura, desprecio, miedo, ira, diversión, súplica, inocencia infantil... Por último, perdió toda la peculiaridad. Como si probara todos los disfraces de su repertorio, cambiándolos sin cesar para averiguar qué esperaba yo de él, cómo creía que era, cuál de los Maro deseaba. Pero tal como había afirmado, yo me había vuelto liso, agua helada y vidrio claro.

Se dejó caer en el sillón y aguardó. Intuía mi conocimiento y esperaba mi reacción. El agua helada, el vidrio claro que veía en mí debía transformarse en un espejo. Por primera vez en su vida, una persona iba a ser como Maro quería. Alguien reflejaría sus necesidades. Y Maro había necesitado más que ninguna otra cosa en sus años de

adolescencia que se confiara plenamente en él.

Capté el movimiento de sus ojos hacia el cajón de la mesita de noche. Sabía que guardaba allí mi pistola. Fue como si advirtiera mi disposición a confiar en él y me indicara cómo demostrarlo. Debía tratar de matarme, confiando en que él intervendría para salvarme.

Mi naturaleza interna se rebeló. ¿Y si me equivocaba? ¿Y si Maro no era en absoluto como yo creía? ¿Y si no me detenía? Resultaba estúpido, tremendamente ridículo, confiar tanto en un hombre. Un hombre ni siquiera podía confiar en si mismo...

Una imagen apareció de súbito en mi mente, un recuerdo de mi infancia. Mi padre al pie de la escalera. Yo, cinco o seis escalones más arriba. Extiende los brazos y me dice que salte. Él me recogerá. Tengo miedo. Me persuade... Me asegura que papá no me dejará caer. Salto. Se aparta y chilló mientras caigo al suelo. Dolor y enfado. «¿Por qué me has mentado? ¿Por qué...? ¿Por qué...?» Y la risa, y las palabras, y la voz de mi padre. Jamás las olvidaré. «Eso, para que aprendas a no confiar nunca en nadie, ni siquiera en tu propio padre».

Acaso por ello no me había casado jamás, ni amado, ni creído en nadie. Acaso aquel temor me había mantenido preso todos aquellos años tras el seguro y fuerte caparazón de la sospecha... En aquel momento vi muy claro que mi decisión revestía tanta importancia para mí como para el propio Maro. Si me echaba atrás, jamás lograría confiar en nadie el resto de mi vida.

Maro me miraba. Esperando a que creyera por fin en él.

Sin decir una sola palabra, me acerqué al cajón, lo abrí y saqué la pistola. La examiné para asegurarme de que estaba cargada y luego me volví hacia Maro. El muchacho no mostró emoción alguna, ni tan siquiera hizo un gesto.

—Confío en ti, Maro —dije—. Necesitas una prueba de mi fe. Bien, en ese caso, te la daré. Veamos si soy capaz..., si puedo apretar el gatillo... —Apoyé el cañón del arma en mi sien derecha—. Voy a contar hasta tres. Quiero creer que me detendrás antes de que me mate.

—¿Lo hará de verdad? —sonrió—. Quizá yo no le detenga. Quizá sea demasiado lento. Quizá...

—Uno.

—No sea bobo, señor Denis. Medio millón de dólares no justifica tanto riesgo. ¿O no se trata del dinero, después de todo? ¿Qué espera probar?

—Dos.

¿Reaccionaría mi dedo al impulso? ¿Me atrevería? Entonces, casi como si nuestras

mentes se pusieran en contacto por un instante, supe que en efecto lo haría..., con tanta certeza como supe que Maro iba a salvarme. No valía la pena saber nada más. Todo estaba bien.

La sonrisa desapareció de su cara. Su respiración se tornó agitada y apretó los puños. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—Tres.

Apreté el gatillo sin cerrar los míos.

Y en ese instante que me separaba de la eternidad, Maro actuó con la velocidad del rayo. Apartó la pistola de un manotazo. La bala rozó mi frente y se estrelló en la pared, a nuestras espaldas. La blanca explosión chamuscó mi rostro y me desmayé. Cuando recuperé el sentido, vi a Maro dando vueltas a mi alrededor. Había colocado una toalla mojada sobre mi cara.

—Se pondrá bien —me anunció—. La pólvora quema. Ya he avisado a un médico.

—He estado a punto de no contarlo.

—¡Es usted un bobo! —Se movía sin cesar de un lado a otro, agitando los puños—. ¡Un maldito bobo! ¿A quién se le ocurre?

—Tú lo deseabas. Me alegro de haberlo hecho. Tanto por mí como por ti.

Maro se hallaba tremendamente excitado. Oía sus incesantes paseos. Apartó de una patada un cojín que se interponía en su camino.

—No debí de esperar tanto —dijo—. No creía que se atreviera... Es decir, no lo sabía. Nadie había creído en mí así hasta ahora. Me he pasado toda la vida esperando que alguien confiara de verdad en mí. No me imaginé que sería usted.

—Yo tampoco lo pensaba. Jamás confié así en nadie desde niño. Y he descubierto algo en mi interior que creía destruido. Valió la pena.

—Señor Denis...

Retrocedió y olisqueó el ambiente.

—¿Qué ocurre?

—Hay algo ahí fuera. Muy lejos y al mismo tiempo muy cerca. Música, aunque no real. Jirones de sonido, violeta claro, amarillo oscuro, revoloteando a mi alrededor y disolviéndose. Aquí mismo y en un futuro muy lejano.

—Ése es el lugar y la época para ti, Maro. Te necesitan allí..., tal como eres, de la forma que eres. Y tú también les necesitas. Debes fiarte de ellos.

—Me fío de usted, señor Denis. Si usted dice que es lo correcto, me iré.

—Es lo correcto. No lo digo por el dinero, ya lo sabes. Voy ceder mis honorarios a la clínica. Tengo ya más que suficiente. Me retiro. Éste será mi último trabajo para ellos.

—¿Pensará en alguna excusa que dar al doctor Landmeer, mi padre y Delia?

—Te lo prometo.

Explicué a Maro cómo debía llamar al servicio telefónico para informarles de que ya estaba dispuesto a partir. Ellos le indicarían dónde debía aguardar a que enviaran alguien para recogerle. Me tomó la mano y la estrechó durante largo tiempo.

—Señor Denis —dijo—, creo que le gustará saberlo. Aquella música... La vi y la sentí... Usted tenía razón. Procedía de ellos. Un indicio de por qué me necesitan.

—¿Puedes aclarármelo?

—Ni siquiera para mí está muy claro, señor Denis. Pero vi en imagen una gran reunión. No se entienden entre ellos y nadie sabe qué pretenden los demás. Las palabras parecen haber perdido todo significado. Como..., como sucedió en el Antiguo Testamento, cuando construyeron la Torre de Babel. Hay mucha confusión. Creo que me necesitan para ayudarles a hablar, a confiar en los demás... y hacer las paces.

—Me alegra que me lo hayas dicho, Maro. Me hace sentirme mejor.

—Adiós, señor Denis.

—Adiós.

Esperé a oír el portazo de la entrada principal. Entonces, aparté la toalla de mi cara y rodé sobre mi mismo hasta sentarme en el borde de la cama. Busqué el encendedor en mi bolsillo y lo encendí, manteniéndolo frente a mi rostro. Noté un fuerte calor, acompañado por los crujidos y el olor acre a cabello quemado, conforme se me iban chamuscando las cejas. Pero no vislumbré luz alguna.

Y entonces supe lo que significa quedarse totalmente ciego.

Me eché en la cama. A través de la ventana, viniendo de no sé dónde, penetró el sonido de la música. Por un instante fugaz, pensé que la escuchaba del mismo modo que Maro la había oído: jirones de sonido, violeta claro y amarillo oscuro, revoloteando a mi alrededor y disolviéndose. Mas pronto desapareció la imagen múltiple y percibí las apagadas variaciones de la melodía del mismo modo en que he oído todo sonido y música desde entonces. En la oscuridad...

El hombre sobrecargado

J. G. Ballard

de New Worlds, julio de 1961

Calificar a Ballard como uno de los escasos talentos altamente innovadores en los dominios de la ciencia ficción no es ninguna exageración. Y quizá la razón reside en que este autor llegó virgen al género, sin haber pasado por el aprendizaje del lector de revistas y el aficionado activo. Desde ese punto de vista, puede considerársele como un intruso. Pero desde luego fue uno de los primeros en aportar elementos procedentes de la tradición literaria en general al mundo de la revista barata.

James Graham Ballard nació el martes 18 de noviembre de 1930 en Shanghai, ciudad en la que su padre ejercía como médico. Todavía adolescente, apenas los rumores de la guerra se extendieron por Extremo Oriente, se encontró internado en un campo de concentración japonés. Repatriado a Gran Bretaña en 1946, marchó a Cambridge para estudiar medicina. Allí comenzó a escribir, ganando un concurso de relatos breves en 1951, salir de la universidad, trabajó como redactor de textos publicitarios y, posteriormente, sirvió en las fuerzas aéreas.

En el verano de 1956, Ballard presentó su primer relato de ciencia ficción, Escapement (Escape), a John Carnell, que lo publicó en el New Worlds de diciembre de 1956. El resto, como suele decirse, es historia. No obstante, en años recientes, se ha hartado por completo de la ciencia ficción para introducirse en los dominios de una fantasía simbólica y surrealista, de la que son ejemplos Crash (1973) y Concrete Island (Isla de hormigón) (1974).

Al igual que H. G. Wells con In the Days of the Comet (En los días del cometa) (1906), Ballard pasó por la ciencia ficción, dejando su marca indeleble, antes de emprender otros rumbos. Ejemplo de dicha marca imborrable fue The Overloaded Man, muestra típica del creciente interés de Ballard por el funcionamiento de la mente, una tendencia que contribuyó a convertirle en uno de los más polémicos escritores de ciencia ficción.

Faulkner se estaba volviendo loco.

Después del desayuno, esperaba impaciente en la salita mientras su esposa arreglaba la cocina. Julia se iría al cabo de dos o tres minutos, pero, sin saber por qué, la corta espera de todas las mañanas le resultaba insoportable. Al tiempo que alzaba las persianas venecianas y colocaba la hamaca en la veranda, permanecía atento a los eficaces movimientos de Julia. Siguiendo su inalterable rutina, su esposa colocó los vasos y platos en el lavavajillas, introdujo la cena de aquella noche, carne, en la cocina automática y ajustó el dispositivo, redujo la potencia del aire acondicionado y del calentador, abrió el colector del depósito de petróleo, previendo la llegada del camión de suministro por la tarde, y dejó abierta su parte de la puerta del garaje.

Faulkner seguía admirado aquella serie de movimientos, contando los pasos sucesivos, mientras los aparatos emitían diversos sonidos.

«Deberías estar en los B-52 —pensó—, o en el edificio de control de una planta petroquímica». Julia trabajaba en la sección de personal de una clínica. Sin duda, se pasaba todo el día envuelta en el mismo torbellino de eficiencia, apretando botones que ostentaban las etiquetas «Jones», «Smith» y «Brown» y apartando los parapléjicos a la izquierda y los paranoicos a la derecha.

Julia entró en la salita y se acercó a su marido. Con su severo traje sastre negro y su blusa blanca, representaba la imagen típica de la funcionaria.

—¿No vas a la escuela hoy? —le preguntó.

Faulkner meneó la cabeza y manoseó algunos de los papeles del escritorio.

—No, prosigo mi reflexión creativa. Sólo por esta semana. El profesor Harman pensó que me encargaba de un número excesivo de clases y que estaba saturado.

Julia asintió, mirándole con desconfianza. Faulkner llevaba tres semanas seguidas en casa, dormitando en la veranda, y ella empezaba a sospechar. Más pronto o más tarde, comprendió Faulkner, lo averiguaría. Sin embargo, confiaba en que para entonces estaría fuera de su alcance. Ansiaba contarle la verdad, decirle que dos meses atrás había abandonado su trabajo de profesor en la escuela de comercio y que no tenía intención alguna de volver. Julia se llevaría una desagradable sorpresa cuando descubriera que no quedaba prácticamente nada del último talón bancario de su marido y que tal vez tendrían que arreglárselas con un solo coche. «¡Que trabaje ella! —pensó Faulkner—. De todas formas, gana más de lo que yo ganaba...»

Sonrió a su esposa, no sin gran esfuerzo. «¡Vete de una vez!», chilló mentalmente. Pero Julia siguió revoloteando, sin decidirse.

—¿Qué piensas almorzar? No hay...

—No te preocupes por mí —la interrumpió. Miró su reloj—. Dejé de comer a mediodía hace seis meses. Supongo que tú almorzarás en la clínica. Incluso hablar con ella le resultaba penoso. Le habría gustado comunicarse a través de notas. Incluso compró dos libretas con tal fin. Con todo, nunca había sido realmente capaz de sugerirle a ella que utilizara ese procedimiento, aunque solía dejar mensajes a su esposa, con el pretexto de que su mente se encontraba tan ocupada en cuestiones intelectuales que hablar rompería el hilo de sus pensamientos.

Cosa muy curiosa, la idea de abandonar a Julia jamás le pasó por la cabeza. Una huida así no probaría nada. Además, planeaba algo muy distinto.

—¿Estarás bien? —preguntó Julia, todavía contemplándole con aire inquisitivo.

—Perfectamente —contestó Faulkner, conservando su sonrisa, un gesto tan abrumador como todo un día de trabajo.

El beso de su esposa fue rápido y funcional, como el golpe de una descomunal máquina de taponar botellas. La sonrisa seguía en los labios de Faulkner cuando Julia llegó a la puerta. En cuanto su mujer hubo salido, dejó que aquella sonrisa fuera borrándose poco a poco, hasta que se encontró respirando de nuevo, cada vez más sosegado. Permitió que la tensión se disipara a través de sus brazos y piernas. Erró por la vacía casa durante algunos minutos y luego volvió a la salita, dispuesto a iniciar su trabajo en serio.

Su programa solía seguir siempre el mismo curso. Primero, tomaba un pequeño despertador, que guardaba en el cajón central de su escritorio, un aparato conectado a una pila eléctrica. Esta última llevaba una correa para la muñeca. Tomaba asiento en la veranda, se sujetaba la correa a la muñeca, fijaba la hora a la que debía sonar la alarma, daba cuerda al reloj y lo colocaba sobre la mesa, cerca de él, atando uno de sus brazos a la silla a fin de eliminar el riesgo de tirar el aparato al suelo. Terminados los preparativos, se recostaba en la silla y examinaba la escena frente a él.

Menninger Village, o el «Cajón», como se le llamaba a nivel local, había sido construido hacía diez años como un grupo autónomo de viviendas para el personal graduado de la clínica y sus familias. El conjunto constaba en números redondos de sesenta viviendas, cada una de ellas diseñada para encajar en un determinado nicho arquitectónico, conservando su propia identidad interior y, al mismo tiempo, fusionándose con la unidad orgánica de todo el complejo. El objetivo de los arquitectos, enfrentados a la tarea de comprimir un gran número de pequeñas viviendas en un solar de menos de dos hectáreas, se centró, en primer lugar, en evitar la creación de una serie de jaulas idénticas, como en la mayoría de las urbanizaciones; en segundo lugar, en diseñar un magnífico ejemplo de institución psiquiátrica de categoría, que sirviera de modelo para los complejos residenciales futuros.

Sin embargo, como todo el mundo había descubierto, vivir en el Cajón era como el infierno en la tierra. Los arquitectos habían recurrido al denominado sistema psicomodular —un diseño básico en forma de L—, lo cual venía a significar que todo estaba por encima o por debajo de algo. El conjunto formaba una masa irregular de vidrios deslustrados, curvas y rectángulos blancos, a primera vista excitante y abstracto (la revista *Life* había dedicado varios reportajes fotográficos a las nuevas «tendencias arquitectónicas» sugeridas por el complejo residencial); en realidad, deforme y visualmente agotador para sus moradores. La mayoría de los cargos principales de la clínica abandonaron muy pronto su vivienda, y el Cajón quedó a disposición de toda persona capaz de dejarse convencer para vivir allí.

Faulkner miró al otro lado de la veranda, aislando de la confusión de blancas formas geométricas las otras ocho casas que distinguía sin mover la cabeza. A su izquierda, la de los Penzil, la más próxima; a su derecha, la de los McPherson. Las otras seis quedaban enfrente, en la parte más alejada de un entrelazado embrollo de jardines, abstractas ratoneras separadas por paneles blancos de un metro de altura, ángulos de vidrio y mamparas de rejilla.

En el jardín de los Penzil, había una serie de enormes cubos, de un metro de lado, con las letras del alfabeto, un juguete para los dos hijos de la familia. Solían dejarle mensajes a Faulkner sobre la hierba, a veces obscenos, otras oscuramente sibilinos. El de esta mañana pertenecía a la segunda categoría. Los bloques formaban las palabras:

ALTO y VETE

Tras especular sobre el significado de la frase, Faulkner fue tranquilizando su mente. Miró las casas con ojos inexpresivos. Poco a poco, los perfiles ya oscurecidos de las viviendas comenzaron a fundirse y debilitarse. Los largos balcones y las rampas, en parte ocultos por árboles de formas diversas, se transformaron en masas incorpóreas, gigantescas unidades geométricas.

Respirando con calma, cerró poco a poco su mente y luego, sin esfuerzo alguno, borró de su conciencia la identidad de las casas situadas frente a él.

Observaba ahora un paisaje cubista, una colección de azarosas formas blancas sobre un fondo azul. Varias motas verdes se movían con lentitud de un lado a otro. Se preguntó en vano qué representaban en realidad esas formas geométricas. Sabía que, tan sólo unos segundos antes, habían constituido una parte inmediatamente familiar de su existencia cotidiana. Pero, por más que las dispusiera de uno u otro modo en su mente, por más que buscara sus asociaciones, seguían siendo combinaciones al azar de formas geométricas.

Había descubierto en sí mismo ese mismo talento hacía sólo tres semanas. Un domingo por la mañana, mirando con desprecio el silencioso aparato de televisión de la salita, comprendió de repente que la total aceptación y asimilación de su forma física le

imposibilitaba para recordar su función. Le costó un considerable esfuerzo mental recuperarse y lograr identificar otra vez la caja de plástico. Movido por la curiosidad, ensayó su nuevo talento en otros objetos y averiguó que resultaba particularmente eficaz con los aparatos ricos en asociaciones, como lavadoras, automóviles y otros productos de consumo. Desprovistos de sus atributos propagandísticos y sus imperativos sociales, quedaban tan alejados de la realidad que precisaba de poco esfuerzo mental para eliminarlos por completo.

El efecto era similar al de la mezcalina y otros alucinógenos, cuya influencia convertía las arrugas de un cojín en tan vívidas como los cráteres de la luna, y los pliegues de una cortina en los rizos que formarían las olas de la eternidad.

Faulkner había experimentado de manera metódica durante las semanas siguientes al descubrimiento, practicando su habilidad para cortocircuitarlo todo. El proceso fue lento, pero, de manera paulatina, pudo eliminar grupos de objetos cada vez mayores: los muebles de la salita, fabricados en serie, los superes maltados aparatos de la cocina, su coche guardado en el garaje... El automóvil, una vez perdida su identidad, quedó en la penumbra como una enorme esencia vegetal, flácida y reluciente. Faulkner casi perdió el juicio al tratar de volver a identificar aquella masa. «¿Qué demonios será?», se había preguntado inútilmente, mientras se retorció de risa.

Y conforme se desarrollaba su talento, había empezado a vislumbrar que existía una ruta para escapar al mundo intolerable de Menninger Village, que le ahogaba.

Había descrito su habilidad a Ross Hendricks, otro profesor de la escuela de comercio, que vivía a pocas casas de distancia y era su único amigo íntimo.

—En realidad, quizás esté saliéndome del tiempo —especuló Faulkner—. Sin el sentido del tiempo, se hace difícil mantener la conciencia visual. Es decir, eliminar el vector tiempo del objeto que ha perdido su identidad libera a éste de todas sus asociaciones cognoscitivas cotidianas. Otra posibilidad consiste en que haya encontrado por casualidad un medio de anular los centros fotoasociativos que en estado normal nos permiten identificar objetos visuales, del mismo modo que a veces oyes hablar a alguien en tu propio idioma y ninguno de los sonidos tiene para ti el menor significado. Todo el mundo lo ha comprobado alguna vez. Hendricks meneó la cabeza.

—Sí, pero no centres en eso tu carrera —le contestó, observándole con atención—. No es tan sencillo ignorar el mundo. La relación sujeto-objeto no está tan polarizada como sugiere el *Cogito ergo sum* de Descartes. Te desvalorizarás a ti mismo en el mismo grado en que desvalorices el mundo exterior. Me parece que tu auténtico problema consiste en invertir el proceso.

Hendricks, por mucha que fuera su simpatía por Faulkner, no podía ayudarle. Además, resultaba placentero ver el mundo de otra manera, revolcarse en un panorama infinito de

imágenes de brillante colorido. ¿Qué importaba que tuviera forma pero no contenido?

Un ruido agudo le despertó de pronto. Se incorporó, sobresaltado, y alcanzó torpemente el despertador, que debía despabilarle a las once en punto. Comprobó que sólo eran las diez cincuenta y cinco. Ni el despertador había sonado ni él había recibido la descarga de la pila. Y sin embargo, el ruido había sido muy claro. Nada extraño, con tantos servomecanismos y máquinas automáticas en la casa. Pudo haber sido cualquiera de los aparatos.

Una sombra cruzó el panel de vidrio opaco que formaba la pared lateral de la salita. Faulkner vio a través de ella, en el estrecho camino que separaba su casa de la de los Penzil, un automóvil que aparcaba y frenaba. Del coche salió una joven, vestida con una blusa azul, que entró en la otra vivienda. Se trataba de la cuñada de Penzil, una muchacha de veinte años que llevaba un par de meses viviendo con el matrimonio. En cuanto la recién llegada desapareció en el interior de la casa, Faulkner desató su muñeca y se puso en pie. Abrió las puertas de la veranda y paseó por el jardín, mirando hacia atrás por encima del hombro. La chica, Louise —Faulkner jamás había hablado con ella—, estudiaba escultura por las mañanas, y al regresar, solía darse una prolongada ducha, antes de tenderse a tomar el sol.

Faulkner se agachó, arrojó unas cuantas piedras al estanque y simuló enderezar algunas de las tablillas de la glorieta. Entonces advirtió que Harvey, un muchacho de quince años, hijo de los McPherson, se aproximaba hacia él desde el jardín adyacente.

—¿Por qué no has ido a la escuela? —preguntó al chico, un joven larguirucho, de rostro inteligente y alargado bajo una melena de color castaño.

—Tendría que haber ido —contestó Harvey sin el menor embarazo—. Pero convencí a mi madre de que me sentía muy nervioso, y Morrison —añadió, refiriéndose a su padre— dijo que pasaba demasiado tiempo razonando. —Se encogió de hombros—. Los pacientes de aquí son excesivamente tolerantes.

—Por una vez, he de darte la razón —convino Faulkner, echando una ojeada a la caseta de la ducha por encima del hombro.

Una figura sonrosada entró en la caseta, ajustó los grifos y se oyó el sonido del agua brotando a chorros.

—Dígame, señor Faulkner, ¿se da cuenta de que, desde la muerte de Einstein, en 1955, no ha habido un solo genio? Desde Miguel Ángel, pasando por Shakespeare, Newton, Beethoven, Goethe, Darwin, Freud y Einstein, todas las épocas han contado con un genio viviente. Ahora, por vez primera en quinientos años, dependemos sólo de nosotros mismos.

—En efecto —asintió Faulkner, con la mirada fija en la caseta—. Yo también me siento

terriblemente solo cuando pienso en ello.

Acabada la ducha, lanzó un gruñido a Harvey, se encaminó de regreso a la veranda, se sentó de nuevo en la silla y ató la correa de la pila a su muñeca.

Con firmeza, objeto por objeto, empezó a descomponer el mundo que le rodeaba. Las casas de enfrente, en primer término. Las blancas masas de los tejados y balcones quedaron pronto convertidas en rectángulos unidimensionales; las líneas de las ventanas, en pequeños cuadrados de color, como las cuadrículas de un Mondrian abstracto. El cielo fue un liso campo azulado. Un avión lo cruzó a lo lejos, entre el rugido de sus motores. Faulkner eliminó con cuidado la identidad de la imagen y observó después la afilada y plateada flecha, alejándose como el fragmento de una fantasía en dibujos animados.

Mientras esperaba que los motores se apagaran, oyó otra vez el ruido extraño que había escuchado antes. Sonó a muy poca distancia, cerca de la ventana francesa situada a su derecha. No obstante, se hallaba tan inmerso en el caleidoscopio que se revelaba ante él que no llegó a despertarse.

Desaparecido el avión, centró su atención en el jardín. Suprimió en seguida la valla blanca, la falsa glorieta y el disco elíptico del estanque ornamental. El sendero se alargó hasta circundar el estanque y, en cuanto anuló sus recuerdos de las innumerables veces que había recorrido aquel trecho, se proyectó en el aire, igual que un brazo de terracota sosteniendo una enorme joya de plata.

Satisfecho por haber suprimido el Cajón y el jardín, comenzó a demoler la casa. Los objetos le resultaron más familiares, extensiones muy personalizadas de sí mismo. Inició su tarea a partir de los muebles de la veranda, transformando las sillas tubulares y la mesa recubierta de vidrio en un trío de espirales verdes. A continuación, giró levemente la cabeza y seleccionó el aparato de televisión, que estaba en la salita, a su derecha. El televisor se aferró con escasa fuerza a su identidad, y Faulkner no tuvo dificultad en apartar su mente de ella, hasta reducir la caja de plástico marrón, con sus falsos surcos de madera, a una masa amorfa.

Una por una, eliminó todas las asociaciones mentales de la estantería, el escritorio, las lámparas y los marcos de los cuadros. Como muebles arrumbados en algún almacén psicológico, todo quedó suspendido en el vacío. Los blancos sillones y los sofás semejaron adormecidas nubes rectangulares.

Vinculado a la realidad sólo por el mecanismo del despertador atado a su muñeca, movió la cabeza de izquierda a derecha, eliminando de manera sistemática todo vestigio de significado en el mundo que le rodeaba, reduciendo hasta el objeto más pequeño a su estricto valor visual.

Y poco a poco, también este valor visual se desvaneció. Las abstractas masas de color se disolvieron, arrastrando tras ellas a Faulkner, transportándole a un mundo de pura

sensación psíquica, donde bloques de ideas flotaban como campos magnéticos dentro de una nube...

El despertador sonó con un estruendo estremecedor; la pila envió agudos espasmos de dolor al antebrazo de Faulkner. Sintió un hormigueo en el cráneo, que le hizo volver a la realidad, y se arrancó de un tirón la ligadura de la muñeca. Se frotó el brazo rápidamente y desconectó la alarma.

Permaneció sentado unos minutos, mientras seguía dándose masaje a la muñeca e identificaba los objetos que le rodeaban, las casas de enfrente, los jardines, su hogar..., consciente de que una pared de vidrio había quedado interpuesta entre ellos y su psique. Por mucho que concentrara su mente en el mundo exterior, una especie de pantalla continuaba separándole de ese mundo, una pantalla que aumentaba su opacidad de modo imperceptible.

También a otros niveles iban apareciendo mamparas.

Su esposa llegó a casa a las seis, agotada después de una jornada de duro trabajo. Se mostró consternada al encontrar a Faulkner deambulando en un estado de semiletargo y con la veranda sembrada de vasos sucios.

—¡Oye, limpia eso! —chilló cuando Faulkner le cedió la silla y se dispuso a irse al piso de arriba—. No dejes la veranda así. Pero ¿qué te pasa? ¡Vamos, despierta!

Faulkner recogió un montón de vasos rezongando entre dientes, y trató de dirigirse a la cocina. Julia se interpuso en su camino cuando trataba de salir. Algo llevaba en mente. Tomó varios rápidos tragos de su martini y luego le lanzó unos cuantos comentarios insinuantes respecto a la escuela de comercio. Faulkner supuso que su mujer la había visitado con cualquier pretexto. Sus sospechas se vieron reforzadas cuando Julia se refirió a él mismo de pasada.

—Es muy difícil vincularse —le dijo Faulkner—. Dos días de vacaciones y ya nadie se acuerda de que trabajas allí.

Un colosal esfuerzo de concentración le había permitido no mirar a su esposa desde su llegada. De hecho, no habían intercambiado una mirada directa en toda la semana. Esperanzado, se preguntó si ese hecho la habría deprimido.

La cena significó para él una lenta agonía. El olor a la carne autococinada había impregnado la casa durante toda la tarde. Incapaz de tragar más de dos o tres bocados, no encontró nada en que centrar su atención. Por fortuna, Julia tenía mucho apetito, y él pudo fijarse en el pelo de su esposa mientras ésta cenaba y dejar que sus ojos vagaran por la habitación cuando ella alzaba la mirada.

Después de la cena, gracias a Dios, llegó el momento de la televisión. El crepúsculo difuminaba las demás casas de Menninger Village cuando el matrimonio tomó asiento a

oscuras frente al aparato. Julia refunfuñó.

—¿Por qué vemos la televisión *todas* las noches? —preguntó—. Me parece una absoluta pérdida de tiempo.

—Se trata de un interesante documento social —replicó Faulkner.

Hundido en su sillón de orejas, con las manos aparentemente enlazadas detrás del cuello, se tapaba los oídos con los dedos, eliminando los sonidos del programa.

—No prestes atención a lo que dicen —recomendó a su mujer—. Le encontrarás más sentido.

Observó a los personajes, que gesticulaban en silencio, como peces enloquecidos. Los primeros planos de los melodramas resultaban particularmente divertidos. Cuanto más intensa la situación, mayor la farsa.

De pronto, recibió un fuerte golpe en la rodilla. Alzó los ojos y vio a su esposa inclinada sobre él, con el entrecejo fruncido y los labios moviéndose con furia. Sin apartar los dedos de los oídos, Faulkner examinó el semblante femenino con indiferencia, especulando por un instante sobre la posibilidad de completar el proceso y suprimir a Julia, lo mismo que había hecho con el resto del mundo unas horas antes. Si obraba así, ya no tendría que preocuparse por poner el despertador...

—¡Harry! —la oyó gritar.

Se irguió con un sobresalto. El estruendo del televisor se mezclaba con la voz de Julia.

—¿Qué ocurre? Estaba dormido.

—Estabas en trance, querrás decir. ¡Por el amor de Dios, respóndeme cuando te hablo! Te decía que vi a Harriet Tizzard esta tarde.

Faulkner gruñó, y su mujer se apartó de él.

—Ya sé que no soportas a los Tizzard, pero he decidido que deberíamos conocerlos mejor...

Mientras su esposa parloteaba, Faulkner se hundió entre las orejas del sillón. Y en cuanto Julia volvió a sentarse, se llevó las manos detrás del cuello, emitió unos cuantos monosílabos discretos, deslizó los dedos en sus oídos y aniquiló así la voz femenina. Después, miró tranquilamente hacia la silenciosa pantalla.

A las diez en punto de la mañana siguiente, volvió a situarse en la veranda, con el despertador atado a su muñeca, para disfrutar durante una hora de las formas incorpóreas suspendidas a su alrededor y liberar su mente de ansiedades. Al avisarle la alarma, a las once en punto, se sintió fresco y sosegado, capaz por unos instantes de examinar las casas cercanas con la curiosidad visual que los arquitectos habían pretendido. Gradualmente,

sin embargo, todo volvió a secretar su veneno, su capa de irritantes asociaciones. Al cabo de diez minutos, consultó malhumorado su reloj de pulsera.

El coche de Louise Penzil frenó. Faulkner desconectó la alarma del despertador y se adentró en el jardín, con la cabeza baja para esconderse de las viviendas cercanas en la medida de lo posible. Apostado junto a la glorieta, fingió reparar las tablillas aflojadas por las rosas. Harvey McPherson asomó de repente la cabeza por encima de la valla.

—Harvey, ¿continúas en casa? ¿No piensas ir a la escuela?

—Bueno, sigo el curso de relajación de mamá —explicó Harvey—. Creo que el contexto competitivo del aula es...

—También yo trato de relajarme —le interrumpió Faulkner—. Dejémoslo así. ¿Por qué no te largas?

—Señor Faulkner —prosiguió Harvey, sin alterarse—, hay un problema metafísico que me preocupa. Quizás usted pueda ayudarme. Se supone que la velocidad de la luz es la única magnitud absoluta en el espacio-tiempo. Pero se acepta que toda estimación de la velocidad de la luz implica el componente tiempo, subjetivamente variable... Entonces, ¿qué nos queda?

—Mujeres —contestó Faulkner.

Miró por encima de su hombro hacia la casa de los Penzil y luego, malhumorado, volvió la espalda a Harvey. El muchacho arrugó la frente y trató de arreglarse el pelo.

—¿Cómo ha dicho?

—Mujeres —repitió Faulkner—. Ya sabes, el sexo débil, las féminas.

—¡Oh, no!

Harvey se alejó hacia su casa, meneando la cabeza y murmurando.

«Eso te mantendrá callado», pensó Faulkner. Escudriñó la casa de los Penzil a través de las tablillas de la glorieta, hasta que distinguió a Harry Penzil, de pie en el centro de su veranda, mirándole ceñudo.

Faulkner se volvió con rapidez, simulando arreglar un rosal. Cuando regresó a la veranda, descubrió que estaba sudando. Harry Penzil era el tipo de hombre capaz de saltar por encima de la valla y asestarle un puñetazo.

Se preparó un combinado en la cocina, lo llevó a la veranda y se sentó, esperando a que se calmara su desasosiego antes de disponer el despertador.

Se hallaba atento a cualquier sonido que llegara de la casa de los Penzil cuando oyó un familiar y tenue ruidito metálico, procedente de la vivienda de la derecha.

Faulkner se inclinó hacia delante, para examinar la pared de la veranda. Estaba

formada por una gruesa lámina de vidrio muy deslustrado, absolutamente opaco, que sostenía algunas de las vigas del techo y las planchas de polietileno acanalado. Justo detrás de la veranda, ocultando las porciones más próximas de los jardines adyacentes, había una celosía de tres metros, que se extendía otros seis a lo largo de la valla del jardín y aparecía repleta de camelias japonesas.

Faulkner inspeccionó con todo cuidado la celosía. De pronto, descubrió el contorno de un objeto negro y cuadrado, montado sobre un pequeño trípode que se apoyaba detrás del primer soporte vertical, a tres metros de la abierta ventana de la veranda. El disco de un pequeño ojo de vidrio observaba imperturbable a Faulkner a través de una de las ranuras horizontales.

¡Una cámara! Faulkner saltó de su silla, mirando incrédulo el instrumento. Llevaba varios días en funcionamiento. Sólo Dios sabía cuántas escenas de su vida privada habría filmado Harvey para su propia diversión.

Colérico, avanzó hacia la celosía, arrancó una de las partes metálicas del soporte y agarró la cámara. Al tirar del aparato a través del hueco, cayó el trípode con gran estrépito. Faulkner oyó que alguien, en la veranda de los McPherson, saltaba con precipitación de su silla.

Forcejeó hasta arrancar el cable del control remoto unido a la palanca del obturador. Abrió la cámara, extrajo la película, la tiró al suelo y la aplastó con el tacón de su zapato. Luego recogió los fragmentos, dio unos pasos y arrojó lo que quedaba de ella por encima de la valla, al extremo opuesto del jardín de los McPherson.

El teléfono sonaba en el vestíbulo cuando volvió a la casa para acabar su bebida.

—¿Sí, qué hay? —gritó en el receptor.

—¿Harry? Soy Julia.

—¿Quién? —contestó Faulkner, sin pensar—. ¡Ah, sí! Bueno, ¿cómo va todo?

—No muy bien, al parecer. —La voz de Julia se había endurecido—. Acabo de sostener una larga conversación con el profesor Harman. Me ha dicho que renunciaste a tu trabajo en la escuela hace dos meses. Harry, ¿a qué estás jugando? Apenas me atrevo a creerlo.

—Apenas me atrevo a creerlo yo mismo —replicó Faulkner, burlón—. Es la mejor noticia que me han dado desde hace varios años. Gracias por confirmármela.

—¡Harry! —vociferó su esposa—. ¡Contrólate! Si piensas que voy a soportarte, estás muy equivocado. El profesor Harman me dijo que...

—Ese idiota de Harman... —la interrumpió Faulkner—. ¿No te das cuenta de que pretendía volverme loco?

La voz de Julia ascendió hasta un chillido de histeria. Faulkner se apartó del receptor y

lo colgó en silencio. Después de unos momentos, volvió a levantarlo y lo dejó sobre el listín.

La mañana primaveral se cernía sobre Menninger Village como un telón de silencio. Aquí y allá, un árbol se agitaba en el cálido ambiente, o se abría una ventana, reflejando los rayos del sol. Por lo demás, el silencio y la tranquilidad eran totales. Faulkner, sentado en la veranda, tiró el despertador bajo la silla y se sumergió más y más en su sueño privado, en el demolido mundo de forma y color que, inmóvil, permanecía suspendido a su alrededor. Las casas de enfrente se habían esfumado, sustituidas por grandes bandas rectangulares de color blanco. El jardín se reducía a una rampa verde, en cuyo extremo se mantenía en equilibrio la elipse plateada del estanque. La galería era un cubo transparente. Y en su centro, se hallaba Faulkner, flotando como una imagen en un océano fantástico. No sólo había suprimido el mundo que le circundaba, sino también su propio cuerpo. Sus extremidades y su tronco le parecían una extensión de su mente, formas incorpóreas impresas en su cerebro, como una conciencia onírica de su propia identidad.

Varias horas más tarde, mientras gozaba plácidamente de su fantasía, advirtió una repentina intrusión en su campo visual. Forzó la vista y vio con sorpresa frente a él la figura vestida de negro de su mujer, gritando furiosa y gesticulando con su bolso.

Faulkner examinó durante varios minutos la discreta y familiar entidad de Julia, las proporciones de sus piernas y brazos, los planos de su cara... Después, sin moverse, empezó a desmantelarla en su cabeza, a borrarla literalmente miembro a miembro. Primero, olvidó aquellas manos que no cesaban de agitarse y retorcerse como pájaros locos; a continuación, los brazos y los hombros, suprimiendo todos los recuerdos de su energía y movimientos. Por fin, olvidó la cara, mientras ésta se aproximaba a él, mostrándole la frenética actividad de los labios. Hasta que el rostro sólo le ofreció una difusa masa pastosa, grisácea y rosada, deformada por diversos salientes y surcos, dividida por orificios que se abrían y se cerraban como extraños fuelles.

Regresó al silencioso panorama de su sueño, consciente de los insistentes empujones de la mujer que le acompañaba. Aquella presencia le pareció horrenda, deforme, una confusión de molestos ángulos.

Por último, se produjo un breve contacto físico entre ambos. Faulkner se agitó para apartarla. Sintió que ella se aferraba a su brazo como un perro. Trató de quitársela de encima a empujones, mas ella le sujetó con más fuerza todavía, tirando de él en el colmo de la irritación.

Los movimientos de la mujer eran violentos y torpes. Faulkner trató al principio de ignorarlos. Luego, comenzó a refrenarla y alisarla, trabajando su angulosa figura hasta convertirla en otra más blanda y redondeada.

Siguió su tarea, modelando a la mujer como un escultor la arcilla. Fue entonces cuando escuchó una serie de crujidos, que un persistente chillido hacía apenas audibles. Terminada su obra —una masa de goma esponjosa que emitía un leve quejido—, la dejó caer al suelo.

Regresó a su ensueño, volviendo a asimilar el inalterado paisaje. El roce con su esposa le había recordado el único impedimento que restaba: su propio cuerpo. Había olvidado su identidad, pero sentía su gravedad y su calor, una sensación vagamente desagradable, igual que una cama mal hecha molesta a una persona de sueño agitado. Pretendía llegar al mundo de las ideas puras, a la serena sensación psíquica que no pudiera ser alterada por medio físico alguno. Sólo así escaparía a la náusea del mundo exterior.

En algún lugar de su mente, surgió una idea. Se puso en pie y abandonó la veranda, sin notar los movimientos físicos requeridos para ello. Se limitaba a flotar hacia el extremo opuesto del jardín.

Oculto por la glorieta de rosas, permaneció cinco minutos al borde del estanque. Se metió en el agua, se arremangó los pantalones hasta las rodillas y avanzó con extrema lentitud. Al llegar al centro, se sentó, tras apartar las hierbas, y luego se tumbó en el agua.

Fue sintiendo poco a poco cómo la masilla que parecía su cuerpo se disolvía, se enfriaba y dejaba de oprimirle. Miró a través de la superficie del agua, quince centímetros por encima de su cara, y vio el disco azul del cielo, tranquilo y despejado por completo, expandiéndose hasta colmar su conciencia. Al fin, había encontrado el trasfondo perfecto, el único campo posible de formación de las ideas, un continuo absoluto de existencia, no contaminado por las excrecencias materiales. Contempló fijamente aquella imagen y esperó a que el mundo se disolviera y le liberara.

Las calles de Ascalón

Harry Harrison

de New Worlds, septiembre de 1962

Aunque se trata del cuarto relato tomado de una revista inglesa, no es obra de un británico, pese a que Harry Harrison lo parezca en ocasiones. Muy aficionado a viajar, ha vivido no sólo en Estados Unidos, Gran Bretaña e Irlanda, sino también en Dinamarca, Italia y México, aparte de efectuar numerosas visitas a otros países.

*Nacido en Stamford, Connecticut, el jueves 12 de marzo de 1925, Harry Harrison tuvo una infancia solitaria, animada tan sólo por las emociones de la ciencia ficción. En primer lugar, trabajó como dibujante para revistas y películas de dibujos, y todavía hoy se ven de vez en cuando algunas de sus obras. Realizó numerosos dibujos de camafeo para la *Worlds Beyond*, de Damon Knight, y así ilustró su primer relato, *Rock Diver* (Buzo de las rocas), en el número de febrero de 1951.*

*En 1953, aceptó la dirección de las revistas de Raymond, *SF Adventures*, *Rocket Stories* y *Fantasy Fiction*, pero las publicaciones desaparecieron en seguida, y no precisamente por culpa de su director. De hecho, las esporádicas incursiones de Harrison en el campo editorial estuvieron todas destinadas al fracaso. Conjuntamente con Brian Aldiss, dirigió *SF Horizons*, y la revista duró dos números. En octubre de 1966, pasó a ser director de *Impulse*, que sucumbió cinco números después. En diciembre de 1967, se hizo cargo de *Amazing* y *Fantastic*, aunque sólo por un año. Cabe atribuir un éxito mayor a su trabajo como director de antologías, entre ellas la serie original «Nova», que publicó cuatro volúmenes entre 1970 y 1975.*

*Con todo, la literatura de Harrison constituye una verdadera realización. No tiene rival como escritor de acción palpitante y tensas aventuras planetarias y espaciales. Y novelas como la serie *Deathworld* (Mundo muerto), *Planet of the Damned* (Planeta de condenados) (1962) y *Plague From Space* (Plaga del espacio) (1964) son buenos ejemplos de lo dicho. También posee grandes dotes para lo humorístico, como se comprueba en las peripecias de su *Stainless Steel Rat* (La rata de acero inoxidable) y en la comicidad de *Bill, the Galactic Hero* (Bill, el héroe galáctico) (1965). Su novela sobre una desmesurada superpoblación, *Make Room! Make Room!* (¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio!) (1966), fue llevada a la pantalla en 1973 con el título *Soylent Green*.*

Sus obras breves resultan igualmente amenas, y con el réato que sigue, Harrison se alinea entre los destructores de tabúes de la ciencia ficción. Lo escribió en principio para una antología de Judith Merrill, que rebosaría de narraciones del mismo tipo, pero la editorial quebró. Harrison describe así la cadena de acontecimientos:

«Me devolvieron el cuento. Lo volví a enviar y regresó bastante de prisa de todos los

mercados americanos. Al incluir a un ateo, les parecía demasiado candente. Ésa es la verdad. Ni siquiera mi buen amigo Ted Carnell quiso aceptarlo para la más liberal New Worlds británica. (Hell's Cartographers, p. 89.)»

Carnell acabó por adquirir el relato, después de enterarse de que Brian Aldiss lo incluiría en su antología Penguin Science Fiction. Nadie duda que esta narración fue un factor fundamental en la nueva manera de enfocar la ciencia ficción adoptada por autores y editores. Y una prueba de que la semilla de la revolución germinaba en Gran Bretaña.

El amortiguado retumbar de un trueno se expandió en alguna parte del cielo, más allá de las nubes eternas del Mundo de Wesker. El comerciante Gath se detuvo en seco al oírlo. Ahuecó la mano en torno a su oído sano para captar el sonido, mientras sus botas se hundían poco a poco en el barro. El ruido, cada vez más fuerte, prosiguió su expansión y luego se debilitó en la espesa atmósfera.

—Ese ruido es el mismo que hace tu nave celeste —dijo Itin, pulverizando lentamente la idea en su mente, en una muestra del impasible carácter lógico weskeriano, y dando vueltas a los fragmentos, uno por uno, para estudiarlos mejor—. Pero tu nave continúa en el lugar en que aterrizaste. Debe de estarlo, aunque no la veamos, porque eres el único capaz de manejarla. Y aun suponiendo que otra persona pudiera manejarla, la habríamos oído mientras se elevaba en el cielo. Puesto que no la oímos, y siempre que ese sonido provenga de una nave celeste, tiene que tratarse de...

—Si, de otra nave —asintió Gath.

Demasiado absorto en sus pensamientos personales, no tenía paciencia para aguardar a que la penosa cadena lógica weskenana llegara a su conclusión tras una serie sin fin de concatenaciones.

Era otra nave espacial, por descontado. Había sido pura cuestión de tiempo el que se presentara una, y no cabía duda de que ésta tomaba tierra empleando el radar, tal como había hecho el mismo Gath. La nave del comerciante debía de aparecer claramente en la pantalla de los recién llegados, que, con bastante seguridad, aterrizarían lo más cerca posible de ella.

—Será mejor que te adelantes, Itin —sugirió—. Ve por el agua, así llegarás con mayor rapidez a la aldea. Di a todo el mundo que vuelva a los pantanos, que se aparten de tierra firme. Esa nave aterriza guiada por instrumentos, y freirá todo cuanto se encuentre debajo de ella en el momento del aterrizaje.

La inmediata amenaza resultó lo bastante clara para el pequeño anfibio weskeriano. Antes de que Gath terminara de hablar, las orejas estriadas del extraterrestre se habían plegado como el ala de un murciélago, e Itin se deslizaba silencioso en el cercano canal. Gath avanzó chapoteando en el lodo, dándose toda la prisa que le permitía la succionante superficie. Acababa de llegar a los bordes del claro de la aldea cuando el estruendo se convirtió en un rugido terrible, y la nave espacial rompió la capa inferior de las nubes. Gath protegió sus ojos de la alargada lengua de fuego y examinó la forma creciente de la oscura nave, con sentimientos confusos.

Después de casi un año estándar en el Mundo de Wesker, tendría que haber superado la añoranza de compañía humana de cualquier tipo. En tanto que esa partícula enterrada de espíritu asociativo clamaba por el resto de la tribu de monos, la mente de traficante de Gath trazaba una línea bajo una columna de números y sumaba el total. La nave podía

pertenecer muy bien a uno de sus colegas. En ese caso, su monopolio sobre el comercio weskeriano habría concluido. Pero quizá no se tratara de otro comerciante, pensamiento que le llevó a permanecer al abrigo del helecho gigante y mantener a punto el arma en su pistolera.

La nave secó y coció cien metros cuadrados de barro. Por fin, la rugiente llamarada cesó y los soportes de aterrizaje se hundieron en la crujiente corteza. El metal chirrió hasta estabilizar su posición, mientras la nube de humo y vapor descendía cada vez más en la húmeda atmósfera.

—¡Gath! —bramó el altavoz de la nave—. ¡Opresor y embaucador de nativos! ¿Dónde estás?

Las líneas del vehículo espacial le habían parecido vagamente conocidas, pero no había error posible en cuanto al áspero tono de aquella voz familiar. Gath exhibió una forzada sonrisa y salió de su escondrijo. Silbó agudamente entre dos dedos. Un micrófono direccional abandonó su emplazamiento en una aleta de la nave y giró hasta enfocarle.

—¿Qué haces aquí, Singh? —gritó hacia el micrófono—. ¿Has envejecido tanto que ya no sabes encontrar un planeta y has de venir aquí a robar los beneficios de un honrado comerciante?

—¿Honrado? —rugió la voz amplificada—. ¿Honrado un hombre que conoce más cárceles que burdeles...? Y eso que ha visitado infinidad de burdeles, lo juro. Lo siento, amigo de mi juventud. No voy a unirme a ti en la explotación de este foco de epidemia aborígen. Naturalmente, tengo a mi disposición un planeta con una atmósfera mucho mejor y una fortuna aguardando a que la recojan. Sólo me detuve aquí porque se presentó la oportunidad de obtener una ganancia honrada a cambio de un servicio de taxi. Te traigo amistad, la compañía perfecta, un hombre de ocupaciones diferentes que tal vez te ayude en las tuyas. Saldría y te saludaría, si no fuera porque luego me vería forzado a someterme a la descontaminación biológica. Voy a sacar al pasajero por la compuerta. Espero que no te importe ayudarle a trasladar su equipaje.

Al menos no iba a presentarse otro comerciante en el planeta. Esa preocupación había desaparecido. Pero Gath se preguntó a qué tipo de pasajero se le ocurriría hacer un viaje sólo de ida a un mundo deshabitado. ¿Y qué se ocultaba detrás de aquel disimulado tono de guasa en la voz de Singh? Dio la vuelta a la nave hasta llegar al otro lado, donde había descendido la rampa, y miró al hombre que apareció en la compuerta de carga. El individuo forcejeaba inútilmente con una gran caja hecha de tablas. El recién llegado se volvió hacia Gath y éste divisó el clerical alzacuello. Al instante, comprendió el motivo de la diversión de Singh.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

Su voz sonó brusca, a pesar de su esfuerzo por controlarse. El otro hombre no advirtió,

o no quiso advertir, el detalle, puesto que siguió sonriendo y le ofreció la mano al descender por la rampa.

—Padre Mark —se presentó—, de la Asociación de Hermanos Misioneros. Encantado de saludarle...

—Le he preguntado qué hace usted aquí.

La voz de Gath estaba ya bajo control, tranquila y fría. Sabía lo que tenía que hacer. Y debía hacerlo rápidamente o sería demasiado tarde.

—La respuesta me parece obvia —respondió el padre Mark, conservando su buen talante—. Por primera vez en la historia, nuestra asociación ha recogido fondos para enviar misioneros a mundos extraños. Fui lo bastante afortunado para...

—Recoja su equipaje y regrese a la nave. Aquí no le necesitamos, y carece de permiso para aterrizar. Constituirá una fuente de problemas, y en Wesker no hay nadie para ocuparse de usted. Regrese a la nave.

—No sé quién es usted, señor, ni por qué me miente. —El sacerdote seguía tranquilo, aunque su sonrisa se había esfumado—. He estudiado muy bien las leyes galácticas y la historia de este planeta. Aquí no existen enfermedades ni bestias de las que preocuparse en particular. Además, es un planeta abierto, y hasta que la Inspección Espacial varíe dicha calificación, tengo tanto derecho como usted a quedarme aquí.

El cura tenía razón, claro está, pero Gath no podía reconocerlo ante él. Había fingido, confiando en que el sacerdote desconociera sus derechos. Craso error. Sólo le quedaba una desagradable alternativa. Más valía recurrir a ella antes de que la cosa no tuviera remedio.

—¡Vuelva a esa nave! —estalló, sin preocuparse de ocultar su irritación.

Con un rápido movimiento, sacó la pistola de la funda y colocó el negro orificio del arma a sólo unos centímetros del estómago del cura. El padre Mark palideció. Sin embargo, no retrocedió.

—¿Qué diablos estás haciendo, Gath? —sonó la chirriante y asombrada voz de Singh—. El tipo pagó su pasaje y no tienes ningún derecho a echarle del planeta.

—Tengo ese derecho —replicó Gath, alzando su arma y apuntándola hacia el espacio situado entre los ojos del sacerdote—. Le doy treinta segundos para volver a bordo. De lo contrario, apretaré el gatillo.

—Bueno, creo que estás chiflado o que intentas gastarnos una broma —le llegó la exasperada voz de Singh—. Pero si se trata de una broma, te diré que lo encuentro de muy mal gusto. De todas maneras, no te saldrá bien. A este jueguecito pueden jugar dos. Sólo que yo soy mejor jugador.

Se produjo un retumbar de pesados soportes. La torreta de la nave, gobernada por control remoto, giró y apuntó a Gath con sus cuatro bocas de fuego.

—Y ahora —ordenó el altavoz, con una voz que había recuperado parte de su humor—, tira la pistola y échale una mano al padre Mark con el equipaje. Me gustaría ayudar, viejo amigo, pero no puedo. Creo que ya va siendo hora de que sostengas una charla con el padre. Yo me he dedicado a hablar con él desde que salimos de la Tierra.

Gath volvió a meter la pistola en la funda con una aguda sensación de derrota. El padre Mark dio unos pasos hacia delante, exhibiendo en su rostro una sonrisa de triunfo. De un bolsillo de su indumentaria sacó una Biblia, que alzó en su mano.

—Hijo mío... —empezó.

—No soy hijo suyo —fue todo lo que alcanzó a contestar Gath, mientras la amargura y la derrota se apoderaban de él.

Echó el puño hacia atrás conforme crecía su ira. Sin embargo, consiguió abrirlo a tiempo, de tal modo que sólo pegó con la palma de la mano. Con todo, el golpe hizo caer al sacerdote.

Las blancas páginas del libro se agitaron en el aire, antes de mancharse con el espeso barro.

Itin y los demás weskerianos contemplaban la escena con un interés en apariencia desprovisto de emoción. Gath no se preocupó por responder a sus mudas preguntas. Inició la marcha hacia su casa, pero retrocedió al ver que los anfibios seguían inmóviles.

—Ha llegado otro hombre —les dijo—. Necesitará ayuda con las cosas que ha traído. Si no encuentra algún lugar donde ponerlas, las metéis en el gran almacén, hasta que disponga de un sitio adecuado.

Se quedó mirando cómo anadeaban por el claro en dirección a la nave y luego entró en la casa. Sintió cierto alivio al cerrar la puerta con un portazo tal que se rompió uno de los cristales. Una dosis similar de penoso placer se la proporcionó el abrir una de las escasas botellas de whisky irlandés que le quedaban y que conservaba para una ocasión especial. Bien, ésta era lo bastante especial, aunque no la que había tenido en mente, desde luego. El whisky no tenía nada de bueno, pero quemó en parte el mal gusto de su boca. Si su táctica hubiera dado resultado, el éxito justificaría cualquier cosa. Pero había fracasado y, además del dolor del fracaso, le invadía la intensa sensación de haber hecho el ridículo. Singh despegó sin despedirse. Ignoraba cómo se juzgaría todo el asunto, aunque seguramente contaría extrañas historias cuando regresara al cubil de los comerciantes. Bien, ya se preocuparía de eso cuando volviera a presentarse allí. De momento, debía dejar las cosas bien claras con el misionero. Esforzando la vista a través de la lluvia, vio al individuo pugnando por levantar una tienda de campaña plegable. La totalidad de la

población de la aldea permanecía ordenadamente agrupada, mirándole. Como es lógico, ni uno solo ofreció su ayuda.

Cuando la tienda de campaña estuvo levantada, y las cajas y envoltorios colocados en su interior, la lluvia había cesado. El nivel de líquido de la botella estaba bastante más bajo, y Gath se sintió más animado para hacer frente a la inevitable reunión. En realidad, deseaba hablar con el cura. Después de todo un año de soledad, cualquier compañía humana parecía buena, dejando aparte aquel desagradable incidente. *¿Querrá acompañarme para cenar?*, escribió detrás de una vieja factura. Y firmó con su nombre. Tal vez al tipo le diera miedo presentarse, forma inapropiada de iniciar cualquier tipo de relación. Revolviendo bajo el banco, encontró una caja lo bastante grande y metió su pistola en ella. Itin aguardaba al otro lado de la puerta, por supuesto, ya que le correspondía el turno como «colector de conocimiento». Gath le entregó la nota y la caja.

—¿Quieres llevar esto al otro hombre? —pidió.

—¿Es «Otro Hombre» el nombre del otro hombre? —preguntó Itin.

—¡Por supuesto que no! —estalló Gath—. Se llama Mark. Sólo te he pedido que le entregues esto, no que hables con él.

Como siempre que perdía el control, la mente prosaica de los weskerianos ganaba la partida.

—No me has pedido que hable con él —dijo lentamente Itin—, pero tal vez Mark quiera hablarme. Y otros me preguntarán su nombre. Si no lo sé...

La voz se cortó al dar Gath un violento portazo. En realidad, su reacción no serviría de nada. La próxima vez que viera a Itin (un día, una semana, incluso un mes después), el monólogo proseguiría exactamente en la misma palabra en que se había interrumpido, y la idea sería explayada hasta su rumiado final. Gath maldijo en su interior, mientras vertía el agua sobre dos de los concentrados más sabrosos que le quedaban.

—Adelante —invitó, al oír un golpecito en la puerta.

El sacerdote entró y le devolvió la caja que contenía la pistola.

—Gracias por el préstamo, señor Gath. Aprecio su intención al enviarme esto. No tengo idea alguna respecto a qué causó el desgraciado incidente a mi llegada, pero creo que sería mejor olvidarlo, dado que vamos a vivir juntos en este planeta durante algún tiempo.

—¿Un trago? —preguntó Gath.

Recogió la caja y señaló la botella que había encima de la mesa. Llenó dos vasos y ofreció uno de ellos al sacerdote.

—Eso es más de lo que yo pensaba —agregó—, aunque sigo debiéndole una explicación

por lo sucedido ahí fuera. —Miró ceñudo su vaso por un momento y después lo alzó en dirección al otro hombre—. El universo es muy grande y supongo que debemos acomodarnos lo mejor que podamos. ¡Por la cordura!

—¡Que Dios sea con usted! —brindó a su vez el padre Mark.

—Ni conmigo ni con este planeta —objetó Gath en tono tajante—. Y ésa es la esencia del problema.

Bebió medio vaso de un trago y suspiró.

—¿Lo dice para asustarme? —preguntó el sonriente sacerdote—. Le aseguro que no me ha impresionado.

—No pretendía hacerlo. Lo he dicho en un sentido muy literal. Supongo que soy lo que usted llamaría un ateo, de manera que la religión revelada no me interesa en absoluto. En cuanto a estos nativos, tipos arcaicos, sencillos e ignorantes, se las han apañado para llegar hasta aquí sin supersticiones o rasgos deístas..., de ningún tipo. Confiaba en que continuaran lo mismo.

—¿Qué está diciendo? —preguntó el sacerdote con extrema gravedad—. ¿Quiere decir que no tienen dioses, que no creen en el más allá? ¿Que mueren...?

—Mueren y vuelven al polvo, como el resto de los animales. Conocen el trueno y tienen árboles y agua, sin dioses tronantes, duendes arbóreos o ninfas acuáticas. Carecen de diosecillos deformes, tabúes o hechizos que atormenten y limiten sus vidas. Jamás he encontrado otro pueblo primitivo tan absolutamente libre de supersticiones. Y los weskerianos parecen mucho más felices y cuerdos gracias a ello. Me hubiera gustado mantenerlos en ese camino.

—¿Quería apartarlos de Dios...? ¿De la salvación?

Los ojos del sacerdote se desorbitaron, y su rostro demostró cierto disgusto.

—No. Quería apartarlos de la superstición hasta que tuvieran más conocimientos y pudieran juzgarla de un modo realista, sin ser absorbidos y quizá destruidos por ella.

—Está insultando a la Iglesia, señor. Al compararla con la superstición...

—Por favor —dijo Gath, alzando su mano—. Nada de argumentos teológicos. No creo que su asociación pague los gastos de este viaje para tratar de convertirme a mí. Límitese a aceptar el hecho de que he llegado a mis creencias a través de una metódica meditación a lo largo de bastantes años y que ningún tipo de metafísica estudiantil las cambiará. Le prometo no tratar de convertirle..., siempre y cuando haga usted lo mismo conmigo.

—De acuerdo, señor Gath. Tal como me ha recordado, mi misión aquí consiste en salvar estas almas y a eso me atenderé. Pero ¿por qué le fastidia mi trabajo hasta el punto de haber intentado evitar que bajara a tierra? Incluso me amenazó con su pistola y...

El sacerdote se interrumpió y miró el contenido de su vaso.

—¿E incluso le pegué? —inquirió Gath, frunciendo el ceño de repente—. No había razón para hacerlo, y me gustaría decir que lo siento. Acháquelo a mis malas maneras y mi peor temperamento. Viva a solas mucho tiempo y se encontrará haciendo lo mismo. —Meditó sobre sus gruesas manos, extendidas sobre la mesa, leyendo recuerdos en las cicatrices y los callos dibujados en ellas—. Llamémoslo frustración, a falta de una palabra mejor. En su trabajo, sin duda ha tenido infinidad de oportunidades para atisbar lugares aún más oscuros en las mentes humanas, y debería de saber algo sobre motivos y felicidad. He llevado una vida demasiado ocupada para pensar en establecerme y formar una familia, y hasta hace muy poco no me ha hecho ninguna falta. Quizá las radiaciones que se filtran aquí estén reblandeciéndome el cerebro, pero había empezado a considerar un poco a estos peludos y pisciformes weskerianos como mis propios hijos, como si yo fuera responsable de ellos en cierta forma.

—Todos somos hijos de Dios —afirmó el padre Mark en voz baja.

—Bien, aquí hay algunos de sus hijos que ni siquiera imaginan su existencia —replicó bruscamente Gath.

Se sintió de súbito enfadado consigo mismo por permitirse revelar cualquier clase de nobles sentimientos. No obstante, la intensidad de sus emociones se lo hizo olvidar al momento. Se inclinó hacia delante.

—¿No comprende la importancia de eso? Viva algún tiempo con estos weskerianos y descubrirá una vida sencilla y feliz comparable con el estado de gracia del que la gente como usted habla siempre. Llevan una vida *placentera*... y no hacen daño a nadie. Debido a las circunstancias, han evolucionado en un mundo casi estéril, de manera que jamás han tenido la oportunidad de salir de una cultura correspondiente a la edad de piedra, desde el punto de vista material. Pero mentalmente son nuestros iguales, o quizá mejores. Todos han aprendido mi idioma, por lo que me resulta fácil explicarles las numerosas cosas que desean saber. El conocimiento les proporciona una auténtica satisfacción. Tienden a resultar exasperantes de vez en cuando, por que todo hecho nuevo ha de ser relacionado con la estructura del resto de las cosas. Ahora bien, cuanto más aprenden, más rápido se vuelve el proceso. Algún día serán semejantes al hombre en todos los aspectos. Tal vez lleguen a superarnos. Si... ¿Querría hacerme un favor?

—En la medida en que me esté permitido.

—Déjeles solos. O si debe hacerlo, enséñeles historia y ciencia, filosofía, leyes, todo lo que les ayude a enfrentarse a las realidades del universo superior, cuya existencia ni siquiera conocían antes de ahora. Pero no les confunda con sus odios y dolores, culpabilidad, pecado y castigo... Quién sabe el daño que...

—¡Me está usted insultando, señor!

El sacerdote se puso en pie de un salto. La parte superior de su canosa cabeza apenas llegaba a la enorme mandíbula del comerciante, pero eso no le impedía defender lo que consideraba correcto. Gath, de pie también, había dejado de ser el penitente. Los dos hombres se miraron furiosos, como siempre han hecho los hombres, inflexibles en la defensa de sus respectivas verdades.

—¡Es usted quien me insulta a mí! —gritó Gath—. Me insulta con su increíble egocentrismo al creer que su derivada e insignificante mitología, que difiere muy poco de los miles de otras que todavía agobian a los hombres, pueda hacer otra cosa que no sea confundir sus mentes aún puras... ¿No se da cuenta de que creen en la verdad? ¿Que nunca han oído hablar de algo como la mentira? Todavía no han sido instruidos para comprender que otros tipos de mentes son capaces de pensar de un modo distinto al suyo. ¿No querrá ahorrarles esa...?

—Cumpliré con mi deber, que me ha sido impuesto por voluntad divina, señor Gath. ¡Traerles la palabra de Dios a fin de que se salven!

Cuando el misionero abrió la puerta, el viento se apoderó de ella y la batió con violencia. El padre Mark desapareció en la oscuridad y la furia de la tormenta. La puerta osciló de un lado a otro, y una rociada de gotas de lluvia irrumpió en la vivienda. Las botas de Gath dejaron huellas fangosas cuando el comerciante cerró la puerta, eliminando la visión de un Itin sentado impassible bajo la tormenta. El weskeriano se limitaba a esperar que Gath dispusiera de un momento y le confiara parte del abundante conocimiento que poseía.

Un acuerdo tácito les llevó a no mencionar nunca más aquella noche. Al cabo de unos cuantos días de soledad, empeorados por la conciencia que cada uno tenía de la proximidad del otro, se encontraron hablando sobre temas voluntariamente neutros. Gath empaquetó y almacenó sus existencias con toda lentitud, sin admitir jamás que su trabajo había finalizado y podía marcharse en cualquier momento. Disponía de una buena cantidad de interesantes drogas y plantas que se venderían a buen precio. Y no cabía duda de que los artefactos weskerianos causarían sensación en el sofisticado mercado galáctico. Antes de la llegada de Gath, los trabajos manuales de los nativos, muy limitados, consistían en tallas penosamente esculpidas en la dura madera mediante fragmentos de roca. Gath les había proporcionado herramientas y un surtido de materias primas tomadas de sus propias existencias. Nada más.

En pocos meses, los weskerianos no sólo aprendieron a trabajar los nuevos materiales, sino que transformaron sus diseños y formas propias en los más extraños y a la vez más bellos artefactos que el comerciante había visto en toda su vida. Le bastaría presentarlos en el mercado para suscitar una primera demanda. Ya volvería después a buscar una nueva remesa. La única compensación que deseaban los weskerianos eran libros, herramientas y conocimiento. Y Gath sabía que los nativos, gracias a sus esfuerzos,

lograrían entrar en la unión galáctica.

Por lo menos, había confiado en eso. Ahora, el viento del cambio soplaba en la aldea que había crecido en torno a su nave. Gath dejó de ser el centro de atención y el punto focal de la vida comunitaria. Al comerciante no le quedaba otro remedio que sonreír al pensar en su pérdida de poder, pese a que hubiera muy poco humor en su sonrisa. Serios y atentos, los weskerianos seguían haciendo turnos obligatorios como «colectores de conocimiento», pero su antigua asimilación de hechos generales contrastaba en grado sumo con el huracán intelectual desencadenado en torno al sacerdote. Gath les había hecho trabajar antes de entregarles un simple libro o herramienta, mientras que el cura no pedía nada a cambio. Gath había intentado mostrarse progresista al ofrecer sus conocimientos, tratando a los weskerianos como a niños brillantes, pero iletrados. Quería que anduvieran antes de correr, que dominaran un tema antes de pasar al siguiente.

El padre Mark, en cambio, se limitaba a ofrecerles los beneficios del cristianismo. El único trabajo físico que les exigió fue la construcción de una iglesia, un lugar de culto y aprendizaje. De los interminables pantanos del planeta habían surgido más weskerianos, y en cuestión de días posaron el techo sobre una estructura de postes. La congregación dedicaba un pequeño periodo de tiempo todas las mañanas a levantar los muros. Luego, se precipitaban al interior para aprender las prometedoras, exhaustivas e importantísimas verdades del universo.

Gath jamás manifestó ante los weskerianos lo que opinaba acerca de su nuevo interés, sobre todo porque ellos nunca se lo preguntaron. Su sentido del honor o su orgullo le impedían aprovecharse de un oyente ansioso para exponerle sus aflicciones. Tal vez fuera distinto de tocarle el turno a Itin como «colector de conocimiento» —era el nativo más brillante del grupo—, pero su período había terminado un día después de la llegada del misionero, y Gath no volvió a hablar con él desde entonces.

Por lo tanto, se sorprendió mucho cuando, al cabo de diecisiete de los tres veces más largos días weskerianos, encontró una delegación a la puerta de su vivienda cuando salía de ella después del desayuno. Itin actuaba como portavoz. Llevaba la boca ligeramente abierta, lo mismo que otros muchos de los weskerianos. Uno de ellos incluso parecía bostezar, revelando con claridad la doble hilera de agudos dientes y la garganta de un color negro púrpuro. Aquellas bocas impresionaron a Gath como un síntoma de la gravedad de la reunión. Era la única expresión weskeriana que había aprendido a reconocer. Una boca abierta indicaba una emoción fuerte. Felicidad, tristeza, irritación... Jamás se podía estar seguro del significado. Los weskerianos se mostraban apacibles por lo general, y Gath nunca había visto suficientes bocas abiertas como para deducir la causa. En aquel momento, sin embargo, estaba rodeado de ellas.

—¿Querrás ayudarnos, Gath? —dijo Itin—. Tenemos un problema.

—Responderé a cualquier pregunta que me hagáis —repuso Gath, bastante receloso—. ¿De qué se trata?

—¿Hay un Dios?

—¿Qué entiendes tú por «Dios»? —preguntó a su vez Gath.

¿Qué les diría? ¿Qué había sucedido en sus mentes para que le formularan esa pregunta?

—Dios es nuestro Padre Celestial, nuestro Creador y Protector. A Él suplicamos ayuda, y si nos salvamos, encontraremos un lugar...

—¡Ya basta! No existe ningún Dios.

Se quedaron todos con la boca abierta, incluido Itin, mientras miraban a Gath y meditaban sobre la respuesta que les había dado. Las hileras de sonrosados dientes habrían atemorizado a cualquiera que no conociese tan a fondo como Gath a aquellas criaturas. Por un instante, se preguntó si ya habrían sido adoctrinados y le consideraban un hereje, pero desechó la idea.

—Gracias —dijo Itin.

Los weskerianos se marcharon. Aunque la mañana todavía era fría, Gath notó que estaba sudando, sin saber por qué.

La reacción no tardó en producirse. Itin volvió aquella misma tarde.

—¿Querrás venir a la iglesia? —preguntó—. Estudiamos muchas cosas difíciles de aprender, pero ninguna tan difícil como ésta. Necesitamos tu ayuda. Tenemos que oírlos hablar al padre Mark y a ti. Él dice que una cosa es verdad, y tú dices que otra es verdad. Y ambas no pueden ser verdad al mismo tiempo. Debemos averiguar cuál de ellas es verdad.

—Iré, desde luego —contestó Gath, esforzándose por ocultar su repentina sensación de júbilo.

No había hecho nada por lograrlo, pero los weskerianos acudían en su busca de todos modos. Todavía quedaba una esperanza de salvaguardar su libertad.

Hacía calor dentro de la iglesia, y Gath se sorprendió ante la cantidad de weskerianos presentes, más de los que había visto reunidos hasta aquel momento. Había muchas bocas abiertas. El padre Mark estaba sentado frente a una mesa llena de libros. El misionero pareció molesto al verle entrar, pero no pronunció una sola palabra. El comerciante fue el primero en hablar.

—Espero que comprenda que la idea fue de ellos. Que vinieron a buscarme por su propia voluntad y me pidieron que me presentara en la iglesia.

—Lo sé —contestó el sacerdote con aire de resignación—. A veces se muestran muy

difíciles. Pero están aprendiendo y desean creer. Sólo eso me importa.

—Padre Mark, comerciante Gath, necesitamos vuestra ayuda —empezó Itin—. Los dos sabéis muchas cosas que nosotros desconocemos. Debéis ayudarnos a llegar a la religión, cosa no fácil de lograr.

Gath hizo ademán de tomar la palabra, pero cambió de idea. Itin prosiguió:

—Hemos leído las Biblias y todos los libros que el padre Mark nos dio. Una cosa está clara. La hemos discutido y todos nos manifestamos de acuerdo. Esos libros son muy distintos a los que nos dio el comerciante Gath. En los libros del comerciante Gath, existe el universo, que no hemos visto y que no tiene Dios, ya que no se le cita en parte alguna, a pesar de que hemos examinado los textos con mucho cuidado. En los libros del padre Mark, Él está en todas partes y nada ocurre sin Él. Así que unos libros deben de estar equivocados y los otros no.

Desconocemos cómo puede ser eso, pero en cuanto averigüemos la verdad, tal vez lo sepamos. Si Dios no existe...

—Claro que existe, hijos míos —intervino el padre Mark, con un tono de profunda convicción—. Él es vuestro Padre Celestial, nuestro Creador...

—¿Y quién creó a Dios? —inquirió Itin.

El murmullo cesó, y todos los weskerianos sin excepción clavaron sus ojos en el padre Mark. El sacerdote retrocedió un poco bajo el impacto de aquellas miradas. Después, sonrió.

—Nadie creó a Dios, puesto que Él es el único Creador —explicó—. Él ha existido siempre...

—Si Él ha existido siempre, ¿por qué no ha de haber existido siempre el universo, sin necesidad de un creador?

Las palabras de Itin brotaron con la fuerza de un torrente. La importancia de la pregunta era obvia.

—Tened fe, con eso basta —respondió muy despacio, con infinita paciencia, el sacerdote—. Creed simplemente.

—¿Cómo podemos creer sin pruebas?

—Para creer no se necesitan pruebas... ¡Si se tiene fe!

La iglesia se llenó de susurros. Se abrieron aún más bocas, mientras los weskerianos pugnaban por aclarar sus pensamientos entre la maraña de palabras y encontrar el camino de la verdad.

—¿Qué nos puedes decir tú, Gath? —preguntó Itin, y el sonido de su voz acalló los

murmullos.

—Os hablaré del método científico, capaz de estudiar todas las cosas, incluso a sí mismo, y dar respuestas que demuestren la verdad o falsedad de cualquier proposición.

—Sí, así procederemos —afirmó Itin—. Hemos llegado a la misma conclusión. —Mostró un libro voluminoso, y una oleada de asentimiento se extendió entre los asistentes—. Estudiamos la Biblia, tal como nos dijo el padre Mark, y encontramos la respuesta. Dios hará un milagro para nosotros, demostrando así que nos contempla. Y a través de esa señal, le conoceremos e iremos a Él.

—Eso es un pecado de falso orgullo —replicó el padre Mark—. Dios no precisa de milagros para demostrar su existencia.

—¡Pero *nosotros* sí que necesitamos un milagro! —gritó Itin, y pese a no ser humano, su voz reflejó un ansia extrema—. Aquí hemos leído el relato de milagros menores: panes, peces, vino, serpientes... Y muchos de ellos fueron realizados por motivos de menor importancia. Ahora, le basta con hacer... un milagro y nos ganará a todos nosotros. El prodigio de un mundo totalmente nuevo adorándole al pie de su trono, tal como tú nos dijiste, padre Mark. Y nos explicaste la importancia de eso. Lo hemos discutido y hemos llegado a la conclusión de que sólo hay un milagro que nos sirva.

El aburrimiento y el interés más bien distraído que le inspiraba la interminable pugna teológica abandonaron a Gath en una décima de segundo. De haber meditado un poco, habría descubierto mucho antes cómo iba a terminar la discusión. Un ligero giro de su cabeza le permitió ver la ilustración de la página de la Biblia que mostraba Itin. Y supo por adelantado qué imagen iba a presenciar. Se levantó lentamente de su silla, como si se despatarrara, y se volvió hacia el sacerdote.

—¡Prepárese! —susurró—. Salga por la parte de atrás y diríjase a la nave. Yo me ocuparé de ellos. No creo que me hagan ningún daño.

—¿De qué me habla? —preguntó el padre Mark, parpadeando en un gesto de sorpresa.

—¡Váyase de aquí, imbécil! —musitó Gath—. ¿Qué milagro piensa que tienen en la cabeza? ¿Qué milagro se supone que convirtió el mundo al cristianismo?

—¡No! No puede ser. ¡Es imposible!

—¡*Muévase!* —gritó Gath.

Agarró al misionero y le empujó hacia la pared trasera. El padre Mark se tambaleó y retrocedió. Gath se abalanzó hacia él... Demasiado tarde. Los anfibios eran de pequeño tamaño, pero numerosos. Gath se revolvió, y su puño alcanzó a Itin, empujándolo hacia la muchedumbre. Los demás se echaron encima del comerciante, que pugnaba por abrirse paso hacia el cura. Gath peleó desesperadamente... Fue como si luchara contra las olas.

Los peludos y selváticos cuerpos se agolparon a su alrededor. Se debatió hasta que le ataron, y aun entonces continuó resistiéndose. Por último, los golpes que recibió en la cabeza le obligaron a desistir. Le arrastraron hasta el exterior y quedó tendido en el suelo, bajo la lluvia, incapaz de hacer otra cosa que no fuera maldecir y observar.

Los weskerianos eran maravillosos artesanos, por supuesto, y lo reprodujeron todo hasta el menor detalle, siguiendo la ilustración de la Biblia: la cruz, firmemente plantada en la cumbre de la pequeña colina, los relucientes clavos metálicos, el martillo... Desnudaron al padre Mark y le vistieron con un taparrabos de pliegues cuidadosamente dispuestos. Le sacaron de la iglesia. Estuvo a punto de desmayarse a la vista de la cruz. Luego, alzó la cabeza, resuelto a morir como había vivido, apoyándose en su fe.

Pero le resultó muy duro de soportar. Ni siquiera Gath, simple observador, logró aguantarlo. Una cosa es hablar de la crucifixión y contemplar los cuerpos, elegantemente tallados, a la difusa luz de la plegaria. Y otra, muy distinta, ver a un hombre desnudo, con las cuerdas cortando su carne, colgado de unos maderos. Y presenciar cómo se coloca el clavo de afilada punta contra la delicada piel de la palma de una mano, cómo se levanta el martillo con la fría deliberación necesaria para un preciso golpe de artesano. Y por último, oír el confuso sonido del metal que penetra en la carne.

Y escuchar los chillidos.

Pocas personas nacen para ser mártires, y el padre Mark no era una de ellas. Los primeros golpes hicieron sangrar sus labios, salvajemente mordidos por los dientes. Después, abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás. El espantoso y gutural horror de sus gritos se mezcló con el susurro de la lluvia y se reflejó silenciosamente en la masa de weskerianos que contemplaban la escena. Cualquiera emoción abría sus bocas. Ésta afectó a todo su cuerpo. Hilera tras hilera de fauces abiertas reflejaron la agonía del crucificado misionero.

Por fortuna, el padre Mark perdió el conocimiento antes de que el último clavo se hundiera en el lugar correspondiente. La sangre que brotaba de las heridas se mezcló con la lluvia y goteó lentamente, tomando un color rosado al llegar a los pies del sacerdote, mientras la vida abandonaba su cuerpo. En un momento indeterminado de la escena, Gath, que había estado sollozando y tratando de romper sus ligaduras, pese al aturdimiento causado por los golpes recibidos en la cabeza, se desmayó.

Cuando el comerciante recuperó el conocimiento, se encontraba en su almacén. Era de noche. Alguien estaba liberándole de las cuerdas con que le habían atado. El sonido de goteo y salpicaduras indicaba que en el exterior seguía lloviendo.

—¿Itin? —dijo.

No podía ser más que él.

—Sí —musitó la voz del extraterrestre—. Todos los demás están hablando en la iglesia. Lin murió a causa de los golpes que le diste en la cabeza e Ion está muy grave. Algunos dicen que también tú deberías ser crucificado y me temo que ocurra así. O quizá te maten golpeándote en la cabeza. Han repasado la Biblia y allí dice que...

—Lo sé —le interrumpió Gath, sintiéndose en extremo fatigado—. Ojo por ojo. Descubrirás un montón de cosas semejantes en cuanto empieces a buscarlas. Un libro maravilloso...

Le dolía terriblemente la cabeza.

—Debes irte. Llegarás hasta tu nave sin que nadie te vea. Ya hemos tenido bastantes muertes.

Itin, igual que Gath, reflejaba en su voz un cansancio de origen muy reciente. El comerciante se puso en pie y pugnó por mantenerse en dicha posición. Apretó su cabeza contra la dura pared, hasta que cesaron las náuseas...

—El cura está muerto —dijo sin preguntar.

—Sí, hace algunas horas. De lo contrario, yo no habría podido venir a verte.

—Y enterrado, claro, o los demás no estarían pensando en que yo sea el siguiente.

—¡Y enterrado! —casi hubo un matiz emotivo en la voz del anfibio, un eco de la del fallecido sacerdote—. Ha sido enterrado y subirá a los cielos. Así está escrito. El padre Mark se sentirá tan feliz al ver cómo ha terminado todo...

La voz de Itin cedió en lo que parecía un sollozo humano, cosa imposible, claro, puesto que Itin era un extraterrestre, no un hombre.

Gath avanzó con gran trabajo hacia la puerta, apoyándose en la pared para no caer.

—Actuamos como debíamos, ¿verdad? —preguntó Itin.

No hubo respuesta.

—El padre Mark resucitará, Gath. ¿No es cierto?

Gath había llegado a la puerta. La luz procedente de la iglesia, brillantemente iluminada, le permitió ver las heridas de unas manos sangrantes, las suyas, que se aferraban con fuerza al marco. El rostro de Itin apareció borroso ante sus ojos, muy cerca, y Gath sintió las manos del weskeriano, finas, con los múltiples dedos que manejaron los afilados clavos, sujetándole la camisa.

—Resucitará, Gath. ¿No es cierto?

—No. Seguirá en el lugar donde le habéis enterrado. No sucederá nada. El padre Mark ha muerto y muerto seguirá.

La lluvia se deslizó por el pelaje de Itin, y la boca del anfibio se abrió tanto que dio la impresión de prorrumpir en gritos en la desapacible noche. Itin necesitó un enorme esfuerzo para volver a hablar, para expresar sus pensamientos weskerianos en un idioma que le era extraño.

—Entonces, ¿no nos salvaremos? ¿No seremos puros?

—Erais puros —replicó Gath, en parte llorando, en parte riendo—. Ése es el lado horrible, repugnante y atroz del asunto. Erais puros. Ahora sois...

—Asesinos —concluyó Itin.

El agua cayó a borbotones de su inclinada cabeza, antes de desvanecerse en la oscuridad.

Los sacrificables

A. E. Van Vogt

de If, septiembre de 1963

Uno de los más célebres autores durante la edad de oro de Astounding fue Alfred Elton Van Vogt, que hizo vibrar a los lectores con novelas como Slan (1940) y World of Null A (El mundo de los no-A) (1945) y con sus numerosos relatos breves. Luego, en 1950, Van Vogt se vio envuelto en el movimiento dianoético de L. Ron Hubbard y abandonó por completo la ciencia ficción. Su nombre pasó así a la leyenda. Mientras los veteranos alababan sin cesar la gran calidad de los intrincados rompecabezas de Van Vogt, los novatos buscaban con gran diligencia ejemplares de sus obras.

Van Vogt es uno de los pocos escritores de ciencia ficción canadiense. Nacido en Winnipeg, el viernes 26 de abril de 1912 permaneció en Canadá hasta trasladarse a Los Angeles, en 1944 Durante los años treinta, había vendido ya numerosos relatos ajenos a la ciencia ficción a diversas revistas «confesionales», hasta que John Campbell adquirió Black Destroyer (Destructor negro) para Astounding, en enero de 1939. Así empezó la auténtica carrera de Van Vogt.

Siguió escribiendo durante la década de los cincuenta, aunque ya no en el campo de la ciencia ficción, por lo que constituyó un verdadero alarde que Frederik Pohl anunciara en la portada del If de septiembre de 1963: «El primer relato de ciencia ficción de A. E. van Vogt en catorce años, THE EXPENDABLES (Los sacrificables)».

Esta narración señaló el renacimiento de Van Vogt, con una oleada de maravillosas ideas que todavía no se ha debilitado, aunque el escritor sufrió un duro golpe en 1975 con la muerte de su esposa, Edna Mayne Hull.

En 1963, If se esforzaba por alcanzar la supremacía. Pronto iba a conseguirlo, y éste es uno de los relatos que más contribuyó a su triunfo.

La nave espacial *Esperanza del hombre* se puso en órbita en torno a Alta III ciento nueve años después de haber partido de la Tierra.

A la «mañana» siguiente, el capitán Browne informó a sus hombres, colonos de la cuarta y quinta generación, que una nave auxiliar tripulada iba a descender a la superficie del planeta.

—Todo miembro de la tripulación debe considerarse sacrificable —dijo con enorme seriedad—. Este es el día que nuestros bisabuelos, nuestros predecesores, que partieron audazmente hacia la nueva frontera espacial tanto tiempo atrás, aguardaron con valor inquebrantable. No debemos fallarles.

Y concluyó su anuncio a través del circuito de intercomunicación de la gran nave afirmando que los nombres de los ocupantes de la nave de exploración se darían a conocer al cabo de una hora.

—Y sé —añadió— que todo auténtico hombre querrá ver su nombre en la lista.

John Lesbee, el quinto de su linaje a bordo, experimentó una sensación de amilanamiento al escuchar aquellas palabras. Le sobraban motivos para sentirse así.

Dudaba aún si debía o no dar la señal para un desesperado acto de rebeldía, cuando el capitán Browne efectuó el esperado anuncio.

—Y sé que todos vosotros compartiréis con él su momento de gloria al revelaros que John Lesbee irá al frente de la tripulación portadora de las esperanzas del hombre en esta remota zona del espacio. En cuanto a los otros...

El capitán nombró a siete de las nueve personas con las que Lesbee había estado conspirando para apoderarse de la nave. Puesto que la nave auxiliar sólo tenía cabida para ocho, Lesbee comprendió que Browne se quitaba de encima tantos enemigos como le era posible. Con creciente desaliento, escuchó al capitán ordenar que todo el mundo se reuniera en la sala de recreo de la nave.

—Ruego a los tripulantes de la nave de exploración que se reúnan conmigo y los demás oficiales en el escenario. Sus instrucciones son rendirse a todo navío que pretenda interceptarles. Irán equivocados con instrumentos que nos permitan observar desde aquí y determinar la etapa de logros científicos en que se encuentra la raza dominante del planeta.

Lesbee corrió hacia su habitación, en la cubierta de los técnicos, con la esperanza de que Tellier o Cantlin le buscaran allí. Sentía la necesidad de celebrar un consejo de guerra, por muy breve que fuera. Aguardó cinco minutos, mas no apareció miembro alguno de su grupo de conspiradores.

Sin embargo, disponía de tiempo para calmarse. Curiosamente, el olor de la nave contribuía más que nada a su sosiego. Desde los primeros días de su vida, el olor a energía y el aroma del metal sometido a tensión habían sido sus perpetuos compañeros. En aquel momento, con la nave en órbita, esa tensión había disminuido. El olor de la energía era más añejo que nuevo. Pero el efecto resultaba similar.

Ocupó la silla que empleaba para leer. Cerró los ojos y respiró aquel complejo de olores producidos por tantas y titánicas energías. Sentado allí, notó que el miedo abandonaba su mente y su cuerpo. Recuperó el valor y la fuerza. Lesbee admitió con sensatez que su plan para apoderarse de la nave implicaba ciertos riesgos. Y lo que era peor, nadie pondría objeciones a que Browne le hubiera elegido como jefe de la misión. «Probablemente —pensó—, soy el técnico más preparado en toda la historia de esta nave». Browne III se había hecho cargo de él cuando tenía diez años, iniciándole en la penosa carrera de conocimientos que le había conducido a dominar una tras otra las habilidades mecánicas de los diversos departamentos técnicos. Y Browne IV había proseguido la instrucción. Le enseñaron a reparar sistemas de relés. Poco a poco, fue entendiendo el objetivo de infinidad de aparatos en apariencia análogos. Llegó un día en que pudo visualizar la automatización entera. Hacia mucho tiempo que la colosal telaraña de instrumentos electrónicos empotrados se había convertido prácticamente en una prolongación de su sistema nervioso. Durante aquellos años de trabajo y estudio, el quehacer diario de aprendizaje dejaba exhausto su cuerpo. Tras cumplir con su obligación, buscaba gozar de un momento de tranquilidad, y por lo general se retiraba muy temprano a descansar.

Jamás había tenido tiempo para llegar a comprender la complicada teoría que constituía la esencia de las numerosas operaciones de la nave.

Mientras vivió su padre había intentado en numerosas ocasiones transferirle sus conocimientos. Pero era muy difícil enseñar tamañas complejidades a un muchacho fatigado y soñoliento. Lesbee sintió incluso un ligero alivio al morir su padre. El agobio desapareció. Sin embargo, se daba cuenta de que la familia Browne había logrado su mayor victoria al ir reduciendo la destreza poseída por los sucesivos descendientes del capitán original de la nave.

Encaminándose por fin a la sala de recreo, Lesbee se preguntó si acaso los Browne le habrían entrenado como preparación para una misión como la presente.

Sus ojos se dilataron. En caso afirmativo, su propia conspiración se reducía a una mera excusa. En realidad, la decisión de matarle podía haber sido tomada hacía más de una década, a años luz de distancia...

Mientras la nave exploratoria descendía hacia Alta III, Lesbee y Tellier ocuparon el doble sillón de mando y observaron en la pantalla delantera la vasta y nebulosa atmósfera

del planeta.

Tellier era un hombre delgado, un intelectual, descendiente del doctor Tellier, un físico que había realizado numerosos experimentos sobre la velocidad en los primeros días del viaje. Nunca se había comprendido por qué las naves espaciales no conseguían alcanzar siquiera una buena fracción de la velocidad de la luz, y mucho menos superarla. Al morir el científico de manera insospechada, no quedó nadie con los conocimientos suficientes para desarrollar un programa de investigación.

El personal entrenado que sucedió a Tellier creyó de forma vaga que la nave había sufrido una de las paradojas implícitas en la teoría de la contracción de Lorenz-Fitzgerald. Pero fuera cual fuese la explicación, el problema jamás se resolvió.

Observando a Tellier, Lesbee se preguntó si su mejor amigo sentiría el mismo vacío interno que él. Se trataba de la primera vez que Lesbee, o cualquier otro, salía de la gran nave. «Nos dirigimos a una de esas grandes masas de tierra y agua, un planeta», pensó.

Contempló el panorama con fascinación total. La enorme esfera iba haciéndose cada vez mayor.

Se aproximaban a gran velocidad, describiendo una curva prolongada y angular, dispuestos a alejarse en cuanto alguno de los cinturones de radiación naturales sobrepasara sus sistemas de protección. Sin embargo, al irse registrando los niveles de radiación, los contadores mostraron que los mecanismos de la nave respondían adecuada y automáticamente.

De repente, un timbre de alarma rompió el silencio.

Al mismo tiempo, las pantallas se centraron en un punto de luz que se movía a gran velocidad, muy por debajo de la nave. La luz avanzaba como una flecha hacia ellos.

¡Un misil!

Lesbee contuvo la respiración.

Pero el reluciente proyectil cambió de rumbo, dio una vuelta completa, tomó posición a varios kilómetros de distancia y empezó a descender siguiendo a la nave.

El primer pensamiento de Lesbee fue: «Jamás nos dejarán aterrizar». Y le invadió una intensa frustración.

Otra señal lanzó su zumbido desde el tablero de mandos.

—Nos están sondeando —dijo Tellier con voz tensa.

Un instante después de pronunciar estas palabras, la nave pareció temblar e inmovilizarse. Se trataba del inconfundible contacto de un rayo tractor. Su campo de fuerza aferró a la nave, la arrastró, la retuvo.

La ciencia de los habitantes de Alta III estaba revelándose ya como algo formidable.

Bajo los pies de Lesbee, la nave reinició su movimiento.

Todos los tripulantes se acercaron, observando cómo el punto luminoso se resolvía en un objeto que aumentaba cada vez más de tamaño. Lo tenían muy cerca. Era mayor que su nave.

Se produjo un choque de metales. La nave tembló de popa a proa.

—Están ajustando su compuerta a la nuestra —advirtió Tellier, aun antes de que cesara la vibración.

Detrás de Lesbee, sus compañeros iniciaron la serie de bromas peculiares de la persona que se siente amenazada. Una burda comedia que de repente alcanzó el suficiente grado de humor para abrirse paso a través del miedo de Lesbee, que se encontró riendo contra su voluntad.

A continuación, libre de ansiedad por un momento y consciente de que Browne vigilaba la escena y de que no había otra alternativa, dio la orden:

—Abrid la compuerta. Que los extraños nos capturen, tal como se nos ha ordenado.

2

Pocos minutos después de que se abriera la compuerta exterior, la nave extraterrestre realizó idéntica maniobra. Dispositivos impermeabilizados tomaron contacto con la nave exploratoria, aislando ambas entradas del vacío espacial.

El aire siseó en el pasillo que formaban entre las dos naves las compuertas neumáticas. Se abrió una puerta interior en el vehículo alienígena.

Lesbee contuvo de nuevo la respiración.

Hubo un movimiento en el pasillo. Un ser extraño apareció ante los terrestres, avanzando sin vacilación alguna, y golpeó el vidrio de la compuerta con algo sujeto en la punta de uno de sus cuatro brazos correosos. El recién llegado tenía cuatro patas y cuatro brazos, sobresaliendo de un cuerpo alargado y delgado, que se mantenía en posición erecta. Prácticamente no poseía cuello alguno, aunque las numerosas arrugas de la piel entre el tronco y la cabeza indicaban que gozaba de una gran flexibilidad.

En tanto que Lesbee se fijaba en los detalles de su aspecto, el extraño ser volvió un poco la cabeza, y sus dos grandes e inexpresivos ojos se concentraron en el receptor oculto en la pared que fotografiaba la escena, topándose así con los ojos de Lesbee.

Lesbee parpadeó y luego desvió la mirada. Tragó saliva y movió la cabeza en dirección a Tellier.

—¡Abrid! —ordenó.

En el instante en que se abría la puerta interior de la nave terrestre, aparecieron sucesivamente en el pasillo otras seis criaturas de cuatro patas, avanzando con la misma seguridad que la primera. Los siete seres cruzaron la abierta puerta de la nave. Y conforme iban entrando, sus pensamientos penetraron en el acto en la mente de Lesbee...

Cuando Dzing y su grupo de abordaje salieron de la pequeña nave karniana para recorrer la compuerta de conexión, el oficial que ostentaba el mando a bordo le envió un mensaje mental.

«La presión y el contenido de oxígeno están dentro de los valores existentes en la superficie de Karn. No hay duda alguna, pueden vivir en nuestro planeta».

Dzing se introdujo en la nave terrestre y advirtió que se hallaba en la sala de control del vehículo espacial. Allí, por primera vez, vio a los hombres. El y sus acompañantes se detuvieron. Y los dos grupos de seres, los humanos y los karnianos, se observaron mutuamente.

El aspecto de los seres bípedos no sorprendió a Dzing. Con anterioridad, los pulsovisores habían penetrado las paredes metálicas de la nave y fotografiado con exactitud la forma y dimensión de sus ocupantes.

La primera orden a su tripulación pretendía comprobar si los extranjeros se rendían de verdad.

«Dad a entender a los prisioneros que necesitamos que se desnuden como medida de precaución».

Lesbee no estuvo seguro respecto a si aquellos seres recibían o no los pensamientos humanos igual que él recibía los suyos... hasta que se dio la última orden. Desde el primer momento, los extraterrestres mantuvieron sus conversaciones mentales *como si* no conocieran los pensamientos de los seres humanos. Ahora, observó a los karnianos que se acercaban. Uno de ellos le tiró significativamente de la ropa. Y ya no le cupo duda alguna.

La telepatía mental sólo funcionaba en una dirección: de los karnianos a los humanos.

Lesbee empezó a saborear las implicaciones del hecho, mientras se apresuraba a desnudarse... Era absolutamente vital que Browne no lo averiguara.

Se quitó todas sus prendas y, antes de dejarlas caer, tomó cuaderno y pluma. Desnudo, escribió a toda prisa: «Que no Sc sepa que podemos leer las mentes de estos seres».

Pasó el cuaderno a los demás y se sintió mucho mejor cuando todos los hombres lo hubieron leído e hicieron un silencioso gesto de asentimiento con la cabeza.

Dzing se comunicó por telepatía con alguien situado en planeta:

«Los extranjeros han decidido rendirse, es obvio. Sólo subsiste un problema: ¿cómo lograr ahora que nos apresen sin despertar las sospechas de que deseamos que lo hagan?»

Lesbee no captó la respuesta directamente. Sin embargo, la obtuvo a través de la mente de Dzing:

«Empezad a destrozar el bote. Veamos si eso provoca una reacción».

Los miembros del grupo de abordaje karniano obedecieron al instante. Arrancaron los tableros de mando, y las placas del suelo fueron fundidas y rasgadas. Muy pronto, instrumentos, cables y controles quedaron expuestos a la vista. Lo que más interesó a los extraterrestres fueron las numerosas computadoras y sus accesorios.

Browne debía de haber contemplado el destrozo, porque en aquel momento, antes de que los karnianos comenzaran a destrozar la maquinaria automática, sonó su voz:

—¡Atención, tripulantes! Voy a cerrar la compuerta y hacer que el bote describa una cerrada curva a la derecha. Dentro de veinte segundos, exactamente.

Al oír la advertencia, Lesbee y Tellier ocuparon sus asientos y los hicieron girar, de modo que la presión provocada por la aceleración les aplastara contra los respaldos. Los otros hombres se acurrucaron en el maltrecho suelo y se prepararon para el golpe.

La nave dio un brusco bandazo. Y aunque el giro se inició con lentitud, lanzó a Dzing y sus compañeros contra una pared de la sala de mandos. El extraterrestre se aferró con sus numerosas manos a los asideros que habían surgido de repente del liso metal. Cuando el viraje se intensificó, ya había asegurado sus cuatro cortas patas. El resto de la amplia curva lo tomó poniendo en tensión su alargado y bruñido cuerpo. Los demás karnianos le imitaron.

La terrible presión menguó, y Dzing estimó que la nueva dirección del vehículo formaba casi un ángulo recto con la anterior.

Fue informando de los hechos conforme se iban produciendo. La respuesta fue:

«Seguid destruyendo. Observad cómo responden y estad preparados para sucumbir ante cualquier cosa que se parezca a un ataque letal».

Lesbee se apresuró a escribir en su cuaderno: «Nuestro método de capturarlos no tiene por qué ser sutil. Nos darán facilidades. No podemos perder».

Aguardó en tensión mientras el cuaderno pasaba de mano en mano. Seguía resultándole difícil creer que nadie más que él había reparado en cierto detalle respecto al grupo de abordaje.

Tellier añadió otra nota: «Está claro que también estos seres recibieron órdenes de considerarse sacrificables».

Esa observación acabó de resolver la cuestión para Lesbee. Los otros no habían reparado en lo mismo que él. Suspiró de alivio ante aquel falso análisis, puesto que le concedía la mejor de todas las ventajas; la que se derivaba de su educación especial.

En apariencia, sólo él sabía lo bastante para analizar qué eran aquellas criaturas.

La prueba residía en la inmensa claridad de sus pensamientos. Hacía mucho tiempo, en la Tierra, se había establecido que el hombre poseía una vacilante facultad telepática, que sólo podía aprovecharse de manera fiable mediante una amplificación electrónica aplicada *fuera* de su cerebro. La cantidad de energía precisada por el proceso de amplificación bastaba para consumir los nervios cerebrales en caso de que se aplicara directamente.

Y dado que los karnianos la empleaban de modo directo, no se trataba de seres vivos. En consecuencia, Dzing y sus compañeros eran un tipo de robot muy avanzado. Los verdaderos habitantes de Alta III no arriesgaban sus pellejos en lo más mínimo.

Y cosa mucho más importante, Lesbee sabía ya cómo servirse de aquellos maravillosos mecanismos para derrotar a Browne, apoderarse de la *Esperanza del hombre* y emprender el largo viaje de regreso a la Tierra.

3

Sumido en estos pensamientos, miraba a los karnianos, entregados a su trabajo destructor.

—Hainker, Graves —dijo en voz alta.

—¿Sí? —respondieron a la vez los dos hombres.

—Dentro de poco, pediré al capitán Browne que vuelva a hacer virar la nave. Cuando lo haga, usad las pistolas gaseosas.

—Dalo por hecho —repuso Hainker.

Tanto él como Graves expresaron su alivio con una sonrisa. Lesbee ordenó a los otros cuatro tripulantes que se preparasen para maniobrar los dispositivos portadores del gas a elevada velocidad.

—Toma el mando si algo me ocurriese —ordenó a Tellier.

Luego escribió un nuevo mensaje en el cuaderno: «Sin duda estos seres proseguirán su intercomunicación mental después de quedar inconscientes en apariencia. No hagáis caso, ni lo comentéis en modo alguno».

Se sintió mucho mejor cuando sus hombres leyeron la última nota y el cuaderno volvió a sus manos.

—¡Capitán Browne! —dijo, mirando a la pantalla—. Haga otro viraje, a fin de inmovilizarlos.

Y así capturaron a Dzing y sus compañeros.

Tal como Lesbee había supuesto, los karnianos prosiguieron su conversación telepática.

«Creo que lo hemos hecho bastante bien —informó Dzing a su contacto en tierra. Debió de recibir alguna respuesta, porque prosiguió—: Sí, comandante. Ahora somos sus prisioneros, de acuerdo con sus instrucciones, y esperaremos acontecimientos... ¿El método de aprisionamiento? Cada uno de nosotros ha quedado inmovilizado por una máquina que nos ha sido colocada encima, con la sección principal ajustada al contorno de nuestros cuerpos. Una serie de rígidos apéndices metálicos nos fijan los brazos y las piernas. Todos estos dispositivos están controlados electrónicamente. Podemos escapar, por supuesto. Claro que una acción así queda pospuesta de momento...»

El análisis hizo estremecer a Lesbee. Pero no existía para los sacrificables posibilidad alguna de volverse atrás.

—A vestirse —ordenó a sus hombres—. Luego, empezad a reparar la nave. Colocad otra vez las placas del suelo, excepto la sección G-8. Han tocado algunas de las computadoras analógicas y será mejor que me asegure de que todo marcha bien.

Una vez vestido, restableció el rumbo de la nave y llamó a Browne. La pantalla se iluminó al cabo de un momento y apareció en ella el poco satisfecho rostro del capitán de la nave, hombre de unos cuarenta años.

—Deseo felicitarles a usted y a sus hombres por su hazaña —dijo Browne, sombrío—. Al parecer, poseemos una pequeña superioridad científica sobre esta raza. Podremos intentar un aterrizaje restringido.

Puesto que jamás se produciría un aterrizaje en Alta III, Lesbee se limitó a esperar sin comentarios, en tanto que Browne se sumía en sus propios pensamientos.

El capitán reaccionó por fin, aunque todavía con cierta vacilación.

—Señor Lesbee —expuso—, sin duda ya sabe usted que esta situación resulta extremadamente peligrosa para mí... Y para toda la expedición se apresuró a añadir.

Al oír estas palabras, Lesbee se sintió anonadado. Browne no pensaba permitirle regresar a la nave. Y para alcanzar su objetivo personal, debía subir a bordo. «Tendré que poner de manifiesto su conspiración y proceder a una aparente oferta de compromiso», penso.

Respiró hondo y miró a los ojos de la imagen de Browne.

—Me parece, señor —dijo, con todo el valor de un hombre imposibilitado de dar marcha atrás—, que nos hallamos ante una alternativa. Podemos resolver nuestros problemas personales, o bien mediante una elección democrática, o bien compartiendo el mando, siendo usted uno de los capitanes y yo el otro.

Para cualquier otra persona que les escuchara, la observación habría conducido a una conclusión totalmente errónea. Mas Browne comprendió en seguida su importancia.

—¿Así que ha decidido poner las cartas sobre la mesa, señor Lesbee? —replicó en tono despectivo—. Bien, permítame decirle que jamás se habló de elecciones mientras los Lesbee ostentaron el mando. Y por una razón excelente. Una astronave requiere una aristocracia técnica que la dirija. En cuanto a una capitán compartida, no funcionaría.

—Si vamos a quedarnos aquí —se apresuró a contestar Lesbee—, precisaremos al menos dos personas con la misma autoridad, una en tierra y otra en la nave.

—No podría fiarme de usted si le dejas en la nave —fue la rotunda respuesta.

—En ese caso, quédese usted en ella. Todos esos detalles prácticos tienen arreglo.

—¡Su familia no ha ocupado un puesto ejecutivo desde hace más de cincuenta años! —estalló Browne. Debía de estar casi fuera de sí a causa de la intensidad de sus sentimientos personales—. ¿Cómo es posible que todavía se crea con derechos?

—¿Y cómo sabe a qué me refiero?

—El concepto del mando hereditario procede del primer Lesbee —dijo Browne. Había una furia demoledora en su tono—. No figuraba en las órdenes.

—Y sin embargo, usted se benefició de eso, heredando su cargo.

—Es absolutamente ridículo —replicó Browne con los dientes apretados— que el gobierno que regía la Tierra cuando partió la nave, una nave cuyos tripulantes originales murieron hace infinidad de tiempo, nombrara a alguien para un puesto de mando... —y que ahora su descendiente piense que el cargo le corresponde, a él y a su familia, para siempre.

Lesbee guardó silencio, sorprendido por las ocultas emociones que ponía al descubierto aquel hombre. Pensó que su actuación estaba todavía más justificada, si tal cosa era posible. Presentó su siguiente sugerencia sin remordimiento alguno.

—Capitán, nos hallamos en plena crisis. Deberíamos posponer nuestra lucha privada. ¿Por qué no llevamos a bordo a uno de estos prisioneros, a fin de interrogarle empleando películas o actores? Más tarde, discutiríamos nuestras respectivas posiciones.

La expresión del rostro de Browne le indicó que la conveniencia y *las potencialidades* de su propuesta se abrían paso en su mente.

—Vendrá usted solo a bordo —dijo por fin Browne—. Y únicamente con un prisionero. ¡Nadie más!

Lesbee experimentó una emoción aturdidora al ver que el capitán mordía el anzuelo. «Es como un ejercicio de lógica —pensó—. Tratará de matarme en cuanto se vea a solas

conmigo y se sienta seguro de que puede atacar sin peligro. Pero ese plan me llevará a la nave. Y tengo que estar en ella para desarrollar el *mío*».

Browne le miraba ceñudo.

—Señor Lesbee —preguntó—, ¿se le ocurre alguna razón por la que uno de esos seres no deba subir a bordo?

—Ninguna, señor —mintió, denegando al mismo tiempo con la cabeza.

—Muy bien. —Browne parecía haber tomado una decisión—. Le veré dentro de poco. Entonces discutiremos los detalles adicionales. Lesbee no se arriesgó a pronunciar una sola palabra más. Asintió y cerró la conexión. Estaba temblando y se sentía molesto e intranquilo.

«Pero ¿qué otra cosa podemos hacer?», pensó.

Desvió su atención a la parte del suelo que habían dejado al descubierto, siguiendo sus órdenes. Rápidamente se inclinó y estudió los códigos de las diversas unidades de programación, como si comprobara que se trataba de las mismas que habían ocupado en principio aquellas ranuras.

Encontró la serie que quería: un intrincado sistema de unidades interconectadas, diseñado en su origen para programar un método de aterrizaje por control remoto, un avanzado mecanismo Waldo, capaz de hacer aterrizar la nave en un planeta y permitir de nuevo su despegue, toda la operación dirigida mediante el nivel de impulsos del pensamiento humano.

Deslizó todas las unidades en su posición de secuencia y cerró el sistema.

Completada aquella importante tarea, tomó el accesorio de control remoto y se lo metió de modo casual en el bolsillo.

Regresó luego al tablero de mandos y pasó varios minutos examinando la red de conexiones y comparándola con un esquema mural. Diversos cables estaban desconectados. Arregló los desperfectos y al mismo tiempo logró cortocircuitar uno de los principales relés del piloto por control remoto mediante un movimiento de torsión que efectuó con las pinzas.

Volvió a colocar el tablero, pero lo dejó suelto. No tenía tiempo para fijarlo de manera adecuada. Y puesto que podía justificar con facilidad su siguiente maniobra, sacó una jaula del almacén e izó a Dzing a su interior, ligaduras incluidas.

Antes de bajar la tapa, montó en la jaula una sencilla resistencia, con objeto de evitar que el karniano transmitiera al nivel del pensamiento humano. El dispositivo era sencillo, en el sentido de que carecía de selectividad. Incluía un interruptor de dos posiciones, que ponía en movimiento o detenía el flujo energético en las paredes metálicas al nivel del

pensamiento.

Instalado ya el dispositivo, deslizó en su otro bolsillo el mando que lo accionaba. No lo activó. No por el momento.

Dzing emitió un nuevo mensaje telepático desde la jaula: «Es significativo que estos seres me hayan seleccionado para un trato especial. Podríamos llegar a la conclusión de que se trata de una casualidad o, por el contrario, que son muy observadores y me señalaron como jefe de la operación. Sea cual fuere el motivo, sería una tontería regresar ahora».

Empezó a sonar un timbre. Lesbee observó las pantallas. Un punto de luz había aparecido en una de ellas. Se movía velozmente hacia ciertas líneas que se cruzaban en el centro exacto. La *Esperanza del hombre* —representada por el foco de luz—, y la nave auxiliar se desplazaban por lo tanto de manera inexorable hacia el lugar de su cita.

4

—Acuda a la sala de mando inferior —fueron las órdenes de Browne.

Lesbee guió su carretilla eléctrica, con la jaula sobre ella, fuera de la compuerta P de la gran nave... El hombre que manejaba la compuerta era el segundo oficial, Selwyn. ¿Un alto cargo encargándose de una tarea rutinaria...? Selwyn saludó con una sonrisa forzada, mientras Lesbee avanzaba con su cargamento a lo largo del silencioso pasillo.

No vio a nadie más en su trayecto. El resto del personal había sido apartado sin la menor duda de aquella zona de la nave. Un poco más tarde, sombrío y resuelto, depositaba la jaula en el centro de la gran gala y la fijaba magnéticamente al suelo.

Al entrar Lesbee en el despacho del capitán, éste le miró desde uno de los dos asientos de mando. Bajó de la tarima forrada de caucho hasta situarse al mismo nivel que el recién llegado, avanzó sonriente y le tendió la mano derecha. Era un hombre imponente, como habían sido todos los Browne, que le llevaba la cabeza a Lesbee y mostraba un excelente aspecto. Los dos hombres estaban a solas.

—Me alegra que se mostrara tan sincero —dijo—. Dudo que yo le hubiera hablado en términos tan contundentes de no haber tomado usted la iniciativa.

No obstante, mientras se estrechaban las manos, Lesbee experimentó cierto recelo. «Está tratando de recuperarse de la insensatez de su reacción —pensó—. En realidad, le obligué a estallar por completo».

Browne prosiguió en el mismo tono cordial:

—He tomado una decisión —dijo—. Una elección estaría fuera de lugar. La nave abunda en grupos disidentes inexpertos, la mayoría deseando sólo volver a la Tierra.

Lesbee, que albergaba idéntico deseo, mantuvo un discreto silencio.

—Usted será el capitán en tierra —continuó el oficial— y yo el capitán de la nave. ¿Por qué no tomamos asiento ahora mismo y elaboramos un comunicado de mutuo acuerdo, que yo leeré a los demás a través del circuito intercomunicador?

Lesbee se sentó en una silla junto a Browne, pensando:

«¿Qué ventaja representa para él nombrarme públicamente capitán en tierra?»

Por último, decidió con cinismo que para el hombre de más edad suponía la ventaja de contar con la confianza de John Lesbee, con lo cual podría aquietarle, influirle, engañarle y destruirle.

Lesbee examinó el recinto subrepticamente. La sala de mando inferior era una gran cámara rectangular, contigua a los enormes motores centrales, con un tablero de mando duplicado exacto del que existía en el puente de la parte superior de la nave. El gran vehículo espacial podía ser guiado indistintamente desde uno u otro tablero, aunque la prioridad correspondía al puente. El oficial de guardia gozaba del derecho de tomar decisiones importantes en caso de urgencia.

Lesbee efectuó un rápido cálculo mental y dedujo que el primer oficial, Miller, se hallaba de guardia en el puente. Miller era un leal partidario de Browne. Probablemente, el individuo les observaba en una de sus pantallas, preparado para acudir en ayuda de su jefe en caso necesario.

Pocos minutos después, Lesbee escuchaba pensativo a Browne mientras éste leía el comunicado conjunto a través del intercomunicador, designándole capitán en tierra, un poco asombrado y un mucho consternado ante la confianza total que el otro hombre albergaba respecto a su poder personal y posición en la nave. Ascender al principal de sus rivales a un cargo tan alto constituía un paso decisivo.

El siguiente acto de Browne fue asimismo sorprendente. Todavía ante los visores, alargó una mano, palmeó con afectuoso gesto los hombros de Lesbee y se dirigió así a sus auditores:

—Como todos saben, John es el único descendiente directo del capitán original. Nadie conoce con exactitud lo sucedido hace cincuenta años, cuando mi abuelo tomó por primera vez el mando. Pero recuerdo que el anciano se empeñaba en que tan sólo él sabía cómo debían ser las cosas. Dudo que confiara en lo más mínimo en *cualquier* mequetrefe al que no tuviera controlado por entero. A mí me daba la sensación de que mi padre era la víctima, más que el beneficiario, del carácter y el sentimiento de superioridad de mi abuelo. —Esbozó una animada sonrisa—. En cualquier caso, amigos míos, no podemos recomponer los huevos que se rompieron entonces. —Su tono adquirió una súbita firmeza—. Pero sí procurar que cicatricen las heridas, sin negar el hecho de que mi instrucción y

experiencia personal me convierten en el capitán más apropiado para la nave. El capitán Lesbee y yo vamos a tratar de comunicarnos con la forma de vida inteligente que hemos capturado. Se les permite presenciar la entrevista, aunque nos reservamos el derecho a interrumpir la conexión si lo juzgamos preciso. —Se volvió hacia Lesbee—. ¿Qué piensa que deberíamos hacer primero, John?

Lesbee se hallaba ante un dilema. Se había presentado la primera gran duda, la posibilidad de que el otro hombre fuera sincero. Cosa especialmente inquietante puesto que, en tan sólo unos minutos, se revelaría una parte de su plan.

Suspiró y se dijo que no podía echarse atrás en aquel momento. «Tendremos que poner al descubierto toda esta locura. Sólo entonces estaremos en condiciones de empezar a considerar el acuerdo como algo real», pensó.

—¿Por qué no sacamos al prisionero a fin de verle mejor? —propuso con voz firme.

Mientras el rayo tractor alzaba a Dzing, apartándole así de las energías que habían eliminado sus ondas de pensamiento, el karniano entró en contacto telepático con Alta III.

«He sido encerrado en un espacio confinado, cuyo metal posee barreras energéticas contra la comunicación. Ahora trataré de percibir y evaluar la condición y objetivos de esta nave...»

En aquel punto, Browne estiró la mano y cerró el intercomunicador. Ya sin otros ojos que les observasen, se volvió acusador hacia Lesbee.

—¿Por qué no me ha informado de que estos seres se comunican por telepatía?

Su voz sonó amenazadora. En su rostro apareció un rubor indicativo de su cólera.

Era el momento del descubrimiento.

Lesbee vaciló. Luego, se limitó a señalar cuán precaria había sido la relación entre ambos. Concluyó con franqueza:

—Pensé que, manteniéndolo en secreto, lograría permanecer con vida un poco más, cosa que usted no se proponía cuando me envió en la nave exploratoria como sacrificable.

—Pero ¿cómo esperaba utilizar...? —preguntó Browne, con brusquedad. No acabó su frase—. Bueno, no importa.

Dzing estaba transmitiendo de nuevo.

«En muchos aspectos, se trata de un tipo de nave muy avanzada desde el punto de vista mecánico. Los motores de energía atómica están instalados a la perfección. La maquinaria automática actúa de forma magnífica. Existe un enorme equipo energético y poseen un rayo tractor capaz de contrarrestar todos nuestros artefactos móviles. Pero hay

un error en los flujos energéticos de esta nave, algo que carezco de experiencia para interpretar. Voy a facilitar algunos datos...»

Los datos consistieron en diversas medidas de ondas, con toda evidencia, según dedujo Lesbee, las longitudes de onda de los flujos energéticos implicados en el «error».

—Será mejor devolverlo a la jaula mientras analizamos el significado de su charla — dijo Lesbee, con repentina alarma.

Browne siguió la sugerencia. Durante el proceso, Dzing transmitía:

«Si lo que sugiere es cierto, estos seres están a nuestra entera merced...»

En este punto, se interrumpió el contacto.

—Lamento haber cortado la comunicación, amigos míos. —Browne había vuelto a conectar el intercomunicador—. Os interesará saber que hemos logrado sintonizar los impulsos del pensamiento del prisionero e interceptar sus llamadas a alguien situado en el planeta. Eso nos da una ventaja. —Se volvió hacia Lesbee—. ¿No está de acuerdo?

Browne no demostraba ansiedad alguna, en tanto que las últimas palabras de Dzing habían dejado sin habla a Lesbee. *A nuestra entera merced...* El significado estaba bien claro. Se preguntó perplejo cómo era posible que Browne ignorase su vital importancia.

—¡Me siento muy excitado por esa cuestión de la telepatía! —le dijo Browne, pleno de entusiasmo—. Si lográsemos desarrollar nuestros propios impulsos mentales, constituiría un atajo maravilloso para la comunicación. Quizá si recurriésemos al principio del dispositivo de aterrizaje por control remoto, que como usted sabe es capaz de proyectar pensamientos humanos a un nivel simple, tosco, cuando las energías ordinarias se ven turbadas por el intenso campo precisado para el aterrizaje...

Lesbee encontró muy interesante la sugerencia, puesto que precisamente tenía en su bolsillo un control remoto para tales impulsos mentales producidos de manera mecánica. Por desgracia, se trataba sólo del control de la nave auxiliar. Sin duda sería aconsejable sintonizarlo también al sistema de aterrizaje de la gran nave. Un problema en el que ya había pensado con anterioridad. Ahora Browne le abría el camino hacia una fácil solución.

—Capitán —dijo, manteniendo firme su voz—, permítame programar esos computadores analógicos de aterrizaje, mientras usted prepara el proyecto de comunicación mediante película. Así estaremos dispuestos para tratar con él, de una forma u otra.

No suscitó, al parecer, ninguna sospecha en Browne, puesto que accedió al instante.

Siguiendo las órdenes de éste, varios hombres trajeron un proyector y lo montaron con rapidez en un extremo de la sala. El operador y el tercer oficial, Mindel, que habían entrado juntos, ocuparon los dos sillones contiguos al proyector, se ajustaron las correas y

se declararon listos para empezar.

Entretanto, Lesbee llamó a varios hombres del personal técnico. Sólo uno de ellos protestó.

—Pero, John —dijo—, de esa forma nos veremos con un control doble... Y el de la nave auxiliar tendrá prioridad sobre el de ésta. Eso es bastante anormal.

En efecto. Pero daba la casualidad de que el control que Lesbee llevaba en su bolsillo, el único capaz de maniobrar con rapidez, correspondía a la pequeña nave.

—¿Deseas hablar con el capitán Browne al respecto? —preguntó cortante—. ¿Necesitas su visto bueno?

—No, no. —Las dudas del técnico se desvanecieron en apariencia—. Oí cómo te nombraban capitán adjunto. Tú eres el jefe. Se hará como deseas.

Lesbee colgó el teléfono del circuito cerrado por el que hablaba y se volvió. Fue entonces cuando vio que la película estaba dispuesta y que Browne apoyaba las manos sobre los mandos del rayo tractor. El capitán de la nave le miró con aire interrogativo.

—¿Prosigo? —preguntó.

En el penúltimo instante, Lesbee se sintió invadido por la duda. La única alternativa para los planes de Browne consistía en revelar su propio conocimiento secreto.

Vaciló, atormentado por la incertidumbre.

¿Le importaría desconectar eso?

Señaló el intercomunicador.

Volveremos a estar con ustedes en un minuto, amigos anunció Browne a la audiencia.

Cerró la conexión y miró inquisitivamente a Lesbee.

Capitán —dijo éste en voz baja—, debo informarle que traje abordo al karniano con la esperanza de usarlo en su contra.

—Bien, ésa es una admisión franca y abierta —replicó blandamente el oficial.

—Lo menciono porque, caso de que usted tuviera motivos similares, deberíamos aclararlo todo antes de proceder con este ensayo de comunicación.

Un brote de color se esparció por el cuello y la cara de Browne.

—No sé cómo convencerle —dijo por fin, hablando con gran lentitud—, pero le aseguro que no había planeado nada en absoluto.

Lesbee contempló el franco semblante de Browne. De repente, decidió creer en la sinceridad del oficial. Había aceptado el compromiso. La solución de una capitania

compartida le satisfacía.

Lesbee tomó asiento, experimentando una enorme alegría. Pasaron segundos antes de que comprendiera la esencia de aquella excitación tan intensa y agradable. Se debía simplemente al descubrimiento de que..., de que la comunicación daba resultados. Podías decir tu verdad y conseguir que te escucharan..., siempre que dicha verdad tuviera sentido.

Le pareció que su verdad tenía infinidad de sentido. Acababa de ofrecer a Browne la paz a bordo de la nave. Paz a un determinado precio, por supuesto. Pero paz al fin y al cabo. Y en aquella grave contingencia, Browne reconocía toda la validez de la solución.

Todo estaba claro ahora para Lesbee.

Sin dudar más, reveló que las criaturas que habían asaltado la nave auxiliar eran robots, no seres vivos.

Browne asintió pensativo.

—Sin embargo, no entiendo de qué le hubiera servido eso para apoderarse de la nave —comentó por fin.

—Tal como usted sabe, señor —explicó Lesbee con gran paciencia—, el sistema de aterrizaje por control remoto incluye cinco ideas principales, que se proyectan con mucha fuerza sobre el nivel del pensamiento. Tres de ellas se emplean como guía: arriba, abajo y hacia los lados. Campos magnéticos intensos, cualquiera de los cuales podría perturbar en parte el complejo proceso mental de un robot. La cuarta y la quinta son instrucciones para que se produzca la detonación, bien en una dirección, bien en otra. La fuerza de la explosión depende de a qué distancia se conecta el control. Puesto que se utiliza una energía abrumadora, esas sencillas órdenes tendrían prioridad sobre el robot. Cuando éste llegó a la nave, le coloqué un receptor-escudriñador no detectable. El aparato registró dos fuentes de potencia, una hacia delante y otra hacia atrás, a partir del pecho. Por eso lo puse de espaldas cuando lo traje aquí. Pero el hecho es que podría haberlo inclinado, apuntando a un blanco, y activado el cuarto o quinto control, destruyendo así todo lo que se hallara en el camino de la detonación resultante. Como es natural, tomé todas las precauciones para asegurarme de que no sucediera hasta que usted hubiera aclarado sus intenciones. Una de tales precauciones nos permitirá captar los pensamientos de la criatura sin...

Mientras hablaba, metió su mano en uno de sus bolsillos, con la intención de mostrar a Browne el diminuto dispositivo de control de dos posiciones que les capacitaría, desconectando el aparato, para leer los pensamientos de Dzing sin sacarlo de la jaula.

Se interrumpió en su explicación al percibir la desagradable expresión que había asomado de pronto al rostro de Browne.

El corpulento capitán miró fugazmente al tercer oficial, Mindel.

—Bien, Dan —dijo—. ¿Crees que ya lo tenemos?

Lesbee advirtió consternado que Mindel llevaba puestos unos auriculares amplificadores de sonido. Debió de escuchar todas y cada una de las palabras que Browne y él habían pronunciado.

—Si, capitán —asintió Mindel—. Pienso, con toda certeza, que acaba de revelarnos lo que deseábamos averiguar.

Lesbee vio que Browne se soltaba el cinturón de seguridad contra la aceleración y se apartaba de su asiento. El capitán se volvió y le miró, muy erguido.

—Técnico Lesbee —dijo en tono formal—, hemos oído su confesión de haber faltado gravemente a su deber, conspirar para derribar al gobierno legal de esta nave, tramar la utilización de criaturas extraterrestres para destruir seres humanos y otros crímenes abominables. En esta situación en extremo peligrosa, está justificada la ejecución sumaria sin juicio formal. En consecuencia, le sentencio a muerte y ordeno al tercer oficial, Dan Mindel, que...

Titubeó y se detuvo en seco.

5

Habían sucedido dos cosas mientras Browne hablaba. En un gesto por entero automático, convulsivo, un movimiento espasmódico provocado por su consternación, una acción inconsciente, Lesbee apretó el interruptor que eliminaba el aislamiento de la jaula. Liberar los pensamientos de Dzing no le sería de ninguna utilidad. Su única esperanza real, lo comprendió casi al instante, radicaba en la posibilidad de meter la mano en el otro bolsillo de su chaqueta y manipular el control remoto del dispositivo de aterrizaje, cuyo secreto había revelado de manera tan ingenua a Browne.

En segundo lugar, Dzing, libre ya de control mental, envió un mensaje telepático.

«Estoy libre de nuevo. Y esta vez de manera permanente, por descontado. Acabo de activar mediante control remoto los relés que, dentro de poco, pondrán en funcionamiento los motores de esta nave. Y como es lógico, he actuado sobre el mecanismo que gobierna el ritmo de aceleración...»

Sus pensamientos debieron causar un efecto progresivo en Browne, ya que fue en ese momento cuando el oficial hizo una pausa. Dzing continuó transmitiendo.

«He verificado su análisis. Esta nave no posee los flujos de energía interna propios de un vehículo interestelar. Estos seres bípedos, por lo tanto, no han alcanzado el efecto velocidad de la luz, el único que permite llegar a velocidades superiores. Sospecho que llevan varias generaciones en este viaje y que se hallan muy lejos de su base de partida.

Estoy seguro de que podremos capturarlos a todos».

Lesbee alargó el brazo y conectó el intercomunicador.

—¡Todos los puestos de servicio preparados para aceleración de emergencia! —gritó ante la pantalla—. ¡Que cada uno se proteja como pueda! —Se volvió hacia Browne—. ¡Siéntese! *¡De prisa!*

Sus acciones fueron respuestas automáticas ante el peligro. Sólo después de pronunciar sus últimas palabras, pensó que no le inspiraba interés alguno la supervivencia del capitán Browne. Y que, de hecho, aquel hombre se veía en peligro sólo porque se había soltado el cinturón de seguridad para que la pistola de Mindel matara a Lesbee sin dañarle a él.

Desde luego, Browne comprendió el riesgo que corría. Se abalanzó hacia la silla de control, de la que se había apartado tan sólo unos momentos antes. Sus manos extendidas se encontraban todavía a medio metro de ella cuando el impacto de la aceleración uno frenó su movimiento. Se quedó temblando, como un hombre que ha topado con un muro invisible pero tangible.

Un segundo después, la aceleración dos le alcanzó y le arrojó de espaldas al suelo. Empezó a deslizarse hacia la parte trasera de la sala, cada vez más de prisa. Rápido de comprensión, apretó con fuerza las palmas de las manos y las suelas de sus botas de caucho contra el suelo, tratando así de retardar el movimiento de su cuerpo.

Lesbee vio a otra gente, en diversas partes de la nave, intentando salvarse a la desesperada. Gimió. Probablemente el accidente del capitán se repetía por toda la astronave.

Mientras pensaba en ello, la aceleración tres atrapó a Browne. Salió disparado contra la pared, como un cohete lanzado por una catapulta. La pared estaba acolchada con objeto de proteger a los tripulantes, y así, reaccionó como si fuera de goma, haciendo rebotar a Browne. Pero la resistencia del material era tan sólo momentánea.

La aceleración cuatro empotró a medias a Browne en la pared acolchada. El capitán emitió un grito apagado, desde las aprisionantes profundidades del muro.

—¡Lesbee! —chilló—. ¡Emplee el rayo tractor! ¡Sálveme! ¡Lo olvidaré todo! Yo...

La aceleración cinco estranguló sus palabras.

El llamamiento del hombre causó un asombro momentáneo en Lesbee. Le sorprendió que Browne esperara piedad..., después de todo lo sucedido.

No obstante, sus angustiosas súplicas ejercieron cierto efecto en él. Le recordaron que había algo que debía hacer. Con gran esfuerzo, movió brazo y mano hacia el tablero de mandos y concentró un rayo tractor en el tercer oficial y el operador, atrapándoles

firmemente. Un segundo más, y no lo habría logrado. La aceleración aumentaba de manera implacable, imposibilitando todo movimiento. El tiempo transcurrido entre dos incrementos de velocidad consecutivos fue creciendo. Los lentos minutos se prolongaron en lo que le pareció una hora. Y luego, muchas horas. Lesbee estaba sujeto a su sillón, como si le agarraran unas manos de acero. Sus ojos adquirieron un aspecto vidrioso y su cuerpo perdió todo tipo de sensación.

Advirtió algo. El ritmo de aceleración difería del prescrito hacía mucho tiempo por el Tellier original. El incremento real de la presión hacia delante era cada vez menor.

Y notó otro detalle. Ningún pensamiento había salido del karniano durante un largo rato.

De repente, sintió un cambio extraño en la velocidad. Una sensación física de movimiento angular, ligera, muy ligera, acompañaba la maniobra.

Las bandas que semejaban metálicas abandonaron poco a poco su cuerpo. La sensación de entumecimiento fue reemplazada por los pinchazos de miles de agujas diminutas. En lugar de la aceleración que comprimía los músculos, había ahora una presión uniforme.

Se trataba de la presión que en el pasado había relacionado con la gravedad. Esperanzado, trató de moverse, y al lograrlo comprendió lo que había sucedido. La gravedad artificial había sido desconectada. Al mismo tiempo, la nave había dado media vuelta dentro de su casco externo. La fuerza motriz venía ahora de abajo, al empuje constante de una gravedad.

En ese momento, metió la mano en el bolsillo donde guardaba el control remoto de aterrizaje automático... y lo activó.

«Esto debería provocar los pensamientos de Dzing», se dijo con fiereza.

Pero si Dzing transmitía telepáticamente a sus amos, ya no lo hacía al nivel del pensamiento humano. Lesbee se quedó consternado.

El éter permanecía en silencio.

Se dio cuenta de algo más. La nave olía de un modo distinto, mejor, más limpio, más puro...

La mirada de Lesbee se precipitó hacia los indicadores de velocidad, en el tablero de mandos. Las cifras registradas allí resultaban increíbles. Indicaban que la astronave viajaba a una buena fracción de la velocidad de la luz.

Lesbee contempló con fijeza los números, negándose a creer en lo que veía. «No hemos tenido tiempo —pensó—. ¿Cómo podemos haber alcanzado tanta velocidad sólo en unas horas...? ¡Y nos aproximamos a la velocidad de la luz!»

Sentado allí, respirando con dificultad, luchando por recobrase de los efectos de aquella prolongada aceleración, experimentó la fantástica realidad del universo. Durante aquel lento siglo de vuelo a través del espacio, la *Esperanza del hombre* había poseído el potencial preciso para desarrollar una velocidad inmensamente superior.

Visualizó la serie acelerativa que Dzing había programado con tanta pericia, hasta lograr el cambio a un nuevo estado de materia en movimiento. El «efecto velocidad de la luz», lo había denominado el robot karniano.

«Y Tellier no fue capaz de descubrirlo», pensó.

Todos aquellos experimentos tan penosamente realizados por el físico, archivando sus resultados, no le habían conducido al gran descubrimiento.

¡Un fracaso! Y así, una nave cargada de seres humanos había errado durante generaciones por las negras profundidades del espacio interestelar.

Al otro lado de la sala, Browne se puso en pie, vacilante.

—Será mejor que... vuelva al... sillón de mando —balbuceó.

Había dado sólo unos pasos inseguros cuando la comprensión pareció conmocionarle. Fijó una feroz mirada en Lesbee.

—¡Oh! —exclamó.

El sonido surgió de sus entrañas, un jadeo que expresaba su horror. Lesbee lanzó sobre él una serie de rayos tractores.

—Si, Browne —dijo—. Se encuentra usted frente a su enemigo. Será mejor que empiece a hablar. No disponemos de mucho tiempo.

Browne estaba pálido. Pero sus labios habían sido dejados en libertad de movimiento.

—Tomé una medida que cualquier gobierno legal tomaría en una emergencia semejante —dijo en tono muy seco—. Juzgué un caso de alta traición de forma sumaria, tardando sólo el tiempo preciso para averiguar en qué consistía el delito.

Lesbee pensó en la otra persona, en esta ocasión Miller, que se encontraba en el puente. Rápidamente, maniobró hasta tener a Browne frente a él.

—Déme su arma —ordenó—. Con la culata por delante.

Liberó el brazo del hombre, de forma que pudiera llegar hasta la funda y extraer la pistola. Se sintió mucho mejor en cuanto la tuvo en sus manos. Pero aún se le ocurrió algo más.

—Quiero verle encima de la jaula —dijo con aspereza—. Y no deseo que interfiera el primer oficial Miller. ¿Me ha entendido, *señor* Miller?

No hubo respuesta en la pantalla.

—¿Por qué encima de la jaula? —preguntó Browne con ansiedad.

Lesbee no contestó. Manipuló en silencio el control del rayo tractor hasta situar a Browne donde quería. En aquel momento, dudó. Una cosa le inquietaba. ¿Por qué habían cesado los impulsos mentales del karniano? Tenía la terrible sensación de que algo iba muy mal. Tragó saliva.

—¡Levante la tapa! —gritó.

Liberó de nuevo el brazo de Browne. El corpulento individuo estiró la mano con cautela y cumplió lo ordenado. Luego, se apartó un poco y miró a Lesbee con aire interrogativo.

—Mire al interior —exigió éste.

—No pensará ni por un momento que...

Browne se interrumpió para atisbar el interior de la jaula. Dejó escapar un grito:

—¡Se ha escapado!

6

Lesbee discutió con Browne la desaparición.

Hacerlo supuso una abrupta decisión por su parte. No se consideraba capaz de meditar por su cuenta la cuestión de adónde había pasado Dzing.

Empezó por señalar los indicadores en que se computaba la inmensa velocidad de la luz y a continuación aguardó a que Browne asimilara los datos.

—¿Qué sucedió? —se limitó a preguntar después—. ¿Adónde se ha ido? ¿Y cómo hemos podido acelerar hasta trescientos mil kilómetros por segundo en tan poco tiempo?

Bajó al hombretón al suelo y aflojó en parte la tensión del rayo tractor, aunque no del todo. Browne parecía meditar profundamente.

—Bien —dijo por fin—. Sé lo que ha sucedido.

—Explíquemelo.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó Browne, cambiando de tema de modo deliberado.

Lesbee le contempló, incrédulo, durante un instante.

—¿Va a negarse a facilitar la información? —inquirió.

—¿Y qué quiere que haga? Mientras no sepa qué suerte voy a correr, no tengo nada que perder.

Lesbee contuvo un violento impulso de levantarse y pegar a su prisionero.

—En su opinión —preguntó—, ¿resulta peligroso este retraso?

—Yo no tengo nada que perder —repitió Browne. Guardó silencio, pero una gota de sudor se deslizó por su mejilla. La expresión que apareció en el rostro de Lesbee debió alarmarle, ya que se apresuró a añadir:

—Escuche, no hay necesidad alguna de que siga conspirando. Lo que usted desea en realidad es volver a casa, ¿no? ¿No comprende que con este nuevo método de aceleración podemos volver a la Tierra en pocos *meses*?

Y se quedó callado, aparentando una momentánea confusión.

—¿A quién trata de engañar? —replicó furioso Lesbee—. ¡Meses! Estamos a doce años-luz de la Tierra en distancia real. Querrá decir años, no meses.

—De acuerdo, unos años. Al menos, no será toda una vida. Así que, si promete no volver a conspirar contra mí, le prometo a mi vez...

—¿*Usted* me promete? —aulló Lesbee.

El súbito intento de chantaje por parte de Browne le había desconcertado. Sin embargo, el sentimiento pasajero de derrota había desaparecido. Sabía, con ira inflexible, que no iba a soportar más absurdos.

—Señor Browne, veinte segundos después de que yo acabe de hablar, empiece a hacerlo usted. De lo contrario, le aplastaré contra esas paredes. ¡Y no bromeo!

—¿Va a matarme? —Browne estaba pálido—. Es todo lo que quería saber. Escuche, no hay motivo ya para pelear. Podemos volver a casa, ¿no lo comprende? Esta prolongada locura está a punto de concluir. No tiene por qué morir nadie.

Lesbee dudó. El capitán decía la verdad, al menos en parte. Desde luego, intentaba reducir doce años a días o, como mucho, doce semanas. Pero había que confesar que se trataba de un plazo *breve* en comparación con el viaje de un siglo que, hasta entonces, se presentaba como la única posibilidad.

«¿Acabaré por matarle?», se preguntó.

No creía que lo hiciera, dadas las circunstancias. Muy bien. Y si no le mataba, ¿qué? Permaneció indeciso, mientras transcurrían segundos vitales, sin que vislumbrase solución alguna. Desesperado, pensó finalmente: «Tendré que ceder por el momento. Dedicar un solo minuto a pensar en esto significa una absoluta locura».

—Le prometo lo que pide —dijo, luchando contra su intensa frustración—. Si es capaz de imaginar un medio de que me sienta seguro en una nave mandada por usted, tendrá toda mi consideración. Y ahora, señor, empiece a hablar.

—Acepto esa promesa. Lo sucedido aquí corresponde a la teoría de la contracción de Lorenz-Fitzgerald. Sólo que ha dejado de ser una teoría. Estamos viviendo ahora su realidad.

—Pero ¿cómo es posible? Sólo hemos tardado unas horas en alcanzar la velocidad de la luz.

—Al acercarnos a la velocidad de la luz, el espacio se condensa y el tiempo se comprime. Lo que nos parecieron unas horas serían días en un tiempo y un espacio normales.

Lo que Browne explicó después resultó más insólito que incomprensible. Lesbee tuvo que blindar su mente para confinar sus viejas ideas y hábitos de pensamiento, de forma que los rasgos más sutiles de los fenómenos superlumínicos se abrieron paso en su conciencia.

La comprensión del tiempo, dijo Browne, se llevaba a cabo manera gradual. La rápida serie inicial de aceleraciones se proponía sin duda inmovilizar al personal de la nave. Los incrementos subsiguientes coincidían con las maniobras precisas para alcanzar la velocidad de la luz, al fin lograda.

Y puesto que el impulso proseguía, era evidente que la nave encontraba cierta resistencia, quizá procedente de la misma composición del espacio.

No era el momento de discutir detalles técnicos. Lesbee aceptó la notable realidad y se apresuró a preguntar:

—Muy bien, ¿y dónde está Dzing?

—Supongo que él no nos acompañó —contestó Browne.

—¿Qué pretende decir?

—La condensación espacio-temporal no le afectó.

—Pero... —empezó a objetar Lesbee.

—Escuche, no me pregunte cómo lo hizo —le interrumpió Browne—. Me imagino que permaneció en la jaula hasta que cesó la aceleración. Entonces, con toda tranquilidad, se liberó de sus ligaduras eléctricas, salió y se marchó a otra parte de la nave. No tendría prisa alguna puesto que, en aquel momento, operaba a una velocidad unas quinientas veces superior a nuestro ritmo vital.

—Pero eso significa que ha estado ahí fuera durante horas de su tiempo. ¿Para qué?

Browne admitió que ignoraba la respuesta.

—Ahora comprenderá a qué me refería cuando hablé de regresar a la Tierra —indicó con ansiedad—. No tenemos nada que hacer en esta parte del espacio. Estos seres nos

aventajan muchísimo en el aspecto científico. Con toda evidencia, pretendía persuadir a Lesbee. El técnico pensó: «Ha vuelto a *nuestra* disputa. Le importa más que cualquier daño que el enemigo real esté causando».

Pasó por su mente un vago resumen de todo cuanto había leído en torno a la lucha por el poder a lo largo de la historia de la Tierra. Cómo los hombres conspiraban por la supremacía incluso en los momentos en que inmensas hordas invasoras echaban abajo sus puertas. Browne era un auténtico descendiente espiritual de aquellos insensatos.

Lesbee se volvió lentamente y se encaró al enorme tablero. Lo que más le aturdía era no saber qué hacer contra un ser que se movía quinientas veces más rápido que el hombre.

7

Experimentó una repentina sensación de terror ante la idea. En un momento dado, Dzing se había convertido en una mancha. Un punto de luz. Con un movimiento tan rápido que, antes de que la mirada humana lo vislumbrara, el extraño ser se habría ido al otro extremo de la nave... y efectuado el recorrido inverso.

Con todo, Lesbee sabía que se necesitaba un cierto tiempo para atravesar la nave de punta a punta. Veinte o veinticinco minutos, para un ser humano que siguiera el corredor denominado Centro A.

El karniano emplearía seis segundos en el trayecto de ida y vuelta. Expresado así, el lapso de tiempo adquiriría toda su significación. Tras pensar en ello por un momento, tuvo que confesarse todo su desánimo. ¿Qué podían hacer contra una criatura que tenía en su favor una diferencia de tiempo tan grande?

—¿Por qué no emplea contra él ese sistema de aterrizaje por control remoto que montó con mi permiso? —preguntó Browne a sus espaldas.

—Ya lo hice, en cuanto cesó la aceleración —confesó Lesbee—. Pero Dzing debía encontrarse ya en ritmo acelerado.

—Eso no tendría importancia alguna.

—¿Cómo dice?

Lesbee no pudo ocultar su sorpresa. Browne abrió la boca, evidentemente dispuesto a dar explicaciones, pero volvió a cerrarla enseguida.

—Asegúrese de que el intercomunicador está desconectado —pidió a continuación.

Lesbee lo hizo, aun comprendiendo que Browne tramaba algo de nuevo.

—Yo no lo entiendo y usted sí —comentó. Había rabia en su voz—. ¿Me equivoco?

—No.

Browne habló en tono pausado, aunque resultaba obvio que estaba conteniendo su excitación.

—Sé cómo derrotar a esa criatura —continuó—. Eso me coloca en posición de negociar.

Los ojos de Lesbee se redujeron a dos rendijas.

—¡Maldita sea! No hay pacto. ¡O me lo explica o se queda todo en nada!

—En realidad, no trato de complicar las cosas. Tendrá que matarme o llegar a un determinado acuerdo. Deseo saber en qué consiste ese acuerdo. Porque me propongo cumplirlo, claro está.

—Pienso que deberíamos celebrar elecciones.

—Conforme —contestó Browne en el acto—. Empiece a prepararlas. Y ahora libéreme de estos rayos y le ofreceré el truco espacio-temporal más pulcro que haya visto en toda su vida. Y eso significará el fin de Dzing.

Lesbee observó el rostro del otro hombre y vio el mismo semblante franco, idéntica sinceridad a la que había precedido a la orden de ejecución. «¿Qué puede hacer?», pensó.

Consideró numerosas posibilidades. Por último, sumido ya en la desesperación, meditó: «Me aventaja en conocimientos, el arma más indestructible que existe en el mundo. En último término, lo único con que cuento para oponerle es *mi* conocimiento de una multitud de detalles de orden técnico».

No obstante, ¿qué pensaba hacer Browne contra él?

—Antes de liberarle —anunció con tristeza—, voy a ponerle junto a Mindel. Que le dé su pistola y entréguemela.

—Por supuesto —replicó Browne, con indiferencia.

Poco después, le entregaba el arma de Mindel.

«Miller está en el puente —pensó Lesbee—. Tal vez le haya hecho una rápida señal a Browne mientras yo me encontraba de espaldas al tablero de mandos».

Cabía en lo posible que Miller, al igual que Browne, hubiera permanecido incapacitado durante el período de aceleración. Resultaba vital para él averiguar su condición actual.

Conectó el intercomunicador que unía ambos cuadros de mando. El rostro severo y arrugado del primer oficial apareció en la pantalla, ocupándola casi por completo. Lesbee divisó los contornos del puente detrás del individuo y, más lejos, la negrura estrellada del espacio.

—Señor Miller —dijo cortésmente—, ¿cómo le ha ido con la aceleración?

—Me pilló por sorpresa, capitán. Una auténtica paliza. Creo que estuve inconsciente

durante algún tiempo. Pero ya me he recuperado.

—Perfecto. Probablemente ya lo habrá oído. El capitán Browne y yo hemos llegado a un acuerdo y nos disponemos a destruir a la criatura que anda suelta por la nave. ¡Manténgase alerta!

Y con todo cinismo, interrumpió la conexión.

Así que Miller continuaba allí, en perfectas condiciones, aguardando. Ahora bien, la cuestión seguía siendo la misma. ¿Qué podía hacer Miller? Había una respuesta obvia: Miller tenía prioridad para hacerse cargo de la nave. ¿Y de qué le serviría eso?, se preguntó Lesbee.

Bruscamente, se le apareció la respuesta. Al menos, así lo creía.

Había estado forzando su mente en busca de la contestación propia de un técnico. Ahora veía claro el plan de Browne. Esperarían a que bajara su guardia por un momento. Entonces Miller haría uso de su prioridad, desconectaría el rayo tractor que atenazaba a Browne y se apoderaría de Lesbee con la misma arma.

Los dos oficiales debían evitar a toda costa que Lesbee disparara la pistola contra Browne. «El único detalle capaz de inquietarles —pensó Lesbee—. Ninguna otra cosa les detendrá».

Con regocijo desenfrenado, resolvió que la solución consistía en permitir que se cumpliera su designio. Pero antes de que tal cosa sucediera...

—Señor Browne —dijo con calma—, creo que debería facilitarme su información. Si me muestro conforme en que se trata en efecto de la solución correcta, le liberaré y celebraremos elecciones. Usted y yo nos quedaremos aquí hasta que concluyan los comicios.

—Acepto su promesa —replicó Browne—. La velocidad de la luz es una constante y no varía en relación a los objetos móviles. Este principio se aplica también a los campos electromagnéticos.

—En ese caso, Dzing resultó afectado por el mecanismo de control remoto que yo conecté.

—En el acto. Jamás tuvo la posibilidad de hacer un solo movimiento. ¿Qué potencia utilizó, Lesbee?

—Tan sólo la primera fase. Pero los impulsos mentales accionados por el aparato interfirieron prácticamente con todos los campos magnéticos de su cuerpo. A partir de entonces, Dzing quedó incapacitado para toda acción coherente.

—Debió de ser así —contestó Browne en voz baja—. Le descubriremos descontrolado en cualquiera de los corredores, a nuestra merced. —Esbozó una mueca—. Ya le dije que

sabía cómo derrotado. Porque en realidad ya estaba derrotado.

Lesbee, con los ojos entornados, estudió la cuestión durante unos segundos interminables. Aceptaría la explicación, pero tendría que realizar determinados preparativos. Y muy de prisa, antes de que Browne recelara algo a causa de su retraso.

Se volvió hacia el tablero y conectó el intercomunicador.

—Atención, tripulantes —dijo—. Vuelvan a ponerse los cinturones. Ayuden a los heridos a que lo hagan. Cabe en lo posible que se produzca otra emergencia. Disponen de varios minutos, creo, pero no pierdan tiempo.

Desconectó el intercomunicador y activó el circuito cerrado que comunicaba con las secciones técnicas.

—Orden especial para el personal técnico —expuso rápidamente—. Informen de cualquier detalle anormal, en particular si formas de pensamiento extrañas circulan por su mente.

La respuesta llegó poco después.

—No me puedo quitar de la cabeza que me llamo Dzing —afirmó la penetrante voz de un hombre—. Y estoy tratando de informar a mis amos. ¡Chico, ni siquiera sé lo que me digo!

—¿En qué parte de la nave te encuentras?

—En la sección D4-19.

Lesbee apretó los botones que le ofrecerían una imagen televisiva de aquella zona en particular. Casi al instante, localizó un débil resplandor próximo al suelo.

Investigó brevemente y ordenó que un pesado desintegrador móvil fuera llevado al corredor. Cuando cesó la colosal energía del aparato, Dzing se había reducido a una mancha oscura sobre la lisa superficie.

Mientras se desarrollaban todos estos acontecimientos, Lesbee no cesó de vigilar a Browne, sosteniendo con firmeza en su mano izquierda la pistola de Mindel.

—Bien, señor —dijo—. No hay duda de que ha cumplido lo que prometió. Permítame un momento. Voy a desembarazarme de esta arma y cumpliré mi parte del trato.

Y se dispuso a hacerlo. De pronto se detuvo, y no por compasión. Había estado pensando en lo más profundo de su mente en la afirmación de Browne de que el viaje a la Tierra podría efectuarse en meses. El capitán se retractó después de ella, pero el tema había preocupado a Lesbee desde entonces. De ser eso cierto, no había necesidad de que muriese nadie.

—¿Qué razón le movió a decir que el viaje de vuelta sólo precisaría de..., de menos de

un año? —preguntó.

—La tremenda compresión del tiempo —se apresuró a explicar Browne—. La distancia, tal como usted indicó, es de doce años-luz. Pero con una relación de tiempo de trescientos, cuatrocientos o quinientos a uno, la cubriremos en menos de un mes. Al hablarle de ello por primera vez, me di cuenta de que las cifras le resultarían incomprensibles, dado el estado de tensión en que se hallaba. De hecho, apenas me atrevía a creerlo yo mismo.

—¡Dios mío! Regresar a la Tierra en un par de semanas... Escuche, le acepto como capitán. No necesitamos elecciones. El *statu quo* actual no plantea ningún problema para un breve período de tiempo. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto. Ahí pretendía llegar yo.

El rostro de Browne hacía gala de una extrema candidez.

Lesbee observó aquella máscara de inocencia y pensó desesperado: «¿Qué sucede? ¿Por qué da la impresión de no estar realmente de acuerdo? ¿Será porque no desea perder el mando con tanta rapidez?»

Sentado allí, sintiéndose desdichado, luchaba por salvar la vida de su contrincante. Trató de situarse mentalmente en la posición del capitán de una nave, intentó contemplar la perspectiva de un cambio de opinión. Era difícil imaginar esa realidad. Sin embargo, en aquel preciso instante le pareció comprenderlo todo.

—Sería una vergüenza, en cierto modo —aventuró con cautela—, regresar sin haber efectuado un aterrizaje útil en alguna parte. Con esta nueva velocidad, nos hallamos en condiciones de visitar una docena de sistemas solares y, no obstante, volver al hogar en un año.

La expresión que se pintó en el semblante de Browne por un fugaz instante reveló a Lesbee que había calado bien hondo en el pensamiento del capitán.

Una décima de segundo después, Browne sacudía vigorosamente la cabeza.

—No es momento para expediciones secundarias —dijo—. Futuras expediciones se encargarán de la exploración de nuevos sistemas solares. La gente de esta nave ya ha completado su servicio. Regresaremos directamente a la Tierra.

Su rostro se había relajado por completo. Sus ojos azules reflejaban un brillo de sinceridad.

A Lesbee no le quedaba nada más que decir. El abismo que les separaba se había hecho infranqueable. El capitán debía eliminar a su rival si quería regresar por fin a la Tierra e informar de que la misión encomendada a la *Esperanza del hombre* se había cumplido.

Lesbee se metió la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta, procurando que su acción fuera bien visible. Luego, aparentando tomar precauciones, manejó el rayo tractor para atraer a Browne a metro y medio de distancia. Le dejó en el suelo, le liberó del rayo y, con gestos asimismo elocuentes, apartó su mano de los mandos. De ese modo, en apariencia quedaba por entero indefenso.

Completamente vulnerable.

Browne se abalanzó hacia él, al tiempo que gritaba:

—¡Miller! ¡La prioridad es tuya!

El primer oficial Miller obedeció la orden de su capitán. Lo que ocurrió entonces sólo había sido previsto por Lesbee, el técnico que conocía a la perfección infinidad de detalles.

Durante años, había observado que, cuando se le concedía a la sala de mando inferior la prioridad sobre el puente, la nave aceleraba un tanto. En el caso contrario, la nave desaceleraba al instante de forma similar. En ambos casos, algo menos de ochocientos metros por hora.

Los dos tableros de mandos no estaban sincronizados de manera perfecta. Los técnicos solían burlarse de ese detalle, y Lesbee había leído en cierta ocasión una oscura explicación sobre la discrepancia. Se relacionaba con la imposibilidad de refinar dos metales hasta alcanzar la misma precisión de estructura interna.

Se trataba de algo sabido de siempre: dos objetos jamás son exactamente iguales. Sólo que en épocas pasadas la diferencia carecía de importancia. Se consideraba como una curiosidad técnica, un interesante fenómeno de la ciencia metalúrgica, un problema práctico que obligaba a maldecir a los mecánicos, aunque sin mala intención, cuando los técnicos como Lesbee les pedían que elaboraran una pieza de recambio.

Por desgracia para Browne, la nave viajaba en aquel momento a casi la velocidad de la luz.

Las fuertes manos del hombretón, estiradas hacia el más liviano cuerpo de Lesbee, tocaban ya el brazo de éste cuando se produjo la momentánea deceleración. El puente acababa de tomar el control de la nave. La repentina pérdida de velocidad fue más importante de lo que esperaba el propio Lesbee. Sin duda, para vencer la resistencia del espacio al movimiento hacia delante de la nave se precisaba más potencia motriz de la que él había pensado. Era preciso un tremendo impulso para mantener una aceleración equivalente a una gravedad.

En un segundo, la gran astronave redujo su velocidad en cerca de doscientos cuarenta kilómetros por hora.

Lesbee recibió el impacto de la deceleración en parte contra su espalda y en parte contra un costado, puesto que había girado un poco para defenderse del ataque de Browne.

El capitán, sin nada a qué asirse, salió despedido a doscientos cuarenta kilómetros por hora. Chocó contra el tablero de mandos con un golpe perfectamente audible y se quedó allí, como pegado al material. Después, una vez completado el ajuste, cuando la *Esperanza del hombre* volvió a desplazarse a una gravedad, el cuerpo de Browne se escurrió por el lateral del cuadro de control, hasta yacer contraído sobre la plataforma de caucho.

Su uniforme aparecía descolorido. Lesbee le miró. La sangre que brotaba de él iba empapando el suelo.

—¿Piensas celebrar elecciones? —preguntó Tellier.

La gran nave, al mando de Lesbee, había vuelto atrás para recoger a sus amigos. La nave exploratoria, con el resto de los karnianos a bordo, fue situada en órbita en torno a Alta III y abandonada.

Los dos jóvenes estaban sentados ahora en el camarote del capitán. Al formularle la pregunta, Lesbee se recostó en su sillón y cerró los ojos. No precisaba examinar su resistencia total a la propuesta. Ya había saboreado las mieles del mando. Casi desde la muerte de Browne, observó que empezaba a pensar de la misma forma que el fallecido capitán. Entre otras cosas, aceptaba sus razonamientos sobre lo inconveniente de celebrar elecciones a bordo de una astronave. Eleesa, una de sus tres esposas, la más joven de las dos jovencísimas viudas de Browne, les sirvió vino y abandonó la estancia en silencio. Esperó a que desapareciera. Luego, soltó una tétrica carcajada.

—Mi buen amigo —dijo—, todos nos alegramos mucho de que el tiempo se comprima tanto a la velocidad de la luz. Con esta compresión de quinientas veces, cualquier exploración a que nos decidamos requerirá unos meses, unos años como mucho. Y así las cosas, no creo que debamos exponernos a una derrota electoral de la única persona que conoce los detalles sobre el nuevo método de aceleración. Hasta que determine con exactitud cuántas exploraciones vamos a llevar a cabo, mantendré en secreto nuestras posibilidades técnicas. Pero pensaba, y sigo pensando, que otra persona debería saber dónde tengo archivada esa documentación. Como es natural, he elegido al primer oficial Tellier.

—Gracias, señor —contestó el joven en tono oficial. En seguida adoptó un aire visiblemente pensativo, mientras apuraba su vaso de vino—. De todos modos, capitán, creo que te sentirías mejor si convocaras las elecciones. Estoy seguro de que las ganarías.

Lesbee se rió tolerante y denegó con la cabeza.

—Me temo que no comprendes la dinámica del gobierno. No existe un solo caso en toda la historia en que una persona en posesión del poder renunciara a él. —Y con la indiferente confianza que proporciona el poder absoluto, añadió—: No voy a ser tan presuntuoso como para oponerme a tamaño precedente.

Niño problema

Arthur Porges

de Analog, abril de 1964

*Arthur Porges fue uno de los escasos autores estadounidenses que escribió regularmente relatos de ciencia ficción, amenos y originales, durante la década de los cincuenta y principios de los sesenta. Nació en Chicago, el viernes 20 de agosto de 1915, y recuerda que el horror y la ciencia ficción le fascinaron a edad muy temprana. En 1940, se graduó en el Instituto Tecnológico de Illinois y ejerció como profesor universitario de matemáticas, profesión de la que se ha retirado recientemente. Su primer relato vendido fue *Modeled in Clay* (Modelado en arcilla), adquirido por *The Star Magazine* en agosto de 1950. En el campo de la ciencia ficción se presentó en 1951, con *The Rats* (Las ratas), en el *F and SF* de diciembre.*

*Durante dicha década, escribió numerosos relatos, adquiriendo mayor fama en los géneros de horror y misterio que en el de la ciencia ficción, pese a un flujo constante de narraciones como *The Fly* (La mosca) (1952), *The Ruum* (1953) y *The Rescuer* (El rescatador) (1962). Sus obras giraban en torno a una sencilla idea argumental, pero estaban presentadas con un habilidoso toque de originalidad, que las convertía en memorables. El relato siguiente me entusiasmó ya la primera vez que lo leí, hace diez años. Sencillo y breve, conserva su tremenda eficacia.*

En mi opinión, es una vergüenza que no exista una sola colección de obras de Arthur Porges. Además, el autor ha dejado de escribir hace poco tiempo. Una triste pérdida para el género, aunque confío en que algún día acabaremos por recuperarle.

Si es posible aliviar el dolor absorbiéndose en el trabajo mental, el matemático se cuenta entre los hombres más afortunados. Más allá de las bien cultivadas llanuras del análisis básico, se alzan por todas partes los picos no escalados de los grandes problemas, algunos de ellos acometidos durante generaciones, siempre sin éxito. Y rodeando estos picos, o extendiéndose hacia el horizonte, fuera del alcance de la vista, imperios inexplorados aguardan a sus inevitables conquistadores.

El profesor Kadar era como el hombre que entrevé el paraíso, sintiéndose incapaz de encontrar un sendero a través del intransitable terreno que se interpone entre ambos. Había ensayado pacientemente centenares de rutas, todas prometedoras, para toparse en el último momento con el mismo abismo profundo, la señal de «carretera cortada».

Acababa de llegar a un nuevo punto muerto. Dejó caer el bolígrafo, suspiró y hundió la cabeza entre las manos. Entonces, se oyó un sonido débil, de succión. El profesor alzó los ojos. Había olvidado por un instante, una virtud del espinoso análisis que ocupaba un montón de copias amarillas.

¿Cuánto tiempo llevaba allí el niño? Iba y venía de modo tan silencioso aquellos días... Encaramado en el alto taburete cromado, un asiento incongruente para un niño de tres años, permanecía sentado igual que un Buda frente a su padre. Y siempre con la misma mirada de introversión. Su faz enjuta, que conservaba la expresión típica del recién nacido, adquirida en la matriz, había acabado por parecerle oriental a Kadar. No, no se trataba de un idiota mongoloide, le aseguró el psicólogo clínico. Simplemente, de un niño atrasado.

Los ojos del profesor, hundidos y melancólicos, se encontraron con los de Paul, que tenían, pensó Kadar, un sesgo inequívoco. Se sintió consciente, con mayor fuerza que nunca, de la dulzura y placidez de su hijo. Resultaba curioso que esas cualidades fueran tan características del niño mentalmente retrasado. Como si la naturaleza deseara compensar a los defraudados padres. Claro que tal compensación parecía muy insuficiente. Y en este caso, cuando recordaba que Eleanor había fallecido al dar a luz a este pequeño vegetal —¿y cómo podía olvidarlo, ni por un momento, ni siquiera cuando el camino del paraíso se abría ante él?—, no representaba alivio alguno.

Los ojos oblicuos, pequeños y oscuros, bizquearon de nuevo. ¿Oriental o gitano? Muchos húngaros tenían sangre gitana. ¿O acaso los doctores, todos aquellos expertos a quienes había consultado, se equivocaban y Paul era a fin de cuentas mongoloide?

Nombres, reflexionó Kadar con amargura. ¿Qué significaban? En matemáticas, existían los términos «anillo», «ciclo», «ideal»... El término carecía de importancia. Sólo importaba el lugar que algo ocupaba en la estructura. Jamás las cosas en sí, sino las relaciones entre ellas. Sólo eso contaba. ¿Qué relación había entre Paul y el mundo, ahora y en el futuro?

De momento, no era más que un niño, menos que un niño en muchos aspectos. Y la señora Merrit, una mujer amable y maternal, ni inteligente ni educada, pero cordial. A Paul le gustaba aquella mujer, no cabía duda..., en caso de que el niño reaccionara ante alguien, cosa muy dudosa. Su expresión normal, trasladada a un adulto, hubiera sugerido un profundo aburrimiento.

El profesor meditó en las pruebas, las interminables y costosas pruebas. Adminículos de color, bloques, cuerdas, formas geométricas que debían ser comparadas... Y los hombres y mujeres jóvenes y despiertos que presidían los rituales. Paul les había confundido a todos. Kadar experimentó una perversa oleada de satisfacción al pensarlo. El chico no cometió errores. Se negó a cooperar, eso fue todo. Una actitud que no provocaba regocijo, por supuesto. La apatía indicaba una lesión cerebral aún más grave, pensaron los médicos al parecer. Y los electroencefalogramas de Paul revelaron ciertamente una anomalía que recordaba la de un epiléptico grave.

El niño se chupó los labios otra vez y de nuevo de su garganta surgió aquel tenue sonido. Por un momento, sus ojos miraron hacia el exterior. Al topar con la sombría mirada de Kadar, Paul se bajó torpemente del taburete y salió de la habitación, moviéndose con el paso más bien desequilibrado de un anciano sedentario.

«Va en busca de la comida», pensó Kadar. ¿Por qué la señora Merrit no llamaba al niño, en lugar de permitirle que actuara por su cuenta? «La culpa es mía —se dijo de inmediato—. Dejo que ella le eduque, mientras intento olvidar a Eleanor (y también a él, sí) absorbiéndome en mi trabajo. Por otro lado, ¿por qué imponer disciplina a un niño que jamás se rebela?» La dulce placidez de Paul se reflejaba en sus actitudes infantiles. Comía todo cuanto se le ofrecía..., si bien sólo cuando tenía hambre. Nunca lloraba. Se quedaba tranquilo en su cama cuando le acostaban, y rara vez se levantaba hasta que la señora Merrit llegaba a la mañana siguiente, aunque la buena mujer mencionaba de vez en cuando, con cierto asombro, que solía encontrar a Paul despierto, tumbado bajo las lisas sábanas, con los ojos muy abiertos.

Aparte de ese detalle, la única manía del chico consistía en su afición al elevado taburete. A los dos años, ya había mostrado su preferencia por aquel llamativo objeto, sentándose en él para contemplar a la señora Merrit entregada a sus quehaceres en la cocina y el comedor.

Luego, siguiendo al profesor, como movido por un impulso, empezó a llevar el taburete al despacho de Kadar, frente al gran escritorio donde éste trabajaba. Y Paul había llegado a preferir ese lugar. Todos los días, mientras Kadar emborronaba hojas y más hojas, el niño se sentaba allí durante un mínimo de tres horas, fascinado a veces en apariencia por el movimiento y el siseo del bolígrafo sobre el papel, pero en general con los ojos en blanco y desenfocados.

La señora Merrit, como es lógico, consideraba dicha actitud escandalosa e insana. Pasó varias semanas tratando de interesar al niño en diversos juegos, sin lograrlo. Si los expertos psicólogos habían fracasado, pensó irónicamente Kadar, ¿cómo iba a triunfar una mujer, su ama de llaves, siempre atareada en cocinar y limpiar la casa?

Hasta los niños retrasados mentales podían ser excelentes artistas. Cuando pusieron entre las manos de Paul lápices de colores y grandes hojas de papel, se limitó a trazar tímidamente algunas rayas. Después, perdió todo interés por ellas.

El chico debería hacer algo de ejercicio como mínimo, había insistido la señora Merrit. Y el profesor había comprado un laberinto de barras, descubriendo, para su sorpresa, que Paul accedía a trepar por ellas durante media hora de vez en cuando. Sin embargo, Kadar sospechaba que tal acto se debía simplemente a la urgencia de alcanzar una posición más elevada desde el punto de vista físico. ¿Acaso el niño buscaba un equivalente a la estatura de los adultos que le rodeaban? ¿Constituía aquello la única fisura en su apatía?

Paul volvió al despacho y se acercó al taburete.

—Ven aquí, hijo —dijo el profesor, tratando de establecer una relación que siempre fracasaba.

Paul obedeció, dócil y silencioso. Kadar miró los rasgados ojos, en busca de alguna muestra de cordialidad. Sí, había lucecitas en el interior, pero no comunicaban nada comprensible para el profesor. Pasó una mano por el sedoso cabello del niño, revolviéndolo, y Paul se echó hacia atrás. Sin alarmarse, pero rechazando el acto. El profesor experimentó un repentino deseo de abrazar a su hijo, mas lo reprimió, sin saber exactamente por qué. Paul regresó al taburete, trepó a él con sus extraños y desequilibrados movimientos y se sentó de manera desmañada, bizqueando de nuevo.

Kadar recordó entonces que Eleanor mostraba a veces un aspecto similar, una expresión de profunda comunión consigo misma. Y además... Y además, también el tío Janos había tenido el mismo aspecto a menudo. El loco de Janos, que fracasaba en todo cuanto emprendía. Y pensándolo bien, ¿acaso Janos no poseía también rasgos orientales? Hacía muchísimo tiempo de aquello, en Hungría. Kadar no conseguía recordarlo. Para colmo, Janos había muerto cuando su sobrino era un niño todavía.

El profesor cogió una hoja de papel en blanco y prosiguió su búsqueda del camino que llevaba al paraíso. Cincuenta páginas de la investigación más avanzada, un nuevo campo de la matemática. Un lugar junto a Gauss, Abel y Galois..., si encontraba la ruta. Si determinada serie convergía en un número irracional, el teorema principal, con todas sus implicaciones, sería válido. Pero la confirmación seguía dándole la espalda. Basta, ¡basta por hoy! Le ardía la cabeza. Seguiría intentándolo con la mente renovada, igual que Poincaré y las funciones de variable compleja. En eso radicaba su única esperanza. No obstante, Kadar sabía que así no resolvería nada. Sólo un enfoque nuevo, revolucionario,

echaría abajo el muro de acero.

Kadar salió del despacho tambaleándose un poco, casi como Paul cuando andaba. Se preparó un martini y lo bebió a pequeños sorbos, sintiendo que parte de la tensión abandonaba sus músculos. La señora Merrit le preparó un emparedado caliente a toda prisa. La mujer se había resignado al comportamiento del profesor y prefería no intentar reformarlo.

—Dígame —le preguntó Kadar—, ¿no ha intentado Paul decir nada todavía? ¿Nada en absoluto?

—No —replicó la mujer, reflejando en su mirada una inmensa compasión—. Sólo emite ruiditos con la garganta. Pero el niño comprende las cosas, estoy segura. Ya sabe que siempre hace lo que se le pide.

—Lo sé. Y me parece poco normal. Nunca una travesura. No se rebela jamás. Nada. Un vegetal... Dulce e insípido, como un melón malogrado.

Y recordó a Eleanor, vital, despierta, animada, una belleza sin trucos ni afectación, una persona cálida y sin sentimentalismos. Ese hijo no había nacido de Eleanor y él, sino del loco Janos. Una mala pasada típica de la herencia: genes, ADN y Janos, terminando en Paul Kadar, hijo del hombre al que el *American Men of Science* dedicaba cinco párrafos.

Dejó el emparedado casi sin probarlo y volvió al despacho. «No trabajaré —se dijo—. Bueno, quizás eche un vistazo a las ecuaciones. Debo permitir que mi mente se refresque, nada conseguiré si continúo aguijoneándola». En las profundidades de su cerebro sonó un débil timbre de alarma. ¿Y si el teorema era falso? ¿Qué pasaría entonces? Cincuenta hojas de garabatos absurdos, una estructura magnífica desprovista de cimientos.

Entró en su despacho y se dirigió a la mesa. La hoja superior yacía allí, burlándose de él... ¡Un momento! ¿Qué significaba aquello? La última ecuación estaba tachada, y sobre ella había una larga hilera de signos escritos a lápiz. Casi parecían símbolos matemáticos, aunque... ¡Santo Dios!, sí que eran símbolos matemáticos, isólo que escritos al revés!

Asombrado, invirtió la hoja. Por un instante, los trazos siguieron careciendo de significado. De pronto, sintió que su corazón se contraía como un puño al cerrarlo. Un nuevo proceso integral. Enérgico, elegante y sorprendentemente original. Disolvería el duro meollo del problema, lo mismo que un rayo que fulmina un roble.

Levantó los ojos, reflejando en ellos su frenesí. Paul le miró cara a cara. El delgado cuello del niño se movía, al tiempo que sus labios.

—Así... Ha de ser así. Si no..., queda muy feo —murmuró.

Su voz fue un balbuceo raro, agudo, como si tuviera que arrancar las palabras de un diafragma nunca antes utilizado.

Kadar, todavía confuso, miró por segunda vez los trazos a lápiz. Estaban invertidos porque, desde su taburete, Paul veía siempre así los símbolos. Y naturalmente, su validez no dependía de la forma en que estuvieran escritos.

Cabía en lo posible que un ignorante escribiera una sencilla frase enunciativa, siempre que hubiera oído alguna vez las palabras. Con suerte, hasta redactaría una oración compuesta perfecta desde el punto de vista gramatical. Pero ¿qué posibilidades tendría de escribir algo tan poético como esto: «los vientos huracanados doblegan los maravillosos brotes de mayo»?

Kadar miró a Paul una vez más. El niño no necesitaba cuadernos ni lápices de colores porque su mente veía todos los conceptos con una claridad total e inmediata. Sentado en el taburete, sólo con eso, había asimilado una educación matemática completa a través del trabajo de Kadar. Antes, Paul se había dedicado a observar a la señora Merrit, sin encontrar nada en su trabajo que estimulara su intelecto. En cuanto a su mutismo, no había duda de que, igual que su modo de caminar, se reducía a un problema físico y relativamente desprovisto de importancia para una mente como la suya.

El profesor se sintió sumergido por una gran ola de alegría, mitigada sin embargo al instante por la pena. Porque Paul era un monstruo, aunque un monstruo superior. Se hallaba probablemente por encima, o más allá, del amor en el sentido humano. Pero sus mentes podían comunicarse, y tal vez ésa fuera la mejor comunicación que existía.

Bueno es hablar, pero mejor es callar

John Brunner

de *Amazing Stories*, abril de 1965

Puesto que he incluido en este volumen un relato de un autor americano publicado por una revista británica, me parece adecuado presentar un relato de un escritor británico aparecido por primera vez en una revista americana. Y se trata precisamente de un autor cuya prolífica producción ha estado dirigida, en conjunto, al mercado americano.

*John Kilian Houston Brunner nació en Preston Crowmarsh, Oxfordshire, el lunes 24 de septiembre de 1934. Devoto de la ciencia ficción desde los seis años, Brunner comenzó a escribir su primera novela a los diez. Jamás la concluyó, pero así se inició la cadena de acontecimientos que le llevaría a publicar su primera novela a los diecisiete años — cuando todavía era estudiante—, en el floreciente campo del libro de bolsillo británico, además de vender algunos cuentos a revistas americanas, siendo el primero de ellos *Thou Good and Faithful* (Tú, bueno y leal) (*Astounding*, marzo de 1953).*

*Después de prestar servicio en las fuerzas aéreas, volvió a dedicar todo su tiempo a escribir. Su prodigiosa producción todavía no ha menguado. Su literatura abarca toda la gama de la ciencia ficción y la fantasía, desde *Father of Lies* (Inventor de mentiras) (1962), relato de un pícaro que crea mundos a voluntad, hasta *Total Eclipse* (Eclipse total) (1974), un fascinante acertijo espacial, pasando por la voluminosa y premiadísima novela sobre el tema de la superpoblación, *Stand on Zanzibar* (Todos sobre Zanzíbar) (1968), o *The Squares of the City* (Las plazas de la ciudad) (1965), basada en el ajedrez.*

Lo que convierte la lectura de Brunner en una delicia es lo imprevisible del autor. Véase como muestra la siguiente e inteligente narración, que, dicho sea de paso, figura también entre sus favoritas.

Ninguno de los guardas de la compañía trató de detener a Jeremy Hankin cuando éste se dirigió hacia la reluciente fachada del edificio que exhibía en llamativas letras el nombre SUEÑO PROFUNDO, S. A. Los vigilantes le habían reconocido, pese a no llevar el maquillaje que se veía obligado a usar en los anuncios publicitarios de la empresa, y sabían que Jeremy estaba autorizado a visitar cualquier parte del edificio que se le antojara. Se trataba de un privilegio otorgado por la sin duda muy agradecida empresa. Después de todo, la compañía debía grandes favores a Jeremy.

Sus visitas a la sede comercial de Sueño Profundo, S.A. habían aumentado en frecuencia desde que se separara de su esposa. La mayoría de las veces no hablaba con nadie, y en los últimos tiempos ni siquiera abría la boca. Se limitaba a errar de piso en piso, con una expresión de nostalgia en su rostro, atisbando con curiosidad a través de las puertas de vidrio de los despachos, aceptando los saludos de los impresionados administrativos jóvenes, los cordiales ejecutivos y los apocados clientes, con la típica sonrisa forzada y un gesto de la cabeza.

De cuando en cuando, una sonrisa de amargura aparecía y desaparecía en su redondeado y pálido rostro. Sin embargo, duraba tan poco que no daba tiempo a advertirla y comenzar a extrañarse.

El edificio ocupaba toda una manzana y contaba con tres entradas. En el último mes, Jeremy había adoptado el hábito de salir por una puerta distinta de la que había entrado. Así, los guardas de la empresa no esperaban verle de nuevo en cuanto se esfumaba en el interior.

Los cuatro pisos superiores los ocupaba Sueño Profundo, S.A.; el resto estaban alquilados. Muy de vez en cuando, Jeremy abandonaba el ascensor en una de las plantas inferiores y se quedaba mirando los nombres de las otras firmas comerciales, pintados en las puertas opacas. Nunca se había atrevido a investigar más a fondo. Consideraba el edificio como una especie de tablero de ajedrez tridimensional, situado en lo alto de una columna de niebla vagamente luminosa. Los demás habitantes del edificio se morían dentro y fuera de dicha niebla. Sólo tomaba conciencia de ellos cuando compartían el ascensor o pasaban a toda prisa por el vestíbulo. Jeremy les miraba incierto, preguntándose cuántos de ellos serían clientes de Sueño Profundo, S. A. Miraba en particular a las jóvenes secretarías. ¿A cuántas les hablaría todas las noches? ¿Para cuáles sería su compañero de cama públicamente reconocido...?

Tomó su ascensor habitual, el primero de los cuatro. Sin excusarse por estirar el brazo por delante de otro de los ocupantes, apretó el botón del sobreático. Sueño Profundo, S. A. guardaba su mercancía más valiosa en la cima del edificio. En las restantes tres plantas pertenecientes a la compañía había pocos detalles que la distinguieran de otras firmas comerciales: pequeños y grandes despachos, amueblados con mayor o menor elegancia, según la categoría de sus ocupantes, separados por paredes de vidrio o madera, dotados de

teléfonos de plástico negro u otros colores y decorados con cuadros de Klee y Matisse, evocadores de un alto nivel social. Gráficos discretamente impresionantes reflejaban la marcha de la aventura, que, partiendo de la nada, pasó por la discontinuidad de la Gran Búsqueda y terminó en la actual y fantástica cumbre del éxito...

Fue Mary quien le metió en todo aquello, quien se detuvo, mientras Jeremy sólo pensaba en alejarse a toda prisa, junto a la caseta de la esquina y el educado joven de la grabadora. Los ojos de Mary brillaron de interés, reconociendo la realidad oculta tras de lo que podría haber sido un simple ardid publicitario. Además, el nombre grabado en la frágil caseta ambulante significaba muy poco. Las sorprendidas caras de la gente que se agolpaba a su alrededor demostraban que, hasta entonces, la razón de la repetida proclama de aquel joven había llegado a oídos de muy pocas personas.

Ligeramente desconcertado por el entusiasmo de Mary, pero cediendo galante a sus deseos, ya que se sentía muy orgulloso de su joven y encantadora esposa y sólo llevaban dos años casados, Jeremy se detuvo tal como había hecho ella y la tomó de la mano.

—¿Qué significa todo esto? —murmuró.

Examinó los llamativos laterales de la caseta, en busca de alguna explicación, y no encontró sino enigmáticos rompecabezas publicitarios.

—Se trata de la Gran Búsqueda —respondió Mary—. Me enteré ayer por la noche, en la televisión. Una campaña de la empresa Sueño Profundo.

Sueño Profundo... Meditó sobre el nombre, tratando de descubrir alguna referencia. Por último, se encogió de hombros y sonrió con aire interrogativo.

—¡No me digas que no lo sabes!

Una breve expresión de disgusto se dibujó en las comisuras de los rosados y carnosos labios de Mary, y Jeremy sintió la inevitable punzada de alarma que acompañaba a todo fallo en su capacidad para amoldarse a la imagen que su esposa se había formado de él.

—Hasta ahora sólo podían ofrecer sus servicios a gente muy rica —prosiguió Mary—, pero han descubierto una técnica nueva y van a ponerla a disposición de todo el mundo. ¡Y prácticamente por nada!

Tanteó su memoria en busca de recuerdos. Las asociaciones seguían eludiéndole. Por fin, decidió aventurarse, mirando todavía al cortés joven, que incitaba uno tras otro a los transeúntes con su grabadora portátil.

—¿Tiene algo que ver con dormir mejor...? —preguntó.

—¡Pero Jerry!

Los ojos de Mary permanecían fijos en la misma imagen y no se apartaron para contestarle:

—Es eso que mientras duermes te explica lo que debes hacer y cómo solucionar las cosas que han ido mal durante el día.

Clic. Ciertas ásperas objeciones planteadas por el vicepresidente de una empresa dedicada a la fabricación de productos químicos psicoterapéuticos, en una publicación técnica que Jeremy había ojeado por casualidad... Algo relacionado con el análisis automatizado...

—Ya recuerdo —dijo en voz alta—. Pero ¿qué significa eso de la Gran Búsqueda?

—Necesitan gente con la voz apropiada —explicó irritada Mary—. Un hombre y una mujer, que se encargarán de todas las grabaciones. Basta con conectar ese aparato a tu teléfono, después de tumbarte en la cama, y él te dice entonces que te duermas, que no permanezcas despierto y preocupado por las cosas que te salieron mal. Y luego sigue diciéndote...

Jeremy no quería interrumpirla. Nunca osaba, ni pretendía siquiera, mostrarse rudo con aquella mujer maravillosa que se había casado con él por cierta razón que jamás logró desentrañar. Sin embargo, en aquella ocasión lo hizo:

—¡Sí, sí! Ya he oído hablar de eso. ¿Nos vamos?

Probablemente, perdió el control a causa del ligero nerviosismo que le inspiraba siempre verse en el centro de una muchedumbre, meditó Jeremy. Por eso... y por la curiosa expresión con que todos los ojos parecían devorar a la persona que en aquel momento recibía las atenciones del joven. Odiaba hacerse conspicuo, convertirse en el centro de interés. Y sabía que Mary deseaba que se mostrara más presumido, que sobresaliera de la masa. Por lo tanto, cabía en lo posible que insistiese para que Jeremy participara en la prueba.

Fuera lo que fuese lo que debían decir, los hombres que hablaban ante el micrófono no tardaban más de un minuto en acabar. Y el joven cortés le miraba ya con expresión atenta y pensativa.

—No, no nos vamos —dijo Mary muy resuelta—. Vas a entrar ahí. Tienes una voz agradable. Siempre te lo he dicho. En realidad, creo que me casé contigo más por tu voz que por cualquier otra cosa. Sobre todo en la oscuridad. Cuando me hablas después de apagar la luz, me siento...

—¡Mary, cállate, por favor! —musitó.

Un flujo de calor y de sangre subió a sus mejillas. Miró a su alrededor, rogando desesperado que nadie hubiera oído aquellas palabras.

—Bueno, es cierto, ¿no? —Mary dejó escapar una risita—. Y eso hace de ti un excelente candidato para este trabajo de hablar a miles de mujeres acostadas en sus camas.

—*¡Basta*, por favor!

Su sonrojo se intensificó más aún. No sabía por qué, pero jamás había aceptado el honesto punto de vista (por lo menos, se suponía que lo era) de que algo que hace todo el mundo no ha de considerarse como totalmente privado. De vez en cuando, se preguntaba si Mary no hablaría de esa cuestión con sus amigas. Incluso la duda le fastidiaba y siempre apartaba esos pensamientos con un rígido dominio de sí mismo.

—De todas formas, tal vez se trate de un simple truco publicitario... —trató de convencerla—. Es más que probable que hayan elegido ya a la persona adecuada. Y cuando revelen su identidad, resultará ser el hijo del presidente.

—Quieres irte, ¿verdad? No te lo permitiré. Estoy muy orgullosa de esa voz tan bonita que tienes y creo que deberías probar.

—Pero...

—¡Caramba, Jeremy! ¡Cualquiera pensaría que cuesta dinero participar y que sólo te quedan unos centavos en el bolsillo! Ni siquiera tendrás que hablar mucho... Lo vi por televisión. Les basta con dos o tres palabras para analizar la grabación y decidir si la voz es apropiada o no.

En aquel momento, el joven cortés se interpuso entre ellos. De ojos penetrantes y vestimenta sobria, el hombre sostenía su micrófono casi como si fuera un arma, apuntándola a la víctima que Mary había atrapado para él.

—Es mi marido —dijo Mary con voz firme—. Creo que debería participar en su concurso.

—Agradecemos la participación de cualquier persona —respondió mecánicamente el muchacho.

Hankin se recuperó con un terrible esfuerzo. El daño ya estaba hecho. La mirada fija de la muchedumbre se concentraba en su persona y no iba a agravar su sufrimiento comportándose como un imbécil. Ya que la cosa no tenía remedio, complacería al menos a Mary. Tragó saliva.

—Bueno... ¿Qué debo decir? —gruñó.

—Lo que usted desee, señor. En realidad, su nombre y dirección serán suficientes, aunque preferiríamos que nos proporcionase una muestra mayor para el análisis.

Eligió el camino más corto hacia la salvación. Se identificó y dio sus señas. Luego, se apartó del micrófono, asió a Mary de la mano y se apresuró a alejarse del lugar.

Se estremeció, volviendo bruscamente a la conciencia del presente. Estaba inmóvil, contemplando, en la línea del gráfico que tenía delante, la ascensión de la fortuna de Sueño Profundo, S.A., tras la fecha de la Gran Búsqueda. Nervioso, se volvió para

comprobar que nadie le veía. Había alguien con él, una graciosa rubia platino que llevaba un grueso fajo de papeles. La mujer sonrió al mirarle.

—Es usted el señor Hankin, ¿verdad? No nos conocemos, pero, naturalmente, le he visto infinidad de veces. ¡Qué orgulloso debe de sentirse al contemplar el gráfico y ver la importancia que su voz ha tenido para Sueño Profundo!

Hizo una pausa, como si esperara que el hombre dijera algo con su famosa voz, pero Jeremy no habló. Desilusionada, la muchacha añadió:

—Deseaba decirle que le encuentro maravilloso... Yo también soy cliente de Sueño Profundo. Me hacen descuento, claro, porque trabajo aquí... La voz es lo que cuenta, estoy segura, no las cosas que usted dice. Cualquier persona medianamente sensible podría decir lo mismo. Lo que da importancia a su voz es que resulta algo así como... *persuasivo*. ¿Verdad que sí?

Hankin se encogió de hombros, asintió, sonrió y volvió a la contemplación del gráfico, esperando que, al volver la cabeza, la rubia habría desaparecido.

En efecto, se había marchado. Jeremy recorrió a toda prisa el alfombrado pasillo hasta llegar al servicio de caballeros. Prestó atención durante varios segundos, tratando de determinar si estaba o no vacío, y entró en cuanto se convenció de que no había nadie en el interior.

Se dirigió a la puerta más lejana, la cerró con llave por dentro y se sentó en la tapa del inodoro, a fin de hacer tiempo.

Cuando recibió la carta de Sueño Profundo informándole de que le habían elegido entre setecientos cincuenta mil candidatos como la voz con que se grabarían todas las cintas para el nuevo servicio de consumo de masas de la compañía, Jeremy quedó consternado. Por entonces, se sabía ya que la Gran Búsqueda, por sí sola, había duplicado la relación de clientes de la empresa, simplemente con hacer pública su existencia. Ahora, se preparaban diversos proyectos para lanzar el servicio a gran escala, entre ellos un espectacular programa de televisión, de una hora de duración, que revelaría el nombre de los afortunados ganadores a una audiencia estimada en cincuenta millones de personas.

—¿Quieres decir que no piensas acudir? —preguntó Mary.

—¡Claro que no! —replicó bruscamente Jeremy—. ¿Yo, delante de toda esa gente? ¿Periodistas aporreando la puerta día y noche? ¿Mujeres histéricas, excitadas por los agentes publicitarios, que se desmayen al verme aparecer? Vamos, cariño, ya sabes cómo preparan las cosas en estos tiempos...

Hubo un largo silencio antes de que Mary volviese a hablar.

—Creo que no tienes agallas —dijo.

Jeremy la miró inexpresivo.

—No tienes agallas —repitió ella—. Me casé contigo porque pensé que te guiaba... un cierto deseo de avanzar, una cierta ansia de mejorar. Te he observado día y noche durante dos años. Durante el día, te contentas con dejar que las cosas sigan su curso. No aprovechas las oportunidades cuando se presentan, no vas a buscarlas en el caso contrario. No tienes agallas. Y lo que es verdad durante el día, también lo es por la noche.

La miró a la cara como si fuera una extraña y leyó en su expresión algo todavía más consternador que el contenido de la carta de Sueño Profundo, que conservaba en la mano.

—Pero... —balbuceó—. Cuando la gente..., cuando se lleva algún tiempo de casados, ese tipo de cosas por fuerza...

Interrumpió sus vacías palabras al ver que Mary movía enérgicamente la cabeza de un lado a otro.

—Nada de «por fuerza». Lo he comprobado con algunas de mis amigas. Kitty lleva casada casi ocho años y dice que Horace sigue siendo como un adolescente.

—¿Me estás diciendo que discutes esa clase de asuntos con una mujer como Kitty?

Temblaba tanto que hubo de apretar las manos para tratar de controlarse.

—¡Oh, cariño! —Mary se ablandó de repente y corrió a abrazarle por la cintura. Alzó los ojos, muy abiertos, para mirarle—. Sólo quería saber si te estoy fallando en algo, lo que sea... Si hay algo que pueda hacer para *animarte*... Siento haber dicho esa horrible tontería de que no tienes agallas, pero pensaba... No te creía capaz de desaprovechar una oportunidad semejante.

Finalmente, temiendo perderla, Jeremy cedió.

En aquellos lejanos días, cinco años atrás, Sueño Profundo operaba en dos pisos de un viejo edificio, situado en un barrio muy floreciente. Sin embargo, incluso entonces daba la vigorosa sensación de una próspera organización en proceso de transformar aquel escenario polvoriento y miserable. Tres hombres, que habían estado absortos en su conversación, le saludaron y condujeron a una sala de reuniones, donde esperaban otros tres individuos. Le ofrecieron una silla en el extremo de la alargada mesa e irrumpieron su charla tan abruptamente como si alguien hubiera apretado un interruptor.

—Les presento a Jeremy Hankin, el ganador del concurso —dijo el hombre de más edad entre los tres que le habían escoltado.

Reinó el silencio durante los treinta y tantos segundos siguientes. Después, un hombre pelirrojo, que aparentaba unos treinta años y que se encontraba en la sala al llegar Hankin, tomó la palabra:

—El rostro no es muy fotogénico. Demasiado redondeado y liso. Habrá que perfilarlo

un poco. Cambiar el corte de pelo ayudaría algo, supongo, pero...

—El perfil no resulta mal —interrumpió un hombre calvo sentado al otro lado de Hankin—. En cambio, el peso me preocupa. Hay que reducir esa cintura en unos diez centímetros. Quieren a un individuo flaco, el tradicional y autoritario tipo ectomórfico.

—No estoy de acuerdo con la encuesta a que usted se refiere —dijo el pelirrojo—. En cualquier caso, nos va a costar mucho trabajo. Señor Welland, ¿no podía habernos proporcionado mejor material?

Miró al hombre que había presentado a Hankin.

—No se muestre duro con Welland —objetó el hombre calvo—. La voz y el rostro no siempre concuerdan. Y con la mujer hemos estado terriblemente cerca del cien por cien.

—Cien por cien... ¡Narices! —estalló el pelirrojo, de mal talante.

—Le guste o no, no podíamos elegir una jovencita despampanante —objetó el hombre calvo—. Los hombres no se dejarían aconsejar por una imagen así. Ha de ser una mujer adulta, experta, tolerante, que no presente la amenaza de vínculos emotivos permanentes, buena para un fin de semana en la cama, pero todavía mejor para informar en tono confidencial sobre las tretas del sexo opuesto...

Una terrible sensación de haberse transformado en un ser inanimado, como si para aquella gente se redujera a una simple mercancía, había ido creciendo en el interior de Hankin. Por fin, recuperó el habla y se enfrentó a ellos.

—¿Qué *significa* todo esto? —gruñó—. Pensé que se interesaban por mi voz, no por mi aspecto.

—¿Cómo dice? —El pelirrojo le miró con asombro—. ¡Ah, su voz! Ya la tenemos. Nosotros...

—Un momento, Ted —intervino con calma Welland, imponiendo su autoridad—. Supongo que debería excusarme por nuestros malos modales, señor Hankin. Los olvidará, creo, cuando le muestre lo que hemos conseguido en estos últimos y sólidos ocho años. Sin pretender mostrarme demasiado sutil, diría que es usted el envoltorio, más que la mercancía.

—Yo... No lo comprendo —dijo débilmente Hankin.

De vez en cuando, había topado en su vida con alguien que le hacía sentirse disminuido. Welland reflejaba seguridad y poder consciente, y Hankin sabía ya, pese a que sólo habían transcurrido unos minutos desde su primer encuentro, que jamás sería capaz de hacerle frente y mandarle al infierno.

—Trataré de exponerlo de un modo más sencillo —convino Welland con condescendiente tranquilidad—. Conoce ya nuestras técnicas, ¿no es cierto?

—Creo que sí. Empiezan por hipnotizar a sus clientes, incluyendo una orden poshipnótica que les fuerza a dormir en unas condiciones dadas: cama, oscuridad y la señal del accesorio telefónico que les facilitan. A continuación, el cliente informa de todo cuanto le ha ido mal durante el día precedente, cualquier cosa que le haya violentado o trastornado y que pudiera provocarle insomnio, preocupación o depresión. Y luego... El trance hipnótico consigue que los clientes acepten el consejo que se les ofrece para solucionar sus problemas...

—Su comprensión es perfecta —sonrió Welland—. Pero creo que hay algo que sigue confundiéndole.

—Sí, lo admito. ¿Cómo pueden personalizar tanto mediante un servicio automático? Afirman que cuentan con decenas de millares de clientes... Es imposible ofrecer una terapia individual a tantas personas.

—No se trata de terapia, a no ser en un sentido muy general. En realidad, vendemos confianza. Seguridad. Comodidad. Y... no intentamos mantenerlo en secreto. Nuestro método se ajusta al que astrólogos y similares han usado a lo largo de los siglos: ambigüedad cuidadosamente planeada. Elegimos un programa estándar para cada cliente. Ella ó él —aunque ocho de cada diez entre nuestros clientes son mujeres— seguirá recibéndolo, sin importar el motivo de su auténtica preocupación. En la actualidad, disponemos de más de sesenta programas y estamos preparando otros. La mente de la persona que escucha, su parte consciente y su parte inconsciente al mismo tiempo, racionaliza el contenido del programa. Al día siguiente, le resta la impresión de haber recibido una excelente orientación. Pero es la mente subconsciente, no la influencia exterior, la que se encarga de solucionar cualquier dificultad.

Hankin tragó saliva para eliminar la sequedad de su garganta.

—Bien —aceptó—. Pero ¿y si su cliente es un neurótico genuino? En tal caso...

—Desde luego, nos esforzamos por enterarnos de si una futura cliente se halla bajo psicoanálisis o cualquier otro tratamiento psiquiátrico. En caso afirmativo, solicitamos la aprobación del terapeuta antes de aceptarla... Sigo refiriéndome siempre a mujeres. Ya le he explicado el motivo. Bien, en general obtenemos tal aprobación con gran entusiasmo por parte del médico, debido a que ofrecemos una asistencia única. Naturalmente, si el terapeuta lo desea, disponemos que las instrucciones específicas de éste a la paciente sustituyan al programa estándar que seleccionaríamos para ella.

Welland se las arregló para dar la impresión de que todo quedaba aclarado. Cualquier persona que tuviera más dudas debía de poseer una inteligencia inferior.

—De todos modos... —insistió Hankin, pese a sentirse tremendamente avergonzado—. No comprendo por qué, habiendo llegado ya a tanto, se han tomado tantas molestias para encontrar una voz. —Miró con irritación al pelirrojo y añadió—: Sobre todo teniendo en

cuenta que ya disponen de esa voz... Supongo que la grabación que fui lo bastante necio para efectuar durante la Gran Búsqueda bastaría aunque me hubiera quedado mudo en aquel momento.

—¡Hum! —Welland unió las puntas de los dedos y se recostó en su silla—. Temo que nos llevará algunos minutos aclarar ese punto. Lo que sucedió fue lo siguiente: muy al principio de la historia del servicio público prestado por Sueño Profundo, descubrimos que ciertos programas, en apariencia excelentes, obtenían resultados nulos. Atribuimos tal fallo a la presentación del material, no a su esencia. Nos servíamos de cualquier persona para efectuar las grabaciones, aunque sobre todo de actores y actrices sin empleo y con experiencia en declamación. Algunas de las voces seleccionadas llegaron a provocar reacciones de hostilidad subliminal en las clientes, con la consiguiente resistencia a la palabra hablada. Por tal razón, formamos un equipo bajo la dirección de Ted, Ted Mannion, aquí presente, para que se encargase de desarrollar una voz óptima. Y lo consiguieron. ¡Maravillosa! De hecho, nuestro programa estándar más reciente ya la utiliza.

—¿U... una voz *artificial*? —logró preguntar Hankin.

—Claro, ¿por qué no? Disponíamos ya de toscos *voders* hace casi medio siglo. Simplemente, nosotros teníamos más incentivos que otros investigadores para perfeccionar el dispositivo. ¡Ah! Y cuando digo «una» voz óptima, incluyo también la destinada a los hombres. Una voz de mujer, claro está, aunque en este caso todavía lo estamos discutiendo, como ya habrá oído. Supongo, señor Hankin, que ahora querrá saber dónde encaja usted. Bien, la respuesta es muy simple. Necesitábamos contar con una base mucho más amplia de clientela (un término elegante que significa mucho más dinero) para compensar el paso de nuestros programas estándar al método de la voz artificial. Un método muy caro... Y así, se me ocurrió la idea de una búsqueda a nivel nacional del hombre y la mujer con la voz óptima. Usted resultó el elegido. Cuando analizamos su breve grabación, y pese a su evidente nerviosismo, encontramos un tipo increíblemente próximo al ideal. De hecho, de haber sido usted un actor experimentado, o alguien acostumbrado a hablar en público, incluso hubiéramos pensado en usar su voz en la realidad, lo mismo que de manera oficial.

—Pero no lo harán —murmuró Hankin.

Desde que decidió acceder a las súplicas de Mary y presentarse a la cita, no había cesado de fortalecerse para la difícilísima prueba con el tranquilizador pensamiento de que su persona resultaba totalmente indispensable, de que sería el instrumento que ayudase a infinidad de gente insegura y ansiosa. Tal sostén se había derrumbado en un abrir y cerrar de ojos.

Inconsciente de la bomba que había colocado bajo la precaria confianza en sí mismo

de Hankin, Welland asintió con entusiasmo.

—Exacto —dijo—. Todo cuanto le pedimos, señor Hankin, es el derecho a usar su nombre e identidad en asociación con nuestra voz masculina óptima. Sus verdaderas prestaciones personales serán escasas: apariciones en público y ante la televisión, en las que mantendremos su intervención en un mínimo razonable, sesiones fotográficas, etc... —Agitó una de sus peludas manos—. Y por eso le pagaremos veinticinco mil al año, con un contrato por cinco años y excelentes perspectivas de renovación. ¿Qué le parece?

Hankin no contestó. Aquélla fue la sombra precursora de lo que vendría después.

Mary conoció a Welland durante los ensayos para el programa especial de televisión en que el nombre y el rostro de Jeremy iban a ser presentados al público. Hankin los vio conversar. Más tarde, trató de averiguar dónde se habían metido a partir de entonces, pero el irritable director del programa se vio obligado a gritarle en un momento dado y ya no se preocupó de otra cosa que no fuera acabar el trabajo.

Cada segundo de cada minuto de cada hora le pareció aborrecible. Ni siquiera el incentivo del dinero le hubiera mantenido en su puesto. Si se quedó fue simplemente porque sabía cuánta importancia otorgaba Mary a ese dinero.

Y pensando en Mary y en lo que de ahora en adelante ya no podría proporcionarle, sintió la mayor depresión que había sufrido en toda su vida.

Quizás el asunto fuera tan sencillo como aparentaba. Quizá supo siempre que sólo su voz —dulce, sosegada, rica en matices, musicalmente modulada— atrajo a Mary hacia él. Y quizá su creencia en lo anterior sostuvo su capacidad física para satisfacer los deseos más juveniles de su esposa. De pronto, su voz había dejado de pertenecerle, para reducirse a un sonido creado por medios artificiales, por un conjunto de computadoras, graduado de acuerdo con un tipo de reacción a gran escala detectada en un inmenso sector de la población.

Jeremy deseó que todo aquel asunto acabara de una vez y se le permitiera volver a la vida carente de excitaciones, pero soportable, que hasta entonces había llevado.

No fue así.

El programa especial de televisión constituyó un tremendo éxito. Al terminar, se celebró una fiesta de la que él había esperado evadirse, ya que rara vez bebía en exceso. En realidad, su máximo anhelo se centraba en irse a dormir. En atención a Mary, sin embargo, soportó la celebración hasta pasada la medianoche, observando que su esposa disfrutaba de los cumplidos que tantos hombres semiborrachos le dedicaban. Y ella mostraba un aspecto maravilloso, por qué negarlo. Se había ido de compras con el primer anticipo sobre el sueldo de Jeremy, regresando con varios vestidos exquisitos y un soberbio peinado.

A las doce y media se dio cuenta de que su esposa había desaparecido y que lo mismo ocurría con Welland.

Después del divorcio —que no fue seguido de matrimonio para ninguna de las dos partes, puesto que Welland estaba aburrido y solucionó todo el asunto con cierta cantidad de dinero procedente de los ya extraordinarios beneficios de Sueño Profundo—, Hankin cayó en un silencio prácticamente total y en una apatía casi insuperable. Tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él. Si se mostraba en público en alguna parte —la publicidad en torno a su persona había llegado a tal punto que ni siquiera disponía de un minuto para sí mismo—, surgían en el acto articulistas de los periódicos que se deshacían en alabanzas y mujeres resueltas a confesarle que oían su voz todas las noches. Por regla general, aprovechaban también la ocasión para exponerle sus problemas íntimos, no del todo satisfechas con el impersonal accesorio telefónico, similar a un micrófono, que compartía sus almohadas. En dos ocasiones, como mínimo, maridos frustrados habían tratado de enzarzarse en una pelea con Jeremy, persuadidos de que les había arrebatado el afecto de sus esposas.

Se mantuvo oculto por más de un año. No se aventuró a regresar al ambiente que le había herido de manera tan profunda hasta que la empresa adquirió el solar urbano y construyó el edificio Sueño Profundo, S.A. Fue la simple curiosidad lo que le atrajo. ¿Qué uso estarían haciendo de los recursos que él había puesto a su disposición?

En aquella primera visita, se alegró de no encontrar allí a Welland. El ejecutivo estaba disfrutando de unas breves vacaciones en las Bahamas, en compañía de cierta conquista reciente. Ted Mannion, que había concebido una especie de piedad por él, casi un afecto, le reveló, con una extraña mezcla de rudeza y ternura, los secretos de la red Sueño Profundo, ya diseminada por todo el continente.

Hankin contempló las relucientes máquinas que le iban mostrando: las que analizaban los informes sobre los clientes y decidían qué programa entre los por entonces más de cien convenía mejor a su estado, las que enviaban tales programas preempaquetados y las capaces de corregir los programas estándar de acuerdo con las solicitudes especiales de psiquiatras con clientes bajo su cuidado. Estas últimas sólo precisaban de una grabadora, un micrófono manual y un elaborado sistema de cortes y filtros.

—Es sorprendente lo que tu voz ha hecho por nosotros —comentó Mannion.

—Vuestra voz —le corrigió Hankin.

Una muestra característica de la extensión del nuevo lenguaje que había adoptado. Pocas palabras y, en la medida de lo posible, un monosílabo. La voz le había pertenecido alguna vez, pero ya no era suya. De una forma vaga, encontraba incorrecto usarla para fines propios.

—No —replicó Mannion—. Sin la realidad de tu persona unida a ella..., sin tus películas, tus apariciones en televisión..., no habría sido más que una buena voz, útil para propósitos generales. Contigo detrás, la gente la acepta como la voz de un amigo. ¿Te das cuenta de que tienes doscientas setenta mil amigas?

La esperanza aleteó fugazmente en la mente de Hankin. Después, dio media vuelta con un gesto de indiferencia. De las paredes, colgaban fotografías del Hankin-imagen elaborado por la compañía. En el vestíbulo, aparatos de video con cintas sin fin ofrecían fragmentos de los espectáculos patrocinados por Sueño Profundo, en los que habían forzado a participar al Hankin-imagen.

«Ese no soy yo».

—Yo también pienso que Welland es un sinvergüenza —dijo Mannion, tras una larga vacilación—. Pero él lleva las riendas. Sin Welland, seguiríamos en el mismo punto que al comienzo: un servicio exclusivista, para unos cuantos tipos ricos. Me gusta más tratar a decenas de millares de clientes.

Como de costumbre, Hankin no replicó. Por fin, cuando el silencio se alargó de modo interminable, Mannion añadió:

—Me haces sentir como un ladrón. Te quedas ahí parado, sin abrir la boca... ¡Como si yo te hubiera robado la voz, maldita sea! ¡No podía saber que era *la tuya!*

Las palabras fueron directas como una flecha al corazón del sufrimiento de Hankin. Sorprendido, se dio cuenta de que al menos había un hombre que penetraba en el problema que debía soportar. Se sintió impulsado a hablar. Y lo hizo con gran brevedad, pero introduciendo en aquellos casos segundos de liberación todo un mundo de desastroso significado.

—No sé por qué tuviste que elegirme a mí, Mannion. Debías de haber encontrado a un actor, entrenarle, convertirle en un símbolo... ¡A él, no a mí!

Y eso fue lo que decidieron hacer, por supuesto. Aunque los cinco años del contrato no habían terminado, ya estaban entrenando a otro Jeremy Hankin, un hombre más joven, un poco más delgado, con un rostro bastante parecido al del Hankin-imagen —al que se tropezaría con ciertos problemas para eliminar— y con una voz que nunca sería la suya, sino un elaborado facsímil de la de Hankin, generada en una caja acústica oculta bajo su axila izquierda.

Al enterarse, Hankin empezó a recorrer una y otra vez los cuatro pisos de la parte alta del edificio Sueño Profundo, dedicándose a curiosear, a escuchar, aferrándose a la esperanza de encontrar algo que le devolviera a la realidad. Sueño Profundo parecía haberle arrebatado toda su vida: su esposa, sus futuros planes de formar una familia, su empleo... No se le había permitido, ni tampoco le hacía falta, continuar trabajando

mientras cobraba un sueldo de la compañía. Y ahora querían comprarle hasta su misma identidad y entregársela a otro, un extraño que no se atormentaría por la pérdida de su voz, por saber que esa voz no le pertenecía. Tenía que estar aquí, en alguna parte. Todo debía de estar oculto en estas cuatro plantas, probablemente en la más elevada, donde las relucientes máquinas tejían a diario una red de palabras-Hankin en las mentes de cientos de miles de mujeres al borde de la neurosis. Bonitas o feas, solteras o casadas, la voz gobernaba sus vidas. Les daba un sentido.

Así pues, el perdido sentido de la vida de Jeremy debía de encontrarse aquí, explotado y distribuido a todas esas clientes que cada noche aguardaban su voz maravillosa.

«Los cinco años acaban mañana. No habrán informado a los guardas de la compañía, ni se lo habrán dicho a la pequeña y linda mecanógrafa del pelo rubio platino que obtiene mis servicios con descuento porque trabaja aquí... Pero Welland ya me lo ha comunicado».

Se proponían apelar a la cláusula del contrato original que le prohibía prestar o asignar la identidad «Jeremy Hankin» y su voz a cualquier otro uso o persona. Incluyendo al propio Jeremy, al primitivo propietario. Pasados los cinco años, querían un individuo no atormentado por esas debilidades y defectos, alguien al que pudieran explotar por completo, sin preocuparse de que su lengua se quedara paralizada por las noches. A partir de mañana, cuando expiraran los cinco años, no le pagarían ya por ser Jeremy Hankin, sino por ser otra persona. Cualquier otra persona. Que eligiese nuevo nombre y apellido y los adoptase para el resto de su vida. Que eligiese otro rostro como sustituto del original.

«¡Maldito Welland, vete al infierno! Me quitaste a mi esposa y ahora quieres robarme mi identidad...».

Eran las siete en punto. A esa hora, lo sabía por anteriores visitas, los locales estarían desiertos, a excepción del piso superior, ocupado por el aburrido técnico de servicio, que se dedicaría a leer una revista mientras mascaba una cena fría, en espera de una emergencia que jamás se había producido... Hasta esta noche. Hankin se levantó, abrió la puerta de los servicios y avanzó lentamente por el alfombrado pasillo.

En un despacho, cuya puerta había sido dejada entreabierta, encontró en un paragüero de latón un bastón de endrino irlandés. Lo sopesó mientras subía las escaleras. No quiso usar el ascensor por temor a que el apagado zumbido del motor revelara su presencia al técnico. El bastón resultó ideal para su propio sitio. Un simple golpe asestado con violencia en la sien tumbó al individuo, dejándole inconsciente en medio de un charco de sangre.

Rápido y resuelto, Hankin recorrió la inmensa e iluminada sala, de máquina en máquina, desconectando uno tras otro los más de cien programas estándar. A continuación, pasó a los programas especiales, aquellos que, usando su voz, suministraba

la empresa para uso exclusivo de las pacientes de un psiquiatra, con la grabación privada de éste incluida.

Hankin sonrió. Había expedientes relacionados con todos los programas especiales, y la documentación comprendía fotografías. Ojeó el conjunto con rapidez, deteniéndose de vez en cuando para leer algún detalle sabroso, susceptible de incrementar el fondo de ideas que se había traído consigo. En conjunto, había unos dos mil expedientes, por lo que procuró no perder mucho tiempo en la tarea.

Cuando encontró la documentación de la rubia platino, aproximadamente en la posición número cuatrocientos, la apartó a un lado y anotó las cifras del código. Luego buscó unas tijeras y un codificador y se puso al trabajo.

A las once en punto, la hora que se había marcado como límite por ser la más probable para que la mayoría de clientes se acostasen y conectasen el equipo de Sueño Profundo, había reconectado ya todos los programas estándar a una serie de cintas sin fin, grabadas con su propia voz. Sólo le había dado tiempo a preparar dos docenas de tales cintas, pero las había contrastado tanto como le fue posible.

Todas con su voz real. Eso era lo importante.

Accionó un interruptor y escuchó con crítica atención las diversas órdenes que había grabado:

—Cuando se levante por la mañana, no se vista. Vaya al ascensor y baje a la calle. Abraze a la primera persona que vea y bésele, o bésela, apasionadamente... Cuando se despierte, no vaya al cuarto de baño. Salga a la calle y hágalo allí, en la acera... Cuando se despierte, no fría los huevos para el desayuno. Vaya a la ventana que da a la calle y trate de acertar a un policía en la cabeza con alguno de ellos... Cuando se levante, consiga un poco de queroseno, viértalo en la cama y préndale fuego... Cuando se levante de la cama, vaya sin más tardanza al garaje y saque el coche. Conduzca a tanta velocidad como pueda, en marcha atrás, por la calle de dirección única más cercana... Cuando se despierte, no dé de mamar al bebé. Llene un vaso con su leche y trate de venderla fuera, en la acera...

Asintió satisfecho y conectó la maquinaria. Hacia el mediodía de mañana, Sueño Profundo, S. A. estaría totalmente arruinada.

Por último, grabó una cinta en honor del último caso especial, que había retenido entre el total de más de dos mil conectados a sus nuevos «programas estándar», el de la menuda rubia platino. Con voz desapasionada, dijo:

—Levántate ahora mismo, vístete, ven al edificio de Sueño Profundo y haz el amor conmigo.

Conectó la grabación al circuito de salida y bostezó. Luego, ató al técnico, que empezaba a revolverse y lanzar débiles gemidos. Deseaba asegurarse de que esta noche, la

noche en que se había recuperado, no sería echada a perder por la intromisión del individuo.

AUTORIZACIONES

- *El bebé del señor Culpeper* («*Mr Culpeper's Baby*»), por Kenneth Bulmer:

© 1956 by Hamilton & Co. (Stafford) Ltd, por «*Authentic Science Fiction*», abril de 1956.

Reeditado con permiso del autor y su representante, E. J. Carnell Literary Agency.

- *Todas las lágrimas del mundo* («*All the World's Tears*»), por Brian W. Aldiss:

© 1957 by Crownpoint Publications Ltd, por «*Nebula Science Fiction*», mayo de 1957.

Reeditado con permiso del autor.

- *Ozymandias* («*Ozymandias*»), por Robert Silverberg:

© 1958 by Royal Publications, Inc., por «*Infinity Science Fiction*», noviembre de 1958.

Reeditado con permiso del autor y su representante, A.M. Heath & Co. Ltd.

- *El Amor y Las Estrellas... ¡Hoy!* («*Love and the Stars - Today!*»), por Kate Wilhelm:

© 1959 by Columbia Publications, Inc., por «*Future Science Fiction*», junio de 1959.

Reeditado con permiso del autor.

- *El Loco Maro* («*Crazy Maro*»), por Daniel Keyes:

© 1960 by Mercury Press, Inc., por «*Magazine of Fantasy and Science Fiction*», abril de 1960.

Reeditado con permiso del autor.

- *El Hombre Sobrecargado* («*The Overloaded Man*»), por J. G. Ballard:

© 1961 by Nova Publications Ltd, por «*New Worlds Science Fiction*», julio de 1961.

Reeditado con permiso del representante del autor, John Wolfers Ltd.

- *Las Calles De Ascalón* («*The Streets of Ashkalon*»), por Harry Harrison:

© 1962 by Nova Publications Ltd, por «*New Worlds Science Fiction*», septiembre de 1962.

Reeditado con permiso del autor.

- *Los Sacrificables* («*The Expendables*»), por A. E. van Vogt:

© 1963 by Galaxy Publishing Corporation, por «*Worlds of If Science Fiction*», septiembre de 1963.

Reeditado con permiso del representante del autor, E. J. Carnell Literary Agency.

• *Niño problema* («*Problem Child*»), por Arthur Porges:

© 1964 by The Condé Nast Publications, Inc., por «*Analog Science Fact & Fiction*», abril de 1964.

Reeditado con permiso del autor.

• *Bueno es hablar, pero mejor es callar* («*Speech is Silver*»), por John Brunner:

© 1965 by Ziff-Davis Publishing Co., por «*Amazing Stories*», abril de 1965.

Reeditado con permiso del autor y su representante, John Farquharson Ltd.